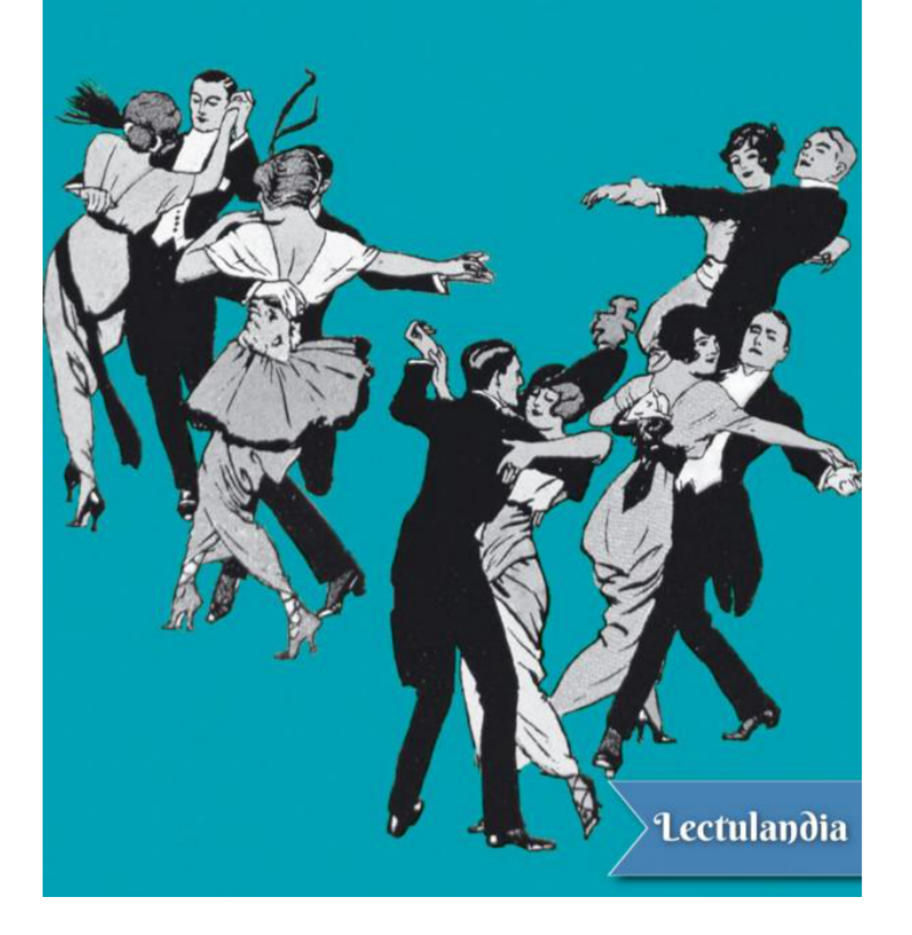
Friedrich Torberg

La tía Jolesch,

o la decadencia de Occidente en anécdotas



Al cronista de esta esplendorosa e hilarante colección de recuerdos, «desde siempre las anécdotas le han parecido más concluyentes y esclarecedoras que los análisis excesivamente detallados».

Friedrich Torberg tenía diez años cuando Viena dejó de ser una ciudad imperial y veinticinco cuando Hitler subió al poder: «siempre estuvo mi vida —reconoce— bajo el signo de un ocaso». El imperio austrohúngaro y la burguesía judía, condenados a desaparecer, fueron su territorio espiritual, el escenario de una juventud poblada de tipos excéntricos y originales, «mezcla de ingenio y vivacidad». A esa época —y también a la más trágica del exilio— volvió los ojos en 1975 con la publicación de *La tía Jolesch, o la decadencia de Occidente en anécdotas*, que fue un gran éxito en Austria.

Por sus páginas, entre Viena y Praga, luego entre Zúrich, París y Hollywood, desfilan familias ilustres y figuras consagrada como Franz Werfel, Alfred Polgar, Hugo von Hofmannsthal o Karl Kraus, pero también viejos cascarrabias, expertos en cerveza o en tartas y bohemios sin remisión. Entre sus cafés, restaurantes, periódicos, mesas de juego y lugares de veraneo, conoceremos a la tía Jolesch y sus severos «aforismos de sabiduría popular», a Krasa el Rojo, el hombre más potente de Praga, o al tío Hahn, que en 1923, en el estreno de *Los diez mandamientos*, se levantó en plena secuencia del paso del mar Rojo y en medio de la sala exclamó: «Pero ¡no fue así como sucedió!».

Friedrich Torberg

La tía Jolesch, o la decadencia de Occidente en anécdotas

ePub r1.0

Titivillus 11.02.2025

Título original: *Die Tante Jolesch oder der Untergang des Abendlandes in Anekdoten*
Friedrich Torberg, 1975
Traducción: Isabel Hernández
Diseño de cubierta: Pepe Moll de Alba

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A Milan Dubrovic,
todavía amigo de antaño

Nota al texto

La tía Jolesch, o la decadencia de Occidente en anécdotas se publicó en 1975 en Viena (Georg Müller). Algunas de las anécdotas narradas por el autor están centradas en juegos de palabras o peculiaridades dialectales (de tipo fonético, morfológico, léxico, etc.) de los personajes que describe o de la clase social a la que pertenecen. Cuando no se ha podido dar, en unos pocos casos, una equivalencia o adaptación aceptable en español, o al menos una explicación convincente que no rompiera demasiado el ritmo del texto, se ha optado por suprimirlas.

A modo de introducción

Este es un libro (prefiero decirlo en este mismo instante para conjurar el peligro de que se sospeche que he sucumbido a la «ola de nostalgia»), este es un libro nacido de la melancolía. Bebe de un pozo de recuerdos que no llegué a conocer hasta que tuve que hacer uso de él. Y cuando cierro los ojos para poder recordar mejor mi infancia, la casa de mis padres y el primer día de colegio, las cocineras y las niñeras, el parque de Liechtenstein y el mercado de Peregrini, el tren fantasma del Prater y el zoo de Schönbrunn [1], los paseos y las excursiones a las granjas y a los merenderos, la explanada de Ischl en verano [2], las visitas a los caseríos de mi amplia parentela paterna en Bohemia, las maldiciones húngaras que mi abuelo materno había dejado en herencia a nuestra familia, los coches de un solo tiro y los simones y los omnibuses tirados por caballos (también llamados «coches de parada» porque se los podía detener, es decir, «parar», con una señal de la mano), el tranvía, llamado «eléctrico» o *tramway* con sus vagones a veces abiertos y dentro los carteles con dibujos que indicaban drásticamente a las damas que aseguraran las agujas de sus sombreros, las señales graduales de un tren que partía de su estación de origen: primero una trompeta desde el tercer vagón, luego un silbato desde el segundo y, por último, un concienzudo «¡Listos!» del revisor del primer vagón que ya en ese mismo instante se confundía con la campanilla del conductor de la locomotora… cuando recuerdo todo eso con los ojos cerrados, casi me parece como si yo mismo perteneciera a esa legión de individuos avergonzados para los que el viejo pozo de los recuerdos, agotado desde hace tiempo, sigue siendo aún una fuente de vivo sustento.

En cualquier caso, si abro los ojos lo que me queda de semejante visión (y no es que sea un pensamiento alegre, sino parte de la

melancolía de la que hablaba al principio) es que realmente soy una de las últimas personas que no solo saben de la existencia del pozo, sino que por propia experiencia conservan aún en el recuerdo todo lo que ese pozo nos procuraba. Estas personas tenían su patria en los territorios del que antaño fuera imperio de los Habsburgo, constituían un sector esencial del círculo cultural negro y amarillo[3], y representaban dos de los componentes hoy ya extintos de Occidente: la monarquía imperial y real y su burguesía judía. Digo esto por si acaso algún lector desconfiado encuentra el subtítulo de este libro demasiado pretencioso.

La tía Jolesch, a la que el libro incorpora en su título principal, al igual que todos aquellos de los que se hablará aquí, ha existido de verdad y (esto también vale para los demás) ha pronunciado de verdad las ingeniosas frases que aquí se recogen. O al menos la mayoría de ellas. Alguna que otra se la he adjudicado yo muy conscientemente, porque sé que podría haberla dicho. Porque la tía Jolesch no era, en palabras de Christian Morgenstern[4], una «persona en el sentido convencional», sino un tipo. En casi todas las grandes familias con muchos miembros, dispersas por Viena y por Praga, por Brno y Budapest, por la mitad austríaca del imperio y por la húngara, había o una tía o una abuela cuyas frases certeras, en parte ingeniosas, en parte profundas, eran citadas por toda la parentela. En efecto: la creación de estos «aforismos de sabiduría vital» recaían prácticamente siempre en las mujeres. Los hombres se dedicaban exclusivamente a ganar dinero, a dirigir el ascenso social de la familia y, dado el caso, a cuidar de un hijo o de un sobrino que había salido diferente, que se había consagrado a una carrera poco lucrativa, artística o de semejante tenor.

Los tiempos de la emancipación[5], de la igualdad y la equivalencia social (que en la práctica jamás llegó a darse del todo) habían empezado hacía poco y poco después llegarían a su fin. Apenas duraron medio siglo, subsistieron a lo largo de tres o a lo sumo cuatro generaciones y no dejaron a los hombres más tiempo para respirar que el justo para percibir y utilizar sus posibilidades. También aquí volvieron a ser las mujeres las que trataron de frenar un excesivo entusiasmo en su percepción y en su uso, las que se opusieron a unos esfuerzos de asimilación demasiado rápidos, aferrándose a sus ideas instintivas de tradición y piedad, de una

forma que luego se reflejaría en sus frases, sabias y realistas. Por así decirlo, lo que resultó de todo aquello fue un matriarcado interno. En su propio ámbito reducido, la posición de una tía Jolesch era similar a la de un ingenioso rabino oriental, al que se pedía consejo y ayuda y cuya visión de los peligros de la existencia era respetada en todas partes. (Por desgracia en eso consistía también el único y muy lejano paralelismo con el judaísmo oriental, de estructura bien diferente desde un principio).

Pero no es cierto que el tipo de la tía Jolesch, con todas sus manifestaciones, con toda su proyección y toda su atmósfera, se viera limitado al período histórico del que hemos hablado hasta ahora, esto es, a las décadas relativamente tranquilas de antes del *fin de siècle* y de inmediatamente después. Evidentemente tuvo sus raíces en él, pero no su momento de esplendor. Este tuvo lugar (de otra manera yo no habría podido vivirlo) en los años entre las dos guerras mundiales, ensombrecidos ya por el declive cercano, unos tiempos de euforia y de fulgor de los últimos coletazos de una forma de vida que se había salvado y conservado aún en la Austria que se estaba desmoronando antes de sucumbir a ese otro derrumbe mayor y definitivo.

En esos veinte años comprendidos entre 1918 y 1938 empecé a ver, a pensar y finalmente a escribir. Tenía diez años cuando Viena dejó de ser una ciudad imperial. Apenas tenía veinticinco cuando la marea marrón[6] se abatió sobre Alemania y empezó a salpicar su sucia espuma a los países vecinos. Yo era un treintañero cuando se completó la disolución de las repúblicas de Austria y Checoslovaquia, cuando emigré a Suiza y al año siguiente, al estallar la Segunda Guerra Mundial, me alisté voluntario en el Ejército francés, donde presté un servicio militar sin pena ni gloria, que concluyó ocho meses después con una nada heroica, aunque no por ello menos peligrosa, huida a España y Portugal. Siempre, desde que soy capaz de recordar, esos tiempos han estado fuera de lugar, apuntando la decadencia; siempre, ya de niño, la he sentido, he sido consciente de su proximidad y, cuanto más clara era mi conciencia de ella, con tanta más intensidad me entregaba al regalo de aquello que aún seguía existiendo, del plazo de gracia otorgado a una época condenada a la desaparición. Empezando por mi infancia bajo el gobierno de un monarca que había subido al trono en 1848,

pasando por los años en la Viena de la Primera República y después del Estado Estamental[7], siguiendo con los años en la Praga de Masaryk y de su sucesor Beneš[8], hasta la podredumbre y la agonía de una Francia capitulante, siempre vi desvencijarse algo que me gustaba, siempre estuvo mi vida bajo el signo de un ocaso. ¿Sería demasiado si desde aquí expresara mi tendencia a presentir nuevamente otra nueva decadencia, incluso en un plazo de gracia tan sospechosamente largo como el que empezó en 1945?

Al incluir la decadencia en el título de este libro, yendo mucho más allá de la de Oswald Spengler[9], apenas pienso en los presagios evidentes y reconocibles para cualquiera, de tipo social o ideológico, y mucho menos en un proceso histórico, cuyo análisis queda para los tergiversadores profesionales de la Historia. Pienso más bien en un síntoma de decadencia, que se manifiesta en el hecho de que, en nuestro mundo tecnócrata, en nuestra sociedad materialista de comercio y de consumo, los tipos excéntricos y originales están condenados a morir.

De ellos y solo de ellos se tratará en este libro. De ellos son los perfiles que trataré de dibujar aquí para resucitarlos entre máximas y anécdotas, a los anónimos tanto como a los famosos, a la tía Jolesch y al tío Hahn tanto como a los grandes de la literatura, de Polgar a Molnár, al señor Spielmann y a Grün, el profesor de religión, tanto como a Steiner, el catedrático del *Diario de Praga (Prager Tagblatt)*, y al abogado vienés Hugo Sperber. Todos han existido y ninguno existe ya, ni ellos ni los lugares ni los escenarios por los que se movieron, ni los cafés ni las redacciones de periódico, ni las tertulias familiares ni los lugares de veraneo, nada. Existieron hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial y, en sus últimas convulsiones (igual que un gallo al que se le ha retorcido el pescuezo aletea aún un par de veces), existieron hasta en la emigración. Desde entonces ya no existen. El pozo del que bebo está sellado irremediablemente. Pronto no habrá ya nadie que sepa encontrarlo.

Este es un libro (lo digo otra vez para concluir), este es un libro nacido de la melancolía. Tal vez tendría que haber escrito un libro nacido de la pena, pero esa quería quitármela yo solo. La melancolía es capaz de sonreír, la pena no puede. Y la sonrisa es la herencia de mi familia.

La tía Jolesch en persona

Por lo que a la tía Jolesch se refiere, agradezco saber de su existencia (y de la de muchas de las frases que nos legó) a mi amistad con su sobrino Franz, el adorable vástago, malcriado por todos, de una familia de industriales originaria de Hungría, que desde hacía tiempo residía en una de las islas lingüísticas del alemán en Moravia y que había llegado a tener una posición considerablemente acomodada. Franz, muy apuesto y dotado de una gran capacidad para no hacer nada (a la que solo renunciaba por amor al bridge y a la caza), debía de ser unos doce años mayor que yo, porque ya había combatido en la Primera Guerra Mundial y los amigos de su misma edad continuaban llamándolo en broma «el teniente más apuesto de su majestad». En repetidas ocasiones fui invitado de su familia en sus posesiones moravas («Está loco el que no tiene una finca en Moravia» era un dicho cínico y burlón en aquellos círculos) y estuve muy unido a él hasta que murió, demasiado joven. Los alemanes llamados a filas lo encarcelaron en 1939 por judío, los checos liberados lo deportaron por alemán. Podría decirse que en su espalda se había llevado a cabo la transformación, sin transición alguna, de la estrella de David en cruz gamada. Luego pasó algún tiempo en Viena y finalmente se trasladó a Chile, donde falleció poco después a consecuencia de sus años de internamiento en un campo de concentración. La tía Jolesch ya no vivió todo esto.

Franz era su sobrino favorito, lo cual cuadra con el hecho de que una de sus frases más significativas tuviera que ver con él… con él y con dos costumbres bien arraigadas entre judíos. Una consiste en apelar a la benevolencia divina para un plan que se va a llevar a término próximamente, como un viaje, que «si Dios quiere» se emprenderá al día siguiente y del que se regresará pasada una

semana «Dios mediante», excepto si, «Dios no lo quiera», ocurriera algo entretanto, tal vez una desgracia, y «Dios cuidará de nosotros» para que esto no ocurra. No menos arraigada, aunque sin raigambre religiosa, está la necesidad judía de sacar provecho *a posteriori* de cualquier infortunio que haya acontecido. La fórmula utilizada en tal caso es «qué suerte que…» y puede referirse por ejemplo a una enfermedad repentina que, solo gracias a la rápida ayuda médica, no ha concluido en catástrofe: «Qué suerte que el médico haya venido enseguida», o «qué suerte que» en esa ocasión se descubriera el germen de otra peligrosa enfermedad y se pudiera erradicar.

Un día que regresaba a casa de un viaje en coche, el sobrino Franz tuvo un accidente del que salió con el susto y unos leves daños de chapa, pero que, no obstante, dio abundante material para la tertulia familiar, en parte porque tanto la posesión de un vehículo como los accidentes eran entonces algo muy novedoso (es decir, tenían valor de curiosidad), en parte porque se temía lo que pudiera suceder después con la salud de los huesos de Franz. Una y otra vez querían oír cómo la amenaza del peligro (su coche había empezado a patinar en un puente mojado por la lluvia) se había alejado de él; Franz lo contaba sin descanso, adornaba el relato con nuevos detalles y se deshacía en nuevos análisis.

—Qué suerte —concluía uno de sus relatos— que no me deslizara hacia el carril contrario, sino hacia el pretil del puente.

En ese punto la tía Jolesch intervino por vez primera en la conversación. Hasta entonces había escuchado en silencio y más bien con poco interés (porque a su Franz no le había pasado nada y eso era lo principal). Pero ahora levantó el dedo en señal de advertencia y dijo con mucho énfasis:

—Que Dios nos guarde de todo lo que sea una suerte.

A lo largo de su vida dijo muchas cosas dignas de citarse y de ser tomadas en consideración, la tía Jolesch, pero jamás algo tan profundo como esto.

Del tío del mismo nombre la fama no puede consignar gran cosa, e incluso esta minucia se la debe a su esposa, la tía. Era lo que en Austria (para evitar la expresión equivalente a «petimetre», propia del alemán estándar e imperial) se llamaba un «dandy»; a avanzada edad daba aún gran importancia a la moda, a los trajes hechos a medida, e insistía en que el sastre fuera «a casa» a tal efecto. En una

ocasión en que el sastre lo visitó para hacerle un abrigo, la tía Jolesch se entrometió con una determinación no precisamente cariñosa:

—Un hombre de setenta años no se hace un abrigo a medida —dijo—. Y, si se lo hace, mi sobrino Franz tendrá que probárselo también.

Para no perder la visión histórica de contexto debe apuntarse que formaba parte de las usanzas, por así decirlo, feudales, adoptadas de la nobleza, de la burguesía venida a más, disponer que se prestaran «en casa» determinados servicios, en lugar de ir al lugar donde se practicaban. No solo se hacía ir a casa al sastre y a la modista, no solo al sombrerero y al zapatero, sino también (y eso a diario, hasta los domingos) al barbero. Por consiguiente se les pagaba bien y por consiguiente se les trataba mal. Especialmente malo en este sentido era Thorsch, el fabricante de Pardubice, padre del afamado guionista, primero en Berlín y luego en Hollywood, Robert Thoeren [10]. Durante años atosigó a su barbero (judío además), que se llamaba Langer, con todas las bromas y caprichos imaginables, y Langer lo consintió mucho tiempo… hasta que un día le resultó demasiado estúpido. A mitad del enjabonamiento se paró de repente, recogió sus cosas sin decir palabra y desapareció. El sucesor, contratado en el acto, aceptó de buena gana y sin rechistar los malos tratos de su nuevo cliente, pero lo afeitaba mal y no tardó mucho en ser despedido. El que vino luego dominaba el oficio, pero no a sí mismo: al primer insulto reaccionó con tal ímpetu que se consumó la inmediata disolución del contrato laboral. El cuarto con el que probó el señor Thorsch reunía todos los requisitos tanto de barbero como de objeto de insultos, solo que no correspondía a ellos con la regularidad necesaria: a veces aparecía demasiado tarde, a veces ni siquiera aparecía y asimismo fue despedido. El señor Thorsch fue llegando inevitablemente a la conclusión de que no había un sustituto digno de Langer.

Por aquel tiempo mi amigo Thoeren vino de Berlín unos días a ver a sus padres, cosa que hacía de vez en cuando, y cuál sería su sorpresa cuando se encontró a su padre en la escalera ataviado con el traje habitual para ir de visita, con chaqué, bombín, bastón y guantes.

—¿Adónde vas, papá? —preguntó desconcertado.

El padre respondió en un tono de importancia, casi solemne:

—Hijo mío… en la vida de todo hombre llega alguna vez el día en que tenga que pedir disculpas o afeitarse a sí mismo. Yo voy a pedir disculpas.

No es casualidad que estos dos comentarios, tanto el del señor Thorsch como el de la tía Jolesch, permitan extraer una regla de vida general de una situación completamente individual. Las dos observaciones de la tía Jolesch, tanto la alusión admonitoria al día fatal que aguarda en la vida de todo individuo como la afirmación objetiva de que una persona de setenta años no debe hacerse un abrigo, ofrecen conclusiones que con razón pretenden tener vigencia independientemente de las premisas concretas de las que han partido. (Ahí reside su gracia, si no intencionada, al menos sí involuntaria).

A esta tendencia a la generalización de experiencias condicionadas por la situación le encantaba manifestarse en frases lapidarias, como esta de la tía Jolesch: «Un hombre soltero también puede dormir *al* canapé».

En este caso no se trataba evidentemente de la capacidad de un individuo soltero de disfrutar del sueño en un lecho poco cómodo, sino de si se puede suponer que lo haga a la vista de todo el mundo. En opinión de la tía Jolesch se podía. El problema surgió cuando, en uno de esos frecuentes días de reunión familiar en casa de los Jolesch, se anunciaron tantos huéspedes que hubo que considerar la precariedad del alojamiento y todo mueble más o menos apropiado hubo de servir de cama. Y la tía Jolesch decidió que esas camas de emergencia eran más adecuadas para solteros que para la parte masculina o incluso femenina de los matrimonios. Un hombre soltero puede dormir también en un canapé, un casado evidentemente no.

Cuando, tras tales actividades, tras opulentas comidas y largas horas de charla en el espacioso «salón», los últimos invitados se despedían por fin, la tía Jolesch seguía rondando un buen rato, colocaba sillones, sacudía manteles, limpiaba los abundantes restos de comida depositados en él y la ceniza tirada sin el menor cuidado, que también había que barrer de la alfombra, movía la cabeza al ver las manchas de vino o café derramados y recogía colillas de cigarros y de puros que habían hecho un agujero en algún que otro

pañito de ganchillo sin dejar de murmurar en tono reprobatorio:

—Un invitado es un animal.

En cualquier caso no decía esto en la lengua estándar. Decía algo así como: «Un *invitao* es un animal». Utilizaba aquel deje descuidado, afectivo, de tintes regionales, que (muy alejado del auténtico yidis[11]) conservaba aún restos del «judeoalemán» que se hablaba antiguamente en el gueto y, precisamente por ello, estaba muy mal visto en los mejores círculos o no se toleraba más que entre las paredes de la propia casa. De su cuidado oficial se encargaban únicamente los teatros populares que florecían en Viena y Budapest, los cuales contaron con excelentes cómicos hasta 1938[12]. De una forma repugnantemente mutilada, este argot se difundió en chistes y sigue haciéndolo aún hoy. Como medio de comunicación ha muerto, por lo que requerirá de vez en cuando alguna que otra explicación. También quisiera precisar ahora que, para reflejar determinados giros, formas de expresión y tonalidades, dependo de la comprensión lingüística del lector, incluso de su capacidad musical para la lengua. Yo solo puedo proporcionar aquí la partitura: el sonido hay que crearlo.

Las vulneraciones de la lengua estándar y de su gramática no las cometían solo la tía Jolesch y sus semejantes. Cuando decía «*al* sofá», en lugar de la forma correcta «en el sofá», no era más que uno de los errores lingüísticos frecuentes en muchos dialectos alemanes, que en Austria han acabado por naturalizarse y que incluso han conservado en sus obras autores tan serios como Heimito von Doderer y su discípulo Herbert Eisenreich[13]. La tía Jolesch tampoco decía «en el campo», sino «*al* campo»:

—Al campo no puede uno pernoctar —rezaba una sentencia acuñada por ella, que con «campo» se refería prácticamente a todo lo que no era «ciudad»: por su atrasada cultura en el ámbito de la vivienda, el campo no ofrecía posibilidades aceptables de pernoctación. Conforme al sentido, el término «campo» habría podido sustituirse aquí por «llanura», es decir, no se refería a los sitios de veraneo preferentemente montañosos (véase el capítulo correspondiente), aunque para estos también servía la expresión de ir «al campo»… claro que diferenciándose aquí positivamente de la ciudad por el aire limpio y la libre naturaleza de Dios.

Esto nos remite a otra cualidad de la tía Jolesch: a su opinión,

extremadamente reservada, no solo sobre el «campo» en ambos sentidos, sino también sobre ciudades de todo tipo, tamaño, belleza y fama, en definitiva sobre cualquier cambio de aires. Los mismos preparativos de viaje, con los que nunca se acaba a tiempo, le repugnaban:

—Salir de viaje es siempre una precipitación —decía.

Y con los viajes en sí no sabía qué hacer. Cierto que, al igual que la costumbre de hacer ir «a casa» al sastre y al barbero, formaba parte imprescindible del buen tono y de una forma de vida elevada emprender viajes a ser posible lejanos y caros, estar en condiciones de demostrar que se habían visitado a ser posible muchas ciudades atractivas, y despertar a ser posible mucha envidia entre el círculo de conocidos contando cosas de ellas… pero para la tía Jolesch eso no tenía el menor aliciente. Tampoco solía participar de las conversaciones, del placentero intercambio de experiencias y comparaciones. Una sola vez intervino con una afirmación tajante:

—Todas las ciudades son iguales, solo Venecia es un poquitín diferente.

Por encima, seguramente esta frase recuerda algún comentario de origen incierto, como creador del cual aparecen alternativamente la tía, el tío o el abuelo de alguien; una de sus expresiones, por cierto, se citaba con frecuencia durante la emigración: «Estoy *un poquitín* a disgusto en todas partes». Pero la similitud no va más allá de lo fonético. Si ambas frases tienen algo en común, es como mucho cierta falta de nostalgia. Algo que no es decisivo. Decisivo, y por cierto a favor de la tía Jolesch, es el profundo escepticismo ante todo lo desconocido, es el rechazo a entusiasmarse por lo extraño solo por su extrañeza, es la sana confianza en el propio criterio y en el propio juicio, imposible de cegar por escenario o cliché alguno. (El idioma inglés caracteriza esta actitud tan inimitable como intraducible con la expresión *down to earth* [14]).

Me gustaría atribuirle a la tía Jolesch una frase que desgraciadamente no pudo haber dicho por motivos cronológicos. La dijo la anciana señora Zwicker, que en 1938 emigró con su familia a Nueva York y encontró un modesto alojamiento en Riverdale, una barriada situada muy a las afueras de la ciudad, en el primer piso de una casa adosada. Allí, la señora Zwicker pasaba horas junto a la ventana, mirando a lo lejos los indefinibles perfiles

de la ciudad envueltos en neblina (que ella probablemente tenía por un espejismo o cualquier otra cosa irreal), viendo pasar el Hudson, lento y sucio, viendo gatos vagabundos y cubos de basura llenos hasta reventar, oyendo la algarabía de los niños que jugaban y pensando en tiempos pasados.

Un amigo de la familia, también emigrado, pasó un día por allí:

—Bueno, ¿le gusta Nueva York, señora Zwicker? —preguntó mirando hacia la ventana.

Y la señora Zwicker le dio una respuesta en la que resonó un malhumorado asombro ante tamaño absurdo:

—¿Cómo me puede gustar vivir en los Balcanes?

Ciertamente esto podría haberlo dicho la tía Jolesch. Pero por entonces ya no vivía.

Falleció en 1932, tranquila y sin dolor, vigilada por los médicos, cuidada por la familia, en casa y en la cama… como se moría entonces (y como después ya no pudieron morir algunos de sus familiares).

Poco antes del final, su carácter y su experiencia de la vida se manifestaron en una última frase, en la que reveló el secreto de sus famosísimas artes culinarias, y que se corresponde con una historia previa, muy acorde con ella en todos los sentidos.

Como todas las cocineras de verdad, que practicaban su arte entre las paredes de casa (más adelante se volverá a hablar de ellas), a la tía Jolesch no le preocupaba otra cosa que el disfrute y el bienestar de aquellos a los que servía sus platos inmaculadamente escogidos. Tenían que saberles bien a los demás, no a ella. Ella misma se conformaba con saciar su hambre. Cuando en una ocasión le preguntaron por su comida favorita, no supo dar una respuesta.

—Pero tienes que saber qué es lo que más te gusta —le insistieron.

No, que ella no se preocupaba de tales cosas, replicó la tía Jolesch con la misma insistencia (aunque no dijo «cosas», sino «bobadas» y concretamente «boberías»).

Los curiosos no cedían y después de algunos rodeos afinaron la pregunta de una forma que supuestamente no tenía escapatoria:

—Pues imagínate, tía, Dios no quiera que esto suceda, pero supongamos que estás en un restaurante y sabes que no vas a vivir más de media hora. ¿Qué pedirías?

—Algo que ya estuviera hecho —dijo la tía Jolesch.

De haber dependido de los adoradores de sus artes culinarias, habría tenido que elegir como comida de despedida sus propias «cintas con repollo»[15], ese delicioso «plato blanco»[16] hecho de tiras de pasta, cortadas en trozos pequeños y bien horneadas con repollo picado, a las que, según los casos, podía dárseles un toque más dulce o más picante: en la parte húngara del imperio se les echaba azúcar en polvo, en la austríaca sal y pimienta. Las cintas con repollo eran la más famosa de las creaciones maestras de la tía Jolesch. Cuando se hacía público que la tía Jolesch iba a hacer cintas con repollo un domingo (y era inevitable que se hiciera público), por misteriosos cauces corría la voz entre toda la parentela, donde quiera que estuviera, en Brno, en Praga, en Viena o en Budapest y, tal vez por medio de tambores entre las matas, desde todos los puntos cardinales hasta los más alejados rincones de la *puszta*[17], se movilizaba un torrente de amantes de las cintas con repollo que por el camino ni comía ni bebía para guardarse el hambre, y la sed se la apagaba el agua que les corría por la boca solo de pensar en el placer que les esperaba. Y en cada ocasión era un nuevo placer, un placer jamás experimentado.

Durante años y años trataron de sacarle a la tía Jolesch, con todas las mañas y argucias posibles, la receta de su incomparable creación. En vano. No la dio. Y, como con el tiempo llegó incluso a molestarse mucho cuando la apremiaban, dejaron de insistir.

Y un día se aproximó el final para la tía Jolesch, había llegado su hora, la familia se había congregado alrededor de su lecho de muerte, en el opresivo silencio resonaba el murmullo de algunos rezos y algunos débiles sollozos, nada más. La tía Jolesch estaba inmóvil entre sus almohadas. Aún respiraba.

Entonces su sobrina favorita, Louise, se armó de valor y se adelantó. Las palabras le salieron con un nudo en la garganta, pero no por ello fueron menos tajantes:

—Tía… no puedes llevarte la receta a la tumba. ¿Es que no nos la quieres dejar? ¿No vas a decirnos de una vez por qué tus cintas con repollo siempre estaban tan buenas?

Con sus últimas fuerzas la tía Jolesch se incorporó un poco:

—Porque nunca hacía suficientes…

Dijo esto, sonrió y murió.

Con esto creo haber dicho todo lo que puedo decir en honor a su recuerdo.

Un pequeño añadido aún, que no lo deshonrará: la tía Jolesch no era guapa. Cierto que la bondad, la candidez y la inteligencia se manifestaban con evidente claridad en su rostro para que pudiera parecer fea, pero guapa no era. Las tías de ese tipo en realidad nunca eran guapas. Un tío de mi amigo Robert Pick había tomado por esposa algo tan feo que su sobrino un día le preguntó sin rodeos:

—Tío, ¿por qué te casaste con la tía Mathilde?

El tío reflexionó un rato, luego se encogió de hombros:

—Estaba allí —dijo disculpándose.

Claro que en el caso de la tía Jolesch no podía hablarse de una fealdad tan excesiva, y ella por su parte jamás se interesó por lo «guapo» o lo «feo»; para ella esto entraba dentro de la categoría de «boberías», como el interés por su plato favorito. Estaba obsesionada con que no había que darle importancia a las apariencias y quien a pesar de eso lo hacía se exponía a sus reproches, si no a su desprecio. Cuando uno de sus sobrinos andaba en busca de una mujer casadera y como elogio de la que había escogido no hablaba más que de su belleza, la tía Jolesch le echó una agria reprimenda:

—¿Que es bonita? ¿Y qué? ¡La belleza se puede tapar con una mano!

No, no le daba mucha importancia a la belleza, ni en las mujeres ni mucho menos en los hombres. Y por ello cierro este capítulo con una frase que muestra a la tía Jolesch, no solo desde el punto de vista lingüístico, en la cima de su capacidad expresiva:

—Que un hombre sea más apuesto que un mono es todo un lujo.

Con esto llegamos a un importante excurso de teoría lingüística.

Excurso sobre los múltiples significados de la palabrita «que»

Para explicar al menos de forma aproximada las múltiples funciones que puede ejercer la insignificante palabrita «que», hay que extraer algunas anécdotas del capítulo planeado para ellas y contarlas por adelantado; ojalá esto no las perjudique, ni a ellas ni al capítulo.

En la última frase que se ha citado de la tía Jolesch «que» tiene un significado comparativo, mejor dicho: el significado de una cualidad utilizada con finalidad comparativa. En alemán, una versión normativa (y por tanto inútil) de la frase sonaría algo así como: «Toda medida de belleza masculina que sobrepase la belleza de un mono es un lujo».

A un «que» de otro tipo nos enfrenta aquella joven de la sociedad praguense, celosa de su formación, que confesaba su existencia de marisabidilla, y a todo aquel que quería escucharla le daba a entender con arrogancia que a ella los valores morales le importaban más que las aventuras frívolas:

—¡En lo que otras chicas tienen aventuras, yo voy a conferencias!

Si solo se refiriera a la pérdida de tiempo, habría bastado como mucho un simple «mientras que». Pero, en alemán, el «que» de esa construcción, con su inevitable ampulosidad, encierra en sí mucho más, encierra todo lo que otras chicas pierden no solo en tiempo al hacer planes, dirigir sus intereses y su implicación personal hacia el mundo masculino. La joven que así hablaba invertía lo mismo con fines formativos.

Dos «que» a la vez nos encontramos en la siguiente frase, surgida también en Praga y también de labios femeninos. Su creadora tiene aún por otros motivos cierto derecho a la inmortalidad. Se trata de

la vieja Kisch.

La vieja Kisch (llamada en secreto también «el as de bellotas» porque se parecía a la figura femenina bien abrigada que se sienta con los brazos cruzados delante de una estufa y que en las denominadas «cartas dobles alemanas»[18] simboliza el invierno) era la madre del «reportero veloz» Egon Erwin Kisch[19] y el prototipo de cabeza de familia matriarcal, ante la que se inclinaban temerosos no solo los hijos, sino también los parientes más lejanos.

Sobre tal temor hay una historia que se cuenta muy a menudo y que poco a poco ha ido adquiriendo la pátina de las verdades históricas. Ocurrió en los confusos días de la revolución, después de la Primera Guerra Mundial, cuando una tropa de la Guardia Roja, creada en Viena por aquel entonces, entró por la fuerza, capitaneada por Egon Erwin Kisch, en el edificio de la redacción del *Nueva Prensa Libre (Neue Freie Presse)*; ahí, en la escalera, Paul Kisch, redactor de la sección de economía del *Prensa*, opuso resistencia a su hermano, miembro de la Guardia Roja:

—¿Qué haces aquí, Egon?

—Ya lo ves. Estamos ocupando vuestra redacción.

—¿Quiénes… estamos?

—La Guardia Roja.

—Y ¿por qué queréis ocupar precisamente el *Prensa*?

—Porque es un bastión del capitalismo.

—No seas ridículo y mira a ver cómo sales de esta.

—Paul, no te das cuenta de lo grave de la situación. En nombre de la Revolución te ordeno que dejes libre la entrada. ¡De lo contrario…!

—Está bien, Egon. Haré sitio a la fuerza bruta. Pero una cosa te digo: hoy mismo escribiré a mamá a Praga.

Según algunos informes de confianza, Egon Erwin Kisch dio, después de esto, la orden de retirada.

Con esta anécdota debería quedar dibujada la figura de la vieja Kisch en toda su grandeza, imponente de miedo. Y, si ahora nos trasladamos unos años antes, a los años mozos de Egon Erwin, que respondía entonces al tierno apelativo de Egonek, podrá valorarse con qué sentimiento de temor se arrastró a su casa una noche a altas horas, después de que unos tramposos le tomaran el pelo en un café de mala reputación (llamado Café del Schabbesgoj[20] por

su propietario judiófilo) y le limpiaran todo lo que llevaba encima. Naturalmente tenía que confesárselo a su madre y, naturalmente, se esperaba una bronca.

Sin embargo, la vieja Kisch se tomó su confesión con tranquilidad y la encajó con una frase cargada de «ques», a la que desde un principio queríamos llegar. Dijo:

—¿A qué te sientas a jugar a las cartas con gente de la que se sienta a jugar a las cartas contigo?

A nosotros nos interesa el primer «qué». No tiene nada que ver con el «que» de la tía Jolesch ni con el de la marisabidilla de Praga, no sirve a una comparación ni a una antítesis, sino que está en lugar de «por qué» o de «para qué», y por cierto con un tono manifiestamente crítico, incluso de desprecio, como si dijera: «¿Qué cosas se te ocurren?».

Por lo demás el contenido de la frase de la vieja Kisch no apunta en una dirección del todo original, por muy original que sea su formulación (y por eso puede utilizarse en muchas situaciones).

Esto se cuenta del príncipe Metternich en una ocasión en que pidió por segunda vez, y por mayor cuantía, un empréstito estatal al banquero judío Eskeles y al despedirse, en prueba de su especial afecto, le dijo en confianza:

—Y os digo algo más, Eskeles. Me han contado que vuestro hijo Jakob anda con gente un tanto licenciosa, juerguistas y todo tipo de chusma revolucionaria. Cuidaos de que ponga fin a estas relaciones. Me comprendéis, ¿verdad? Y mañana me traeréis el dinero.

El banquero Eskeles se detuvo mientras retrocedía devotamente:

—Eso tengo que pensármelo, su regia gracia.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Metternich frunció el entrecejo—. ¿Qué cosa tenéis que pensaros?

—Si debo prestar mi dinero a un Estado que tiene miedo de mi Kobi.

Recientemente ha sido Anton Kuh[21] el que ha llevado a la práctica el enunciado de la vieja Kisch. En febrero de 1938, a la vuelta del canciller federal austríaco Schuschnigg de su funesta visita a Hitler, Kuh había esbozado con un grupo de amigos un posible plan para que Austria se librara de la invasión que la amenazaba. Por alguna vía el ministro de Información austríaco Pernter se enteró y le pidió que le confiara el plan. Kuh lo hizo, fue

a su casa, hizo la maleta y abandonó Austria ese mismo día. Como más tarde reconoció con franqueza, le había venido a la cabeza la vieja Kisch. En un gobierno que se sentaba a la mesa con él ya no podía tener confianza.

De tíos, sobrinos y rabinos

Es sabido que después de un excurso uno debe regresar allí donde se había quedado. Nos habíamos quedado en la tía Jolesch y ahora vamos con el tío Hahn.

Sin duda alguna el tío Hahn era una figura de diferente color que el tío Jolesch. El tío Jolesch era una especie de príncipe consorte y no habría llegado a nada sin la tía del mismo nombre. El tío Hahn fue independiente y alcanzó el rango de protagonista de anécdótas por derecho propio.

Agradezco el conocimiento de estas importantes anécdotas, aunque sean pocas, a mi amigo Ernst Deutsch[22], fallecido en 1969. Él las conservaba desde sus años de juventud en Praga y sabía contarlas de maravilla, del mismo modo que tenía un humor (no solo como espectador) que difícilmente habría sospechado en ese grande y apasionado actor de tragedias quien solo le hubiera conocido en el escenario. Digo adrede «solo en el escenario», y no «como actor». Porque en los círculos de actores se conocía muy bien su humor y por las calles se ofrecían algunas pruebas de él, por ejemplo, una historia acaecida en torno a 1920, cuando el fulminante ascenso del joven Ernst Deutsch se vio afeado por un único fracaso (en *El teniente del rey* de Gutzkow[23]). Poco después de este fracaso (limitado a una actuación en una compañía invitada en Leipzig), Deutsch fue contratado por un teatro de Hamburgo, donde el decano de la compañía lo recibió con actitud heroica, potente y digna:

—Qué bien que esté usted con nosotros, mi apreciado y joven amigo. Por cierto, yo ya lo he visto en escena.

—Ya lo sé —le confirmó Deutsch—. Haciendo de teniente del rey.

—¿Eh? ¿Cómo lo sabe?

—Todos me han visto en ese papel —fue la amable explicación.

La anécdota más conocida de Deutsch se remonta a una puesta en escena en Berlín de *El mercader de Venecia*, en la que Albert Bassermann interpretó a Shylock y Ernst Deutsch a Antonio, el «mercader real» (Shylock se convertiría décadas después en uno de sus grandes papeles de los últimos años). Cuando en el ensayo general, abierto al público, Porcia, disfrazada de abogado, introducía el juicio del último acto con la pregunta «¿Quién es aquí el mercader y quién el judío?», Deutsch, aprovechando aquella única oportunidad extempórea, se dirigió a la mesa del juez con una dicción nada shakespeariana:

—Va a reírse usted, señor dogo… yo soy el mercader.

También a mí, en los largos años de nuestra amistad, me deparó un sinnúmero de alegrías, que recuerdo con mayor gratitud, pues nos ayudaron a superar los tiempos nada gratos de la emigración. Ernst Deutsch, cuya esposa Anuschka fue una magnífica ayuda para él y sus amigos, dominó aquellos momentos de forma soberana, sin perder jamás su risueña tranquilidad. No lo vi enfadado, casi furioso, más que una vez: cuando tuvo que reivindicar los derechos de las historias del profesor de religión Grün que yo, equivocadamente, había atribuido a Franz Werfel[24]. A esto volveré después. Ahora toca hablar del tío Hahn.

El tío Hahn, un tío por parte materna del joven Ernst, vivía en Praga, y por cierto en discordia con su familia, que habitaba una de las hermosas y viejas casas burguesas de la entonces denominada calle de los Pañeros. Él mismo debía haber creado tal discordia a propósito porque, por lo que se desprendía con toda claridad de lo que contaba su sobrino, era un liante insoportable, que siempre quería tener la razón. Si fue primero él el que no quiso tener relación alguna con la familia o fue la familia aún está por ver… En cualquier caso una cosa no quita la otra y nada de eso atenuó, sino que aumentó, la necesidad del tío Hahn de estar al corriente de los trajines de su desagradable parentela. Muy astutamente supo aprovechar tal circunstancia el sobrino, siempre necesitado de dinero: se presentaba regularmente en casa del tío, que vivía en el otro extremo de la ciudad, y supo prolongar durante mucho tiempo la curiosidad de aquel individuo raro y tendencioso, con una conversación refinada, hasta que se aseguró una recompensa

financiera por satisfacerla. Con el tiempo el procedimiento fue menguando hasta llegar a este diálogo introductorio:

—¿Qué hay por la calle de los Pañeros? —preguntaba el tío.

—Nada —respondía el sobrino.

—Por ejemplo —decía el tío, según le ponía cincuenta centavos o una corona en la mesa, se recostaba en el sillón de orejas y empezaba a escuchar impaciente los chismorreos familiares.

La corrupta disposición de Ernst llegó a tal extremo que acompañaba a su tío, el cual le resultaba tan imprescindible como fuente de ingresos como él al tío como fuente de información, no solo a sus paseos y al café, sino, en casos de emergencia, hasta al servicio religioso del sábado, en el que el tío Hahn, y para ello necesitaba a un socio sumiso, siempre encontraba algo que criticar en el sermón del rabino. Estos sermones seguían en su construcción, estilo y cadencia una tradición consolidada por los rabinos del siglo XIX (y que llegó hasta mis propios años mozos): era una mezcla de un *pathos* marcadamente gutural y un sentimentalismo que fluía con toda libertad, de suave amenaza y ambiciosa conjuración, de humillación y rencor… Todos aquellos eruditos servidores de Dios se tenían por profetas del Antiguo Testamento trasladados a los tiempos modernos y en cierto modo se trataban de tú con sus predecesores bíblicos. Entre las irrefutables cualidades de sus discursos en el púlpito se contaba el recurso a citas de la Sagrada Escritura, primero en el original hebreo y luego en traducción alemana para que los miembros de la comunidad menos apegados a la Biblia pudieran también comprenderlas.

Así pues, un sábado en que el tío Hahn se presentó en la sinagoga con su sobrino Ernst, el rabino predicó sobre la obligación de hacer el bien, maldijo el derroche y la fastuosidad, habló de los aspectos del ahorro que agradaban a Dios (porque así siempre se podía ayudar a quien lo necesitara) y, levantando la voz, recurrió al apoyo bíblico:

—El profeta Isaías ya nos ha advertido… —seguía el texto original de la advertencia—… lo cual equivale a decir: ¡guarda para cuando no haya!

Pero entonces el tío Hahn se volvió en tono reprobatorio hacia los que estaban a su alrededor:

—¡Eso ya lo había dicho yo mucho antes!

Su frase más notable, y a un tiempo testimonio significativo de la conciencia histórica de continuidad del judío, surgió con ocasión de una visita a un cine. Ponían la primera versión cinematográfica de *Los diez mandamientos*, realizada por Cecil B. de Mille, que se cuenta entre los hitos del cine mudo de Hollywood y no solo por la expectación que despertó el monstruoso despliegue de construcciones y escenas multitudinarias, sino (al menos en el mundo especializado) también por la forma genial y primitiva con que De Mille supo dirigir el paso de los hijos de Israel por el mar Rojo: hizo que vertieran agua a ambos lados de una maqueta tamaño juguete del lecho de un río seco y después proyectó la escena hacia atrás, lo que en el tamaño mayor de la pantalla de cine daba la irrefutable impresión de unas aguas que se abrían a un lado y a otro. Luego, en la película, unos cientos de figurantes con barbas postizas andaban como patos por el lecho de un auténtico río y, cuando el último salía de él, ponía la maqueta sobre la que se cerraban las olas. La imagen se fundía poco a poco. En el cine reinaba un silencio de solemne emoción.

Y en medio de ese silencio se oyó alto y claro al tío Hahn:

—Pues ¡no fue así como sucedió!

Antes de cruzar el puente que nos llevará de Ernst Deutsch al profesor de religión Grün tengo que contribuir a la estilística de los sermones de los rabinos con un recuerdo propio. Se remonta a mis primeros años en el liceo de Viena (los posteriores en Praga no me aportaron nada más en este ámbito, pero sí muchas otras cosas), se remonta, por decirlo con exactitud, al denominado «servicio religioso juvenil» que siempre se celebraba el primer sábado del mes y en el que los escolares judíos, en la terminología oficial denominados sin miramientos «escolares de la fe mosaica», participaban al completo. No lo hacían por devoción, sino porque participar significaba una reducción de dos horas del tiempo de clase. Algunas pruebas ocasionales hacían poco aconsejable evaporarse de camino a la sinagoga, algo que, si a uno lo pillaban haciendo, se castigaba muy severamente. Pero aun así seguía siendo mejor soportar un sermón que la clase de geografía o de latín.

Y uno de esos sermones fue el que el rabino que nos había tocado a nosotros, Nussbaum, cuyo amanerado timbre resuena aún divertido en mis oídos, empezó con las siguientes palabras:

—¡Mis jóvenes y devotos oyentes! No quisiera remontarme demasiado atrás en la historia de nuestro pueblo. Aconteció en el año 2100 antes de la era cristiana…

Lo que entonces sucedió por desgracia se me ha olvidado. Solo sé que el concienzudo rabino no quería remontarse demasiado atrás.

De nuevo es necesaria una disculpa y probablemente no por última vez. El torrente de recuerdos al que estoy expuesto seguro que me pondrá en más de una ocasión en el aprieto, prácticamente inevitable, de ver que me ando por las ramas; ojalá pueda compensar la indulgencia del lector haciéndole lo uno tan poco aburrido como lo otro.

La historia que acaba de venirme a la cabeza en relación con la «era cristiana» y el calendario judío me la contó hace unos veinte años George London [25], el barítono americano que por aquel entonces estaba en los comienzos de su carrera, que por desgracia concluyó demasiado pronto (era, además, un magnífico narrador de historias judeoamericanas). Desde una mesa contigua debió de haber visto y oído lo que un día, a la hora del almuerzo, aconteció en uno de los más elegantes y lujosos restaurantes de Park Avenue en Nueva York: en el local aparecieron dos judíos inequívocamente ortodoxos, miraron confusos a su alrededor, se percataron demasiado tarde del manifiesto error que los había llevado hasta allí y, titubeando, tomaron asiento. Sin duda para no vulnerar las leyes alimentarias, pidieron muy poco y todo inofensivo, queso fresco y macedonia, un pedido que el camarero recibió con la nariz descaradamente arrugada. Arrugando aún más la nariz reaccionó el *sommelier*, cuando le devolvieron la carta de vinos sin haberla leído y cuando el más valiente de los dos, tras una desconcertante pausa, se atrevió a preguntar si tenían vino kosher. A ser posible del más conocido, el de la firma Manischewitz, supervisada por el venerable gran rabinato.

El *sommelier* dijo todo estirado que trataría de procurárselo.

En efecto, pasado un rato, trajo lo deseado en una cubitera de plata.

El que la había pedido sacó la botella, comprobó la etiqueta y se dirigió al desprevenido *maître*:

—Dígame… ¿5712 fue un buen año? [26]

Vamos con las historias del profesor de religión Grün, y antes aún rápidamente a la rabiosa reivindicación de los derechos de autor de esas historias que hizo Ernst Deutsch. La reivindicación era totalmente justa. El acceso de rabia lo había provocado yo cuando, en una conversación que trataba de cosas completamente diferentes, había hecho la observación, ignorante e inocente, de que lo que se acababa de decir me recordaba una historia que Franz Werfel me había contado de Grün, su profesor de religión: «No sé si lo conoces; Werfel, por cierto, lo copia estupendamente, al menos yo tengo esa impresión…» y ya no pude continuar. Mientras decía estas palabras aquel rostro de actor había ido adquiriendo un tono cada vez más amenazante y empezaba ya a tornarse ligeramente violeta… Entonces su dueño estalló como un trueno, con aquella voz amenazante y metálica, a la que por lo general solo recurría en sus terribles arrebatos en escena:

—¿Qué significa eso de si lo conozco? ¿De qué estás hablando? ¡El rebe[27] Grün fue mi profesor de religión, no el de Werfel! Y ¿qué significa eso de que Werfel lo copia? ¡Qué descaro! ¡No copia al rebe Grün, me copia a mí, igual que yo copio al rebe Grün! ¡Sus historias solo las sabe gracias a mí! ¡Haz el favor de tenerlo en cuenta!

De haber afirmado que en 1917 no él, Ernst Deutsch, sino Fritz Kortner, había obtenido un gran triunfo en Dresde con el *Hijo* de Hasenclever[28], no habría podido descargar sobre mí mayor tormenta. Y tenía, esto tuve y tengo que reconocerlo, motivos para ello. Porque las historias del rebe Grün forman parte de las exquisiteces del tesoro de anécdotas de la vieja Praga; Ernst Deutsch y también, apenas me atrevo a añadirlo, Franz Werfel, gracias a su magnífico talento imitativo, las contaban espléndidamente y comparten el destino de todas las historias que dependen de la maestría narrativa: es muy difícil y se pierde mucho al reproducirlas por escrito.

Grün, el profesor de religión, al que se le adjudicó el título de rebe con una infantil intención denigrante, no en virtud de sus atribuciones como rabino, ni siquiera de su erudición, como la que acredita el título de rebe entre los judíos orientales… el rebe Grün daba clases de «religión e historia bíblica» a los alumnos de la fe mosaica en algunos de los liceos de lengua alemana de Praga. Esta

actividad, en sí poco envidiable, era para él aún más amarga porque se dejaba arrastrar por una particular especie de asociación de ideas que lo exponía al sarcasmo de los escolares mosaicos en mucha mayor medida de lo que ya era costumbre en la asignatura de religión, en la que, como es sabido, no se podía suspender. Entre otras cosas, el flujo de sus pensamientos, que de manera alarmante rayaba en la esquizofrenia, se manifestaba con dos cadencias completamente distintas: una, sosegada y patética, se refería a la materia de clase; con la segunda, nerviosa y a veces irritada hasta quebrarse, se defendía de los intentos de interrumpirle de los escolares.

—Y los hijos de Israel —decía— atravesaron el desierto y acamparon junto a una cisterna…

Un alumno, simulando interés en la clase, pregunta:

—Por favor, señor profesor, ¿qué es una cisterna?

Grün hace como si no hubiera oído nada:

—Y, cuando los hijos de Israel estaban ya acampados, se alzó en medio del…

—Por favor, señor profesor, si no sé lo que es una cisterna no puedo seguir la clase —insiste el niño repelente.

A partir de ese instante tanto los pensamientos como la voz de Grün oscilaron entre el esfuerzo de retomar el hilo de su discurso y el intento casi igual de desesperado de reprender al perturbador, sin negarle la información, supuestamente necesaria:

—A ver, los hijos de Israel, en su marcha por el desierto, habían… no sabe lo que es una cisterna… habían acampado junto a una cisterna… llega hasta séptimo curso y no lo sabe… y cuando ya habían acampado… la mayor de las vergüenzas, el año que viene terminará el colegio y pregunta qué es una cisterna… de entre los hijos de Israel se alzó… en el centro… en medio del desierto… se alzó… —soltando un repentino tiple al preguntón que seguía levantado, muy modosito—: ¡¡¡Una cisterna es un agujero en Oriente!!!

No obstante, a veces sus pensamientos también podían perder el hilo sin ayuda de los escolares. Como ejemplo clásico de tal confusión puede servir el comienzo de una de sus clases sobre los macabeos:

—El padre de la dinastía de los asmoneos, de la que salieron los

macabeos, fue Matatías. Matatías tuvo cinco hijos: Eleazar… Judas, después llamado también Judas Macabeo… Johanán… no, Johanán era el mayor, así que Johanán… Judas… Simón… Johanán… pero a este ya lo teníamos, quiero decir Jonatán… —se encasquillaba cada vez más y volvía a empezar para ordenar la secuencia—: Matatías tuvo cinco hijos. Se llamaban… Johanán… Simón… Judas… en realidad el más importante, porque después lo llamaron Judas Macabeo… Jonatán… no, Eleazar… —nuevo impulso, otra vez desde el principio—: Matatías tuvo cinco hijos. Johanán era el mayor, pero Judas el más importante… y entre medias Simón… me falta todavía el quinto… a Eleazar ya lo tengo…

Se calló, en sus pensamientos repasó una última vez las posibilidades que aún le quedaban y anunció con resolución definitiva, incontestable:

—Matatías tuvo cinco hijos: Judas, Simón y Eleazar.

Años después, cuando Ernst Deutsch, convertido ya en estrella del teatro berlinés, vino a Praga para actuar con una compañía invitada, se encontró por la calle con su antiguo profesor de religión, que entonces gozaba ya de un bien ganado derecho a la senilidad. Deutsch se detuvo, se quitó el sombrero para saludarlo y tuvo la satisfacción de que el viejo rebe Grün lo reconociera:

—Ernst Deutsch, ¿no es cierto?

—Sí, señor profesor.

—¿Dónde vive usted ahora?

—En Berlín.

—En Berlín… vaya, vaya… ¿cuánto paga usted allí?

Como no esperó una respuesta, sino que continuó su camino asintiendo amablemente, nunca se sabrá si se refería al alquiler, a los costes de vida en general, al impuesto cultural o a cualquier otra cosa.

No puede ignorarse que para los miembros de las comunidades israelitas el momento del pago ha tenido siempre un papel muy significativo (y aún lo tiene allí donde siguen existiendo estas comunidades). Destacaba por encima de otros muchos aspectos: entre estos a la caridad se le daba una importancia enorme, no porque la caridad aporte réditos (lo cual sería una idea en los antípodas de lo judío), sino porque significa el cumplimiento de un mandamiento divino, por el que no se puede esperar

agradecimiento alguno; al contrario: según la concepción judía hay que estar agradecido al que recibe la caridad por el hecho de que nos permite llevar a cabo una acción grata a Dios. Sea esto dicho de paso y tal vez para comprender como es debido una buena parte de los denominados «chistes de sacacuartos» (al menos aquellos que, en efecto, se corresponden con la mentalidad judía).

Así pues, se sacaban cuartos con todos los fines posibles, buenos o presumiblemente buenos; en todas las comunidades había numerosas organizaciones que no se ocupaban de otra cosa, y los costes de su actividad propagandística (cartas, folletos, actividades, loterías) aumentaban en función de lo elevado de la suma que se fuera a recaudar.

Por eso la Asociación para el Apoyo a los Universitarios Judíos Necesitados no podía dejar de editar un folleto a favor de la construcción de una «Mensa Academica Judaica» para aquellos estudiantes que no pudieran o no quisieran comer en los comedores estudiantiles. Asociaciones de apoyo similares las había en todas las ciudades universitarias de la monarquía y sus Estados subsiguientes. La asociación de la que se habla aquí estaba casualmente en Viena, pero bien habría podido estar en Praga, en Cracovia o en Chernivtsi. La localización precisa responde a motivos de exactitud histórica (que me esfuerzo en observar lo mejor que puedo), en parte porque supone al mismo tiempo una indicación de las fuentes: fue mi amigo y coetáneo Walter Engel, hijo del entonces presidente de la comunidad religiosa israelita de Viena (y después *spiritus rector* del Literatura en el Mercado de Golosinas, el cabaré más famoso de Viena), quien me confió un suceso de su infancia relacionado con aquel folleto.

El folleto, cuidadosamente corregido y presentado, empezaba (tal como convenía al espíritu ávido de formación de aquellos días) con una cita, y por cierto con una cita en inglés: *Knowledge is power* (conocimiento es poder). Evidentemente el pequeño Engel ya sabía leer por aquel entonces, pero de inglés no sabía nada. Tal vez había oído en alguna ocasión que pobreza venía de *pobreté* [29], o tal vez tampoco… Sea como fuere, deletreó las palabras inglesas igual que estaban escritas, las pronunció en voz baja y le pareció que lo que decían era muy convincente: un estudiante, al parecer del este, de nombre Knowledge, era *powre*, y había que hacer algo

por él.
El esfuerzo por superarse también en cuestiones de lengua (en el fondo una ambición social que se remonta a los principios de la emancipación) dio las flores más curiosas y, por ejemplo, llevó a los emigrantes de las partes orientales de la monarquía a caer en el uso de un alemán estándar totalmente carente de base, que en relación con la forma normal de expresión casi resultaba arcaico.

En este contexto se incluye el consejo que me dio mi vecino en el denominado «baño seco» de un balneario vienés (la institución de la sauna aún no existía) sin habérselo pedido:

—Cuando salga usted del baño, debe comerse siempre una naranja —me advirtió con una dicción totalmente correcta, y añadió con énfasis—: ¡Eso *aplaca*!

Notable es también la iracunda exclamación que un jugador de cartas de un café de la Leopoldstadt[30] (el segundo distrito de Viena, habitado entonces casi exclusivamente por judíos) dirigió a un mirón de lo más pesado:

—¡Caballero! —exclamó—. ¡Por su culpa voy a tener que *evitarme al* café!

Por cierto que a los oídos más agudos no se les habría pasado por alto que dijo «*al* café» en lugar de «el café», una dejadez en la declinación que merecería un análisis más profundo, sobre todo de la diferenciación entre la confusión oriental y la bohemio-morava del dativo y el acusativo. Esta diferencia se manifestaba también en el maltrato regional de las vocales modificadas[31]; por ejemplo, en un checo del tipo Schwejk[32] estas vocales sucumbían a otras leyes fonéticas que en un redactor del *Diario de Praga*, y en el dialecto de los extrarradios de Viena, sonaban diferente al argot de alguien de Chernivtsi. Fritz Grünbaum, aquel listísimo habitante de Brno, maestro conferenciante de profunda formación y con conciencia de clase, planeó en una ocasión una tesis doctoral «Sobre el rechazo moravo al dativo» y construyó la frase modelo: «Prefiero sentarme *al* café»[33].

Pero eso nos llevaría de nuevo precisamente a ese excurso lingüístico del que, con mucho trabajo, habíamos partido. No nos salgamos, pues, del tema.

De cascarrabias excéntricos (y otro personal)

El tipo del solterón excéntrico, tal como lo encarnaba espectacularmente el tío Hahn, no era ninguna rareza en los círculos de la burguesía aquí dibujada ni tampoco en los de la bohemia marginal. Este tipo no tenía por qué anularse bajo la influencia de su entorno: mientras ese entorno se abstuviera del vano intento de someterlo a sus convenciones, podía encontrar un modo de convivir en paz con él y entonces no solo lo toleraba, sino que también lo mimaba como apreciado objeto de un mecenazgo que, en secreto, lo envidiaba por su particular actitud ante la vida y lo resarcía de cualquier fracaso que hubiera sufrido por su propio comportamiento culpable. Si además tenía sentido del humor y era culto, había vivido experiencias exóticas o poseía un talento oculto, tanto mejor. Pero también bastaba con que fuera raro.

Circunstancias afortunadas permitieron que en una ocasión llegara hasta a hacerme una idea de la vida amorosa, prácticamente inexistente, de esta especie, en una época en que mi pubertad se estaba desarrollando sobre unos cimientos inundados de pasión y de lirismo. Un momento cumbre de mi sufrimiento se alcanzó un verano en Alt-Aussee: allí, entre los clientes habituales (a costa de amigos pudientes), se encontraba desde hacía muchos años el doctor en jurisprudencia Heinrich Fränkel, «el letrado más antiguo de Viena», según sus propias y orgullosas palabras, aunque en realidad nunca tuvo la menor ambición de llegar a practicar la abogacía. Por aquel entonces ya debía pasar de los cincuenta y el reconfortante consuelo que me brindó en el curso de un largo paseo destilaba prácticamente a partes iguales el aroma del licor de genciana que él tanto apreciaba y la sabiduría de la vejez. Para

convencerme de la infamia del sexo femenino en general y del sinsentido de mis penas de amor en particular, desplegó ante mí su filosofía de vida, llena de experiencias, que se aproximaba de forma muy curiosa a las tesis defendidas por Wedekind y Karl Kraus [34] en su juventud y que más o menos concluía que «el amor» en el mundo burgués era siempre y en todas partes algo asequible y que por ello era mejor disfrutarlo al instante de la mencionada forma asequible, que esa era la solución más decente y que él la había hecho suya ya a muy temprana edad. Que me la recomendaba también a mí para prevenirme de futuras decepciones. Porque todas las mujeres, hasta las denominadas decentes, en el fondo eran unas fulanas.

Guardé silencio, no porque estuviera de acuerdo, sino porque no quería contradecir a alguien que era sus buenas tres décadas mayor que yo.

Que tan solo una vez en la vida, continuó diciendo después de una pausa, había dado con una excepción a la regla, una mujer a quien había conocido en un baile, y que después, animada por el vino y la dulzura del vals, lo había llevado a su casa; aún la veía, sentada con su *negligé* delante de la cómoda con el espejo de tres cuerpos, quitándose los pasadores y las horquillas de su alto peinado, mientras él la contemplaba desde el sofá, dichoso y esperanzado. Y que entonces ella se había vuelto hacia él, diciendo:

—Pero no se imagine nada, doctor… A mí puede tenerme cualquiera.

Heini Frankel había llegado al final de su relato. Ensimismado contempló la comarca del Aussee, vestida de verano, antes de añadir a modo de conclusión:

—Ha sido la única mujer decente con la que he tenido algo que ver en mi vida.

Gusto por la bebida y menosprecio de las mujeres eran también rasgos esenciales de Dschingo Deutscher, por lo demás hombre de una índole bien diferente. No sé cuál era su verdadero nombre de pila, también lo perdí de vista muy rápidamente, pero lo recuerdo con gran respeto por dos motivos: fue uno de los primeros nadadores y jugadores de waterpolo austríacos, estuvo a punto de participar en 1912 en las Olimpiadas de Estocolmo y se contaba por tanto entre los pioneros de una rama del deporte en la que yo,

mucho después, me hice también con algunos laureles (para algún lector aislado de mi novela *El equipo* [*Die Mannschaft*] esto no será nuevo: los demás habrán de conformarse simplemente con esta noticia); y además, o precisamente por ello, Dschingo Deutscher fue el protagonista y el autor del titular de prensa probablemente más sorprendente que haya aparecido jamás en la sección «Sala de Audiencias». Decía: «No me he bañado aquí; he vuelto a casa nadando».

Y fue por lo siguiente: poco después de la Primera Guerra Mundial empezó a edificarse a orillas del Danubio, en la región de Klosterneuburg, el balneario de Kritzendorf, que en los años siguientes conocería un gran auge. Sin embargo, al principio no consistía más que en unas casetas de baño, algunas apenas mayores que un amplio vestuario, otras amuebladas ya con algo de comfort, precedentes de los bungalows de fin de semana, tan apreciados después. Un matrimonio amigo de Dschingo Deutscher era dueño de una de esas casetas de baño y lo habían invitado. Si se habían olvidado de la invitación, si Dschingo se había confundido de día o si sencillamente había llegado demasiado tarde, eso da igual: cuando, ya a la puesta de sol, llegó a la caseta, la encontró cerrada y, viendo la playa vacía de gente, no creyó necesario buscar a los propietarios. Por aquel entonces los medios de transporte entre Viena y las afueras eran muy precarios: aún no había autobuses, los vehículos privados y los taxis eran algo muy raro, y Dschingo, al volver a la estación, hubo de comprobar que el último tren a Viena había salido ya. Volvió nuevamente a la caseta con la esperanza irracional de que, entretanto, sus anfitriones hubieran aparecido o estuvieran durmiendo y lo invitaran entonces a entrar. Naturalmente ninguno de estos supuestos se dio, y Dschingo, además de ante la caseta de baño tercamente cerrada, se hallaba también ante la tesitura de cómo regresar de Kritzendorf a Viena. De no haber vivido en la Rossauer Lände, uno de los barrios situados a orillas del canal del Danubio, de seguro que no le habría quedado más remedio que un fatigoso camino de vuelta a pie de más de una hora. Pero entonces pensó en su pasado de nadador, se quitó la ropa al abrigo de la noche que ya caía, hizo con ella un hatillo que metió en la caseta por una rendija abierta en la parte superior y lanzó su cuerpo fuerte, aunque también ligeramente

regordete, a las aguas del Danubio. En la esclusa de Nussdorf entró en el canal del Danubio y poco después de medianoche el vigilante que estaba de servicio en el puente de Brigitta vio encaramarse a la orilla una figura masculina, desnuda, empapada. Como era su obligación, se dirigió hacia él con una pregunta que es habitual en las denominadas «comprobaciones», es decir, cuando se detiene a personas sospechosas. Preguntó (y Dschingo jamás olvidaba en este punto de su relato lo que para él constituía el auténtico clímax de la historia):

—¿Lleva usted alguna identificación?

La respuesta se formuló entre comentarios despectivos sobre la falta de inteligencia de la pregunta, y dado que el interrogado, como constaría más tarde en las actas, por lo demás también «había dado muestras de una actitud remisa y ridiculizado la acción oficial con declaraciones increíbles», fue detenido al punto y, tras cubrir sus desnudeces con la capa del policía, conducido a la garita más cercana. Allí se comprobó que era cierta la increíble afirmación de que vivía en una casa de alquiler cerca del puente de Brigitta y, por falta de testigos en aquella zona, completamente muerta por la noche, no se le pudo acusar ni de escándalo público ni de delito contra la moral pública. Por otro lado tampoco querían dejarlo marchar sin algún castigo. Así pues, lo acusaron por lo menos de «bañarse en un lugar prohibido» y contra esta acusación Dschingo Deutscher respondió con el argumento citado al principio como titular de periódico, y que ahora ya no resulta tan desconcertante. En efecto, no se había bañado. En efecto, había vuelto a casa nadando.

Mi relación, por desgracia breve, con Dschingo Deutscher la propició nuestro amigo común Ernst Stern, con el que tuve un contacto sumamente intenso en mis años de juventud y que influyó en mi desarrollo de manera considerable (era unos años mayor que yo). No sé si en realidad forma parte de la lista de tipos curiosos que describo aquí; en cualquier caso tampoco sabría en qué otra «lista» incluirlo, con lo que ya queda indicado que era una personalidad totalmente única, un producto mixto de inteligencia, dones y *moral insanity*, ingenioso hasta el cinismo y en general un tipo tan variopinto y ambiguo como solo podía germinar por aquel entonces en la fachada de una sociedad decadente y al que nadie

podría hacer imaginable o creíble. Procedía de una buena familia burguesa, se movía con una gracia que contrastaba llamativamente con su figura de huno, valoraba mucho las buenas maneras y se esforzaba por demostrar sus conocimientos lingüísticos, una forma de expresarse plagada de extranjerismos, tan retorcida y divertida que solo el inglés tiene una denominación acertada para ella: *sophisticated*. Cuando lo conocí, y este es otro motivo de que le rinda homenaje a continuación de Dschingo Deutscher, era un nadador de éxito, miembro, igual que yo, del club deportivo judío Hakoah, del que salían maestros austríacos en casi todas las modalidades deportivas; luego se cambió a la lucha, que más tarde practicó también de forma profesional en tiempos en que andaba mal de dinero (una profesión verdadera no la tuvo jamás); otra parte de sus ingresos, bastante dudosa, la obtenía jugando a las cartas, y en secreto trabajaba en un tratado de teoría del conocimiento, dirigido contra Bertrand Russell y los lógicos del Círculo de Viena congregados en torno a Schlick y Carnap [35] (a la mesa fija que tenían en el café Herrenhof la denominaba «El sabio Russell»). Los conocedores de la materia, a los que él permitió echar un vistazo a su trabajo, se mostraron muy impresionados y le auguraron un gran futuro.

Naturalmente a mí no me permitió echar tal vistazo, para eso yo le parecía demasiado tonto e ignorante. El filósofo que había en su interior se me revelaba como mucho en algunos momentos en que mi cariño por él le ponía demasiado nervioso; entonces me agarraba de una manera particular que en el lenguaje especializado se conoce como un «Nelson simple», y entre los jóvenes camorristas como «llave de estrangulamiento»: me rodeaba el cuello con el brazo izquierdo y me apretaba la cabeza hacia abajo, con la derecha me ponía delante de la cara *Sobre el arte de tratar a las mujeres* de Schopenhauer [36] y me obligaba a leer algunos pasajes en voz alta.

La envergadura de su ser, esa polarización entre un físico brutal y un intelecto superior, se puso de relieve de manera muy grata en una ocasión en que volvió a celebrarse en el circo Renz un torneo de luchadores profesionales y en la que Ernst Stern, adornado con el sobrenombre de «el Hércules judío», venció en uno de los pocos combates no amañados al temido maestro alemán Kornatz, y además en el último momento, porque Kornatz ya casi había

conseguido «encajarle» un «puente», una posición defensiva muy arriesgada, y de repente, gracias a un «rulo» igualmente arriesgado de Stern, se vio inmovilizado de ambos brazos. El torneo causó sensación y a su término Stern se vio rodeado y acosado a preguntas en el vestuario por un tropel de excitados periodistas. Uno quería saber qué era lo que se le había pasado por la cabeza en ese segundo decisivo. Stern no se opuso a responder (con una ironía que no detectó quien le había hecho la pregunta):

—Realmente ha sido muy desagradable —dijo—. Ese Kornatz me estaba dejando sin aliento apretándome por arriba, por abajo sentía la colchoneta cada vez más cerca. Y entonces pensé: un judío tiene que estar en el café.

Allí, y concretamente en el café Herrenhof, el punto central de la vida literaria y cultural de Viena, Ernst Stern se pasaba en efecto la mayor parte del tiempo, envuelto en partidas de póker que le procuraban sus ingresos, o bien en platónicos debates; entremedias acudía también al vecino café Central, donde, como además era un excelente jugador de ajedrez, resultaba un compañero muy oportuno para los grandes maestros que se sentaban en la famosa «sala de ajedrez». Me avergüenzo al recordar una tarde en que nos hizo ir al café Central a un amigo común y a mí y, como se retrasaba mucho, nos entretuvimos jugando una partida de ajedrez. Algo que nos iba a costar caro a los dos diletantes. El gran maestro Tarrasch, que andaba por allí sin hacer nada, fue anotando traicioneramente la partida, y cuando llegó Stern no solo la repitieron él y Tarrasch para regocijo de los demás jugadores, sino que la fueron comentando al estilo de las revistas especializadas:

—Al parecer se trata de una variante de la apertura Réti-Zuckertort[37] utilizada por primera vez en Göteborg en 1913 —dijeron al cuarto movimiento, con el que yo estaba ya prácticamente en situación de mate, y luego, con una neutralidad excesivamente seria, apuntaron que Capablanca había respondido a un movimiento similar en el campeonato mundial contra Lasker abriendo el alfil del rey… algo que, por supuesto, mi compañero no había hecho. Es, como he dicho, un recuerdo humillante.

Por cierto, Ernst Stern, en la sala de ajedrez del café Central, y única y exclusivamente allí por lo que me consta, hacía buena gala de una modestia que por lo general no tenía y que en las

discusiones cuyo tono le desagradaba sustituía por una arrogancia sin disimulo.

—Déjese de esos comentarios de paleto —dijo una vez, volviéndose con voz soñolienta y gesto aburrido hacia un interlocutor que no era de su gusto—. No me agradan.

Y, si el tipo continuaba, seguía una segunda advertencia, más enérgica:

—Me resulta usted muy pesado, señor mío. Váyase sin más demora, de lo contrario voy a tener que echarlo de la mesa por la fuerza bruta.

Cosa que, en efecto, sucedía de vez en cuando para asombro del afectado, que, atónito y desamparado, no se había tomado en serio el aviso, por culpa, probablemente de su graciosa formulación.

En cuanto a ese estilo expeditivo (del que Stern no era el único en hacer uso, véase el capítulo del doctor Sperber), a menudo me he preguntado qué efecto habría surtido por ejemplo en alguien que no estuviera iniciado en él, o en un testigo casual de tal acrobacia verbal y de tales escenas, pues se sucedían constantemente. Uno de sus escenarios era el «pequeño» café de l'Europe, que, a diferencia de sus predecesores y de sus sucesores, no estaba en la misma plaza de San Esteban, sino en la contigua calle de Jasomirgott: para nosotros era el café habitual de última hora, después de que a medianoche cerrara el café Herrenhof. El de l'Europe, al que volveré en otro lugar, estaba abierto hasta las cuatro de la mañana y pertenecía a tres hermanos apellidados Blum, de los cuales a uno no se lo veía jamás y a otro solo de cuando en cuando. Un tercero, Jozsi, era el auténtico director, se preocupaba de forma conmovedora de que estuviéramos a gusto e incluso de madrugada estaba dispuesto a cumplir cualquier deseo culinario que se nos ocurriera, mientras que la preocupación de su hermano pequeño, que de vez en cuando lo sustituía y al que llamábamos «el falso Blum» sin más, se limitaba a ofrecernos pasta al huevo: para otra cosa no daban o su fantasía o su relación con la cocinera. Cuando una noche volvió a ofrecernos su deficiente servicio y a nuestra pregunta, repetida varias veces, de qué tenían ese día para comer, nos ofreció la pasta al huevo, rechazada ya en varias ocasiones,

Ernst Stern se levantó con toda su colosal estatura y le espetó la siguiente advertencia:

—¡Blum! El número de dueños de cafés sobre los que me he orinado es legión. ¡Diga otra vez «pasta al huevo»… y habré incrementado sus filas!

Entonces Stern volvió a sentarse; Blum, humillado, se largó a la cocina para encargar escalopes a la vienesa con ensalada de patata, mientras la expresión de la clientela revelaba notables dudas sobre si habían oído bien o si no estaban acaso soñando.

Hacían bien en considerar esta posibilidad porque una tarde (Stern y yo nos habíamos encontrado por casualidad en la plaza de San Esteban a esa hora poco habitual) ocurrió lo siguiente: en la puerta del café de l'Europe apareció un individuo colosal, el propietario lo saludó con un cariñoso «¡Hola, Ernstl!», pero este, sin devolverle el saludo, se dirigió al camarero que servía los dulces y que justo en ese momento llevaba la bandeja con sus tartas, bollos y pasteles. El coloso cogió una tarta de manzana, la devoró allí de pie (cosa que el camarero permitió sin la más mínima señal de asombro), sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta, lo desdobló como para leer un discurso, declaró con voz excesivamente chillona: «¡Por la presente degrado el café de l'Europe a la categoría de dulcería… aquí no voy a pagar!», y salió del local, sin hacer caso al propietario, que de nuevo volvió a decirle: «¡Adiós, Ernstl!».

Daría algo por saber qué pensaron los clientes del café de l'Europe al ver esta escena. Pero mi curiosidad quedará para siempre sin saciar, a diferencia de la de Margarita en la primera parte del *Fausto* [38] .

Habría que señalar aún un episodio que ocurrió la víspera del 1 de mayo de 1933, día en que no solo los socialdemócratas organizaban su tradicional desfile de mayo, sino que, por vez primera, también los nacionalsocialistas habían obtenido el permiso correspondiente. Eran, en cualquier caso, tiempos cargados de desgracias: la llegada al poder de Hitler poco antes en Alemania había dado lugar a un

aumento de las tensiones políticas en Austria, la policía había decretado estado de máxima alerta para el 1 de mayo, en la Ópera y en otros cruces importantes se habían colocado barreras, y ya en la víspera pudieron verse claras señales de los disturbios que se esperaban.

De nuestro grupo en el café de l’Europe formaba parte por aquel entonces también un joven funcionario socialdemócrata, cuya actitud fanfarrona nos molestaba mucho y que sometía a duras pruebas las simpatías de todos nosotros por su partido (como aún vive, no diremos su nombre). Esa noche volvió a efectuar sus nerviosas rondas de inspección, aparentaba que le habían encargado ir en secreto a la central del partido y, al volver, se sumía en un significativo silencio al que, no obstante, y para su decepción, que ocultaba muy mal, nadie prestaba atención.

A la tercera o cuarta vez, Ernst Stern le hizo el favor y se dirigió a él para preguntarle, en el tono con el que se anima a hablar a los niños deficientes o introvertidos:

—Bueno, querido… ¿qué es lo que va a pasar mañana?

El finalmente interpelado levantó lentamente los hombros aplastados por la carga de sus informaciones secretas:

—Ya… ¿es que acaso soy un profeta?

—Al contrario —dijo Stern—. Usted es un socialdemócrata.

Lo realmente encantador de esta réplica es menos la lógica gracia que la contundencia de la aguda antítesis que ofrecía. Una última anécdota puede ilustrar lo que digo.

Si una conversación de sobremesa le resultaba aburrida o empezaba a perderse en murmuraciones insignificantes, Ernst Stern no tenía el más mínimo reparo, ni la más mínima dificultad, en dormirse en la mesa. De vez en cuando se despertaba y soltaba algunas observaciones mordaces, luego los ojillos, siempre un poco rasgados, con unas suaves ojeras de grasa, volvían a cerrarse y continuaban durmiendo pacíficamente, a menudo media hora, y tal vez en posesión de un olfato muy efectivo para saber si merecía la pena despertarse un rato o no.

Una noche en el café de l’Europe no parecía ser ese el caso en absoluto. Hacía tiempo que la

conversación se había diluido en una charla insignificante y en diálogos aislados, y mi contertulio me contó sin motivo particular la visita que había hecho a mediodía a un catedrático de universidad en las afueras, en Penzing, en la calle Hadik, es decir, mucho más allá de la zona de la ciudad por la que acostumbrábamos a movernos. Resultó que yo también, y esa coincidencia no dejaba de parecerme extraña, había ido unos días antes a visitar a alguien en la calle Hadik, pero no podía recordar a quién. Traté de recordarlo a toda costa, me esforcé en pensar y acompañé esa insignificante actividad con las palabras:

—Calle Hadik… calle Hadik… allí vive alguien…

Posiblemente lo dije demasiado alto y molesté a Ernst Stern, que dormitaba a mi lado… Por una razón u otra, levantó la cabeza, me miró con gesto de reproche y dijo:

—Claro que sí vive alguien allí. De lo contrario no sería una calle, sino un faro.

Si tuviera que dar un ejemplo del perfecto funcionamiento de una máquina de pensar, diría esta frase. Representa prácticamente todo lo que me fascinaba de mi amigo Ernst Stern y por eso lo echo tan irremisiblemente de menos (un comando asesino de los nazis acabó con su vida). Ya dije de antemano que no necesariamente había de formar parte de los tipos excéntricos que se describen aquí. Pero sí que ha de formar parte necesariamente de este libro.

Como excéntrico manifiesto hay que clasificar al señor Buchsbaum, un amigo de nuestra familia y, al igual que el tío Hahn, el tipo clásico del solterón. Compartía su existencia con un ama de llaves bohemia de su misma edad llamada Karolin (acentuado en la primera sílaba) y con un perro salchicha llamado Waldi, principalmente con el perro, por lo que Karolin concentraba en este, para vengarse del desprecio del señor Buchsbaum, un exceso de sentimientos: el amor que ambos profesaban a Waldi no suponía en modo alguno un alivio para las hostilidades entre el señor y su ama de llaves, ni mucho menos un acercamiento. Al contrario, esta situación conducía a un trato ritual que no tenía nada que envidiar a una gélida animosidad. Conocí la ceremonia tipo de este ritual en diversas ocasiones en las que me encontré al señor Buchsbaum en uno de sus paseos con Waldi y lo acompañé hasta casa.

Las hostilidades empezaban ya por el mero hecho de que el

señor Buchsbaum no llevaba nunca la llave de casa. Llamaba al timbre. Evidentemente quería forzar a Karolin, que tenía muchas varices, a salir de la cocina y cruzar la larga antesala. Karolin abría, y ya en la misma puerta se escenificaba un tempestuoso saludo entre ella y Waldi. El perro se le subía de un salto, Karolin lo acariciaba y le soltaba un auténtico torrente de palabras cariñosas, hasta el punto de que el exceso de ternura llegaba a suavizar un poco su cortante acento checo. De forma ostensible no reparaba en ningún momento en el señor Buchsbaum. Para ella solo existía Waldi:

—Bueno, aquí estás, mi Waldili… Ay, cómo me alegro de que vuelvas a estar aquí, ¿eh?… Tú también te alegras, has hecho tus cositas y ahora ya estás otra vez con tu Karolin y los dos nos alegramos, ¿no es cierto? Bravo, perrito, buen perrito, muy bien, Waldili, muy bien…

Así parloteaba sin parar unos minutos, mientras el señor Buchsbaum, sin decir palabra y tercamente ignorado, seguía ahí al lado. Inmóvil esperaba a que se agotara el torrente de palabras; luego se dirigía a Karolin con una sonrisa inimitablemente mordaz:

—Y a mí que me den por culo —decía.

Lo decía regularmente, lo decía siempre desde hacía años, y con igual regularidad Karolin se cuidaba de que pudiera decirlo. Ninguno de los dos se imaginaba nada al decirlo, ambos parecían simplemente estar siguiendo una costumbre convertida en formalismo, cuyo significado y origen hacía mucho tiempo que se les había olvidado. De esa forma, o de otra similar, me imagino que debió surgir el ceremonial de la corte española.

Aunque los pasajes previos se caracterizan por una clara falta de estructura y orden, me han procurado un montón de puntos de referencia que requieren urgentemente algunos añadidos. En esa necesidad y esa atracción constantes del «por cierto» radica la debilidad, imposible de dominar y confiada a la indulgencia del lector, de un reportaje como el que estoy tratando de hacer aquí: una y otra vez doy con tipos, situaciones y ambientes sobre los que, de inmediato y de forma inevitable, surge de mi memoria algo que forma parte intrínseca de ellos y que debe ser consignado. Ciertamente se trata de un defecto orgánico que va en contra de una rigurosa estructura de estos apuntes y que se resolvería mucho

antes con notas a pie de página si no existiera por su parte el peligro de otro defecto que hace ilegibles algunas obras académicas: que al final las notas a pie acaban abarcando un espacio mayor que el del propio texto.

Bueno, esta no es una obra científica, sino principalmente narrativa. Y por eso se le puede permitir recrear en cierto modo las notas a pie dentro del texto al que pertenecen orgánicamente. Tal vez incluso se demuestre que se hace justicia a su propósito de reproducir cosas narradas y habladas precisamente gracias a esta forma un poco difusa de reproducción, y que tras el aparente desorden impera, si no un orden orgánico, sí uno natural: el del relato.

Por ejemplo, la irreconciliable ama de llaves del señor Buchsbaum me lleva a la cocinera Fanny, también originaria de Bohemia (como en aquel tiempo la gran mayoría de los empleados de hogar austríacos) y durante muchos años factótum indispensable en la familia de mi amigo Hans Zeisel. La cabezonería de Fanny era de un carácter mucho más bondadoso que la de su colega Karolin. Principalmente se manifestaba en que, a toda costa, tenía que decir siempre la última palabra.

Un día que volvíamos a casa de mi amigo Hans después de un largo paseo, preguntamos, como era costumbre, si en nuestra ausencia había pasado algo y Fanny respondió:

—La señorita Bademacher ha llamado para informar de que mañana no puede venir.

—Muchas gracias, Fanny —dijo Hans—. Para mí es muy importante saberlo. Por cierto, la señorita se apellida Rademacher.

Fanny se encogió de hombros:

—A mí me ha dicho Bademacher.

De todas las últimas palabras, esa debió ser la última de todas.

Jamás me lo perdonaría si no recordara ahora a aquella anciana doncella de la princesa Sch., de nombre Anna y a la que llamaban Andulka, de la que todavía hoy los nietos de la princesa cuentan las historias más lindas; algunas de ellas han llegado hasta mí y al menos me gustaría reproducir una.

Naturalmente, Andulka, como la propia casa real, era de origen bohemio, naturalmente también ella se había convertido a lo largo de décadas de servicio en un miembro de la casa, y estaba fuera de

lo imaginable que se pudiera prescindir algún día de ella. Pero ese día se acercaba sin demora: la anciana Andulka enfermó y la enfermedad la llevó a la muerte. La princesa, no mucho más joven, iba a verla a diario, se sentaba junto a su lecho, la cuidaba, la consolaba. El objeto principal de este consuelo eran los tristes pensamientos de Andulka, que casi se culpaba de lo que haría la anciana princesa sin ella:

—Pronto tendré que abandonar a su alteza… ahora que su alteza está tan acostumbrada a mí… y ahora se quedará completamente sola… el serenísimo esposo de su alteza está muerto, Dios lo tenga en su gloria… y sus hijos no están aquí… ¿Cómo se las arreglará?… ¿Cómo se las arreglará?…

No le servía de consuelo que le aseguraran que lo de estar sola no era tan malo, que no solo tenía a sus hijos y nietos, sino también a amigos y empleados de confianza… La anciana doncella lo negaba con la cabeza. No podía hacerse a la idea de que ya no hubiera tarea alguna para ella o de que otra persona ocupara su lugar.

De repente, poco antes de abandonar este mundo, su rostro se iluminó:

—Pero tal vez pueda ayudar a su alteza en la resurrección —susurró.

Es una linda historia, verdaderamente conmovedora. Y lo más hermoso: que las dos, princesa y doncella, creían de todo corazón en esa posibilidad.

Brevemente aún un añadido sobre la resurrección: la hijita de diez años de un matrimonio amigo mío tenía que escribir un trabajo sobre ese tema y, con la fascinante objetividad de su infantil fantasía, esbozó una imagen del Juicio Final: Dios padre en su trono de nubes, delante de él la multitud de resucitados, detrás las puertas del cielo guardadas por ángeles… y entonces venía una frase, en la que cierto *pathos* bíblico, probablemente aprendido en la clase de religión, conducía a una curiosa unión personal entre papá y Dios padre: «A aquellos que estaban a su derecha, dijo Dios padre: “¡Venid, vosotros a los que he ungido!”. Pero a los que estaban a su izquierda les dijo: “¡Marchaos, que me ponéis nervioso!”».

Entreacto culinario

Entre el personal doméstico y la señora de la casa no hay mucha distancia, como no la hay entre la cocinera y la importancia del arte de cocinar, que en las casas de la burguesía venida a más, como ya se ha visto de mano de la tía Jolesch, siempre ha tenido un gran valor, tanto dentro de la familia como fuera. Había señoras cuya única ambición en la vida se limitaba a la hospitalidad de su casa y a la calidad de su cocina. Con proveedores de primera clase y una cocinera de primera categoría no les bastaba: había que añadir también una elevada dosis de compromiso y de responsabilidad personal. Señoras de este tipo iban al mercado con la cocinera (a la que no le iban en absoluto a la zaga ni en formación ni en capacidad), con gran conocimiento de causa escogían y probaban los materiales que iban a comprar y se pasaban horas al fogón, no solo para vigilar la preparación de la comida de los invitados, sino para participar enérgicamente en su creación. Cualquier plato que se sirviera en la mesa era una obra de arte culinaria; cualquier invitado que se sentara a la mesa se sabía custodiado por la atenta señora de la casa, que, discretamente, paseaba su mirada por todos los rincones para comprobar que todo estuviera en orden; nada se le pasaba por alto, tan pronto le hacía a la criada que servía la mesa la muda señal de llenar una copa de vino vacía como, divisando al otro extremo de la mesa al desdichado al que le había tocado un pedazo difícil de manejar de la parte trasera del asado de ganso, se dirigía inmediatamente a él con amable sonrisa y este salvador aviso: «Señor Popper, veo que está usted sufriendo… ¡Minna!», y en ese mismo instante Minna estaba ya sirviéndole un ala bien carnosa y jugosa. Lo cierto es que los invitados podían estar satisfechos con la señora de la casa, y la señora de la casa consigo misma.

Una de las representantes ideales de este tipo de señora vivía en

Praga y se apellidaba Löwenthal. Como en la jerarquía social de Praga existía la mayor reciprocidad imaginable entre «una casa bien llevada» y una buena posición, se consideraba un honor (eso al margen del placer) ser invitado a casa de los Löwenthal y de ahí se derivaba también el honor de invitar a los Löwenthal a la propia casa de uno. De vez en cuando, sobre todo en temporada alta, las invitaciones y contrainvitaciones se sucedían casi a diario, de forma que la señora Löwenthal se esforzaba sobremanera por estar a la altura tanto de sus obligaciones como invitada como de sus obligaciones como anfitriona.

Y así ocurrió que un día, todavía bajo la presión de los esfuerzos previos y pensando ya en los que tenía por delante, tomó asiento en la mesa puesta para los invitados, un poco distraída empezó a picotear el entrante que le habían servido (se trataba, según mis fuentes, de coliflor gratinada con salsa holandesa) y se llevó un primer pedazo a la boca.

En ese mismo momento su distracción dio paso a un súbito terror. Palideció, se sonrojó, retiró el plato con la cabeza gacha de pura vergüenza y dijo en medio del silencio causado por su llamativa reacción:

—Señores míos, debo pedirles disculpas. No tengo explicación para lo que acaba de pasar, probablemente estos últimos días han sido demasiado para mí, pero sea como sea: esto es incomible. Les pido disculpas.

Y levantó la mirada y vio que estaba invitada en otra casa.

El relato no dice si logró dar la vuelta a sus disculpas ni si consiguió que estas fueran aceptadas por los anfitriones.

Otro tipo de señora muy frecuente, relegada a un nivel menos noble, pero no ello menos respetable, lo personificaba la madre de la señora Elsa Brod (de soltera Taussig), la mujer de Max Brod [39], el respetado amigo de mi padre. De atormentar a la madre Taussig se cuidaban además de su hijita Elsa nada menos que seis hijos, que el padre Taussig, tempranamente fallecido, había engendrado a intervalos de un año y que, en palabras de la hermana, eran de carácter salvaje, indomable. Los domingos y días de fiesta se congregaban armoniosamente en torno al fogón materno, aunque la armonía también se manifestaba en el modo en que hacían público su desagrado ante los productos de tal fogón. Una de esas

manifestaciones me la describió la señora Elsa en una hora cargada de recuerdos.

Los seis hermanos descorteses estaban sentados a la mesa y mamá Taussig trajo de la cocina la sopera humeante, de la que fue repartiendo raciones con el gran cucharón de plata. Y los hermanos Taussig olieron los platos llenos que tenían delante. Luego, sorbiendo, tomaron una cucharada de prueba. Y entonces se levantaron uno tras otro, sin decir palabra echaron la sopa a la sopera y volvieron a sentarse en su sitio.

Pero, al otro extremo de la mesa, mamá Taussig, cada vez que vaciaban un plato, asentía resignada y contestaba al juicio sumario con un melancólico suspiro:

—Otro que va de vuelta…

Su hija Elsa afirmaba que en su resignación parecía un Job en femenino.

Uno de los seis hermanos se había traído, todavía en vida de su padre, todo tipo de tonterías modernas de un viaje a París, entre ellas unos zapatos de piel de serpiente (criticados por papá Taussig con la observación: «¡Llevas los zapatos igual que un animal!») y una predilección por las alcachofas, que fue calificada sin tapujos de extravagante excentricidad. No obstante, como los hermanos Taussig estaban acostumbrados a imponer sus deseos, la desdichada madre no escatimó ni esfuerzos ni costes en procurar esta verdura, para la Praga de la época en efecto un poco exótica, a fin de servírsela todos los domingos en el almuerzo al exigente hijo. Poco a poco también el escéptico cabeza de familia fue acostumbrándose a ella, sin alterar por esto su actitud de rechazo. Cuán profundamente arraigada estaba en él se pudo ver un domingo en que, estando ya congregados a la mesa sin que las alcachofas hubieran aparecido aún en el lugar de costumbre, papá Taussig gritó mirando a la cocina:

—¡Madre! ¿Dónde están los hierbajos del niño?

Desgraciadamente, en este contexto no puedo decir nada original del cómico Armin Berg[40], aunque podría contar muchas cosas encantadoramente divertidas de él. Al igual que muchas otras estrellas del firmamento del teatro y el cabaret vienés, era originario de Brno («de cerca de Brno», como solía afirmar su colega Fritz Grünbaum con la arrogancia de los nacidos de verdad

en Brno), y disfrutó de una gran popularidad por todas partes, allí donde, en lo que antaño fuera el dominio de los Habsburgo, se comprendía la variante del alemán que él cultivaba. Tal vez más adelante tenga ocasión de honrarlo a él y a los de su género; aquí hablaré de él solo al margen, únicamente por la inevitable presión del «a propósito de». En materia culinaria (estaba casado con una francesa) la casa Berg, que en la jerarquía social se hallaba más cerca de los Taussig que de los Löwenthal, era de primera categoría, claro que solo un día al año y naturalmente con ayuda de fuera. Esto requiere una explicación.

El día era el 24 de diciembre, más exactamente la noche de ese día, Nochebuena, en la que los teatros y los lugares de esparcimiento estaban cerrados y la gente de la farándula celebraba una Nochevieja adelantada, puesto que era su única noche libre. En la auténtica Nochevieja no tenían nada que celebrar, porque tenían que actuar, la mayoría en varios sitios. Y de este modo se había ido creando la tradición de entender la Nochebuena, sin quitarle por ello un ápice de su valor religioso, como una ocasión única para encuentros e invitaciones imposibles de otro modo.

Una de las más suntuosas, si no la más, se celebraba anualmente en casa de los Berg y, por cierto, con una afluencia colosal, no solo porque Armin Berg gozara entre sus colegas de una insólita simpatía, sino precisamente por la ayuda que requería de fuera: solo para esa noche sus hermanas venían solícitamente desde Brno, un total de tres, de complexión pequeña y robusta, y muy famosas por sus artes culinarias, que demostraban en un restaurante que regentaban juntas, uno de los más apreciados en la voraz capital morava. Popularmente era conocido, tomando como referencia el elegante restaurante vienés Los Tres Húsares y considerando las partes traseras especialmente pronunciadas de sus propietarias, como Las Seis Nalgas, y algún que otro *gourmet* debió de considerar seriamente trasladarse a Brno por esta razón. Pero en Nochebuena venían ellas en persona, cocinaban una exquisitez tras otra, no abandonaban la cocina más que para servir los platos y retirarlos y se mostraban a la altura del caudal de invitados con admirable cautela.

El caudal llegaba en tres grandes aluviones: el primero de ellos, compuesto por una media docena de invitados expresos, se

presentaba a las ocho en punto para la cena formal. Unas dos horas después empezaban a llegar quienes o bien habían organizado en su propia casa el banquete y los regalos[41], como solía ocurrir con los matrimonios con niños, o habían sido invitados antes en otro lugar. El caudal disminuía poco a poco, pero hacia medianoche cobraba un notable impulso gracias al tercer aluvión; incluso ya bien entrada la noche se registraba la presencia de algún que otro recién llegado. Y en todo ese tiempo, es decir, desde las ocho de la noche hasta la madrugada, las laboriosas hermanas se cuidaban casi sin pausa de que hubiera siempre comida recién hecha: en un momento sacaban un enorme puchero con sopa de guisantes, o bien otro igual con gulash, y entremedias enriquecían la ya de por sí riquísima oferta de salchichas vienesas calientes o de bandejas de embutido frío con huevos artísticamente rellenos o ensaladas de refinada composición, y no descansaban jamás.

Yo mismo tuve el privilegio, un 24 de diciembre a principios de la década de 1930, de formar parte del escogido círculo de invitados de las ocho, así como la suerte de sentarme al lado de un anciano experto en esas cenas, el cual, cada vez que me disponía a repetir un plato ávidamente (o incluso una guarnición), me daba una patada en la espinilla por debajo de la mesa para frenar mi voracidad y recordarme que dejara sitio para los placeres que estaban por venir (que él conocía por experiencia). Le sigo agradecido aún hoy.

Entre los que estuvieron ese día allí desde las ocho se encontraba Fritz Imhoff, el gran actor popular, que tuvo la mala suerte de ser coetáneo de Hans Moser[42], aún más grande que él: de lo contrario él habría sido el más grande. Comiendo sí que lo era. En cualquier caso, en esta cualidad superó a todos los presentes, incluidos los que llegaron después. Se dedicaba a los platos que se iban sirviendo para los sucesivos aluviones de invitados con tales ganas y tal velocidad como si acabara de llegar, y ciertamente con hambre.

A las dos de la madrugada se había llegado a un punto en que nadie podía más, de verdad que no. En la espaciosa vivienda se oían por todas partes los lamentos en voz baja de los fatigados huéspedes, que con la mirada vidriosa cedían a su agotamiento y que para comer ya solo aceptaban moca, aguardiente estomacal o

soda. Fritz Imhoff, con el cuello y la pretina del pantalón desabrochados, estaba sentado en un rincón, respirando con dificultad. La impresión de un boxeador al que han dejado *groggy* se acentuaba aún más viendo a su mujer, de pie a su lado, abanicarle con un pañuelo blanco.

De repente se abrió la puerta y salieron de la cocina las tres hermanas, cada una llevando con las manos bien levantadas sendas bandejas de canapés de hígado de ganso. De lejos, de muy lejos, parecían efebos femeninos, tal como quizá utilizaba el emperador Tito a los judíos cautivos, y avanzaban por la sala, balanceando provocadoramente las alargadas bandejas con la exquisita carga y moviendo el trasero al paso de sus cortas piernas.

A Imhoff le había costado abrir del todo los cansados párpados de sus ojos rasgados, pero vio lo que estaban poniendo en la mesa. Un gemido desesperado se escapó de su repleto interior:

—Vaya —dijo—. No va a ser fácil cagar todo esto mañana…

Ninguno de estos temores asustó al señor Peničžek, el copropietario de una prestigiosa peletería vienesa, cuando pasó una larga temporada en Londres por negocios. No es cuestión de debatir aquí si la cocina inglesa ha ganado en sabor desde entonces; por aquellos tiempos, alrededor de 1930, todo el mundo la tenía por incomible y, por tanto, por un auténtico martirio para Max Peničžek, que tenía que renunciar día tras día a las usuales alegrías de la comida austríaca, húngara, checa y judía.

Una casualidad evidentemente no preparada acabó por ponerle un día delante de los ojos un restaurante kosher, en el que entró de inmediato, rescatado cual turista perdido en los Alpes al que de repente se le abren las puertas de un refugio. Comió espléndidamente y, por pura necesidad de recuperar lo perdido, se dispuso a coronar la sustanciosa comida con una porción de queso.

Para su asombro, el camarero reaccionó ante el pedido, aparentemente inocente, frunciendo el ceño: murmuró que tenía que preguntar primero al jefe y se fue hacia la caja, donde el jefe, con la kipá de los devotos en la cabeza, lo esperaba con rostro atormentado. Peničžek los vio enredados en una conversación llena de gestos, cuyo significado trató de averiguar en vano y tras cuya conclusión el camarero regresó con esta respuesta: lo sentía, pero allí no se servía queso.

Max Penižek le replicó que debía ser una equivocación, porque había visto con claridad que al cliente que hasta hacía poco había estado sentado en la mesa de al lado le habían servido un queso. Y que ahora él también quería queso.

De nuevo el camarero apeló a la necesidad de preguntar al jefe. Y, mientras iniciaba el camino hacia la caja, el señor Penižek empezó a vislumbrar la solución al enigma: a pesar de pertenecer a la comunidad judía (de lo que no dejaba duda alguna su aspecto), no conocía del todo bien las leyes de los rituales alimenticios y no había caído en que estaba prohibido disfrutar de las denominadas comidas «lechosas» si poco antes se había comido algo «carnoso». Y eso era lo que había hecho el señor Penižek.

Ahora al menos sabía de qué se trataba y cuando el camarero le dijo finalmente que se le negaba el queso porque antes había comido carne, el señor Penižek contraatacó con este argumento, en cierto modo de experto: el caballero de la mesa de al lado se había comido un *roastbeef* y aun así le habían servido queso, así que él quería que tuvieran a bien traerle lo mismo, y rápido a ser posible.

Imperturbable, el camarero insistió en una nueva consulta al jefe; esta se celebró con mayor vivacidad y entre claras señales de descontento ante el causante de toda esa complicación. El descontento se hizo ostensible también en la actitud del camarero, cuando hizo saber al señor Penižek que era cierto que el caballero de la mesa de al lado había comido carne primero y luego le habían servido queso, pero que el caballero de la mesa de al lado no era judío, por lo que las leyes de los rituales alimenticios judíos no tenían validez para él.

—¡Qué diablos! —dijo entonces enfadado el señor Panižek, para el que se había convertido ya en una cuestión de honor llevar la contraria a aquel ritual que se había conjurado contra él—. ¡Qué diablos! —exclamó: él tampoco era judío, así que le dejaran en paz con todo aquello y le llevaran el queso.

El camarero, con el rostro de piedra, le replicó que le preguntaría al jefe.

Esta vez la conversación en la caja duró muy poco. Al parecer el camarero se limitó a transmitir al jefe la afirmación del cliente de que no era judío.

El jefe se colocó la kipá, salió de la caja, se acercó con una

lentitud amenazante a la mesa y examinó inquisitivamente al señor Penižek. Luego, señalándolo con su agudo dedo índice, dictaminó:

—*No cheese!*

De uno de los ámbitos culinarios más ricos, el de las pastas judías, procede un término que ha adquirido un significado simbólico mucho más allá de su origen y que parece conveniente registrar, aunque solo sea porque se utiliza con mucha frecuencia en la vida cotidiana. (La aplicabilidad, ya lo sabemos por muchos ejemplos, es un aspecto muy buscado en cualquier anécdota, en cualquier punto culminante de una situación o en cualquier giro lingüístico. Solo la comparación le da su valor).

Cualquiera que se precie sabe lo que significa *Zores* [jaleo, follón] y lo sabe, si es honrado, por propia experiencia. *Zores*, originario del hebreo y tan arraigado en nuestros usos lingüísticos por vía del yidis hasta el extremo de que ya nadie lo reconoce en la expresión *Gib ihm Saures!* [¡Dale unos buenos azotes!] **[43]**, es un plural que significa sencillamente «penas, preocupaciones».

Las «tortas» tal vez sean menos conocidas. Sería un error pensar en vacas al hablar de estas «tortas» **[44]**. Es el equivalente judío de la «tarta en abanico», aunque en su origen procede más bien del ámbito de la gastronomía polaca que de la bohemio-morava, y consiste en diversas bases o capas superpuestas que de hecho nada tienen que ver con el frescor que proporciona un abanico (aunque a uno de estos habría necesariamente que recurrir después de deleitarse con una excelente y genial tarta de tales características). Las capas se hacen de semillas de amapola así como de diferentes tipos de fruta escharchada, siempre con una fina lámina de masa entre medias y, algunas veces, recubierta de chocolate. Cuanto más variados los abanicos y más refinada su composición, tanto mayor es la calidad de la torta. Y, cuando un ama de casa (del tipo Löwenthal, por ejemplo) se sume en la desesperación, en buena medida perceptible, porque, a pesar de llevar horas pensándolo, no es capaz de decidir si ahora debe añadir una capa de peras cocidas o acaso mejor una de nueces molidas, entonces esas preocupaciones que la atormentan se denominan preocupaciones tarteras.

Existen muchas preocupaciones tarteras. En el fondo a ellas se hace referencia cuando se le dice, medio con censura, medio con envidia, a un individuo que anda molestando con las suyas a todos

los que tiene alrededor: «¡Ya me gustaría a mí tener sus preocupaciones!».

La torta se contaba entre las especialidades por las que era famoso el restaurante Neugröschl en el 2.º distrito de Viena. Aún más famoso era por su propietario, un tipo original, de una extraña naturalidad y de una tosquedad tal que se sustentaba manifiestamente en su rechoncha figura. No era bueno llevarle la contraria al señor Neugröschl ni tampoco discutir con él. Si un cliente habitual preguntaba en alguna ocasión (y únicamente un cliente habitual podía arriesgarse a hacerlo): «Señor Neugröschl, ¿qué hay hoy que esté especialmente bueno?», y el señor Neugröschl respondía: «Lo que está en la carta», entonces el cliente habitual hacía lo más inteligente, aceptar la ruda afirmación y no rechistar como hizo una vez un individuo osado:

—Para eso no le habría preguntado —dijo refunfuñando. Y recibió esta rápida réplica:

—Ah, ¿no? Entonces ¿por qué me ha hecho esa estúpida pregunta? ¡Por mí no hace falta que venga más por aquí!

Porque el señor Neugröschl podía prescindir de clientes sin consecuencias. Los tenía de sobra.

Yo también tuve el honor de disfrutar de una auténtica grosería de Neugröschl. Había ido a almorzar con un amigo, algo tarde a propósito: esperábamos que nos sirvieran con mayor rapidez cuando ya hubiera pasado la aglomeración de costumbre. En efecto, al entrar encontramos solo dos o tres mesas ocupadas y, cuando estas se vaciaron, éramos los únicos que aún queríamos comer.

Pero en vano esperamos a un camarero al que pudiéramos decírselo. Evidentemente nos habíamos retrasado demasiado y era ya la hora de comer del personal.

Habrían pasado aproximadamente diez minutos cuando se abrió la puerta de dos alas de cristal esmerilado que daba a la cocina. Apareció el señor Neugröschl, se acercó a nuestra mesa y se plantó delante de nosotros, aunque murmurando un saludo prácticamente imperceptible, con una expresión claramente inquisitiva.

—Señor Neugröschl —dije vacilante—, llevamos aquí sentados un cuarto de hora y nos gustaría pedir algo. ¿Sería posible?

El señor Neugröschl se volvió sin decir palabra, se dirigió a la cocina, la abrió dando una fuerte patada a una de las alas y gritó,

bien alto, para que nosotros también pudiéramos oírlo:

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Ahí fuera hay dos ridículos clientes y no se les va a servir?

Renuncio, como en muchas otras ocasiones similares, a reproducir la mezcla de dialecto judeovienés con que lo dijo. En la medida de lo posible el lector será capaz de imaginárselo, sentirlo o (en el mejor de los casos) recordarlo. Algo que le iría muy bien a la siguiente historia, que, por así decirlo, representa el paradigma del trato que el señor Neugröschl, dispensaba a sus clientes y que se basaba en una inversión del principio habitual en hostelería, según el cual el cliente siempre tiene razón. En el caso del señor Neugröschl el cliente nunca tenía razón.

La historia que lo confirma de forma única y convincente la cuenta y se la sabe tanta gente diferente que es ocioso cuestionarse su verdad histórica. Demuestra las características inconfundibles de una realidad innegable que habría que valorar en mayor medida, y hubo un tiempo en que fue tan popular en Viena que su final adquirió categoría de cita. Hoy habría que aclarar, más bien por ir sobre seguro, que el *Kaiserschmarrn* es un postre vienés muy apreciado (consistente en unas tortitas cortadas en pequeños pedazos y adornadas con pasas) y que el *Zwetschgenröster*, ciruelas cocidas en su propio jugo, se considera el acompañamiento clásico, aunque para nada el único, del *Kaiserschmarrn*.

La historia empieza cuando un caluroso día de verano un cliente del restaurante Neugröschl pide un *Kaiserschmarrn* para terminar su menú.

—¿Y de acompañamiento? —pregunta el camarero de peor mala gana que de costumbre por los efectos del calor, que ya de por sí tiene como efecto cierta brevedad en el diálogo.

—Una compota.

—¿Qué compota?

—Da igual.

Al cabo de un tiempo razonable el camarero le sirve el *Kaiserschmarrn* con una ración de *Zwetschgenröster* como acompañamiento; está a punto de retirarse, pero el cliente lo retiene:

—Señor, he pedido compota de acompañamiento.

El camarero, moviendo la mano con el gesto correspondiente:

—Ahí la tiene.

—¿Qué tengo aquí?

—Su compota.

—Eso es *Zwetschgenröster*.

—Exacto.

—¿Qué significa exacto? Si pido compota, no quiero *Zwetschgenröster*.

—¿Por qué no?

—Porque ¡el *Zwetschgenröster* no es compota!

—¿Que el *Zwetschgenröster* no es compota? —pregunta el camarero con provocadora superioridad.

—¡No! —le grita el cliente.

—El *Zwetschgenröster* es una compota —ahora el camarero también levanta la voz.

—¡El *Zwetschgenröster* no es una compota! ¡Dígale al jefe que venga!

No hacía falta que lo dijera. El señor Neugröschl, atraído por el enfrentamiento que ha ido subiendo de tono y que el abarrotado local sigue con la mayor atención, se ha presentado en la mesa e indaga la causa del jaleo. Evidentemente pregunta al camarero y no al cliente, al que manda callar con un brusco movimiento de la mano.

—El caballero ha pedido *Kaiserschmarrn* con compota —le informa el camarero—, y le he traído *Zwetschgenröster*.

—Bueno —con el ceño fruncido el señor Neugröschl examina al terco cliente—. Y ¿qué más quiere?

—Dice que el *Zwetschgenröster* no es compota.

—¿Qué es lo que dice? —el señor Neugröschl se acerca al inculpado—. ¿De verdad ha dicho usted eso?

—Naturalmente —respondió el cliente.

—Repítalo.

—El *Zwetschgenröster* no es compota.

Hace tiempo ya que el cliente debe saber que el señor Neugröschl no le dará jamás la razón. Pero lo que va a pasar ahora seguro que no lo había previsto: el señor Neugröschl, en mangas de camisa por el calor, se remanga, lo coge del cuello con una mano y de la cintura con la otra, y lo manda a tomar viento diciendo:

—¡No es necesario que pague, no es usted mi cliente!

Entonces, y esto es lo esencial de la historia, el señor Neugröschl se planta en medio del local, pasea su mirada por los clientes, todos callados de repente y agazapándose temerosos sobre sus platos, y su voz resuena como si anunciara una desgracia cuando arranca a decir:

—¡Aquí todavía hay algunos que dicen que el *Zwetschgenröster* no es compota! —y mueve amenazante el puño en alto—: Pero ¡los conozco a todos!

De que los competidores de Neugröschl no podían ser un verdadero peligro para él da testimonio una historia que se cuenta del restaurante Tonello, próximo al Neugröschl tanto geográfica como ideológicamente. Allí se presentó un cliente para almorzar a hora temprana y pidió *scholet*, esa obra maestra extraordinariamente grasa y difícil de digerir de la cocina judía, y que Heinrich Heine ensalzara como «hermosa chispa divina» parodiando maliciosamente a Schiller [45] .

El camarero regresó de la cocina diciendo que lo sentía, pero que el *scholet* aún no estaba listo.

—¿Cómo? —exclamó el decepcionado *gourmet*—. ¿Las doce y media y aún sin *scholet*? ¡En el Neugröschl ya están eructando!

Entre los demás restaurantes judíos, se afianzó como el mejor de todos el conocido como Salchichas Biel, una tienda de ahumados con un comedor anexo, en el que además de los productos de la casa se podían pedir también otros platos. A diferencia del señor Neugröschl, aunque con una similar predisposición al mal humor, el señor Biel no se trataba con ninguno de sus clientes. De vez en cuando se lo veía aparecer al fondo del local de muy mala gana para vigilar la caja (que con toda seguridad no le daba ningún motivo para el mal humor); luego volvía a desaparecer detrás del mostrador sin haberse dignado mirar una sola vez a nadie. Entre los iniciados se contaba que, a pesar de lo bien que marchaba el negocio, no estaba satisfecho con su vida, y algunos indicios apuntaban que creía haberse equivocado de profesión. Lo decían por los carteles escritos por él que, en parte rimados, en parte sin la menor rima, colgaban de las paredes del local. Trataba con sus clientes, por así decirlo, vía carteles.

Entre los rimados había dos en particular que le habían

permitido dar rienda suelta a su agarrotada vena lírica e incluso alcanzar cierta popularidad:

> Para comer mucho y bien
> ha de ser en Salchichas Biel.
> Se dice que ya Hamlet lo preguntó en una ocasión:
> to Biel or not to Biel, esa es la cuestión.

Esos dos enérgicos aforismos se utilizaban también como anuncios fuera del local, en tanto que la prosa de Biel se limitaba al propio establecimiento y no era comprensible así como así: «Se ruega a los eventuales clientes que no tiren la comida al suelo», rezaba un aviso colocado en diferentes sitios, lo que daba la impresión de que los clientes, si tenían algo que criticar de un plato, lo sometían a un juicio sumario y lo arrojaban al suelo con impetuosa indignación. Pero no era eso lo que ocurría. Más bien lo que ocurría era que, a consecuencia de la calidad y los bajos precios de la oferta de Biel, el comedor, que nunca fue muy espacioso, siempre estaba lleno hasta los topes y las mesas redondas se utilizaban muy por encima de su capacidad. Si entonces a una mesa, en la que como máximo había sitio para unas cinco personas, se sentaban seis o siete, en un radio de acción tan estrecho los comensales solo podían asegurar a sus platos la necesaria capacidad de absorción tirando debajo de la mesa, a ser posible sin que se notara, los huesos y otros restos inútiles. Y el señor Biel prohibía tal medida por medio de carteles en lugar de procurar más espacio o hacer que los camareros lo recogieran todo rápidamente.

Aún más complicado era lo que decía un cartel que indicaba al eventual público el cierre dominical. En cualquier otro local rezaba sencillamente: «Domingos cerrado». En el de Biel ponía: «Todos los domingos todo el día cerrado», y yo me pasé mucho tiempo cavilando sobre el origen de esta forma ciertamente tan recargada. Es probable que el señor Biel, cuando se impuso el correspondiente reglamento, se hubiera conformado simplemente con un «Domingos cerrado». Pero entonces los voraces clientes habituales se dirigieron a aquel individuo poco accesible y le preguntaron si no podía abrir al menos a mediodía o quizá por la noche para alimentarlos. El señor Biel dijo que no y lo formuló en una frase consecuentemente más extensa: «El domingo todo el día cerrado». El señor Biel

también rechazó un nuevo intento de que al menos cerrara un domingo sí y otro no, con lo que dio finalmente con la versión definitiva del texto: «Todos los domingos todo el día cerrado».

Yo no sabría decir cómo habría podido surgir de otra forma. Veo a los exaltados cabecillas de las quejas, les oigo hablar con el señor Biel, oigo sus breves negativas, acompañadas de gestos muy acentuados, que encontraron su expresión definitiva en la citada fórmula. Y rara vez he encontrado tan fuerte acento judío en una frase alemana en sí totalmente correcta.

Solo porque sería una lástima que se perdiera, quede recogida aquí, digamos que «como invitada», una anécdota culinaria con la que puedo acreditar al menos una relación personal, en tanto que soy amigo del hijo de su protagonista. El protagonista es Leo Slezak[46], el inolvidable tenor vienés, aficionado al cine, y la veracidad de la anécdota me la confirmó su hijo Walter (que puede dar fe de una carrera plagada de éxitos en el cine y la televisión norteamericanos, lo cual constituye un raro ejemplo: hijo de padre famoso, alcanzó la fama por cuenta propia, sin vivir del nombre de su padre, por sus propios méritos).

Leo Slezak se alojaba con mucha frecuencia en Múnich y allí le gustaba comer en un pequeño restaurante judío, cuyo propietario sabía valorar en mucho este gran honor. Cuando en una ocasión, frotándose las manos, aduló a su ilustre cliente preguntándole: «Señor cantante de cámara, ¿qué vamos a comer hoy?», Leo Slezak contestó rápido y decidido: «Ganso».

En la mesa de juego

En la lista de los tipos gruñones, a la que en cierto sentido hay que sumar también a los señores Neugröschl y Biel, falta aún el viejo Schwarz, que, a diferencia del tío Hahn y del señor Buchsbaum, no era un solterón sino un viudo (y padre de una hija que se le quedó soltera, de la cual se hablará en breve).

El viejo Schwarz, rico y canoso, al que, por ser hombre de mundo y por una estancia de muchos años en Inglaterra, sus amigos llamaban cariñosamente «Old Black», era un apasionado de la ópera y un jugador de cartas aún más apasionado. En el bridge destacaba entre los austríacos, participaba con éxito en torneos internacionales e incluso en las partidas de café aceptaba únicamente a los mejores, a los que reconocía en completas condiciones de igualdad. Era un campo en el que no entendía de bromas (que, por lo general, entendía muy bien). Quien se sentaba a jugar a las cartas con Old Black tenía que estar preparado no solo para que lo venciera, sino para que lo aleccionara, se burlara de él y, en general, lo tratara como a un principiante, por no hablar de la pérdida económica, previsible con toda seguridad, la cual solía cobrar a menudo tales dimensiones que los perdedores reaccionaban con auténtico disgusto. Al viejo Schwarz eso no le molestaba. *Insulterint, dum pagant*, solía decir en una variante del credo político del emperador romano Calígula: *Oderint, dum metuant*… que me odien si es que solo me temen. Bueno, al viejo Schwarz seguro que no lo odiaban. Pero el respeto que le profesaban no estaba del todo libre de temor. Deseaban sus elogios y temían sus críticas. En resumen, era un maestro reconocido por todos.

Therese, su hija soltera, no podía aspirar en modo alguno a esta consideración. También a ella le chiflaba jugar al bridge, pero lo

hacía de tal forma que resultaba una auténtica burla del sentido y la dignidad del juego tal y como lo entendían los verdaderos jugadores, lo cual inspiró a un aforístico de la mesa de juego este dicho memorable: «Las mujeres no juegan al bridge, juegan a jugar al bridge». Sin duda esto podía aplicarse a muchas mujeres, pero ninguna de ellas tenía por padre al viejo Schwarz. La señorita Therese Schwarz sí lo tenía. Y, para mayor desgracia, ambos frecuentaban el mismo salón de bridge.

No podía ser sino inevitable que la relación entre padre e hija empeorara día a día, hasta que finalmente el viejo Schwarz hizo saber a la presidenta de los clubs de bridge que no quería que volvieran a asignarle una partida de bridge con su hija. Y, cuando además le prohibió incluso que lo observara, la atmósfera se empañó de una tensión que hizo imposible que estuvieran a la vez en el mismo salón de juego. Gracias a la intercesión de la dama se llegó a una especie de armisticio: a las seis de la tarde terminaría el turno de la hija y empezaría el del padre. Al principio se produjeron evidentemente algunos accidentes laborales; a veces la hija salía demasiado tarde, a veces el padre se presentaba demasiado pronto, se dieron algunas escenas poco edificantes y al final el viejo Schwarz pronunció un ultimátum: o él o ella. La dama del bridge, que no podía renunciar a su estrella y mayor atracción, se decidió como es comprensible por el padre. Esto, a su vez, fue, como es comprensible también, demasiado para la hija: no solo le retiraría su amistad a la dama del bridge, sino que se marcharía de la casa paterna, y el resultado fue que al final padre e hija no volvieron a dirigirse la palabra.

¿Fue ese el final? Para un episodio de Strindberg tal vez habría sido suficiente: para una demostración irrebatible de la importancia que puede llegar a darse a un juego de naipes por encima de otras emociones humanas, fue necesario un epílogo, un epílogo macabro, originado efectivamente por la necesidad.

Pasaron los años. Marzo de 1938 trajo consigo la anexión de Austria por parte del régimen nazi y tiempos difíciles para los judíos austríacos, mucho más difíciles de lo que se preveía en un principio. No es este el lugar para describir todo eso: aquí se trata solo del viejo Schwarz y de los intentos de los pocos amigos que aún le quedaban en Viena de ayudarlo en aquellos malos tiempos. Estaba

claro que a tal efecto no había otro medio mejor que el bridge. Pero, como los cafés ya no estaban abiertos para los judíos, las partidas del viejo Schwarz tenían que organizarse en casas particulares. Y tanto el número de casas como el de parejas se reducía de forma cada vez más ominosa. En poco tiempo, el caballero de avanzada edad ya no pudo arriesgarse a salir de casa y con mucho esfuerzo se encontraron tres aceptables parejas de bridge que quisieran correr el riesgo de ir a visitarlo.

Entre las parejas aceptables no se encontraba evidentemente su hija Therese. Cierto que, obligada, y no por amor filial, había vuelto a vivir en casa de su padre, pero aparte de eso no tenían ningún otro contacto. Vivían el uno al lado del otro en silencio, sin saludarse, sin posibilidad de reconciliación, y cuando un individuo resuelto se atrevió a insinuar levemente si no podría dejar jugar a Thesi, pues sería lo más sencillo y eliminaría de forma natural, por así decirlo, las crecientes dificultades para organizar una partida, el viejo Schwarz, con los años aún más tozudo, rechazó categóricamente tal pretensión diciendo que preferiría no volver a jugar al bridge a jugar con su hija.

No mucho después se vio expuesto efectivamente a esa alternativa. Los dos últimos amigos fieles le hicieron ver con claridad que sin la participación de Thesi no podría jugarse ya ninguna partida. Que habían hablado ya con Thesi y que ella no tenía nada en contra.

El viejo Schwarz se derrumbó, pidió un tiempo para pensárselo y, tras largas luchas internas, cedió a la fuerza: estaba dispuesto a sentarse con su hija a la mesa de bridge, pero a nada más. Nada de ceremonias de reconciliación, nada de sentimentalismos, nada de reanudar el trato personal. Solo bridge.

Empezó la partida. Dio la casualidad de que padre e hija tuvieron que jugar juntos contra la otra pareja. Se barajó. Se cortó. Se repartieron las cartas. Y Thesi jugó la primera carta.

El silencio preñado de presagios en el que se desenvolvía todo se prolongó unos segundos. Luego, el viejo Schwarz movió la cabeza desesperado:

—Bueno, mi querida Thesi —dijo—, ¡aún no se ha inventado el régimen con el que no te entren ganas de hacer de buenas a primeras la jugada más tonta!

Fueron las primeras palabras que dirigió a su hija después de años de silencio (y habrían de ser las últimas).

Por cierto, también fue la única vez que se manifestó sobre el nacionalsocialismo.

Que la vida de café no tiene consecuencias precisamente beneficiosas para la salud es algo sabido y, muchos años antes, también había empezado a sentirlo el viejo Schwarz. Se quejaba de dolores de cabeza, sus mejillitas sonrosadas cobraron una tonalidad pálida, su impasibilidad fue crecientemente reemplazada por un evidente nerviosismo, e incluso su tono grosero fue disminuyendo.

—Old Black —decían sus amigos—, hay que hacer algo. Hemos decidido que irás a Gastein.

—¿Para qué?

—Para una cura.

—Ni pensarlo.

—Pero les vendría muy bien a tu salud y a tus nervios, Old Black.

—No me vendría nada bien.

—¿Porque no tendrías tus partidas de bridge?

—A lo mejor hasta encontraba una. Pero ¿qué haría hasta entonces?

—Lo que se hace en un balneario.

—Cierto. Y precisamente por eso no voy a ir a Gastein.

—No seas infantil, Old Black. ¿Por qué no quieres ir?

—Es algo que no puedo explicaros muy bien. Bueno, me levanto temprano y, como tengo que hacer la cura, voy primero a pasear con el estómago vacío. Luego viene el desayuno. Después voy al curatorio o a la galería o como quiera que se llame y hago algo por mi salud. Esto incluye dar después otro paseo. Al cabo regreso al hotel, entretanto ya ha llegado el correo y leo los periódicos. Después vuelvo a dar otro paseo en nombre de Dios. Y después pienso: ahora estaría bien almorzar… y resulta que no son más que las nueve y media. No voy a ir a Gastein.

Si en realidad esto era o no un pretexto para evitar el temor a perderse una partida de bridge… seguro que jamás se ha descrito de forma más breve y precisa el aterrador desconsuelo que ofrece un balneario.

Claro que no en todos los balnearios (y ni siquiera en el de Gastein)

la situación era tan desoladora como la veía el viejo Schwarz; algunos ofrecían un sinfín de actividades posibles para las que, por el contrario, la cura podía servir de pretexto. A Karlovy Vary o a Bad Ischl la gente no iba precisamente por sus fuentes curativas y no se los consideraba balnearios, sino lugares de veraneo especialmente atractivos. Pero esto ya es otro capítulo. Se tratará como tal.

Ahora estamos con los naipes, y ya es hora de dar testimonio de otra historia de la abnegación, casi sobrehumana, del verdadero jugador de cartas, del prócer intocable que antepone las cartas incluso a su propia carne y su propia sangre.

En esta ocasión no se trata (como en el caso del viejo Schwarz) de una hija mayor de edad, sino de un hijo de corta edad. Era hijo del matrimonio Feldmann, su nombre de pila era Toni, un nombre más bien poco común entre judíos; en el momento de la acción debía tener unos diez años y era, por decirlo en pocas palabras, un diablillo repugnante. Que la mayoría de las veces se presentara sin lavarse y siempre despeinado, lleno de pecas y con los pies asombrosamente planos para su edad, que no saludara y que contestara cuando lo saludaban, todo esto habría podido tolerarse si el señor y la señora Feldmann no hubieran estado convencidos, de forma tan ostentosa, de que habían engendrado un ejemplar de ser humano magnífico, y si no lo hubieran mimado y mal educado con todo ese amor ciego del que son capaces los padres judíos con un hijo único. Toni podía permitírselo sencillamente todo, y rara vez dejaba pasar una oportunidad. Todavía hoy recuerdo con rabia contenida el día en que intenté darle a su padre una noticia urgente por teléfono y tuve la mala suerte de dar con Toni: descolgó el auricular, imitó con un insistente «tu… tu… tu…» el sonido de la línea ocupada y no hubo manera de convencerlo de contestar la llamada.

Hasta los invitados sufrían los excesos de Toni, que sus padres seguían con buenos ojos y una sonrisa e interpretaban como expresión de su personalidad, precozmente desarrollada. Ni siquiera le arredraba la partida de tarok que se celebraba los jueves: papá tampoco se decidía entonces a decir algo cuando el niño genial se metía debajo de la mesa, llenaba las vueltas de los pantalones de los jugadores de ceniza y restos de cigarrillos, les cortaba los cordones

de los zapatos o hacía cualquier otra bobada igual de ingeniosa.

Pero una tarde llegó demasiado lejos. Ya fuera porque papá Feldmann estaba perdiendo y por tanto de mal humor, o porque (en ausencia de la señora Feldmann) le pareció que había llegado el momento de alardear por fin ante los caballeros, lo cierto es que se levantó de repente haciendo un enérgico esfuerzo, cogió de la mano a su hijo y lo sacó del salón. Pasados unos minutos regresó solo, volvió a tomar asiento y preguntó:

—¿Quién da? —y la partida retomó su curso por vez primera sin interrupciones y nadie quiso ponerla en peligro haciendo preguntas precipitadas o alguna observación.

Únicamente al término de la partida, hechas las cuentas y completado el proceso de pago, uno de los participantes quiso saber:

—Diga, Feldmann, ¿qué es lo que ha hecho con su chico, que no ha vuelto a molestarnos?

El señor Feldmann no respondió en un alemán impecable, pero sí con impecable claridad (y poniendo de manifiesto una dimensión de superación paternal que solo puede darse en un jugador de cartas):

—Le he iniciado en la masturbación.

Este heroísmo de la ocurrencia se extendía no solo a los hijos favoritos, sino también a los animales favoritos, a veces, todo sea dicho, de muy mala gana, como en el caso de Lewkow, jugador de bridge y dueño de un perro. Si Toni Feldmann era un repugnante diablillo, a Gogo, el boxer del señor Lewkow, se le puede calificar sin ningún reparo de repugnante chucho. Las demás diferencias se desdibujan, pues también el señor Lewkow veía en su Gogo un producto de primera entre todas las razas de perros, lo malcriaba y lo mimaba, le dejaba hacer todo aquello que no se le puede dejar hacer a un perro, lo cubría de muestras de amor y, evidentemente, se lo llevaba también al salón de bridge al que iba a diario. Allí Gogo se acurrucaba a los pies de su amo, babeando y gruñendo; de vez en cuando se ponía a ladrar bien fuerte, sin motivo alguno, ladraba a los recién llegados, se encaramaba con alevosía hasta las pantorrillas de los pensativos jugadores, y a todo el local le desagradaba en grado sumo, pero en especial a los compañeros de Lewkow. La mayoría de las veces, la agresividad de Gogo se dirigía

contra un jugador amigo de Lewkow llamado Torczyner, emigrado también de la antigua monarquía del este, del que al parecer Gogo estaba celoso y que podía quejarse de alguna que otra pierna de pantalón hecha trizas, y hasta, en una ocasión, de una herida causada por un mordisco doloroso aunque nada grave.

En vano se quejaban a la dueña los que frecuentaban el salón de bridge, en vano sus compañeros instían a Lewkow en que dejara en casa al bicho repugnante o lo tratara con más dureza. Lewkow le pasaba la mano por el lomo con ternura, le acariciaba la cabeza, sonriendo se limpiaba las babas que le habían caído goteando en las manos y, por lo demás, se mostraba inflexible.

Entretanto Gogo era cada día más irritable y perverso, al punto de que hasta los más pacientes se vieron en la necesidad de intervenir enérgicamente:

—Lewkow, el comportamiento de su perro no es normal. Le pasa algo. Llévelo a que lo vea el veterinario. No puede seguir así.

Aun así todo continuó igual durante un tiempo. Luego Lewkow cedió a las amenazas de sus compañeros de disolver la partida si no lo hacía, y fue al veterinario. Allí se comprobó que, en efecto, al perro le pasaba algo. Tenía una hiperfunción enfermiza de las glándulas sexuales y había que castrarlo.

Lewkow aplazaba la operación una y otra vez. Finalmente, desazonado por los apremiantes dilemas que le planteaban a diario y por las amenazas de sus amigos, ya convertidas en ultimátum de que no aguantarían más la presencia de un Gogo sin castrar, se decidió a dar el paso y el tajo irreparables para siempre jamás.

Cuando la noche de ese día tan triste, sobre todo para Gogo, llamó por teléfono para anunciar que no acudiría a la partida de bridge sin dar para ello justificación alaguna, enviaron a Torczyner a su casa para que averiguara lo que pasaba.

El propio Lewkow abrió la puerta y lo condujo a la sala de estar.

En un sillón estaba Gogo, con una venda alrededor del punto de la operación y profundamente abatido; aun así, se incorporó gruñendo al entrar Torczyner y pareció querer saltar hacia él.

Torczyner retrocedió pálido como la cera.

—Ya no tiene que tener miedo —lo tranquilizó Lewkow—. Ya está castrado.

Torczyner, aún temblando, se volvió hacia la puerta:

—No tengo miedo de que me quiera follar, tengo miedo de que me quiera morder.

Y con esto la cuestión se zanjó de manera incontestable.

Nada en el mundo, absolutamente nada, es tan inimaginable para un jugador de cartas como la renuncia voluntaria a su juego favorito o a la partida de costumbre. La contumacia no puede alterarse ni con pérdidas mayores ni con pérdidas continuadas. Si ocasionalmente se tiene la moral por los suelos, eso se pasa; un propósito ocasionalmente manifestado (sobre todo después de fuertes pérdidas de dinero) de no volver a jugar, no hay que tomárselo en serio.

Pensemos por ejemplo en Poldi Singer, cuyos esfuerzos y afanes se limitaban exclusivamente a jugar a las cartas: invertía el dinero que con gran esfuerzo ganaba en su negocio de antigüedades exclusivamente en el juego y consideraba totalmente imposible que alguien pudiera valorar alguna otra cosa que no fuera jugar a las cartas.

—¿Habéis oído que Pollak va a hacer un viaje a la India? —decía alguien en la mesa del café, y rápidamente inquiría Poldi Singer:

—¿Para jugar a qué?

Porque incluso un viaje a la India solo podía emprenderse, a su entender, con una partida de cartas como finalidad. Por cierto, así se acuñó una expresión que durante mucho tiempo se utilizó como sinónimo de «¿para qué?»: «Mañana voy a ver al señor X». «¿Para jugar a qué?».

A Poldi Singer le gustaba especialmente jugar al póker y los conocedores de este juego, el más encantador de todos los de azar (el único en el que el valor de la carta no es necesariamente decisivo), sabrán por experiencia que alguien a quien le gusta jugar al póker ha de perder precisamente porque le gusta.[47] Poldi Singer perdía. Perdía constantemente y, como no podía dejarlo, perdía cada vez más, cosa que a sus compañeros, que además eran amigos suyos, les resultaba cada vez más lamentable.

Perdió también aquella noche en su casa en que la partida se alargó sin cesar para darle una oportunidad, y al final (entrada la madrugada) había perdido una cantidad tan elevada que los ganadores (entre los que excepcionalmente me contaba yo) se

morían de vergüenza al cambiar por dinero las fichas que habían ido acumulando. Nadie sabía qué decir ni qué hacer, nadie quería marcharse el primero con el dinero ganado, todos nos acurrucábamos en silencio en torno a la mesa.

Hasta que Poldi Singer se levantó, se puso en pie pálido y desolado, y con voz temblorosa dijo:

—Amigos míos, seguro que comprenderéis lo que voy a decir ahora. Ya es suficiente. Juro, y vosotros sois testigos, juro por mis difuntos padres que no volveré a jugar al póker. Nunca… jamás… en mi vida —repitió acentuando dramáticamente cada palabra, y respiró profundamente—. Excepto, claro está —añadió tartamudeando—, si yo soy el anfitrión y si la posibilidad de jugar una partida depende de que yo juegue o no, es decir, si con ello sigo los preceptos de la hospitalidad —de nuevo tomó aliento, de nuevo una breve pausa, luego, con súbita decisión, en voz baja, pero claramente perceptible—: Y en cualquier otra ocasión.

Porque Poldi Singer no quería poner en juego la vida eterna de sus padres.

Similar en la estructura, no tan trágica en la exposición y de extraordinaria concisión en su construcción es la historia de la partida de póker de Karlovy Vary que me contó uno de sus participantes, el magnate de las pieles Max Penižek (que ha debutado ya con éxito en el capítulo culinario).

La partida de póker de Karlovy Vary se celebró en la residencia de verano del doctor Krasa, el prestigioso abogado de Praga, y ciertamente puede considerarse la partida de póker de Karlovy Vary. Hubo muchas ahí, una de ellas con participantes tan conocidos como Franz Molnár y Max Pallenberg[48], pero en ninguna otra jugaron tan buenos jugadores ni hubo apuestas tan altas. El doctor Krasa (hablo por propia experiencia, lo vi con mis propios ojos en Praga) fue un magnífico jugador de póker, disciplinado, seguro de su instinto y con una capacidad de apreciación realmente fantástica para los puntos fuertes y los puntos débiles de sus adversarios, frente a los que una y otra vez demostraba su superioridad. La partida empezaba siempre por la tarde y duraba hasta mucho después de la cena servida en la mansión de los Krasa. Los tres o cuatro jugadores solían merendar antes en el Pupp y desde allí, tras un saludable paseo por el Parque

del Emperador, llegaban al lugar de la acción, donde les esperaban pérdidas de dinero prácticamente seguras. A veces eran más altas y a veces menos, a veces perdían todos y a veces solo dos o tres, pero el doctor Krasa no perdía jamás. El doctor Krasa ganaba siempre.

Resultará difícil de creer: poco tiempo después los perdedores empezaron a hartarse. Y, cuando una tarde de verano, con la chaqueta sujeta al bastón y el bastón echado al hombro, se dirigían al matadero a través del soleado Parque del Emperador, de repente se detuvieron en un claro similar al de un bosque, se miraron unos a otros y se dieron cuenta de que en realidad eran unos idiotas. Y cruzaron los brazos como antaño los confederados en el Rütli [49] y juraron solemnemente no jugar más al póker en las semanas que les quedaban de estancia. Y en medio del solemne silencio dijo Max Penižek:

—¡Y sobre todo mientras haga buen tiempo!

Fue un caso raro de corroboración que en realidad anulaba el juramento.

Dado que esta historia se desarrolla en Karlovy Vary, por un lado habríamos podido pasar sin gran esfuerzo al tema del veraneo; pero por otro hay que considerar que podría desarrollarse igual de bien «en la ciudad»… entendiendo «ciudad» como lo opuesto a «campo», adonde se iba «andando» o «en coche». Al preguntar «¿Adónde va usted este año al campo?» se hacía claramente una referencia a la elección del lugar de vacaciones, no a una caminata a pie algo más larga y sin importancia.

Tampoco los breves episodios que voy a contar ahora de Bad Ischl están en modo alguno relacionados con un lugar de veraneo, sino directamente con una mesa de juego, donde quiera que estuviera. En cualquier caso al lugar de la acción le corresponde un papel algo mayor, pues los protagonistas estaban ligados a Bad Ischl, y de hecho para toda la vida. Se trata de los hermanos Emil y Arnold Golz [50], dos dramaturgos de éxito, sobre todo con comedias ambientadas en el solícito entorno pequeñoburgués de los judíos, que ellos escribían como anillo al dedo para la grandiosa Gisela Werbezirk, una actriz de incomparable personalidad… Ay, ya vuelvo a meterme en terreno prohibido, o al menos en uno inaccesible desde aquí, identificado con un cartel admonitorio que reza: «Prohibido entrar de momento. Tal vez más tarde».

Pero ahora puedo y tengo que hablar un poco de los hermanos Golz.

Los hermanos Golz no solo eran hermanos, sino gemelos, y no solo gemelos, sino del mismo huevo, de manera que, en efecto, se parecían como un huevo a otro. Era totalmente imposible diferenciarlos, y ellos además hacían todo lo posible, y con mucha astucia, por llevar al extremo ese desvergonzado juego de la naturaleza. Uno era miope, por lo que ambos llevaban monóculo. El otro era sordo, por lo que ambos se llevaban la mano a la oreja cuando se hablaba con ellos. Y siempre se vestían igual hasta en el más mínimo detalle.

En esta situación traté de intervenir en una ocasión y pregunté a uno (pero ¿a cuál?, ¿a cuál?) como de pasada si también los dos empezaban siempre a trabajar a la misma hora. Me dijeron que no, que a menudo lo hacían con horas de diferencia. Seguí indagando cómo era entonces posible que se vistieran exactamente igual, esperando inducir al interrogado a responder que él le dejaba a Arnold (o a Emil) las indicaciones correspondientes y así yo habría sabido por fin con quién estaba hablando. Pero la respuesta que tuve que oír fue la siguiente:

—El que se levanta primero le deja fuera a su hermano lo que tiene que ponerse.

Y me quedé igual que estaba. En definitiva esa era también la intención.

Resulta superfluo decir que se contaban innumerables anécdotas de los hermanos Golz, algunas verídicas, otras inventadas, todas relativas a su cualidad de gemelos indiferenciables y ninguna que venga aquí a cuento. La única excepción que conozco se refiere a su popularidad y esta encaja aquí porque tuvo lugar en Ischl y porque los hermanos Golz formaban parte de Ischl. Era tan difícil imaginárselos de otra forma que en su imagen veraniega como al mismo emperador Francisco José (al que se remonta la exclusividad de Ischl entre los lugares de veraneo austríacos). Según esta anécdota excepcional, el emperador, con motivo de un paseo matutino por la explanada, habría entablado una conversación campechana con los hermanos Golz, y, entre la multitud de transeúntes que pasaban, alguno, entre susurros, habría preguntado: «¿Quién es ese viejo oficial que está allí con los hermanos Golz?».

No sé dónde jugaban los hermanos Golz en Viena su partida de tarok (evidentemente los jugadores de cartas que se tenían en algo jugaban su partida en un sitio concreto y jamás en otro distinto): en Ischl no era exactamente en un café, sino en la famosa pastelería Zauner. Allí, en la sala de atrás, los hermanos Golz se entregaban al tarok todas las tardes, con parejas diferentes, la mayoría miembros del ramo de la opereta, que, imitando a la corte imperial, había abierto en Bad Ischl su tradicional residencia de verano (de lo que aún hoy dan testimonio la mansión Lehár, convertida en museo, y el muelle de Oscar Straus [51]).

Entre los usos del ramo de la opereta se contaba la ambición de sus empresarios de vanagloriarse del número de representaciones, cuyo cálculo no se hacía precisamente de una forma escrupulosa. En especial Hubert Marischka, director y estrella del respetabilísimo Teatro an der Wien, tenía en este sentido fama de cierta generosidad. Es lo que se deduce de la observación de uno de los hermanos Golz (¿o quizá era el otro?) cuando el cálculo final de una partida de tarok arrojó 189 puntos a su favor:

—Para Marischka son 200 —dijo.

A él o a su hermano se debe también una frase, que después sería atribuida a otros jugadores, o la usurparon y la trataron como un bien común sin derechos de autor. Pero es de él o de su hermano y se dijo tras el desconfiado cálculo de una suma que finalmente acabó estableciéndose, entre grandes dificultades, después de muchas correcciones y datos comparativos de los compañeros. Entonces, uno de los hermanos Golz cogió la pizarra llena de confusas columnas de números, volvió a sumarlo todo y anunció, o mejor, tal como se dice en la clásica traducción de Homero, pronunció estas aladas palabras:

—Señores míos, está bien. Alguien debe haberse equivocado.

Por lo general no faltaban tampoco las complicaciones en los cálculos que se hacían en Ischl, las cuales aumentaban (por pura diversión, como queremos suponer en su honor) por distracción de los jugadores, que se confundían al dar los puntos obtenidos y que hacían otras maniobras similares poco limpias. Ya fuera por pura arrogancia, ya porque al hacerlo se creían que iban a controlar mejor los altibajos de ganancias y pérdidas, ya porque los contrincantes, siempre diferentes, de los hermanos Golz, los únicos

estables, preferían este sistema, un día se decidió que las sumas calculadas al final de cada partida no se pagaran de inmediato, sino que se registraran en una contabilidad llevada por los gemelos para así, transcurrido determinado plazo de tiempo, hacer un cómputo general. Las consecuencias fueron espantosas. Al poco la contabilidad, que se creía sencilla, degeneró no solo en una doble, sino en una triple y cuádruple, las ganancias se cedían de un jugador a otro y se compensaban con pérdidas previas, las pérdidas se traspasaban y se igualaban con alguna ganancia de un tercero, un cuarto se incorporaba con una cantidad restante de una vez anterior… iba todo a troche y moche y había tal confusión que uno de los hermanos Golz, tras haber contabilizado las sumas de ganancias y pérdidas de la partida que se acababa de jugar, echó una larga mirada a las cifras acumuladas y se dirigió a Oscar Straus con las siguientes palabras:

—Oscar, dale a Beda diecisiete chelines, así Leopoldi ya no me debe nada.

A partir de ese día volvieron a pagar en efectivo tras cada partida.

De veraneo

Estamos ya en el lugar de veraneo y no en uno cualquiera, sino en el clásico lugar de veraneo de la vieja Austria, Ischl. Lo que le dio esa categoría ya lo sabemos; cuándo ocurrió, es decir, cuándo Ischl fue elegido por el emperador Francisco José como residencia de verano, podrán averiguarlo los curiosos en las obras de consulta, que también les dirán desde cuándo Ischl se escribe «Bad Ischl». Y lo cierto es que solo se hace al escribir. Al hablar se dice Ischl, y con razón. Porque Ischl, a diferencia por ejemplo de Bad Nauheim, que jamás nadie ha llamado «Nauheim», no necesita del *Bad*[52] y tampoco lo ha necesitado jamás para alcanzar renombre y atractivo. De ello se cuidaba la corte imperial y una burguesía fiel al emperador que no deseaba nada más hermoso que compartir el lugar de veraneo con su querido monarca, y que todos los años llegaba en tropel de todas las provincias del imperio de los Habsburgo, pero sobre todo de la ciudad capital y residencial de Viena, para dar cumplimiento a este anhelo de su corazón (que hoy más bien se consideraría sin piedad un «símbolo de estatus»). Los que se lo podían permitir tenían en Ischl una casa de verano. Los que querían imitarlos durante unos meses alquilaban una (o al menos un piso en una de ellas). Pero también se vivía, cosa que a algunos hasta les parecía más noble, en hoteles o en casas particulares, siempre y cuando dispusieran del balcón típico de la arquitectura de Ischl, desde el que podían contemplarse los festivales de trajes típicos, los desfiles del día del cumpleaños del emperador, los grandes fuegos artificiales la noche anterior y tal vez tenía uno suerte y hasta veía al emperador en persona. Por eso se iba a veranear a Ischl y no por los baños de barro o por las aguas medicinales.

Por lo general uno iba de veraneo «con toda la casa», no solo a

Ischl, sino a cualquier parte donde se ocuparan inmuebles en el período comprendido entre finales de junio y primeros de septiembre. «Uno» significaba toda la familia, a menudo excluyendo al padre (que en verano también tenía que preocuparse del negocio, del despacho, de la consulta o de cualquier otra obligación profesional), pero a cambio se incluía a la cocinera, que, en todo caso, tenía consideración de miembro de la familia. Y «con toda la casa» significaba todos los utensilios necesarios para llevar una casa varios meses, entre los que no podían faltar ni el juego de café ni los cubiertos para ensaladas, ni la escoba ni los trapos del polvo. Según el número y las exigencias de los miembros femeninos había que añadir un guardarropa más o menos abundante, ropa interior y vestidos para tiempo soleado y lluvioso, juguetes para los niños, material de estudio para los mayores, equipo de tenis, de baño y de excursión, y todo lo que fuera, supuestamente, imprescindible. El ambiente de traslado que así se creaba se acentuaba aún más con las monstruosas maletas de viaje, marrones o verdes, con la sillería cubierta de fundas repelentes, pero sobre todo porque todos esos procedimientos habituales lo dejaban a uno completamente extenuado y porque los días previos al viaje las comidas ya no se hacían en casa, sino en el restaurante.

Recuerdo muy bien la tensión extrañamente estimulante de aquellos días de cambio, en los que en cierto modo se estaba a la vez en casa y de veraneo. Para mí eran los más bonitos de todo el verano, en especial por las comidas en el restaurante, donde de repente me preguntaban qué quería comer y hasta podía pedir yo mismo. Eran los únicos días del año que me brindaban ocasión de satisfacer mi apetito según mi elección. Que algo así no entrara en consideración alguna en casa me parecía completamente natural. Pero a veces pensaba que nos íbamos de veraneo «con toda la casa» para evitarlo también allí.

Si Ischl efectivamente tenía motivos para que la llamaran la «perla del Salzkammergut[53]» está aún por ver; yo, por mi parte, una vez libre del sometimiento paterno, me decidí por Alt-Aussee, pero que cada cual haga lo que quiera: las posibilidades para elegir son lo bastante grandes y por eso no me importa.

Sí me importa el ambiente, único de hecho, que se creaba en Ischl y que persistió hasta bien avanzado el período de

entreguerras, aunque hacía ya mucho que no había corte imperial y la residencia del emperador funcionaba solo como curiosidad turística; a mí me interesa la tipología, única de hecho, de la gente que se congregaba allí año tras año, incapaz de imaginarse pasar el verano en otro lugar que no fuera Ischl y que seguía aferrándose a esa falta de imaginación, incluso cuando ya no tuviera motivo alguno y los que aún se aferraban a ella ni siquiera supieran ya por qué iban precisamente a Ischl; a mí me interesa, para ser exactos, un Ischl que siempre se hacía realidad los meses de verano y que tenía tanto que ver con el Ischl del año anterior como la Filarmónica con sus atriles… ¿o quizá también con las notas? ¿Es que acaso aquella realidad veraniega solo podía desplegarse en Ischl?

Una pregunta ociosa, y por eso mismo incontestable, porque sus premisas ya no se dan. Cierto que aún siguen yendo veraneantes a Ischl, a los que desde hace poco se les ofrecen incluso Semanas de Opereta, y que la belleza del paisaje ha cambiado tan poco como la calidad de la pastelería Zauner. Pero los veraneantes ya no son como los de antes: en su mayor parte vienen de la vecina República Federal y solo para unos pocos días, en grandes autobuses, en el marco de un *tour* por el Salzkammergut concebido por una agencia de viajes con gran talento organizador.

Las Semanas de Opereta se celebran en el gran salón del balneario, no en el teatro, que hace tiempo fue degradado a cine y que el emperador abandonó una vez en medio de la función porque no le gustaba nada la joven Adele Sandrock (yo mismo, un joven entusiasta del teatro, pude admirar allí aún a la Niese y a Jarno[54]); a los compositores de la música y la letra de las operetas representadas ya no se los ve ni antes ni después en sus sitios fijos, bien en Zauner, bien en la «salita» del hotel Elisabeth, que lleva el nombre de la emperatriz (hoy un hospital); en el mejor de los casos, en tanto no murieran en un campo de concentración, pueden visitarse sus tumbas, y los primeros años después de 1945 podía verse aún en Zauner o en el vestíbulo del hotel Post a algunos supervivientes del círculo de los antiguos veraneantes y al menos podía oírse cómo uno le susurraba a otro señalando discretamente con el dedo: «Ahí está sentado el cuñado de Granichstaedten[55]» o «Ese que está entrando era antes el abogado de Schanzer y

Welisch[56]». Aún había algunos aquellos primeros años después de 1945, las figuras venidas a menos, antaño glorias de la composición, las parejas de libretistas entronizadas, y aún había algunos que los reconocían, pero ahora ya no queda ninguno, ni siquiera ellos.

Y en el pabellón de música de la Explanada, que aún corre en paralelo al Traun, ya no se oye por las mañanas ningún concierto de la orquesta de André Hummer, la del balneario, ningún divertimento del *Hojalatero*[57] ni ninguna obertura del *Califa de Bagdad* de Boieldieu[58]; en el café de la Explanada ya no descansa ninguno de los abogados, industriales o mecenas del arte fatigados del paseo, ya no hay niños escapándose de la mano de sus nodrizas, ya no pasean discutiendo con grandes gestos los representantes de la vida intelectual; se acabó la Explanada, se acabó todo lo que en otro tiempo fuera Ischl con toda su tipología y su atmósfera únicas, se acabó.

Que la tipología y la atmósfera estaban determinadas mayoritariamente por los judíos no es necesario subrayarlo más y en este punto solo se mencionará como puente para una frase del cómico Armin Berg: «Hay quinientos millones de chinos en el mundo y solo quince millones de judíos. ¿Cómo es que no se ve en Ischl ni a un solo chino?».

Un cliente fijo de Ischl, inquebrantablemente fiel, era Heinrich Eisenbach[59], geográfica y artísticamente de la misma región que Armin Berg y sin duda su producto más valioso (Karl Kraus lo elogió como uno de los grandes caracterizadores de personajes del teatro contemporáneo). Eisenbach iba todos los veranos y hacía día tras día el mismo paseo: a una colina algo alejada donde había un merendero y un mirador llamado «la doble vista de Sofía» en honor a la archiduquesa Sofía[60] y al panorama que se abría hacia dos lados. Ni el peor de los tiempos impedía a Eisenbach emprender ese paseo, e incluso cuando un verano la conocida lluvia del Salzkammergut parecía no querer parar nunca, el infatigable amante de «la doble vista», armado de gabardina, capucha y paraguas, se ponía en marcha a diario. Durante semanas fue el único cliente que se tomaba el café en el merendero, durante semanas fue el único que subía al mirador y miraba en vano a su alrededor por si en alguna parte asomaba un rayo de esperanza.

Entonces, un día, descubrió a un individuo, evidentemente desconocido, al que en su tierra habían dicho que merecía mucho la pena ir a «la doble vista de Sofía» y que ahora estaba allí completamente perdido sin saber por qué había ido.

Eisenbach lo cogió de la mano sin decir palabra, lo llevó a la barandilla de enfrente, le señaló el impenetrable gris cubierto de lluvia y le dijo en el tono de un guía turístico:

—Desde aquí, señor mí, los viejos judíos vieron el Dachstein **[61]** .

Naturalmente las frases más importantes surgían en las discusiones peripatéticas de la Explanada. El siguiente fragmento de un diálogo fue tal vez el final, tal vez el principio, de una conversación sobre cuestiones definitivas:

—Entonces, ¿cómo es esto?… ¿Hay vida después de la muerte o no?

—Mi tío Willomitzer dice que no.

Esto al menos está claro. En cambio, jamás podrá saberse qué discusión o qué reflexiones llevaron al profundo suspiro que se le escapó a un visitante de la Explanada, después de llevar sentado en silencio un rato, al lado de otro hombre, en un banco cerca del puente del Traun. Según mis fuentes al principio no parecía que los dos estuvieran juntos, y, en cualquier caso, a ese profundo suspiro debía haberle precedido algo profundamente pesimista. Fue:

—¡Es una suerte que haya un puente sobre el agua!

Para comprender mejor lo siguiente se requieren dos advertencias preliminares.

En primer lugar, hay que recordar que en aquella época el término «turista» no era sinónimo de viajero a lo desconocido; un turista era alguien que subía a la montaña (si subía una montaña alta, era un «turista de altura»).

En segundo lugar hay que conocer a Moritz Frisch y su forma de hablar. Moritz Frisch (por cierto, el primer editor de *La Antorcha [Die Fackel]*, padre del traductor y editor Justinian Frisch, y abuelo del renombrado físico atómico Otto Frisch, residente en Londres) desarrolló al hablar una táctica de arrastre que, según informes de la época (yo no llegué a conocerlo), sometía los nervios y la paciencia de sus oyentes a duras pruebas. Sin tener en cuenta el desprecio que manifestaba por las vocales modificadas y que

practicaba en la variante morava, especialmente minuciosa y un poco sebosa, empezaba sus frases muy despacio, introducía largas y torturantes pausas entre palabras, como si estuviera preparando la revelación de una profunda conclusión, y soltaba el resto de la frase a una velocidad tan súbitamente veloz que costaba un gran esfuerzo entenderlo (aunque el esfuerzo no merecía la pena la mayoría de las ocasiones). Un ejemplo:

—Me… —pausa tras un lento comienzo—… desagrada… —todavía más lento—… mucho… —pausa aún más larga, elevada al infinito la expectación de los oyentes por saber qué desagrada a Mortiz Frisch—: ¡que la gente sea estúpida!

Pero la frase que resonó sobre la Explanada de Ischl no terminó hasta que el acompañante de Moritz Frisch, que andaba igual de despacio que hablaba, lo impelió a acelerar el paso y respondió, con un gesto de negación con la cabeza:

—Lo que es… a un verdadero… turista… ¡nunca lo verá andando rápido!

La historia que sigue ahora, tal vez la más bonita de todas las que solo podían ocurrir en Ischl y especialmente en la Explanada, se la debo a mi amigo Viktor von Kahler, fallecido en la emigración, en Nueva York (y le debo en verdad muchas historias, sobre todo de origen praguense). Me gusta especialmente porque me recuerda un episodio de *La marcha Radetzky* de Joseph Roth [62], que también me gusta mucho: «Maniobras en Galitzia». El anciano emperador cabalga con su séquito. Le sale al encuentro una delegación de la comunidad judía, encabezada por el más anciano de sus miembros, quien lleva sobre un cojín la llave simbólica para entregársela al emperador. El emperador se detiene, acepta el ofrecimiento y escucha atentamente hasta el final las palabras hebreas con las que lo acompaña el anciano. Una vez que ha dado la señal de seguir cabalgando, el príncipe Kaunitz, que cabalga justo detrás de él, le dice a otro caballero del séquito:

—No he entendido ni una palabra de lo que ha dicho el viejo judío.

A lo que el emperador se vuelve y lo reprende con una dulce sonrisa:

—Tampoco le hablaba a usted, mi querido Kaunitz.

Hasta aquí la historia ficticia de Joseph Roth, que trata, al

menos a mi parecer, de ese entendimiento conmovedor y evidente que puede darse entre dos ancianos, aunque no tengan otra cosa en común que la edad.

La historia auténtica de la Explanada de Ischl no le sucedió a mi informante, al que antes he mencionado, sino a su padre, cuyos amigos hicieron de testigos y relatores. El grupo, formado por tres ancianos, estaba dando un paseo matutino a primera hora y vio venir al emperador, que a esas horas gustaba de hacer lo mismo, acompañado de un ayudante no identificado. Dos de los caballeros se detuvieron, se quitaron el sombrero e hicieron una profunda reverencia mientras el barón Kahler, que tras su ascenso había continuado siendo un devoto judío, daba unos pasos a un lado sin quitarse el sombrero. El ayudante se disponía ya a arremeter, todo indignado como era de rigor, contra aquel individuo supuestamente irrespetuoso, cuyos labios se movían en un susurro, cuando el emperador, en cuestiones de etiqueta por lo general de una severidad muy pedante, le hizo un gesto:

—Déjelo, déjelo —dijo—. Está bien.

Y continuó marchando y saludando.

Era imposible que el ayudante supiera que el barón estaba pronunciando para sí la «bendición a la vista de una cabeza coronada» y que al pronunciarla hay que tener puesto el sombrero.

Con intervención directa de mi amigo Viktor se produjo un suceso que en el actual argot de los títulos se llamaría algo así como «Intimidación de una cocinera».

Un colega de los Kahler había puesto a disposición de estos para el verano su *palazzo* de Venecia; los Kahler aceptaron y, contra toda tradición, se fueron a veranear a Venecia, con toda la casa naturalmente, es decir además de papá, mamá y los hijos Viky y Felix, también la cocinera Mařenka. Durante el largo viaje en tren los dos malvados niños tuvieron la idea de informar a la cocinera Mařenka sobre el destino que les esperaba:

—¿Sabes, Mařenka? Ahora vamos a una ciudad en la que las calles son de agua y donde además hay caníbales.

La cocinera Mařenka casi se muere de risa, vaya, lo que había vuelto a ocurrírseles a los señoritos… caníbales… calles de agua… no, qué cosas… y, partiéndose de risa, se golpeó los rollizos muslos.

Cuando llegaron a Venecia, se subieron a una góndola y se

dirigieron al *palazzo* por los numerosos brazos de los canales, no solo se le pasó la risa, sino que no se atrevió a asomarse a la puerta en todo el verano.
De la institución del veraneo formaban parte diversas costumbres como el telegrama de llegada o el silbido familiar. Este, por lo general un motivo de una ópera de Wagner, servía para localizar a los miembros de la familia cuando amenazaban con perderse en el jaleo de la estación o al desembarcar de un vapor en una excursión. El telegrama comunicaba al cabeza de familia, que de momento se había quedado en casa, el final feliz del viaje y empezaba sin falta con las palabras «llegado bien». Por cierto, los telegramas, por no hablar de las llamadas telefónicas interurbanas, aún tenían entonces algo de excitante, por su naturaleza solemne u ominosa; cumplían en el texto la mayor de las economías y, en caso de necesidad, prometían detalles más precisos con la fórmula «seguirá carta». (Un ejemplo famoso de estos casos de necesidad: «preocupaos stop seguirá carta»). Jamás se telegrafiaba por asuntos cotidianos. Tenía que ser un acontecimiento extraordinario. Y la llegada al lugar de veraneo lo era.

Para terminar recordemos que entre los motivos por los que se escogía un lugar de vacaciones determinado las consideraciones de salud estaban en último lugar, si es que les cabía alguno. Esto se documentó de la mejor manera aquel verano en que una casualidad favorable dio la posibilidad a varios amigos redactores del *Diario de Praga*, entre los que yo me contaba, el más joven de todos, de tomarse las vacaciones al mismo tiempo y marcharse juntos a veranear. Tras largas consultas, se consideraron las Montañas de los Gigantes[63] y Mariánské Lázně[64] (Karlovy Vary era demasiado caro para la mayoría de nosotros). La decisión tenía que tomarla Rudi Thomas, el redactor jefe suplente (véase el capítulo al respecto), que ya antes había puesto de manifiesto en una ocasión su poca relación con bosques, campos y prados:

—Por lo que a la naturaleza se refiere, me basta con el cebollino en la sopa.

Abogó por Marienbad con los siguientes argumentos, que, por cierto, acentuó en la primera sílaba con el acento de los que despreciaban las vocales praguenses:

—Mirad, chicos. No es que Marienbad sea especialmente

bonito… Cosas bonitas no hay muchas. Pero hay muy buenos cafés, en los que se reciben todos los periódicos… Se puede comer decentemente en algunos restaurantes… El teatro no está mal, sobre todo con las compañías invitadas en verano… Se encuentra uno con gente… Y además también hay que tener un poquillo en consideración su aire fresco.

La jerarquía praguense

Tendría sentido empezar este capítulo sobre Praga justo con el *Diario de Praga*. Si, aun con todo, renuncio sin ceremonias es porque el *Diario de Praga* forma la aureola de todos mis recuerdos y experiencias relacionados con Praga, la cima de todos los años de mi vida pasados en Praga, y en la cima no se puede empezar bien, ni siquiera en este caso, y menos aún cuando se presenta como tal a todas luces, y de verdad que no solo a mí. Para aquella Praga que tengo ahora en mente, para aquel extraño conglomerado de razas y culturas, cuyos remanentes germano-judíos de los tiempos de la monarquía siempre podían apelar al hecho de haber producido una literatura asociada a nombres como los de Kafka, Rilke, Werfel, Brod y Meyrink, de disponer de uno de los teatros alemanes más ricos en tradición y seguramente también de desempeñar un papel inconmensurable en el terreno económico-financiero, para esa Praga el *Diario de Praga* era tan representativo que con razón podría considerarse una de sus cumbres, y con más razón aún uno de los puntos de partida para elaborar cualquier informe sobre la ciudad.

Entretanto me gustaría (en un infatigable esfuerzo, a menudo ya fallido, de lograr una estructuración más o menos ordenada de mis recuerdos) empezar por alguno de los otros puntos de partida (no por ello menos razonables) que han ido surgiendo ya a lo largo de los capítulos anteriores. Estoy pensando sobre todo en la señora Löwenthal, la prominente anfitriona a la que ya hemos visto coronada de fama y que ya me ha dado la oportunidad de aludir a la reciprocidad tan característica de Praga entre la cocina de primera categoría y la posición social de primera categoría, a la rigidez jerárquica con que era dividida o se dividía a sí misma la

sociedad praguense, pues fuera de ella nada de esto tenía validez, y dentro se consideraba tan indiscutiblemente «bueno» que el concepto de «buena sociedad» usual en cualquier otro lugar no se aceptaba de entrada (se contentaban con llamarla meramente «sociedad»). Tanto el espacio real como el de los recuerdos, cuyo trasfondo histórico-cultural solo puede describirse con impresiones y explicaciones superficiales, se concreta en una aceptación básica de esa mezcla de calidad y esnobismo, de pretensiones críticas y arrogancia provinciana, que se daba únicamente en Praga. El cronista queda limitado a anécdotas ejemplares, cosa que era su intención *a priori*, pues desde siempre las anécdotas le han parecido más concluyentes y esclarecedoras que los análisis excesivamente detallados.

No puede encontrarse mejor prueba de la jerarquía tan poco equilibrada que reinaba, por ejemplo, en el sistema bancario que aquella conversación que se cuenta del café Savarin en el Graben, donde a diario, tras el almuerzo, se congregaba el poder financiero de Praga a esperar la prensa vespertina con el cierre de las cotizaciones de la bolsa y las últimas noticias sobre economía: eran los presidentes, los directores generales y los apoderados de los grandes bancos, solo de los grandes, pues los modestos banqueros privados, aunque tuvieran una reputación igual de noble y de sólida, no tenían acceso a esos encuentros y, si se les hubiera preguntado, habrían respondido sin duda que tampoco les interesaban.

Así que allí, en el café Savarin, una tarde, mientras se encendía un puro, Winternitz, el director general del Banco Regional, considerado un experto en acciones, pronunció entre informales murmullos las siguientes palabras:

—Habría que deshacerse de Trifailer[65]. Antes de que las acciones caigan.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el señor Fanto, apoderado del Banco Mercurio, casi igual de casualmente y sin apenas levantar la vista del periódico, porque sin duda esperaba que la información de su colega procediera de alguna entidad puntera y no de una pequeña.

—Me lo ha dicho el bribón de Seelig —respondió Winternitz.

Como el Banco Seelig se contaba en efecto entre aquellos que los

grandes tenían por completamente honrados —haciendo, en cualquier caso, la vista gorda—, la respuesta de Winternitz causó alguna sorpresa.

Fue Hecht, el director general del Banco Unión, quien la expresó:

—Pero ¿qué pasa? —preguntó indignado—. ¿Es que el Seelig también tiene «bribones»?

Naturalmente «bribones» no se refería en ese contexto a una persona, sino que era una forma en clave de aludir a una amplia red de contactos que no podía tener una empresa de escasa importancia como el Banco Seelig. Según el señor Hecht un banco de esa categoría no podía consistir más que en el propio banquero.

Un caso concreto de apellidos fue el de Nelkenblum, el ambicioso empleado de banca que quería cambiarse de apellido, como deseaban con mucha frecuencia por aquellos años quienes tenían apellidos extravagantes o que sonaban ridículos y, también manifiestamente judíos (en su mayoría como preparación para el bautismo).

Así pues, el señor Nelkenblum solicitó un cambio de apellido y fue conminado por las autoridades competentes a aportar una justificación de sus deseos.

El señor Nelkenblum adujo que el apellido Nelkenblum resultaba un freno para su carrera profesional **[66]** .

Las autoridades respondieron diciendo que eso debían confirmarlo sus superiores.

El señor Nelkenblum se fue a ver a sus jefes a la dirección del Banco de Comercio de Praga, les expuso su intención y salió del despacho de la dirección con un documento que decía lo siguiente: «A petición del señor Bernhard Nelkenblum confirmamos la necesidad del cambio de apellido que solicita, puesto que el apellido Nelkenblum podría tener efectos negativos en una carrera profesional. (Firmado) Feilchenfeld, director general. Rosenblatt, apoderado **[67]** ».

Hay una especie de contrahistoria, relatada por el mismo informante, mi amigo Viktor von Kahler, al que ya he citado varias veces dándole las gracias.

El hijo de una apreciada familia de Innsbruck, Jakob Tschurtschenthaler, se había dado a conocer ya en sus años mozos

como un genio de las matemáticas y las finanzas y parecía predestinado a una carrera en la banca. Rápidamente se la ofrecieron los amigos de Praga y con atractivas condiciones, entre las que se contaba una invitación a ciudad, que se le hizo aún más irresistible.

Tschurtschenthaler anduvo un par de días por Praga, se decidió a aceptar la oferta y allí mismo presentó una solicitud para cambiarse de apellido. Se temía que no se tomaran en serio a un Tschurtschenthaler en los círculos financieros de Praga. A partir de ese momento quería apellidarse Taussig **[68]** .

En la cúspide de la jerarquía económica estaba indiscutiblemente la familia Plessnik. En realidad se apellidaba de otra forma, pero, como no solo era una familia rica, sino también muy sensible, a ningún coste (que en caso de urgencia no podría pagar) habría querido entrar en conflicto con sus descendientes emigrados a ultramar… ¿Quién sabe?, a lo mejor se escandalizaban con alguna de las anécdotas que giran en torno a su apellido, a su casi legendaria riqueza, que tuvo su origen en uno de los grandes bancos praguenses y en el liderazgo de la industria minera del país. No se les envidiaba: al contrario, en Praga se estaba más bien orgulloso de los Plessnik, igual que en Frankfurt de los Rothschild; se les concedía que tuvieran dinero y se les concedía… pero eso seguro que se entiende mejor con una anécdota.

Tiene lugar en el Graben, igual que otras muchas historias de Praga, en el paseo dominical del mediodía, entre un praguense de pura cepa y un amigo suyo que ha venido de fuera a visitarlo y al que va poniendo al corriente de las personalidades que se van encontrando (igual que de todo lo que merece la pena saber). De repente se para y señala la acera de enfrente:

—¡Mira, por allí van las dos hijas de Plessnik!

Praguense de pura cepa como es, conoce de sobra la fealdad sin competencia de las dos herederas. El forastero no lo sabe, no quiere prederse la oportunidad inesperada de ver de cerca a dos jóvenes millonarias, se apresura a cruzar, bordea a discreta distancia a ambas paseantes, regresa hasta donde está su amigo y pronuncia solo tres palabras:

—Dios es justo.

Los Plessnik tenían también un hijo y primogénito, llamémoslo

Tommi, de cuya infancia la memoria praguense ha conservado algunas anécdotas que no pueden pasarse por alto. Reproducirlas se da de plano con las dificultades fonéticas de las que me he quejado en repetidas ocasiones, porque Tommi, un niño introvertido y malhumorado, hacía sus escasas declaraciones con el soniquete del clásico alemán de Praga y desde muy pronto evitó como la peste cualquier vocal modificada. Constantemente cuidado y protegido por gobernanta, institutriz, preceptor y otro personal, supo afirmarse contra esa permanente vigilancia con una notable táctica de doble filo: la aceptaba con todas las fórmulas al uso de la docilidad y tras ese camuflaje hacía con mayor inflexibilidad lo que le apetecía.

En una merienda de niños, entregándose a su gula sin reparos y devorando tarta tras tarta, recordó de pronto las cuentas que debía rendir a su gobernanta (estaba en el cuarto contiguo con otras personas de compañía adultas) y exclamó a través la puerta abierta:

—¡Señorita! ¡Dentro de un ratito *m' iré*!

Tras esta advertencia (en la que se utilizaba la forma abreviada en praguense de «vomitaré») continuó jalando[69].

Es sabido que unas vacaciones en un lago del Salzkammergut tienen que aprovecharse para bañarse y en esta ocasión fue la institutriz la que lo llevó a la orilla con este fin. Tommi, que era tan sensible al frío que hasta en verano llevaba orejeras, y obedecía a disgusto, se inclinó, sin gana ninguna metió un par de veces los dedos en las aguas cristalinas y utilizando la lengua inglesa de forma consecuente y especulativa (sin desatender por ello el acento praguense) dijo decidido:

—*Much too cold for a child!*[70].

Incluso las leves muestras de temperamento que empezaba a dar ocasionalmente se coordinaban de inmediato con la persona encargada de vigilarlo en cada momento. Un enfrentamiento en la zona de juegos del parque municipal de Praga no terminó en una pelea como habría sido lo normal, sino con la pregunta de un Tommi muy comedido:

—Señorita, por favor, ¿puedo escupir a ese niño? No quiere dejarme su patinete…

Con motivo de una visita a sus parientes de Viena pudieron estos hacerse una enigmática idea de la fuerza imaginativa de su alma infantil. Lo habían llevado al parque de atracciones y se las habían enseñado todas. Tommi lo soportó obediente, no mostró ni entusiasmo ni desagrado y asimismo reaccionó con muy parcas palabras a los estimulantes intentos de conversación:

—Bueno, Tommi, y cuando seas mayor… ¿te gustaría ser el dueño de un tiovivo?

Tommi soltó un «no» inexpresivo, pero muy largo.

—¿A lo mejor te gustaría ser conductor de la montaña rusa?

—Nooo.

—¿O timonel de la acuática?

—Nooo.

—Entonces, ¿qué te gustaría ser?

—Dermatólogo.

Tenía entonces cinco años y el enigma no se ha resuelto jamás.

Con el uso mencionado anteriormente de la forma abreviada de «vomitaré» el pequeño Tommi dio muestras de un precoz dominio de la terminología praguense, que entonces se permitía con todas sus abreviaciones y sobrentendidos y que no era comprensible así como así para quien no estuviera iniciado en ella.

Por ejemplo, ¿cómo iba a interpretar alguien esa pregunta que un ama de casa de Praga le dirigió a otra?:

—¿Qué le unta usted a la suya a las diez?

¿Cómo podía saber alguien que se estaba refiriendo al refrigerio de pan que la otra le daba a su criada para desayunar a media mañana?

El uso de expresiones independientemente de su sentido original podía llevar incluso a todo lo contrario, como sucedió en aquella familia cuya hijita padecía una desviación de columna cada vez más acusada. Después de algunos tratamientos infructuosos mandaron llamar a un especialista y le presentaron a la paciente.

—Ponte derecha, mi niña —la conminó la madre—, para que el señor profesor pueda ver lo torcida que estás.

De vuelta de una visita a casa de su hijo recién casado, la mamá le contó a una amiga lo bien que llevaban la casa, la armonía que reinaba entre ambos jóvenes, los esfuerzos de la nuera por hacerle la estancia lo más grata posible: le había leído en la mirada

cualquier deseo y, en resumen, todo había salido a pedir de boca…

—Pero ¡vaya si me ha ofendido! —concluyó de forma triunfal.

Lo cual no quería decir que le hubieran hecho ofensa alguna. Más bien ella, en su infatigable preocupación por descubrir un defecto en su nuera, había logrado a pesar de todo sentirse maltratada y ofendida. Visto así, la ofensa era, pues, obra suya.

(Podría haberse tratado de la misma suegra que el día de Nochebuena puso en el árbol dos preciosas corbatas, cuidadosamente escogidas para su yerno. Cuando al día siguiente el joven matrimonio fue a verla era de esperar que el yerno luciera una de las corbatas. Ya en la puerta, la suegra le echó una mirada condenatoria:

—¡Vaya! —dijo—. ¿Es que la otra no te ha gustado?).

Una dama de la sociedad de Praga, una vez que le preguntaron por su relación con otra, respondió (para dejar bien claro que no le tenía la menor consideración):

—Con esa no me saludo.

(Naturalmente dijo *salido*, pero poco a poco voy confiando ya en que el lector lea por sí solo la pronunciación correcta).

No es necesario juzgar la mutilación gramatical de esa frase. Surge de la singularización de la forma del plural que sería la correcta en alemán, «no nos saludamos», la cual, no obstante, habría ido más allá de lo que era la realidad y establecido una equivalencia impropia. La interpelada quería dejar claro no solo que era ella la que le había negado el saludo, sino que además no le daba ninguna importancia al hecho de que la otra la saludara. ¿Cómo habría podido expresarlo de otro modo? La mencionada expresión es errónea gramaticalmente en alemán, pero socialmente correcta.

El arte de saludar o no saludar se practicaba sobre todo en el Graben, una de las principales arterias de la ciudad, en el ángulo derecho de la plaza de San Wenceslao, tan representativamente checa y punto central de la vida social alemana (de nuevo me gustaría indicar al lector que con «sociedad alemana» nos referimos a una sociedad casi exclusivamente judeoalemana; la no judía, concentrada en el distrito de Malà Strana, al otro lado del Moldava, y en su mayor parte originaria de los Sudetes germanos, apenas pintaba nada debido a sus inclinaciones antisemitas). En el Graben

se encontraban las tiendas, los cafés y los restaurantes preferidos por la sociedad judeoalemana, la librería alemana más importante, el renombrado hotel Estrella Azul, la Casa Alemana y todos los demás símbolos de una forma de vida extirpada hoy hasta sus raíces. Y todos los domingos, a última hora de la tarde, se celebraba en el Graben el desfile en el que se cultivaba el arte de saludar o no saludar, aunque los matices con que se hiciera, en el primero de los casos, tenían gran importancia. Hasta qué altura bajaba el sombrero el que saludaba y a qué distancia se situaba para el saludo resultaba, para la relación entre él y la persona a la que había saludado, tan esclarecedor como su posición social; el saludado, por su parte, manifestaba con la rapidez y la amabilidad de su réplica en qué medida agradecía el saludo. No pocas veces se iniciaba de este modo un acercamiento o un distanciamiento: no era raro que en el desfile del Graben nacieran o murieran relaciones laborales, personales e incluso amorosas… En general, cuánto hay que lamentar íntimamente el fin de esta bendita institución, cuya natural eficacia superaba en cierta medida incluso la de los cafés. El desfile subsistió hasta la década de 1930, no solo en el Graben de Praga, también en la Ringstrasse de Viena y en el paseo del muelle del Danubio en Budapest e incluso en la plaza principal de la más pequeña ciudad de provincias, que, de esta manera, se aseguraba una vida social. Incluso como visitante casual se veía uno en la obligación de participar en él: mientras paseaba de arriba abajo el anfitrión de turno le informaba a uno de los asuntos internos de la localidad y se constataba, tanto para su alegría como para la propia, que tanto Ústí nad Labem como České Budějovice o Pardubice disponían de un número espectacular de chicas bonitas (solo al cabo de una estancia más larga se descubría que siempre eran las mismas y que como mucho eran tres).

En cualquier caso, en ningún sitio se le atribuían a este desfile funciones tan fundamentales como en Praga. Cuando una mañana de domingo, Robitschek, el fabricante de textiles, al regresar a casa después de haber dado la vuelta al mundo, se enteró de que entretanto habían llegado rumores de su muerte en el extranjero, consideró una grave locura presentarse de inmediato en el paseo. Ya el primer conocido con que se encontró se quedó perplejo y lo miró boquiabierto.

—¡Ajá! —dijo Robitschek—. Usted tampoco estuvo en mi funeral.

También en el Graben el señor Keller, que poco antes se llamaba todavía Komen, se encontró con el señor Jomen, cuyo apellido original era Jeiteles, y cometió la imprudencia de preguntarle en tono burlón:

—¿Dónde *jome* usted hoy a mediodía, señor Jeiteles?

—En el Komenkeller —fue la respuesta, a la que no se le puede negar cierta elegancia.

Evidentemente, también el consejero comercial Hugo Orlik, sastre de caballeros de la *crème de la crème* praguense, tenía en el Graben sus dependencias exclusivas, en las que se conseguía entrar solo con la más alta recomendación y tras un exhaustivo examen. El señor Orlik, siempre un poquito más elegante que el más elegante de sus clientes, era el hermano del afamado pintor, residente en Berlín, Emil Orlik, que al parecer contestó así a un admirador que le rogó que le dejara visitar su taller:

—Un taller es lo que tiene mi hermano Hugo en Praga. Yo tengo un estudio.

Si eran mejores los trajes de Hugo o los cuadros de Emil yo no me atrevo a decidirlo. Pero de lo que no cabía duda era de que Hugo era un gran snob, uno de los más grandes de los que pudo hacer gala el «cofrecillo de *schmocks* praguense» (así se denominaba a sí mismo en un acto de coqueta autocrítica). Cómo y por qué *schmock*, que en principio era un personaje de la comedia de Freytag, *Los periodistas (Die Journalisten)*, se convirtió en sinónimo de «snob», al que siguieron oportunamente los derivados *verschmockt* («esmocado») y *Schmockerei* («esmoquería»), requeriría nuevamente un análisis particular, desgraciadamente imposible de realizar aquí[71].

Desde la competente perspectiva de una mujer se me aseguró que Praga también tenía mucho que decir en el terreno de la alta moda femenina y que la alta costura praguense tenía consideración internacional. La perspectiva competente pertenecía a la denominada «*juiverie*[72] de Praga», una denominación clarificadora, en absoluto limitada a Praga, para la clase alta de la gran burguesía judía, en poder de las finanzas y de la cultura, con título de nobleza desde hacía ya dos o tres generaciones.

A otra dama perteneciente a esa clase, que solía repartir el verano entre Niza y Karlovy Vary, le habían enviado de una de las peleterías más caras de Praga un magnífico abrigo de zorro blanco, que, como suponía con envidia una de sus amigas, sin duda pretendía llevarse a Niza.

—¿A Niza? —respondió la *schmock*—. Lo voy a reservar para Karlovy Vary. ¡En Niza no me conoce nadie!

Era la misma que, al considerar su marido un traslado a Dresde por motivos laborales, le respondió con el siguiente argumento:

—Y ¿qué hago yo en Dresde? ¡Si Praga ya me resulta demasiado pequeña!

En cualquier caso, al decir esto entraba en contradicción con un patriotismo local que se cultivaba en ciudades aún más pequeñas y que se expresaba de forma ejemplar en el suspiro:

—¡Göding ya no es lo que era!

Lo cual nos recuerda lo que dijo un agente de seguros que quería trasladar su negocio de Ostrava, en Moravia, a la pequeña ciudad eslovaca de Neutra y al que sus amigos le advirtieron de que aquello era muy «aburrido».

—¿Neutra aburrida? —replicó—. ¿Por qué? ¡Si la llaman la pequeña Bratislava!

Cabe recordar que Ostrava, la metrópolis morava del carbón, contaba con una considerable vida cultural y especialmente nocturna, hasta el punto de que algunas de las futuras estrellas de la escena iniciaron su carrera en el Teatro Alemán de la localidad. Ostrava alcanzó un gran nivel periodístico con el *Diario Matutino (Morgenblatt)*, unido al consorcio del *Diaro de Praga*, y la editorial Kittl, fusionada con él, ofrecía cobijo a una parte de la literatura expulsada de Alemania en 1933, y en poco se diferenciaba de las editoriales del exilio nacidas en Holanda, Allert de Lange y Querido. En todo caso, Ostrava suscribía con otras muchas ciudades la fatalidad de no poder nombrar su filiación morava así como así. Todo aquel que iba a parar a la Weisskirchen morava, a la Trübau morava o a la Gmünd morava, se hallaba en medio de la provincia más profunda y rápidamente se daba cuenta de por qué todas esas ciudades se resumían bajo el denominador común de «suicidio moravo».

Pero ahora nos hemos alejado demasiado de Praga y vamos a

regresar a toda prisa a la Praga dorada, la de las cien torres, en las orillas del Moldava que musicó Smetana, la ciudad más bella al norte de los Alpes y probablemente una de las ciudades más hermosas de todos los tiempos… ay, sí.

«Ese río fracasado atraviesa Praga y acaba desembocando en el Elba», dice Gustav Meyrink, que, de todos es sabido, era praguense de adopción y, a raíz o a pesar de ello, era el único en todo el amplio espectro de literatos praguenses que había conservado cierta opinión crítica sobre el protector Moldava. Ningún praguense, ya fuera literato o no (aunque en el fondo todos eran literatos o creían serlo: si no habían publicado más que una línea, hasta se consideraban mejores que los públicamente reconocidos: «Por favor, ¿quién es ese Werfel? Su padre tiene una tienda de guantes en la Mariengasse»), ningún praguense, digo, encontró jamás en Praga lo más mínimo que objetar (mientras en la supuestamente acogedora Viena la más perversa de las autocríticas se encontraba como en casa, desde Nestroy hasta Qualtinger pasando por Karl Kraus), ningún praguense dudó jamás que Praga fuera el ombligo del mundo y él mismo el ombligo de Praga. Incluso ese juicio aparentemente despreciativo de la leona de la sociedad praguense a quien Praga le resultaba «demasiado pequeña» encerraba la resignada convicción de que, por desgracia, no había nada mejor. Y lo cierto (o en praguense «vaya por Dios») es que en ciertas cosas realmente era así.

En el Graben, donde acabábamos de detenernos, estaba también el café Continental, el café de los literatos y los periodistas de Praga. Igual que el Herrenhof de Viena había sucedido al Central, el «Conti» había sucedido al derruido café Arco, poblado por los poetas de la Joven Praga, sin haber alcanzado, no obstante, fama literaria. Más información sobre el café Arco puede encontrarse en Karl Kraus, Kurt Wolff, Max Brod, Willy Haas y Johannes Urzidil, el último miembro del Círculo de Escritores de Praga, fallecido en 1972, a quien yo escuché «de oyente», si se me permite la expresión tomada de un pasaje muy halagador de la autobiografía de Max Brod.

El Conti debió de ser el único café de su estilo cuyo encargado del guardarropa era más famoso que todos los clientes juntos. Yo llegué a conocerlo, al viejo Jahn, y tuve aún el honor de ver

confirmada por él la fama local que había adquirido con mi novela *El estudiante Gerber (Der Schüler Gerber)* cuando una noche guardó mi abrigo sin darme el ticket del ropero. Sin duda esto constituía un gesto de reconocimiento, de aceptación en la lista de los preferidos, pues el señor Hahn, en efecto, distribuía los resguardos de su ropero únicamente como una señal de clasificación. No los habría necesitado para identificar los abrigos que guardaba. Tenía una memoria exorbitante, se sabía los números de teléfono de todos los clientes, se quedaba con las caras y, si eran lo suficientemente importantes, con los nombres de algunos visitantes y, después de largos años sin verlo, reconoció también a Siegfried Wagner, que había ido a Praga para una representación de su *Piel de Oso* [73] y luego se había pasado por el café Continental.

Hahn le ayudó muy solícito a quitarse el abrigo.

—He oído cosas muy bonitas de su papá —le susurró al oído en confianza.

Como en la lengua coloquial eso significa exactamente todo lo contrario, Siegfried Wagner reaccionó enfadado, como era de rigor:

—Pero ¿usted qué se cree? —dijo refunfuñando—. ¿Qué significa eso?

—*Lohengrin… Tannhäuser… Parsifal* —añadió Hahn con gesto inocente.

Hay testigos que informan de que el afamado hijo del aún más afamado padre no llegó a reír, ni siquiera a sonreír, sino que simplemente se volvió con un tímido «ah, bueno». Un tema como «El humor en casa de los Wagner» difícilmente llegará a ser objeto de un estudio literario.

En el Conti también se jugaba a las cartas y al ajedrez y en él tampoco faltaban los excéntricos, gorrones y mecenas de rigor, algo tan comprensible como las estrictas reglas para ocupar ordenadamente las mesas fijas y las infinitas discusiones, totalmente características y que, de hecho, son elementos fundamentales de todo café. Y me pregunto si no estarían mejor incluidos en un apartado propio, que tratara el fenómeno del «café» como tal, y lo documentara con ejemplos. Por otro lado, un pasaje de la anterior enumeración se solapa con el capítulo sobre el juego de cartas, y los tipos raros de Praga, con igual razón, podrían hacer valer su derecho a un espacio entre las rarezas ya descritas. Lo cual implica

ciertas dificultades organizativas que se me plantean una y otra vez al escribir este libro y para las que no tengo otra solución que seguir escribiendo a la buena de Dios.

Muy a propósito para ello se ofrece la palabra clave «discusión», que a la vez se sale de la estrechez del café. De hecho la vida intelectual de Praga estaba dominada por una discusión completamente inagotable, a la que daba pie cualquier ocasión imaginable. Anton Kuh la caracterizó en una parodia de un «calendario de actividades» como el que aparecía siempre a comienzos de semana en la página de cultura del *Diario de Praga*, con el siguiente anuncio de mentira: «Jueves, 20:00h. Espacio de lectura y diálogo de estudiantes liberales. (Esto era de verdad). Conferencia con diapositivas: ¿Quién se acuesta con la señorita Bunzl? Seguida de un debate».

De Kuh procede también otro dicho único, para cuya exacta comprensión solo hay que saber que en toda casa judía se denomina *challah* un dulce ácimo (trenzado, con semillas de amapola por encima y de un tamaño considerable).

—Cuando en Praga lo invitan a uno a cenar —constató Kuh—, con la sopa se reparte ya la problemática *challah*.

Esa conferencia con diapositivas sobre la que se discutió a continuación no se ocupó casualmente de una cuestión sexual, que en Praga se practicaba con el mismo celo y el mismo radio de acción que la discusión. Ambos campos de acción tenían en cierto modo límites móviles. De las relaciones, ya fueran estables o cambiantes, en el negocio sexual praguense, de las grandes hazañas de las que se oía hablar y de todo aquello que fuera también digno de saberse no se llevaba precisamente una contabilidad, aunque sí se discutía, y por cierto de forma totalmente neutral, muy lejos de la recelosa envidia o del cotilleo sucio. Había una especie de clasificación de los atractivos femeninos y de la capacidad de rendimiento masculina: los primeros estaban sometidos a las oscilaciones del cambio; la segunda, en cambio, en el espacio de tiempo al que se refieren mis recuerdos, la encabezaba Fritz Krasa, y esto ya casi merecía un capítulo aparte.

Fritz Krasa, llamado Krasa el Rojo por su reluciente cabello pelirrojo, era considerado, por decirlo brevemente, el hombre más potente de Praga. Se casó en el debido momento con una rica

norteamericana y la siguió a Estados Unidos, donde tal vez siga viviendo aún (si este fuera el caso y llegara a ver estas líneas, que las reciba como un tardío testimonio de mi veneración, como un monumento que yo siempre quise levantar a su legendaria potencia). Él jamás hizo ostentación, jamás se jactó ni hizo alarde (cosa que dio pie a que la fama aumentara hasta el infinito), jamás hablaba de sus proezas ni tampoco de cómo las conseguía, cosa que en modo alguno era evidente, pues Krasa el Rojo no era ni especialmente apuesto ni especialmente inteligente, y yo tampoco pude descubrir en él señal alguna de un encanto particular, nada en absoluto que resultara seductor. Probablemente se debía a la profunda, por no decir ética, seriedad con que se concentraba en el asunto; probablemente irradiaba una fuerza tan irresistible que no necesitaba hacer ni pensar nada más.

Esta fijación de miras se demostró con una vehemencia impresionante en una velada a la que ambos estábamos invitados. Para vencer el aburrimiento al que habíamos llegado, alguien propuso el juego de adivinanzas «concreto o abstracto», y Krasa el Rojo fue el primero al que mandaron fuera para que adivinara después el concepto o el objeto acordado.

Tal como marcaban las reglas, empezó preguntando:

—¿Concreto o abstracto?

—Concreto —fue la respuesta, y rápidamente Krasa el Rojo pronunció la única cosa concreta que se le ocurrió y exclamó:

—¡El miembro! (Utilizó una expresión más grosera, pero aquí podemos ahorrárnosla).

Le indicaron que iba por mal camino y que tenía que esforzarse un poco más para llegar a la respuesta adecuada.

Con desgana planteó la segunda pregunta de costumbre:

—¿Masculino o femenino?

—Masculino.

—¡O sea que sí! —exclamó Krasa el Rojo, cuya capacidad imaginativa había llegado ya a sus límites. Y, cuando volvieron a dar por mala su respuesta, se rindió.

No es que yo me atreviera a pedírselo: de forma voluntaria y espontánea me permitió una mirada, aunque breve, al secreto de sus artes de seducción, tan admiradas por mí. Aconteció con mucho estilo, en el paseo del Graben. Krasa el Rojo había saludado con

mucha reverencia a una dama que se aproximaba y ella se lo había agradecido con una sonrisa tremendamente amable. Unos pasos después se volvió hacia mí:

—Tienes que saludar —dijo—. Tienes que saludar y saludar hasta que la tengas en la cama.

No pude dominar mis dudas sobre si en verdad no se necesitaba de ningún refinamiento más, y jamás seguí el consejo de Krasa. Se quedó en admiración.

Esta alcanzó su punto culminante una tarde de domingo en que nos habíamos reunido en casa de Thomas, el subdirector del *Diario de Praga* (del que ya se ha hablado y se hablará aún más) para nuestro «día fijo» semanal. De aquel colorido y encantador círculo en torno a Rudi Thomas, que a menudo se enriquecía con invitados extranjeros, formaba parte también Krasa el Rojo, no precisamente por su potencia (aunque allí le aseguraba un gran respeto), sino más bien a remolque de su hermano, el compositor Hans Krasa, un alumno muy brillante de Schönberg, con el que me unía una relación personal y artística: de él era la música de una comedia crítica de época del escritor y dibujante checo Afold Hoffmeister, que en el original se titulaba *Mládi ve hře* (Juventud en juego) y en mi versión alemana *Anna dice que no*; ambas versiones se representaron a un tiempo, la checa en el teatro vanguardista de E. F. Burian, la alemana en el «Escenario Pequeño» del Teatro Alemán, y ninguna de las dos llegó a salir nunca de Praga (estábamos en el año 1936), lo mismo que la ópera de Krasa *El sueño del ancianito*, basada en una narración de Dostoievski. (Cabe añadir que Hoffmeister, por cierto, el primer embajador checoslovaco en París después de 1945, falleció hace pocos años en Praga, proscrito y solitario, y que Hans Krasa no sobrevivió al internamiento nazi en Theresienstadt, y también que me siento tentado de incluir cosas de este tipo cada vez con más frecuencia y mayor dolor de lo que permito que reconozca el lector).

Hoffmeister no era el único checo de los muchos tipos originales y talentosos que se congregaban en torno a Rudi Thomas. Enumerarlos a todos nos llevaría evidentemente muy lejos, en cualquier caso demasiado lejos de Fritz Krasa, que es quien debe ser el centro de estas consideraciones. También aquella tarde, muy en contra de su estilo y de sus intenciones, se convirtió en el centro de

atención, cuando de repente se cayó del sillón y se desmayó sin decir palabra. El dueño de la casa y un médico allí presente lo llevaron al baño, donde despertó rápidamente y donde se aclaró la causa de su desvanecimiento: a primera hora de la tarde, hasta poco antes de llegar a casa de Rudi Thomas, había tenido relaciones sexuales, evidentemente sin parar o con muchísima intensidad, pues en su explicación, que era perceptible desde el baño, aunque a trozos, pudo oírse esta frase, pronunciada en un tono modesto, casi de disculpa:

—… y luego, sin muchas ganas, eché el número seis…

A ningún otro nadie le habría creído, ni de lejos, lo del número seis.

De Krasa el Rojo se creía incluso que hubiera llegado a él sin grandes ganas.

Para el ciudadano medio cierro este abrumador capítulo sobre la potencia con un suceso con cuya descripción volveré a convertirme de estadístico en cronista. El papel de estadístico se me había adjudicado en el curso de los acontecimientos.

Resulta que se entabló contra Krasa el Rojo una demanda de paternidad, cosa que produjo una gran excitación y comprensión en todo su círculo de amigos. De los consejos que llegaron sin cesar de todas partes a quien tan duramente había sido castigado, se concluyó que lo único que podía ser útil era el peritaje de un abogado: para afrontar la acusación con alguna perspectiva de éxito, Krasa, que en modo alguno podía convencer a nadie de que carecía de potencia, debía demostrar que no tenía capacidad de concepción, para lo cual, a su vez, necesitaba una confirmación médica, pero una oficial, no de su médico de cabecera, el doctor Jellinek, ni de otro que, por una amistad personal o por tener un corazón judío demasiado blando, pudiera actuar con cierta sumisión. El chirrido de las manivelas que entonces Krasa puso en movimiento se mezcló con sus lamentos cada vez más altos, dando lugar a una fea sinfonía que pronto nadie quiso escuchar más. Parecía que la cosa no era tan trágica, que, por así decirlo, se trataba de un accidente laboral, como solo podía ocurrirle a un hombre de la actividad de Krasa. La compasión de sus amigos fue cediendo poco a poco y algunos empezaron a alejarse de él con desdén.

Finalmente, tras un trabajo de investigación de semanas, discreto y por tanto el doble de laborioso, se encontró a un médico oficial con el que al parecer se podía hablar. Atendía al nombre de Kalmus, que despertaba confianza, tenía su ámbito legal en la periferia, lo cual despertaba poca confianza, en el distrito obrero de Žižkov, y como por aquella época yo ya era el último que aún seguía siendo fiel a Krasa, lo acompañé hasta allí.

Aterrizamos en un barrio deprimentemente feo, encontramos la puerta con el letrero en un sombrío barracón de alquiler, tuvimos que llamar varias veces, porque el timbre no funcionaba, y fuimos recibidos por el doctor Kalmus en persona, un hombrecillo de barba afilada, parapetado tras unos binóculos, todo mugriento como la bata gris que llevaba y que alguna vez, en tiempos inmemoriales, debía haber sido blanca. Todo, incluidas las salas de consulta, era infinitamente desolador. Pero en juego no había requisito estético alguno, sino una demanda de paternidad.

El doctor Kalmus explicó en pocas palabras que estaba al corriente de los hechos, realizó todo tipo de procedimientos médicos, murmuraba de vez en cuando cosas incomprensibles y no resultó más claro cuando hubo acabado el reconocimiento:

—Y ahora, señor Krasa, necesito que me dé una muestra de semen. Tenga, por favor.

Y diciendo esto le alcanzó un preservativo al tiempo que le señalaba el único sillón que había en la sala, un mueble desvencijado con un solo brazo, pero con dos muelles que sobresalían.

Dicho suavemente, era una petición chocante, pero, en interés del esclarecimiento de la verdad, o al menos de una confirmación médica oficial, había que obedecerla. Así pues, Krasa, temiendo un acceso de impotencia, se sentó suspirando y empezó a esforzarse por producir lo deseado. El doctor Kalmus iba de un lado a otro de la sala con las manos cruzadas a la espalda.

Como los esfuerzos de Krasa, que en verdad estaba acostumbrado a cosas mejores, no habían dado aún resultado transcurrido un buen rato, el doctor Kalmus empezó a impacientarse un poco:

—Pero ¿qué pasa, señor Krasa? ¿Termina usted ya?

Con una mirada herida de muerte, Krasa el Rojo levantó la

cabeza:

—Doctor —susurró atormentado—, ¿no podría por lo menos tratarme de tú?

El único del que corría el rumor de que podía medirse con Krasa el Rojo, un rumor que no respondía a un control fiable, puesto que se movía en círculos completamente diferentes, era un viajante llamado Konrad Klein, al que apodaban Kiezek. Descendía de una familia de judíos de la provincia bohemia, como manifestaba su aspecto, que era el de un paleto grosero, hacía gala también de unos modales a juego y hablaba, al contrario que su refinado modelo, con tosca franqueza (y un fuerte acento checo) de sus heroicidades sexuales. Por ejemplo, cuando un individuo ávido de detalles le preguntaba cuánto tiempo necesitaba para que la compañera de turno llegara al sumo disfrute del placer, respondía:

—Bueno, la primera vez le pasa cuando digo en el café: «¡Camarero, la cuenta!».

Y en una ocasión, aunque de forma indirecta, a mí también me ofreció una información muy reveladora.

Yo estaba planeando un viaje a Francia y le pregunté a Kiezek, que debía de saberlo por su profesión, cuál era la mejor combinación de trenes. La tuvo lista al instante:

—Pues lo mejor es que salgas a las once y cuarto de la estación de Wilson. Tienes dos horas de transbordo en Colonia, te bajas, en unos minutos estarás a tres calles a la derecha de la estación, donde están las prostitutas, te vas con una al hotel El Águila Negra…

Para mantener el orden me vi obligado a decir que no necesitaba nada de eso.

—Disculpa —dijo Kiezek un poco contrariado—. Es que esa es mi forma de viajar.

La clientela del café Urban, en la plaza de San Wenceslao, donde yo conocí a Kiezek Klein, se distinguía por una mezcla checo-alemana que, de otro modo, solo se daba en un ámbito privado. En el café Urban Kiezek Klein se encontraba con sus colegas de negocios de fuera, no judíos; en el café Urban el diputado Stříbrný, que de vez en cuando dejaba oír sus notas antisemitas en un diario de bulevar que él mismo editaba, guiñaba el ojo a sus compañeros judíos de tarok, y en la mesa de los clientes fijos, ocupada en su mayoría por judíos, y en la que en mis posteriores visitas a Praga se me

otorgaron derechos de cliente, se hablaba alemán y checo por igual. Era un grupo animado, casi siempre de buen humor, al que no necesariamente podría calificarse de «intelectual». El componente intelectual lo aportaban sobre todo dos abogados, jóvenes por aquel entonces: uno de ellos, el doctor Franz Hajek, se cuenta aún hoy entre mis amigos (vive en Londres, ha contribuido con algunas cosas valiosas a este capítulo y le doy las gracias desde aquí). Sobre el otro, el doctor Arthur Wolf, solo puedo informar en retrospectiva. Ambos eran amigos y al mismo tiempo estaban enzarzados en una competitividad muy ostensible: cada uno quería tener más éxito que el otro, cada uno intentaba (de un modo ciertamente cómico) pinchar al otro, enfadarlo, provocarlo:

—Hoy he tenido que abrir una cuenta nueva en la Caja Postal de Ahorros —dijo un día Wolf justo cuando Hajek se acercaba a la mesa—. En la vieja ya no me cabe nada más.

Intencionadamente, Hajek miró pensativo un buen rato a su exagerado contrincante. Luego dijo, como si fuera el resultado de una larga reflexión:

—Es evidente que Hitler no tiene razón. No todos los judíos son inferiores. Inferior eres tú, Wolf.

El siguiente episodio también tiene que ver con Hitler, que hacía poco que había llegado al poder en Alemania y a quien nadie quería tomar aún en serio fuera de ese país. Los dos amigos pasaron juntos unas vacaciones de invierno esquiando en las Montañas de los Gigantes, y emprendieron desde el hotel Spindlerbaude un recorrido en zigzag a lo largo de la frontera, de forma que uno no sabía nunca si se encontraba en territorio checoslovaco o alemán. No es extraño que Wolf, que iba deslizándose tranquilamente, se quedara de repente sin aliento al oír a sus espaldas un grito chillón: «¡Cerdo marxista judío!». Pálido del terror se volvió para comprobar… que el que gritaba no era otro que Hajek.

—¡¿Estás loco?! —le respondió gruñendo—. ¡¿Cómo se te ocurre?!

El otro, que entretanto había llegado hasta él, lo tranquilizó:

—Mira: si estamos en Checoslovaquia da igual. Y si estamos en Alemania… yo estoy a salvo.

La mención de las Montañas de los Gigantes exige una breve mirada de soslayo a otro miembro del círculo del Urban, Richard Fleissig,

apodado «el limpiador de la lengua». Su lucha por la limpieza se dirigía a los múltiples clichés vacíos de contenido que habían proliferado en la lengua coloquial: entre ellos, la palabra «gigante» y sus variantes, utilizadas sin ningún cuidado, le inspiraban una especial repugnancia.

—Los gigantes no tienen raciones —corregía cuando alguien ensalzaba las «raciones gigantescas» de un restaurante recién abierto.

Quien manifestaba su «gigantesca alegría» tras haber recibido un regalo, tenía que dejarse instruir de inmediato acerca de que los gigantes no tienen alegría. Tampoco tenían prisa, ni líos, ni éxito, lo único que tenían, y en eso insistía Fleissig, eran unas montañas, de lo demás nada. La contumacia con que se aferraba a su manía se convirtió en su perdición cuando el director de la fábrica de ropa interior en la que trabajaba le convocó un día en su despacho:

—Señor Fleissig, tiene usted que ir inmediatamente a los baños de Bohemia con nuestra nueva colección… Por lo que he oído decir hay allí una demanda gigantesca.

—Los gigantes no tienen necesidades, señor director —le corrigió Fleissig, el limpiador de la lengua.

Y perdió su bien remunerado empleo.

El interés, y la invitación, de los que se sentaban a la mesa de la clientela habitual recayó en el doctor Schreier, el dentista, un día que estaba ocupado preparándose su cóctel favorito: mitad coñac, mitad aderezo para sopas Maggi. También sus preferencias culinarias acusaban rasgos poco usuales, y quien en alguna ocasión haya pisado en Praga una tienda de embutidos ahumados lo comprenderá. Estas tiendas, siempre repletas de gente, Chmel, Kašpar, Koula o como quiera que se llamaran todas ellas, estaban también provistas para una colación rápida: la larga pared de delante del mostrador tenía unos pequeños salientes de mármol (comparables a las mesas plegables de un compartimento de tren de primera clase), en los que se podían comer de pie los productos recién preparados. Se ofrecían en cantidad y variedad desconcertantes (solo de la salchicha conocida como *párky* había tres tamaños diferentes) y los entendidos locales los apreciaban aún más que el mundialmente famoso jamón de Praga.

Cuando el doctor Schreier entraba en una de esas tiendas y la

dependienta le ponía en el mostrador la *párky* que había pedido, preguntaba inmediatamente:

—¿Algo más?

Se refería a pan o a panecillos con sal o sin sal. No obstante, la respuesta del doctor Schreier era:

—Cien gramos de tocino.

Y, como su acompañante se mostraba asombrado, seguía la explicación:

—Me alimento de puro veneno ahumado.

Así como entre las costumbres alimenticias del praguense los ahumados (en todas sus formas posibles) ocupaban un lugar destacado, la cerveza ocupaba el suyo a la hora de beber. El ritual que la acompañaba era más o menos equiparable al del vino joven en Viena: un bebedor de cerveza praguense, en tanto mereciera tal título, no estaba obligado por ningún juramento a tomar una clase determinada, sino a ir a un determinado local de los muchos en que se vendía (algunos de ellos elaboraban la suya propia). Quien creía en el Flek o en el Šnell, dejando aparte a un Schwejk o a un Hašek, jamás se habría dejado ver en el Kelch; un cliente habitual del Santo Tomás (fundado en 1492) o del Procházka, situado en el Altstädter Ring, nunca habría ido al Sojka, situado en el Belvedere. En qué se diferenciaban los productos elaborados en estos locales de las grandes marcas, de Pilsner, Budweiser, Königgätzer, Scmichower y todas las demás, escapa a mi capacidad de juicio debido a la falta de pedigrí y de aprendizaje. No me puedo llamar ni praguense ni bebedor de cerveza praguense; aquí solo hago la función de reportero.

Como tal tengo que informar de un consejero de sección jubilado que hacía unos preparativos muy ingeniosos para poder disfrutar de su cerveza. Yo lo conocía de una piscina situada por debajo del Belvedere, la Escuela Militar de Natación (el cuartel de entrenamiento de mi club de natación de Praga, el Hagibor). Allí aparecía el señor consejero de sección los meses de verano, todos los días a las once de la mañana, se tumbaba al sol, allí donde más calentaba, y estaba tumbado dos horas, una hora boca abajo, otra boca arriba. Sin que su cuerpo, que echaba humo de puro calor, hubiera entrado en contacto con el agua, se levantaba a la una en punto, se vestía y subía jadeando hasta lo alto del Belvedere, donde

se abandonaba en el Sojka hasta haber apagado por completo su sed de cerveza.

—El primer vaso hay que bebérselo de un trago —decía con sumo deleite.

Otro auténtico bebedor de cerveza era Karl Tschuppik (véase más adelante el capítulo correspondiente). En los años en que trabajó para el *Diario de Praga* frecuentaba una taberna de las afueras, de la que afirmaba que tenía la mejor cerveza del mundo, y la historia siguiente de hecho solo tiene ver con la cerveza porque se desarrolla allí. Sin embargo, que la reproduzca aquí se justifica por motivos lingüístico-etnográficos: tanto en el ámbito lingüístico bávaro-austríaco como en el checo los verbos «tener, ser, llegar a ser, ensuciar» se utilizan como reflexivos.

Así pues, en aquel local de las afueras frecuentado por Tschuppik, entre cuyos clientes habituales se contaba también el cura de la parroquia, una noche se entabló una disputa sobre cuán antigua era la iglesia de al lado, en la que los cálculos iban de cien a quinientos años. Como ni siquiera Tschuppik, a pesar de ser todo un señor doctor, era capaz de aportar información alguna al respecto, uno de los disputantes cobró ánimo, se echó un nuevo trago para tener más valor y se acercó al cura en actitud devota:

—Reverendo —preguntó—, ¿acaso no sabrá usted desde cuándo se ensucian las palomas en su iglesia?

Puede afirmarse sin exagerar que el grafismo característico de la lengua coloquial checa llegó aquí a las floreadas alturas de los antiguos tropos.

El círculo del Urban prefería la cervecería Sojka, también por su excelente cocina y porque se podía estar seguro de encontrar siempre sitio en sus amplios salones. Al final del alargado vestíbulo, que albergaba el ropero, el propietario del local, el señor Bohumil Sojka, se sentaba en un respetable y solitario sillón de abuelo en las horas de mayor afluencia de clientes. Las malas lenguas decían que aquel mueble había sido hecho a medida para él, para poder acoger su enorme volumen. El señor Sojka apenas podía moverse del barrigón que tenía, y mucho menos salir a saludar a sus clientes como hacían los dueños de otros locales. A la mayoría les hacía un gesto sin levantarse, a los clientes acreditados como habituales les permitía acercarse para estrecharles la mano, y en casos de máxima

excepción llegaba a ponerse en pie, entre gemidos, a tal efecto. Era la máxima distinción que otorgaba, y en algunos asiduos ambiciosos anidaba el deseo de arrancarle tal honor, o como decía una expresión acuñada explícitamente: «Levantar al Sojka».

Se convocó un premio consistente en tres comidas de tres platos cada una, con tres cervezas respectivamente; los competidores luchaban enojados por el favor de Sojka: de dos de ellos pudo incluso verificarse que entrenaban en secreto, es decir, que iban al Sojka solo para tomarse una cerveza, a fin de acercarse a él… en vano. No pasaron tampoco de un apretón de manos desde el sillón.

Entonces, una noche, mientras estaban aún dejando sus abrigos, tuvieron que ver, de repente, cómo el señor Sojka se plantaba ante el señor Fleissig, el limpiador de la lengua, claro que sin estrecharle la mano, pero indiscutiblemente «levantado». Tras la investigación emprendida inmediatamente, que además de los testimonios de diferentes testigos incluyó una pregunta al señor Sojka, resultó que Fleissig, mirando al suelo, había echado a correr hacia donde estaba Sojka, al que el puro susto había levantado de su sillón. Fleissig quedó descalificado, la competencia fue desapareciendo y nadie del café Urban consiguió jamás levantar a Sojka sin trampas.

En cambio, en la mesa del Urban continuó la competencia entre los doctores Hajek y Wolf. Para minar la supremacía de Hajek, Wolf tomó la decisión de acometer una osada empresa, que habría de granjearle atención y respeto: reservó una plaza en el primer viaje a la Unión Soviética organizado para extranjeros por la agencia de viajes soviética Intourist recién inaugurada. Dadas las circunstancias de la época (difíciles de imaginar hoy en día) un viaje así tenía en efecto algo de aventurero, pues uno se embarcaba en la más completa incertidumbre, debido a la falta de todo precedente.

Llegado el momento, una delegación del café Urban se presentó en la estación Wilson para despedir a Wolf como era de rigor.

Wolf estaba junto a la ventanilla, conmovido, las puertas del tren se cerraron, sonaron los últimos silbatos y entre la multitud que se despedía se adelantó Hajek para pronunciar unas palabras:

—Querido Wolf —dijo—, eres el primero de nosotros que viaja a la Unión Soviética y todos estamos impresionados por tu espíritu pionero. Como sin duda sabes, en la Unión Soviética han ajusticiado

ya a mucha gente, pero nunca a un miembro de la Cámara de Abogados de Praga. En el hotel Intourist de Moscú te está esperando un telegrama que dice lo siguiente: «recoger bombas punto contacto siete - trotski». Buen viaje, Wolf.

El viaje a Moscú duraba en cualquier caso dos días.

La posición prominente de Hajek en el café Urban se manifestaba también en el hecho de que los periódicos extranjeros, que había allí en buen número, no se sujetaban al bastidor ni se dejaban a la lectura del público hasta que Hajek los hubiera leído y rubricado en la esquina superior derecha. Era un lector de periódicos fanático y no podía renunciar a la ingesta diaria de una cantidad determinada de tinta impresa como el organismo de un individuo normal no puede renunciar a determinada cantidad de vitaminas. Cuando, en una ocasión, por recomendación de sus amigos y de su médico, se permitió un largo viaje de recreo (que lo llevó por Italia, con sosegadas paradas intermedias, hasta Nápoles, donde se embarcó en un crucero por el Mediterráneo), hizo que le enviaran a la lista de correos de Nápoles el *Diario de Praga*, subió a bordo con el imponente montón de periódicos bajo el brazo y, después de instalarse en su camarote, se dirigió a la silla de cubierta, previamente reservada, echó una rápida mirada a la costa que pasaba por delante de sus ojos y le dio la vuelta a la silla diciendo:

—Bueno, ya volveré aquí otro día.

Luego, sin que le distrajera ninguna belleza paisajística, empezó a leer el *Diario de Praga*.

Una actitud mucho más relajada respecto a la lectura de periódicos, y en definitiva también respecto a los acontecimientos cotidianos, era la que adoptaba el anciano señor Spielmann, que no frecuentaba el café, pero no por ello quería ir por la vida totalmente desinformado. Recibía el *Diario de Praga* a través de una forma especial de subabono, esto es, por medio del camarero de un pequeño café, que reunía los ejemplares pasados y se los daba todos los meses a cambio de una pequeña cantidad de dinero. La entrega era siempre a finales de mes, y el señor Spielmann dejaba aún otro mes el hatillo sin tocar, de manera que como muy pronto el 1 de octubre se ponía con el *Diario de Praga* del 1 de agosto. Como de vez en cuando, por ejemplo cuando tenía que salir de viaje de negocios, se producían retrasos aún mayores, el señor Spielmann

seguía los acontecimientos con una media de retraso de dos meses y medio o tres. Eso le ahorraba algún que otro susto, le procuraba una sabia distancia respecto al curso de los acontecimientos, por culpa de los cuales su nervioso entorno enfebrecía día tras día, y además lo ponía en situación, si excepcionalmente le entraba curiosidad, de informarse de la solución del caso en cuestión. En una sola ocasión no le respondieron; fue cuando en mayo de 1933 le preguntó a un refugiado de la Alemania nazi:

—¿Qué piensa usted…? ¿Llegará Hitler al gobierno?

Entre el señor Spielmann y el último de los tipos excéntricos de Praga que quedan por describir, el viejo Rosenfeld, se cuela con mucha energía el señor Mendel, cuya sabiduría, al contrario de la del señor Spielmann, que se orientaba hacia el pasado, miraba lejos, muy lejos al futuro, proféticamente lejos. La historia que lo ejemplifica podemos fecharla unos años antes de la Primera Guerra Mundial; su fuente es un pariente mío que era amigo del señor Mendel y que poco después se halló en una situación muy similar, solo que él no se dio cuenta del parecido.

El señor Mendel disfrutaba por herencia paterna de los derechos de arrendamiento de unos terrenos del principado de Liechtentstein, en la comarca bohemia de Brod: había nacido y crecido en esas tierras, no conocía otra cosa y tampoco quería vivir en otro sitio, le habían dado una educación checa, estaba casado con una checa y mantenía con su entorno checo, incluido el abundante personal de servicio, una relación de lo más cordial. Nada estaba más lejos de su pensamiento que comportarse como un señor feudal y dejar que administradores o representantes se encargaran de sus asuntos; al contrario, él personalmente velaba por sus derechos y se presentaba allí donde fuera necesario; en verano se levantaba con el primer canto del gallo, salía a caballo a sus campos, hablaba con el capataz, al que llamaban *šafář* (una forma eslava del alemán *Schaffer*), se aseguraba de que el trabajo del día transcurriera sin contratiempos y gozaba del respeto de todos (que se expresaba según las fórmulas tradicionales)[74]. Antes de partir, el señor Mendel ingería una pequeña colación; el auténtico desayuno, que su mujer le preparaba entretanto, lo tomaba cuando regresaba a casa.

Pero una mañana, cuando la señora Mendel entró en la habitación, vio a su marido, al que ella creía ya en su habitual

cabalgata, en el escritorio escribiendo una carta. A su sorpresa él respondió con un «shhh» acompañado del correspondiente movimiento de la mano con que por lo general se ahuyenta a los animales domésticos. No se sentó a desayunar hasta que no hubo terminado y cerrado la carta.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó la señora Mendel, ahora ya con un tono algo más apremiante—. ¿Qué escribías en esa carta?

La respuesta del señor Mendel fue tranquila, mesurada e indiscutible:

—He dejado el arriendo de los terrenos de la administración de Liechtenstein. Nos mudamos a la ciudad.

—Por todos los cielos, ¿por qué?

—Cuando he llegado hoy al campo, el *šafář* no me ha dicho: «Le beso la mano, señor», sino: «Buenos días, señor Mendel». Se acabó.

Yo no conocí al señor Mendel y no sé nada más de él. La historia ocurrió en 1910 o 1911, cuando yo tenía dos o tres años. Se recoge aquí porque representa un caso único de instinto político.

Por cierto, que al viejo Spielmann tampoco lo conocí, aunque habría sido posible en cuestión de fechas. Desgraciadamente era un cascarrabias intratable, y solo el doctor Hajek, que de algún modo se había ganado su confianza, era capaz de contar algo de él. Cosas grotescas como lo del subabono, o dichos originales, cuya originalidad estribaba en buena parte en constituir una variante del argot de Praga. Todas sin excepción daban testimonio de la aversión irreconciliable del señor Spielmann a un presente que, según su convicción manifestada una y otra vez, era imposible de comparar con los años 80 del siglo anterior. Por aquel entonces el señor Spielmann era joven, vivaz, siempre dispuesto a las chanzas y, en resumen, «un gran bromista»; entonces le gustaba «arrastrarse» (como se denominaba en Praga a patinar sobre hielo), los ochos que hacía le salían «bordados y requetebordados», todo era mejor, más bonito y más grande, incluso las enfermedades:

—¿Qué tiene? ¿Tiene anginas? En los años 80 tuve anginas… Echaba sangre y pus… ¡cazuelas así de grandes!

Tampoco tenía el señor Spielmann la menor duda sobre la decadencia del teatro:

—En los años 80 todavía se hacía teatro. ¿Y hoy? ¡Nada más que *bar y edades*!

Tales disparates lingüísticos no los cometía el señor Spielmann en modo alguno por despiste, sino a propósito y hasta los elevaba a categoría de reglas:

—Se dice *el* miembro, pero *lo* retrete. Así resulta más despectivo.

Y según el informe de Hajek el señor Spielmann no reaccionó como era de esperar ante el proceso que justo en ese momento se sometía en Alemania a un asesino múltiple, aludiendo irónicamente a que en los años 80 había habido otros asesinatos múltiples bien diferentes; antes bien, el alegato en el que el abogado defensor pedía compasión no le dio pie más que a esta afirmación, aparentemente desacertada:

—¿Saben ustedes…? Cuando alguien mata a siete u ocho personas, para mí ya no es un hombre decente.

El concepto de «hombre decente», por aquella época bien arraigado en la lengua común, es equiparado aquí debido a un curioso cortocircuito a la denominación de «persona», a la que un asesino múltiple ya no tiene derecho. Eso era en realidad lo que quería expresar el señor Spielmann. Sus congéneres entendieron los conceptos de forma literal y se mostraron por tanto reticentes ante quien no era capaz de decir nada más concreto que «un hombre decente». Eso, decían, ya se entendía por sí solo.

—Si no fuera decente, habría que encerrarlo —solían decir.

Aún más crítica, más escéptica y más pesimista que la del viejo Spielmann era la concepción del mundo del viejo Rosenfeld, a quien he anunciado en último lugar en la lista de los excéntricos cascarrabias praguenses. Tenía una tienda de café en uno de esos edificios llenos de rincones, también llamados «pasajes», que se encuentran en Praga con mucha más frecuencia que en otras ciudades de la vieja Austria y que proliferan precisamente en lo que antaño fuera el centro de la ciudad. Algunas de las tiendas que había en su penumbra eran aún auténticas «bóvedas» (en alemán judío, la denominación para cualquier puesto de venta), tenían algo ligeramente misterioso y cumplían con los modernos requisitos higiénicos en muy escasa medida. Por ejemplo, todos los que trabajaban en uno de esos edificios tenían que contentarse con un solo retrete, para cuyo uso colgaba de la pared una llave, sujeta a una argolla de hierro grande y delgada. También colgaba de la

pared de la tienda de café de Rosenfeld y se pone como primer ejemplo porque, en efecto (pocas veces un cliché ha funcionado tan bien), era la llave del profundo pesimismo de su propietario. En más de una ocasión se vio cómo el viejo Rosenfeld, empujado por la urgencia, se acercaba a la llave, se detenía, la observaba desconfiado, retrocedía unos pasos, pero volvía lentamente hasta ella, estiraba la mano para cogerla, volvía a dejarla y al final, tras repetir varias veces sus dubitativos intentos, renunciaba definitivamente con un resignado movimiento de la mano y pronunciando enojado: «¡Ocupado!».

Por lo demás solo decía lo estrictamente necesario, era malhumorado, brusco y muy poco inclinado a contestar. Cuando cumplió ochenta años recibió las felicitaciones de tan mala gana como si hubieran sido pésames por su defunción, que se produciría al poco tiempo. En la cohorte de felicitantes alguien pareció darse cuenta de lo que se le estaba pasando por la cabeza al anciano y trató de animarlo:

—Señor Rosenfeld, ochenta años no son nada. Mire a Hindenburg… ¡tiene ochenta y seis y sigue siendo presidente del Reich!

El viejo Rosenfeld se encogió de hombros:

—Hindenburg. Menudo maromo. Ni una preocupación en toda su vida.

Cuando su sobrino Otto quiso saber por qué no se había casado nunca, se animó a hacer una observación, aunque solo a trompicones, que encerraba todo el pesimismo de su sabiduría vital (y gracias al uso de la antigua expresión judía para «prostituta» tuvo un efecto aún más fuerte).

—¿Yo? ¿Casarme yo? No se me ha ocurrido jamás. Toma nota: todas las mujeres que ves son meretrices. Y las que no se ven —añadió tras una breve pausa— también son meretrices.

Yo aún llegué a conocerlo, al viejo Rosenfeld. Prácticamente me era imposible no conocerlo. Porque el edificio en el que estaba su tienda unía el Graben con la calle de los Caballeros, es decir que llevaba directamente al edificio del *Diario de Praga*, entre cuyos redactores, de los que yo era amigo, se encontraba también su sobrino Otto.

Y de este modo, a través del pasaje en penumbra, pasando por

delante de la tienda de café del viejo Rosenfeld, que desde la cercana redacción yo frecuenté a menudo en compañía de su sobrino, he llegado finalmente al *Diario de Praga*.

Leído con deleite e instrucción

Jamás ha vuelto a darse en un espacio tan pequeño un número tan grande de individuos excéntricos y originales como en el viejo *Diario de Praga*, jamás un ambiente tan único, mezcla de ingenio y vivacidad, de talento y habilidad. Max Brod trató de plasmarlo en su novela *Corazones rebeldes (Rebellische Herzen)*. Me temo que no lo logró del todo. Y yo tampoco lo lograré. Porque un rasgo esencial de ese ambiente era precisamente la nota personal, inimitable e inconfundible, de quienes lo crearon, la pose de cada uno de ellos, su cadencia, su terminología… Es siempre el mismo dilema: todo eso se ajusta mucho mejor a la reproducción oral que a la escrita, por cuyas carencias he de pedir indulgencia una vez más.

Además del *Diario de Praga* se editaban en la ciudad otra serie de diarios en alemán: el *Bohemia*, considerablemente mucho más antiguo, cuyo círculo de lectores, formado por una mezcla absurda de judíos y defensores de la Gran Alemania, empezó a disminuir sensiblemente después de 1918; el *Prensa de Praga (Prager Presse)*, leal al gobierno, que para equilibrar la parte oficiosa y aburrida empleaba a algunos colaboradores literarios de primera categoría (entre ellos Robert Musil[75], durante un tiempo crítico de teatro en Viena); la *Prensa Alemana (Deutsche Presse)*, abiertamente nacionalista e inclinado hacia el movimiento Henlein[76]; y años más tarde el *Mediodía de Praga (Prager Mittag)*, en su origen un tabloide de bulevar. De todo este conjunto asombrosamente variado solo el *Diario de Praga* tenía prestigio nacional. Durante décadas, desde principios de siglo hasta la sangrienta irrupción de la era de Hitler, fue considerado uno de los mejores periódicos en lengua alemana.

Y este importante órgano de prensa, íntegro, apreciado y, en

resumen, serio, veía la luz día tras día de un modo que no tenía absolutamente nada que ver con el término «serio». La seriedad significaba en el uso lingüístico interno de la redacción «seriedad mortal» y estaba muy mal vista. Todos sabían a qué se refería y se divertían contribuyendo cada uno con su parte a que todo saliera bien todos los días. El trabajo y el esfuerzo debían pasar lo más desapercibidos posible, ni siquiera querían los redactores admitirlo ante sí mismos. La ambición se consideraba una subcategoría de esa seriedad mortal tan mal vista y, allí donde era posible, se camuflaba bajo la alegría juguetona del trabajo manual. Era imposible evitar que, en ocasiones, destilara también algo de cinismo. Pero, como no dejaba de transformarse a tiempo en autoironía, nunca resultaba cargante. No había consejos de redacción, planes a largo plazo, disputas competitivas ni cosas importantes por el estilo. Todo esto se sustituía por un talento improvisador y un «sentimiento corporativo» imposible de definir mejor.

—Niños —el legendario redactor jefe Karl Tschuppik se dirigió una noche, en medio de la Primera Guerra Mundial, a algunos que estaban bebiendo bastante y discutiendo en voz alta, y que tenían ocupado su despacho—, niños, ya es medianoche, el periódico saldrá dentro de dos horas, ¡dejadme que trabaje de una vez!

Le reprendieron con exclamaciones irónicas, la discusión continuó, Tschuppik se mordía el bigote y poco a poco iba poniéndose nervioso. Pasado un rato volvió a tomar la palabra:

—Ya va siendo hora, niños. ¡Dentro de media hora componemos y aún me queda algo por escribir!

La cosa sonó tan urgente que un miembro del grupo que lo tenía sitiado quiso saber qué tenía que escribir:

—Un editorial —dijo Tschuppik—. El emperador ha muerto.

Conocí a Karl Tschuppik en Viena muchos años después y no viví esta historia personalmente. Es una de tantas de las que pertenecían al tesoro interno de la redacción y que los más antiguos contaban a los recién llegados que consideraban dignos de oírla. Era algo parecido a una clase de historia o a la iniciación en una hermandad secreta. No solo había que saberse la categoría y la especialidad, las cualidades y las manías de cada uno los redactores de entonces, sino también de sus predecesores. De lo contrario no se pertenecía al grupo; de lo contrario se quedaba uno solo en todos

los sentidos.
Otra de estas historias giraba en torno al doctor Raabe-Jenkins, el jefe de la sección de deportes, gigantesco y torpe en todos los sentidos, famoso por el caótico desorden de su despacho. Se dice que en los confusos días de la revolución de 1918 este desorden fue la causa de que el edificio del *Diario de Praga* se librara del saqueo de una horda de nacionalistas checos que andaban buscando camorra. Lo primero que hicieron los intrusos fue reventar la puerta del despacho de Raabe y, a la vista del desolador espectáculo, se dieron la vuelta diciendo: «Ya hemos estado aquí».

De las numerosas anécdotas sobre Raabe-Jenkins recuerdo otra con gran agrado. Se trata de su victorioso encuentro con un representante de la literatura, el dramaturgo Paul Kornfeld[77], aupado por el éxito del teatro expresionista y que había conseguido cierta fama con su obra *La seducción* (igual que *Parricidio* de Bronnen, *El hijo* de Hasenclever y *El hombre del espejo* de Werfel[78], dedicados al conflicto generacional, un tema de gusto generalizado).

Para ratificar esta fama se dirigió al *Diario de Praga*, adónde si no, y se plantó en la antesala denominada «octógono», desde la que salían los pasillos que conducían a los diferentes despachos. El octógono (en griego «de ocho ángulos», cosa que por aquel entonces sabía todo bachiller) era para los redactores como una especie de ágora, en griego, «mercado». Allí estaban los que en ese momento no tenían nada que hacer, y la mayoría en ese momento no tenía nada que hacer, andaba por allí charlando; allí intercambiaban las últimas noticias, allí se encontraban con sus visitas para llevarlas a sus despachos o no, y allí, por tanto, pensaba el dramaturgo Paul Kornfeld recibir las felicitaciones que se esperaba por su éxito. Se las dieron, tal como deseaba, algunas cordiales, otras menos cordiales, pero de un modo u otro le felicitaron todos los que se le acercaron o aquellos a los que él llamó a tal efecto.

También cuando el doctor Raabe-Jenkins apareció por uno de los pasillos, Kornfeld se preparó para la ensayada ceremonia… y tuvo que ver cómo el otro pasaba de largo sin hacerle ni caso.

Recuperándose rápidamente, siguió a aquel huno absorto y gruñón, se puso en su camino y le dio la oportunidad de reparar el olvido:

—Mi nombre es Kornfeld —le informó con acento esperanzado.

Raabe-Jenkins levantó la vista, vio a un pequeño hombre con gafas de aspecto excesivamente judío y dijo:

—Ah, bueno, el mío Khevenmüller [79].

Después continuó su camino.

Como editor del *Diario de Praga* figuraba el doctor Rudolf Keller, que parecía ejercer ese cargo, no obstante, como una gravosa ocupación secundaria. Su interés principal era un campo de la bioquímica de difícil acceso en el que había alcanzado mayor reputación de la que disfrutaba entre sus redactores gracias a un trabajo fundamental. Se suponía que entre bastidores sabía ejercer sus funciones y especialmente hacer cosas, pero apenas se notaba. Rara vez se metía en los asuntos de la redacción, menos aún escribía un titular y si aparecía en algún despacho de la redacción era casi siempre para una charla en privado… que podía interrumpir de forma tan inesperada como si de repente se hubiera dado cuenta de que en realidad no se le había perdido nada en ese despacho. No le tomaban a mal ese abrupto final. Sabían que estaba con la cabeza en otra parte.

En efecto: la distracción era una de las cualidades más destacadas del doctor Keller. Con su alta figura, siempre un poco inclinado hacia delante y la cabeza de sabio enmarcada por una enmarañada corona de pelo, casi habría podido servir de modelo para la figura cómica del «profesor despistado». Solo que los saltos mentales a los que le empujaba su distracción se revelaban completamente lógicos y consecuentes al analizarlos de cerca.

Un ilustrativo ejemplo se dio en febrero de 1934, cuando eligió como tema para una de sus escasas columnas la fracasada revolución de los trabajadores austríacos contra el régimen de Dollfuss [80] y reprochó abiertamente a los dirigentes socialdemócratas haberse largado a Checoslovaquia, abocando a una muerte segura en las barricadas, en medio una lucha sin posibilidades de éxito, a los miembros de la Liga de Defensa [81]. Fue en un tono más incisivo que el habitual del *Diario de Praga* y que el que correspondía a la línea política del diario. Al día siguiente se presentó ante el doctor Keller una delegación del Partido Socialdemócrata Alemán para presentar una queja. Keller, ocupado ya en otras cosas, escuchó sin rechistar los reproches

comedidos, aunque decididos, del cabecilla de la delegación, escuchó (ya un poco ausente) a un segundo y a un tercer delegados, después tomó aliento y expresó sus disculpas.

—Señores míos, ustedes seguro que saben cómo funcionan las cosas en una redacción, en especial en un día tan agitado… Hay un jaleo terrible… Las noticias se precipitan… No se sabe qué es lo que hay que oír primero… señores míos: puede ocurrir entonces que alguna vez se escriba la verdad.

Un salto mental de similar lógica y del que puede sacarse una conclusión igual de precipitada, se produjo, claro que no por causas nimias, en mi despacho. Como hacía con mucha frecuencia, el doctor Keller había entrado sin saludar, el brazo izquierdo a la espalda, en la mano derecha el último número de *La Antorcha*, que estuvo leyendo aún unos minutos.

—Qué bien escribe el Kraus —murmuró para sí—. Verdaderamente bien —de repente se detuvo y se volvió hacia mí —. Tendríamos que conseguir que hiciera algo para el periódico. He oído que usted lo conoce. ¡Inténtelo!

Y se marchó, sumido de nuevo en la lectura de *La Antorcha*, de la que no sacó otra cosa más que el hecho de que Kraus escribía magníficamente. El doctor Keller no se daba cuenta de que él jamás escribiría «para el *Diario*», sino a lo sumo contra él.

Cuando se oyó comentar por la casa que Harry Klepetář, uno de los redactores de política más jóvenes, estaba a punto de casarse, la puerta de su despacho se abrió de repente, el doctor Keller metió la cabeza y dijo:

—¿Se casa usted, Klepe? ¡Ya se asombrará!

Diciendo esto cerró la puerta y también la felicitación.

Su propio matrimonio no parecía ser precisamente un matrimonio por amor. En uno de esos soliloquios en los que se perdía ocasionalmente en un despacho de la redacción, el doctor Keller había calculado que, a la vista del esfuerzo económico que su esposa le exigía, y a la vista de las pocas veces que consumaba su matrimonio, cada consumación le costaba aproximadamente veinte mil coronas; pero a él le parecía que eso era demasiado y le hacía dudar de si había que considerar el matrimonio una institución sensata.

Sin embargo, hasta una avanzada edad fue proclive a los

placeres extramatrimoniales, aunque sin excesivas pérdidas de tiempo. Cuando una dama de su entorno, a la que una noche se esforzaba vehementemente en conquistar, le dio a entender que prefería una relación de pura amistad, se dirigió a ella lamentándolo:

—Mi buena señora —dijo—, en los amores platónicos soy impotente.

Con esta actitud suscribía de la manera más colegial la postura sobre el sexo observada por la plantilla de la redacción. Se correspondía con la postura ya descrita del mundo masculino de Praga en general: los redactores no solo la defendían ideológicamente, sino también en la práctica, y los que estaban casados se habían asegurado con gran cuidado un sistema de protección frente a incidentes desagradables: en la garita del portero situada a la entrada del patio había fotografías de todas las esposas de los redactores, y cuando una de ellas pasaba por delante, el portero estaba obligado a advertir al marido en cuestión del peligro en ciernes con una señal de teléfono previamente convenida.

A Ginsberg, el redactor de comercio, le sucedió una vez que su mujer, habiendo llegado al centro del patio y activado ya la señal de alarma, cambió de opinión, se dio la vuelta probablemente para hacer algunas compras y volvió a aparecer un cuarto de hora después, con lo que volvió a activar la señal de alarma. Ginsberg, que, después de unos minutos de susto, había dado por falsa la primera señal y se había puesto de nuevo a trabajar, lo dejó todo, consternado abrió la puerta de golpe y de su pecho salió uno de los quejidos más curiosos que hayan podido resonar en los pasillos del *Diario de Praga*:

—¡Esto es como follarse un volcán!

Huelga decir que también las conversaciones en el octógono, como los de los despachos personales, giraban principalmente en torno a ese tema. En el caso de Rudi Thomas, el principal calavera de la redacción, esta costumbre era tan notoria que la señora Milada Kratochvil (una checa de mediana edad, metida en carnes, que curiosamente llevaba el departamento de anuncios) nunca entraba en su despacho con otras palabras que las siguientes, ya formularias:

—¿De qué hablamos? ¡De foooollar!

Lo decía sin levantar la vista; también lo dijo en una ocasión en que en el sillón de delante del escritorio estaba una distinguida señora, en la que reconoció demasiado tarde a la condesa Nostitz, hija del fundador de la editorial, Heinrich Mercy, copropietaria de la empresa y por consiguiente también su jefa. Thomas palideció, la gorda de Milada se largó chillando, la condesa hizo como si no hubiera oído nada y el episodio no tuvo consecuencias.

Yo trabé relación con el *Diario de Praga* a finales de la década de 1920, prácticamente recién salido de la escuela, unos años después de trasladarme de Viena a Praga con mi familia y justo poco después de haber suspendido el examen de bachiller. La dirección de la sección de cultura estaba entonces en manos de Max Brod. Me había aceptado algunos poemas y unos relatos breves, me citó para una entrevista y me presentó al redactor jefe, el doctor Blau, a quien le gustaron mis trabajos y que me invitó a colaborar regularmente (una colaboración que fue aumentando poco a poco hasta convertirse en una actividad regular en la redacción y más tarde se concretaría en el puesto de corresponsal de cultura en Viena).

Rudi Thomas, el subdirector que sustituyó al doctor Blau, al que me asignaron para que me diera otros trabajos, evidentemente quería hacerme olvidar la lírica y toda la literatura y hacer de mí un reportero.

—El arte y el papel de la rotativa no hacen buena pareja —solía susurrar entre sus labios medio abiertos.

Siempre hablaba muy bajo, pero con un énfasis imposible de no percibir y en un praguense igualmente imposible de no percibir, es decir, evitando cuidadosamente toda vocal modificada. Thomas no quería decir que el arte y el papel de rotativa no casaran bien. De hecho quería decir que una pareja así no casaba con las buenas formas, y lo decía en interés del papel de rotativa, no del arte. El arte no le preocupaba mucho. El periodismo estaba para él por encima de todas las cosas, y no sentía el menor respeto por los jóvenes literatos.

Estos estaban representados en buen número entre los miembros de la redacción (cosa que no perjudicaba el nivel y la consideración del *Diario de Praga*): uno de cada dos podía acreditarse con un

libro publicado, yo no tardé en sumarme con mi primera novela, *El estudiante Gerber*, y finalmente también lo hizo Otto Rosenfeld, el sobrino ya mencionado del propietario de la tienda de café del mismo nombre. Después de eliminar su apellido la sílaba «senf», publicó una novela con el pseudónimo de Otto Roeld y se presentó ante Thomas con un ejemplar dedicado.

—A partir de ahora puedes tratarme de igual a igual —le dijo afablemente al dárselo.

Thomas lo midió con una mirada de desprecio:

—Te iría bien —dijo.

Añadió además un «idiota» en voz baja.

Con la misma pedante corrección evitaba las vocales modificadas el profesor Ludwig (Lutz) Steiner, el editor principal del periódico, un hombre de inmensa sabiduría e integridad intelectual. Gozaba del afecto personal de Karl Kraus, que odiaba los periódicos sobremanera, y que, probablemente por él, mostraba cierta indulgencia con el *Diario de Praga*; en círculos íntimos era capaz de imitar con mucho encanto la forma de hablar del profesor Steiner.

Esta forma de hablar constituía un caso particular y nada superficial. Sus efectos cómicos, con los que se parodiaba a sí mismo, se derivaban de un estilo totalmente opuesto a la afectación y el exceso de florituras barrocas de quienes, para combatir la desolación y la falta de significado de la lengua cotidiana, recurrían por un lado, a un número exagerado de frases, y, por otro, a los giros más peregrinos. A lo cotidiano se enfrentaba Steiner con citas largas, recitadas con dulzura, de obras de autores griegos y latinos, nunca le faltaba tampoco una cita de la literatura alemana, desde los conjuros de Merseburgo[82] hasta «Geethe[83], el augusto funcionario de la Administración», y además hacía por su cuenta tales aliteraciones que daba gusto oírlas. Sus muletillas favoritas eran: «como se suele decir», «eso lo pongo de relieve» y «me gustaría añadir aquí», y las utilizaba básicamente solo allí donde no cuadraban. Si «acentuaba» algo era un saludo o la forma de decir que ese día hacía bueno; si «añadía» algo, lo supuestamente añadido estaba más solo que la una, y si empezaba una afirmación con un «como se suele decir», con toda probabilidad se trataba de algo que no se había dicho nunca.

En sus fórmulas de saludo ponía siempre cuidados matices. Al personal de composición lo saludaba con competentes expresiones técnicas: «¡Garamond negrita, eso lo pongo de relieve!», o «¡Sangría izquierda!», al redactor encargado de los rótulos con «¡Cuatro cíceros de tres columnas!», y para el autor de las colaboraciones diarias tenía un «¡Leído con deleite e instrucción!» de reconocimiento. Estaba en pie de guerra contra el saludo, muy popular en Austria y en los Estados sucesores, de «tenga el honor», pronunciado con dejadez como *galonor* y la mayoría de las veces abreviado en un simple *lonor*. Eso le indignaba. En su esfuerzo por restaurar el principio del saludo que en tan poco había quedado, él, por su parte, saludaba apenas con un seco «tenga», que el saludado completaba con un automático *lonor*.

La historia de cómo llegó al *Diario de Praga* es típica del personaje tanto como del periódico. El profesor Steiner había enseñado latín y griego en el liceo Heinrich, uno de los pocos institutos de lengua alemana que habían quedado en pie tras la Primera Guerra Mundial. La pared lateral del liceo corría paralela a la pared lateral del edificio del *Diario*, con una estrecha callejuela entre medias y, cuando empezaba la estación del año más cálida, se abrían las ventanas en ambos edificios. Así, los ocupantes de las salas de la redacción, mejor situadas, se percataron del extraño pedagogo que se dedicaba a su actividad docente en un aula que tenían enfrente, muy cerca, e hicieron lo que por lo general era atribución de los alumnos: seguir la clase. Pronto averiguaron que a cada alumno le había puesto un apodo, que continuamente se producían fuertes estallidos de alegría y que a aquel digno docente en su cátedra le preocupaba poco la dignidad, sino más bien (en sus propias palabras) «no solo instruir, sino también deleitar».

Este principio llegaba incluso a las «entradas del registro de clase», por lo general tan temidas, amonestaciones recogidas por escrito sobre faltas de conducta de los alumnos; podían conducir a una mala nota en comportamiento, que deslucía el certificado anual, a penas de cárcel y, en caso de acumulación, a la expulsión de la institución. En el caso del profesor Steiner no conducían a tal cosa, puesto que simplemente las simulaba y leía en voz alta el texto de la entrada ficticia con gran júbilo: «La alumna Natscheradetz se dedica a leer gacetas cuestionables (estaba

leyendo una revista de moda bajo el pupitre), la descubro y trata de evitar mi justificado enojo pestañeando estúpidamente».

O completaba la introducción de Ovidio en la clase de latín de la siguiente manera: «En nuestro plan de estudios viene ahora Publio Ovidio Nasón, ciertamente un importante periodista que se lee con mucho placer. ¡Que empiece Bloch… en un cómodo tono de charleta… largando estupideces por ambas orejas!».

Cuando los redactores, apiñados en las ventanas, escucharon esto, supieron con total seguridad que tenían que ganarse al profesor Steiner «para el diario», y poco después este cambió la cátedra por una silla de redacción.

Ni él ni el *Diario de Praga* hubieron de lamentarlo jamás. Sus columnas, apreciadas por doquier, citadas con frecuencia también en el extranjero, eran ejemplos modélicos de una «mente cuidadosamente equilibrada: medio revolucionaria, medio reaccionaria», como se suele decir (y ciertamente impregnada de auténtico liberalismo). Las escribía en un papel que él mismo cortaba, en bastardilla de caligrafía y siempre en líneas exactamente igual de largas para que ocuparan todo el espacio de la columna izquierda de la primera página.

Un día, no obstante, este cálculo que había resistido la prueba de los años se desbarató por culpa de una nueva máquina de composición, cuyos moldes de plomo para el cuerpo de letra *petit en borgis* eran un poco más anchos de lo normal, lo que al componer daba como resultado seis líneas de sobra.

Contrariado y asustado por algo que no había sucedido jamás, el factor jefe salió jadeando del taller de composición:

—Señor profesor… algo terrible… la columna tiene seis líneas de más… ¿qué hacemos?

El profesor Steiner tuvo la solución al instante:

—¡Quitar las seis líneas que sobran y guardarlas para la columna de mañana!

En su amplísima cultura destacaban no solo los clásicos, que citaba constantemente (remontándose muy lejos en la Antigüedad): era también gran amante y conocedor de los cuentos populares alemanes, que, sin embargo, rara vez tenía ocasión de citar. Se le presentó una gracias a Leo Baum, uno de los voluntarios de la redacción, hijo del poeta Oskar Baum [84], injustamente olvidado, y

al que por su escasa estatura apodaban «el pequeño Baum» (a otro externo de baja estatura, que respondía al nombre parecido de Flaum, el profesor Steiner, para evitar confusiones, lo llamaba «el chico Flaum [85] »). La actividad de Leo Baum consistía sobre todo en leer el sinfín de periódicos que entraban, en busca de material de investigación o de cualquier cosa interesante, recortar la noticia en cuestión y depositar los ejemplares ya leídos en los estantes dispuestos al efecto. De repente, una tarde, faltaba una buena parte de los periódicos y, a pesar de la ruidosa búsqueda de Baum, no se encontró nada por ningún sitio, ni tampoco al día siguiente… hasta que el profesor Steiner descubrió el montón que, por error, había llegado a su despacho. Se dirigió a toda prisa al octógono y soltó como una trompeta:

—¿Dónde está el arbolito que quería las hojas de ayer? [86] .

He utilizado la expresión «como una trompeta» no solo porque en el presente caso caracteriza a la perfección el estado de ánimo del profesor Steiner, sino también porque en su sentido literal formaba parte de la actividad del *Diario de Praga*. Uno de los ayudantes de redacción, Bečvár senior, había sido en otro tiempo trompeta en el regimiento de infantería imperial y real n.º 28, el regimiento de Praga, y le encantaba recordar esa ocupación, tal vez los viejos tiempos en general, en melódicas fantasías que tocaba en las horas de menos trabajo en la redacción. Todo aquel que entrase en la redacción antes de mediodía no debía sorprenderse si, en lugar de un elegante tecleteo de máquinas de escribir, lo recibía el son de la famosa *Marcha veintiocho* de Fučík [87] , salido de la trompeta de papá Bečvár.

Cuando después, Bečvár junior fue instruido para trabajar en la redacción, el primer consejo paterno (que me contaría llegado el momento) fue:

—Que no te agobien, Josef. Si alguien necesita algo de verdad, te lo dirá dos y tres veces. Solo cuando haya que ir a por salchichas… ¡entonces hay que ir en un abrir y cerrar de ojos!

Tampoco hay que pasar por alto a su colega Reisner, con igual antigüedad en el servicio y todavía de la era de Tschuppik, un veterano de carácter tranquilo, reflexivo, al que habían visto a menudo leyendo libros e incluso yendo al teatro. Quizá por esta afición, una vez que se sintió despectivamente tratado por el

director del Teatro Alemán, tramó Tschuppik un extraordinario acto de venganza: al estreno siguiente, la *Minna von Barnhelm* de Lessing[88], envió como crítico al ayudante de redacción Reisner. Reisner, muy elegantemente, no quiso comprometerse y concluyó su crítica (que se imprimió sin modificación alguna) con esta memorable frase, convertida pronto en cita: «Habría que escribir más a menudo piezas así».

Como se ve, los ayudantes de redacción del *Diario de Praga* no les iban demasiado a la zaga a los redactores en peculiaridades extravagantes; el profesor Steiner tal vez fuera el mayor, pero desde luego no el único original.

Luego estaba el redactor de noche, Karl Eisner, un fanático de los titulares perfectos: a veces, para el de cabecera, hacía al menos treinta esbozos antes de dar uno por bueno, después de haber contado minuciosamente las letras y los espacios en blanco. En todo ese tiempo no se le podía hablar. En el oscuro fondo de su despacho había un sordomudo que había sacado no se sabe de dónde, y que le servía café.

Luego estaba Max Heller, el reportero local ya un poco entrado en años y no precisamente activo, una víctima especialmente favorita de los «proyectiles» que Blau, el redactor jefe, lanzaba a los redactores desde la soledad de su trono: hojitas con preguntas de por qué no se había hecho esto o lo otro, con advertencias para investigar esto o lo otro, con alabanzas y críticas según los casos, y todo en una taquigrafía ilegible, de manera que hubo de contratarse a un descifrador particular pagado por la redacción. Pero sobre la mesa del martirizado Max Heller destacaba, enmarcada y con la delicada letra de un calígrafo, una tranquilizadora cita de Goethe:

> Por arriba, por abajo
> ando alegre y todo veo.
> Con el color me distraigo,
> con el azul me recreo[89].

También teníamos al bohemio Michal Mareš[90], gran bebedor, amigo de juventud de Jaroslav Hašek, que escribía poemas en alemán y en checo y cuya principal profesión era la de maestro carnicero, lo que le permitía disponer de una tarjeta de visita con este texto que recordaba a Hans Sachs[91]:

Michal Mareš,
que poeta y carnicero es.

Una noche, en una de nuestras incursiones por sus tabernas habituales, vació un recipiente de porcelana lleno hasta el borde de aguardiente de arroz, me miró fijamente a los ojos y dijo, sin que yo le hubiera provocado en absoluto:

—No soy antisemita, ya lo sabes. Pero lo único que los judíos han inventado de verdad es esta cervecita.

Y luego había otros, otros muchos, que ya hace tiempo que no viven y que no podrían vivir hoy, incluso si viviera el *Diario de Praga*. Al principio los llamé «viejos», con lo que no pretendía indicar un contraste inexistente con «nuevo»: me ha salido sin querer, tal vez porque mis recuerdos queden ya demasiado atrás, tal vez porque yo era muy joven cuando entré en el *Diario de Praga*. Pero también podría ser que el *Diario de Praga* ya entonces (y probablemente desde entonces) tuviera algo de viejo y respetable. O de viejo y pasado de moda. Pero todo esto conduciría, sobre todo visto desde hoy, a una sola cosa. Y por esta razón, mejor que vuelva a aparecer al final de este repaso la palabra que aparecía al principio: jamás…

Comentarios *a posteriori* sobre otras redacciones

No puede negarse que en todas partes, probablemente hasta en Alemania, con seguridad en Budapest, y por lo que sé yo mismo, también en Viena, existieron algunas redacciones que, debido a cierta peculiaridad, quizá merecieran el mismo derecho a que las mencionara, si no a la vez que el *Diario de Praga*, sí en una misma serie, aunque muy espaciada. Por eso no tengo reparos en poner de relieve esta lejana similitud, porque dos casos concretos, el de *La Hora (Die Stunde)* y del *Periódico Dominical y del Lunes de Viena (Wiener Sonn- und Montagszeitung)*, iban unidos a la persona de Karl Tschuppik, lo que muy a propósito me da la posibilidad de decir aún algunas cosas sobre él.

En un tercer caso, el nexo de unión lo proporcionó mi amigo Arthur Steiner, residente en Nueva York, corresponsal para los Estados Unidos del actual *Periódico de la Corona (Kronen-Zeitung)* y miembro de la redacción del antiguo, que no podía ni imaginarse el valor periodístico ni, sobre todo, las tiradas masivas de su sucesor. El primero, fundado a finales de siglo y clausurado en la Segunda Guerra Mundial, se consideraba en general y con razón un «diario local»: tampoco pretendía ser otra cosa. Se sabía en una infatigable armonía con las necesidades y el nivel de unos lectores pequeñoburgueses y, a su manera, era una pieza única e inalcanzable. Cuando otros periódicos hacía ya tiempo que trabajaban con reportajes fotográficos, el *Periódico de la Corona* continuaba con dibujantes que ilustraban los acontecimientos más emocionantes del día, y cuyas obras aparecían en la portada en la denominada «tira de grabados». En ella se veía también de vez en cuando, todo resplandeciente y hecho por las mismas manos, el

retrato del afortunado ganador de uno de los sorteos que se organizaban regularmente: un pensionista, un hortelano jubilado, la viuda de un intermediario o un miembro del estamento casero, al que el *Periódico de la Corona* debía su despectivo apodo.

En realidad no hubo nada de extraordinario en que uno de esos sorteos lo ganara una vez un bombero. De hecho, cuando ocurrió, una serie de circunstancias singulares dieron lugar a unas florituras del más alto nivel incluso en el *Diario de la Corona*, nada afectado en cuestiones de estilo.

Porque, cuando el dibujante de la redacción y el reportero al que habían encargado la entrevista habitual se pusieron a buscar al afortunado bombero, se averiguó que poco antes había participado en una operación muy peligrosa: es más, que al apagar un incendio había sufrido unas quemaduras tan graves que tuvieron que llevarle la alegre noticia de que había ganado el sorteo al hospital. Esto, naturalmente, no iba a impedir al dibujante ni al reportero cumplir con su trabajo. Y así el informe que apareció al día siguiente al lado del retrato del premiado en el *Periódico de la Corona* empezaba con esta frase auténticamente monumental: «Encontré al afortunado en su lecho de agua».

El amigo Steiner era el que hablaba de forma más clara de la naturaleza conservadora del diario y de los intentos, por ejemplo, de modernizar la información local. Estos fracasaron por la existencia de un antiquísimo redactor local que tenía el curioso apellido de Mehlwurm [92] , y que desde hacía décadas se encargaba de la columna «Sucesos y delitos», por cierto, de tal forma que adjuntaba a las noticias que entraban (una agencia propia de la policía, la «Corresponsalía policial Herzog», las distribuía a toda la prensa diaria) una nota que decía *nonpareil* (sin parangón) o *petit* (pequeño) y por lo demás las enviaba a composición tal y como llegaban. Cuando un jefe local recién contratado intentó despedir a Mehlwurm en un primer arrebato de radicalidad, lo frenaron rápidamente desde instancias superiores: en eso no podía ni pensarse, el viejo llevaba ya tanto tiempo en su sitio que el despido era imposible, pero tal vez sí aceptaría algún que otro suave consejo, algún consejo objetivo, y eso siempre podía intentarlo él, a quien tanto le gustaban los cambios.

Lo hizo.

—Señor Mehlwurm —dijo—, sé que es usted uno de los miembros más antiguos de la redacción y que ha vivido usted una vida muy rica. Precisamente por ello no debería usted contentarse con enviar simplemente a la redacción los avisos de la policía que llegan a su departamento. Eso puede hacerlo cualquiera. Pero usted, señor Mehlwurm, debería añadirles algo más, una nota humana, un juicio personal… A veces bastan unas pocas palabras para dar vida a una árida noticia. Usted me entiende, señor Mehlwurm.

Mehlwurm lo entendió y se lo tomó muy a pecho. Pudo comprobarse al día siguiente en la reelaboración de dos noticias locales.

La primera informaba de que Marie Stejskal, una cocinera de cuarenta y ocho años, se había peleado con su novio, Franz Kemmeter, de cuarenta y dos años, capataz de obra en paro, y que este «le había asestado diversos navajazos causándole heridas de gravedad». Hasta aquí la corresponsalía Herzog. La versión reelaborada con más humanidad de Mehlwurm rezaba: «… diversos navajazos causándole, por desgracia, heridas de gravedad».

La segunda noticia, en torno a un tabernero que, en estado de completa embriaguez, había pegado a su mujer inválida y la había echado de casa en medio de una fría noche de invierno, Mehlwurm la enriqueció con este juicio personal: «Ciertamente un tipo muy brusco».

A pesar de su larga experiencia Steiner no pudo darme información acerca de dos rasgos de estilo de la corresponsalía de entonces:

1. ¿Cuándo dice el informe policial «seguidamente» y cuándo dice «no obstante»? Pongamos por ejemplo que la cocinera Stejskal no solo hubiera resultado herida de gravedad por los navajazos de su novio, sino herida de muerte; entonces, en el informe policial se habría leído: «Fue trasladada a la unidad de cuidados intensivos del Hospital General, donde seguidamente falleció». En otras ocasiones se leía con igual frecuencia: «… donde, no obstante, falleció». ¿Por qué en un caso falleció «seguidamente» y en el otro «no obstante»?

2. De haber fallecido en el mismo lugar, no la habrían trasladado a la unidad de cuidados intensivos, sino que habrían llamado al médico del servicio de urgencias, y entonces se hubiera leído o bien: «El médico del servicio de urgencias al que habían llamado hubo de certificar el advenimiento de la muerte», o bien:

«… no pudo sino certificar el advenimiento de la muerte». ¿De qué depende si «hubo de» o si no pudo «sino»?

Steiner no lo sabía. Yo tampoco lo sé. Nadie lo sabe. El informe de la policía, aunque obligado a la máxima claridad, oculta enigmas. (Mejor dicho: los ocultaba. Porque ahora tampoco existe).

Ya he señalado que agradezco enormemente cualquier oportunidad de hablar de Karl Tschuppik; que aquí solo pueda aprovecharla con comedimiento se entiende casi sin necesidad de explicación. Tendremos que pasar sin decir que (y por qué) Tschuppik, el experto en cerveza que habíamos conocido en Praga, se había legitimado en Viena como experto en vinos. Nada diremos de los locales especializados en vino joven [93] que frecuentaba con su amigo íntimo Anton Kuh, nada de su matrimonio extremadamente curioso con la también curiosa hija de una familia de la buena burguesía de Praga, nada de las burlas a las que se veía expuesto por esta razón en su círculo de amigos, nada… ¿o tal vez sí? ¿Acaso no debo al menos citar el argumento con el que, tras largos sufrimientos y muestras de paciencia, se rebeló contra los que se burlaban de él?

—Chicos, ¡estáis tratando injustamente a mi mujer! —les reprochó—. No es tan burguesa… ¡Ayer la vi entrar en un hotel por horas con un actor!

¿No cuadra aquí también aquel episodio que nuestro amigo común Milan Dubrovic se trajo hace muchos años de Venecia? Estaba allí con el matrimonio Tschuppik en el café Florian, en la plaza de San Marcos, y un italiano que estaba en la mesa de al lado empezó, con los ojos inflamados de pasión, a hacer intentos de aproximación a la señora Tschuppik, que ella respondía con ojos igualmente apasionados sin que Tschuppik dijera nada. Al contrario, un poco después se dispuso a marcharse y le hizo una seña a su amigo para que le siguiera.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó Dubrovic tras haber dado unos pasos—. ¿Por qué no has hecho nada?

Tschuppik negó con la cabeza:

—Los italianos son tan celosos… —fue su explicación difícil de refutar.

Tal vez surja después la ocasión de hablar un poco más de los aspectos humanos de Karl Tschuppik (y de algunas otras cosas

también). En el presente capítulo, en cualquier caso, debe decirse aún una cosa más: Tschuppik no solo era un brillante periodista, sino que se ganó igualmente reconocimiento como historiador con sus monografías sobre el emperador Francisco José y la emperatriz Elisabeth, pero sobre todo con una obra encantadora ya por su mismo subtítulo: *Ludendorff, o la tragedia del especialista (Ludendorff oder Die Tragödie des Fachmanns)*, en la que defendía la tesis de que Ludendorff[94] había sido un perfecto estratega, que en sus planes no consideraba los errores estratégicos que podían escapársele al enemigo, sino que presuponía en él la misma perfección que en sí mismo, por lo que las derrotas que sufrió se debían en el fondo a las debilidades del enemigo, no a las suyas.

Las conversaciones que Tschuppik tuvo con Ludendorff en la preparación de este libro, fueron, tal como se deduce de sus relatos, de carácter ambivalente: por un lado, las cualidades militares del general le inspiraban un respeto que rayaba en admiración; por otro, todo su ser se resistía a la personalidad, la arrogancia, la actitud cabezonamente teutónica del militar (por no hablar de su forma de pensar). Encantado, escuchaba el plan de batalla que Ludendorff había urdido en caso de que se llegara a una guerra, y seguía con conocimiento los movimientos del ejército que le señalaba en un mapa en la pared el lugarteniente del maníaco estratega:

—¡Magnífico, excelencia! —exclamó—. Esa maniobra circular… y la cuña contra el flanco… ¡sencillamente genial!

Luego, jadeando aún de entusiasmo, se desplomaba en su sillón:

—Y la siguiente guerra volverá usted a perderla —resumía.

En otra ocasión Ludendorff se deshizo en manifestaciones despectivas sobre el ejército imperial y real, cuyo multilingüismo le parecía a él, ciudadano alemán, evidentemente un grave defecto, casi incluso una traición:

—Hago una inspección del frente austríaco en la Polonia rusa… En una de las posiciones quiero decir unas palabras a los soldados… pero no entienden ni papa. Un montón de húngaros. Continúo con mi inspección… Ordeno que me lleven a un intérprete húngaro a la siguiente posición… Otra vez nada. Un montón de croatas. Intérprete polaco en la siguiente posición… Un montón de checos. Intérprete checo…

Tschuppik, que no dejaba de moverse cada vez más nervioso en su sillón, no pudo contener su incomodidad por más tiempo:

—Pero ¡excelencia…! —le interrumpió—. Que en la vieja monarquía se hablaban diferentes lenguas… ¡Eso podría haberlo averiguado el general alemán con unos simples espías!

Poco después de empezar su actividad en el tabloide vienés *La Hora,* Tschuppik tuvo un conflicto personal con Johann Schober, por entonces jefe de la policía. Por motivos que aquí no vienen a cuento no podía expresar su encono en *La Hora*, y eso le pesaba. El modo en que acabó aireándolo forma parte por igual de su propia imagen y de la imagen de la ciudad de Viena.

Fue una noche, al salir de una taberna de las que sirven vino joven. Tschuppik se dirigía a su domicilio en el antiguo hotel Bristol y atravesaba con paso inseguro el cruce de la Ópera cuando el guardia de tráfico allí apostado, a quien él, evidentemente, tomó por un emisario de Schober, le llamó la atención. Tambaleándose un poco se plantó delante de él y le apostrofó lo que sigue:

—Vaya a ver a su jefe… y dígale… que Tschuppik le dice… que le chupe el culo… Que Schober le chupe el culo a Tschuppik… ¿Ha comprendido?

El órgano de seguridad manifestó su comprensión deteniéndolo de inmediato; no obstante, tras la intervención de algunas personas que lo acompañaban, se contentó con tomarle los datos personales y retirar la denuncia. Pocos días después Tschuppik recibió una airada citación para presentarse en la comisaría de policía correspondiente.

—Sí, pero… ¡señor redactor jefe! —lo recibió con tono de reproche el inspector jefe de turno—. ¿Qué es lo que ha hecho usted? Insultar al jefe de policía… ¡y además ante un subordinado!

Sentado, Tschuppik no paraba de mover los pies, adujo su estado de embriaguez, se disculpó con la cabeza gacha y, al cabo de algunos rodeos, fue despedido con la imperiosa exhortación de que algo así no podía volver a ocurrir jamás.

A partir de ese día los policías en servicio en el cruce de la Ópera, entre los que naturalmente se había comentado el caso, solían saludar bien fuerte cuando veían acercarse a Tschuppik. Un hombre que era capaz de decirle al jefe de policía que le chupara el culo sin que le pasara nada tenía derecho al máximo respeto.

Tschuppik soñaba con fundar un diario con el simple título de *El Trasero* (suplementos semanales: *El Trasero Infantil* y *El Trasero Femenino*). Una y otra vez se embriagaba imaginándose al repartidor de noche, con un montón de ejemplares de la primera edición bajo el brazo, plantándose en la Ópera al terminar la representación y recibiendo a las damas y caballeros apuestos y elegantes que salían en ese momento a la voz de «*El Trasero… El Trasero… El Trasero*». No pasó de ser un sueño.
Pero, en una hora feliz de su carrera como periodista, Tschuppik estuvo tan cerca de realizar ese sueño como las circunstancias lo permitieron. Después de dejar *La Hora* se había trasladado al *Diario Dominical y de los Lunes*, que trataba de ser políticamente más agudo, un propósito nada fácil en la Viena de mediados de la década de 1930, puesto que no debía enojar ni al propio Estado autoritario ni al gran vecino nazi. Tschuppik vio que se acercaba algo malo, en realidad fue el primero en ver (y, desgraciadamente, con razón) el gran peligro que suponía para la Checoslovaquia democrática el movimiento Henlein, e hizo todo cuanto pudo para desenmascarar los trajines de aquel alemán de los Sudetes colega de Hitler. La sede de Henlein estaba en la ciudad fronteriza de Asch, en el norte de Bohemia, en la que, además del órgano oficial del Partido, se editaba un semanario supuestamente satírico que, muy simbólicamente, se denominaba *La Ortiga* y que prácticamente en cada número se dedicaba a atacar a Tschuppik con el humor de los alemanes de los Sudetes. Cuando tanta mofa llegó a hartarle, Tschuppik se decidió a responder. En letras gigantescas escribió el subtítulo:

Me chinchan en Asch **[95]**

y fue una de sus últimas hazañas. Falleció en 1937 y fue enterrado en el cementerio del distrito vienés de Grinzing; había dispuesto en su testamento que el que tocaba la armónica en su taberna favorita acompañara el ataúd tocando la canción vienesa *Un vino habrá y nosotros no estaremos ya*. En vida, cuando le atenazaban sombrías visiones del futuro, había cambiado el texto en tono depresivo: *Vino no habrá y nosotros aún estaremos acá*. Eso se lo ahorró.

De vez en cuando me encuentro con algunos problemas de

estructura, pues la «redacción» y el «café» son dos fenómenos emparentados, que incluso se solapan, en tanto que, por un lado, toda buena redacción tiene algo de café y, por otro, es posible encontrar a un buen periodista con mucha más frecuencia en el café que en su redacción. El ya mencionado Milan Dubrovic… ¿entra entonces en este capítulo que trata de periodistas… o entra en el siguiente que tratará del café? Rara vez fui a verlo a alguna de las redacciones en las que trabajaba. Por el contrario, me sentaba con él regularmente, y en algunas épocas incluso a diario, en el café Herrenhof, donde a finales de la década de 1920 había empezado nuestra amistad, hasta hoy intacta.

Entonces, viajando regularmente entre Viena y Praga, yo también empecé a trabajar en mi *Estudiante Gerber*, pero, al igual que Dubrovic, tenía que procurarme ingresos habituales con colaboraciones para periódicos y revistas. Eran los típicos «manuscritos no solicitados», que enviábamos a la buena de Dios y con resultados variables. Los míos, en forma de historias cortas o de glosas, delataban de principio a fin ambiciones literarias; Dubrovic tendía más al reportaje de actualidad o a la descripción de acontecimientos llamativos de la historia de Viena, que investigaba a veces llevado por su propio olfato, a veces por alusiones de entendidos en la materia.

Una de estas sugerencias se la hizo en una ocasión Richard Wiener, uno de los máximos exponentes de la literatura de folletín, en pleno esplendor por aquel entonces, al que a veces llamaban «el Polgar del hombre corriente» y que hacía justicia a sus éxitos con un comportamiento pomposo (además de con expresiones de similar calado).

—Escuche, Dubrovic —así empezó en tono pretencioso una conversación de sobremesa en el café Herrenhof—, si alguna vez tiene usted tiempo… aunque en realidad solo en ese caso, no puedo garantizarle nada y no quisiera cargarle de trabajo con un viaje extra que probablemente no dé ningún resultado, o sea, que si, como le digo, en alguna ocasión tiene usted tiempo, busque entonces en Baden, en las proximidades de Viena, al conserje de noche del hotel El Ancla de Oro. Es el cuñado de Bratfisch, el conductor del coche de punto que llevó al príncipe heredero Rodolfo a Mayerling. A lo mejor él tiene algo interesante que

contarle.

Dubrovic, cual principiante deseoso de aprender, estaba siempre atento para no perderse ni una palabra de los consejos de sus mayores y, como además tenía una capacidad para pensar y actuar tan ágil como un pájaro, había escuchado con total entrega lo que salía de los labios de Wiener. Pero después lo miró fijamente, con gran esfuerzo, unos segundos y le preguntó, un poco incrédulo:

—Y, si fuera yo el que supiera algo, ¿qué pasaría?

Nadie habría sospechado entonces que Milan Dubrovic llegaría a ser agregado de cultura de la Embajada austríaca en Bonn, o editor, hoy, de un apreciado semanario vienés.

Evidentemente, los camareros del café Herrenhof sabían qué periódicos deseaban sus clientes habituales y sus deseos se satisfacían automáticamente, por lo que no era necesario pedir un periódico concreto; si a los dos minutos no estaba allí, era porque en ese momento «lo tenía alguien» y llegaba al poco rato. Por eso sorprendió que un día Dubrovic pidiera el *Diario Exterior de Hamburgo (Hamburger Fremdenblatt)*, que también estaba en el café Herrenhof, puesto que era uno de los periódicos extranjeros más importantes, pero que no leía nadie que nosotros conociéramos. Ni siquiera sabíamos qué aspecto tenía.

Lo que trajo Albert, el camarero, y entregó a Dubrovic, que lo estaba esperando, fue un periódico de formato inusitadamente grande, mayor aún que el *Times* de Londres y el de Nueva York. No obstante, Dubrovic ni siquiera empezó a leer, sino que sostuvo aquella cosa gigantesca en alto para que todos la vieran y dijo:

—Pues vaya… ¡y estos son los que me devuelven a mí cosas por falta de espacio!

El problema estructural de si Milan Dubrovic tiene que ir en este capítulo o en el siguiente se ha solucionado *via facti*. Ahora viene el capítulo siguiente.

Cafés hay en todas partes

Hemos hablado ya con frecuencia y abundancia de los cafés, por lo que casi resulta ocioso dedicarles un capítulo aparte. En el fondo todo este libro es un libro sobre cafés. Casi ninguna de las personas que aparecen en él sería imaginable sin su café. Casi ninguna de las historias que tratan de ellos, aunque se desarrollen en otra parte, habría surgido sin su café. Casi ninguna de las frases aquí recogidas se habrían dicho de no haber habido cafés. Para las personas que aquí aparecen fue el sustrato del que extrajeron sus jugos vitales secretos. Las historias que de ellos tratan las creó aquella atmósfera; en fin, sea como fuere, los cafés proporcionaron protección y resonancia y, en resumen, el marco intelectual[96]. Y sus frases tenían el sello de la dicción y la forma de pensar que se habían desarrollado en ellos. Incluso la sublime figura de la tía Jolesch, que jamás fue vista en un café, tiene algo de ellos. Claro que también podría decirse que el café tiene algo de la tía Jolesch, que ella era el *missing link*[97] entre la tradición talmúdica del gueto y la cultura emancipada del café, o, por decirlo de alguna manera, la madre ancestral de todos los que habían encontrado en el café el catalizador y el núcleo de su existencia, lo supieran o no, lo quisieran o no.

Algunos, y no los peores, no lo querían. Entre las características prácticamente inequívocas de un cliente habitual se contaba la de que afirmara no serlo (cosa que solo los borrachos afirman de sí mismos con la misma insistencia). Ernst Polak, uno de los pilares del café Herrenhof, natural de Praga, casado en primeras nupcias con la Milena de Kafka, experto literario de alto nivel y reconocido en todas partes como autoridad crítica, jamás dejó de introducir su llegada a la mesa habitual todas las tardes diciendo que había ido solo de manera excepcional y que tenía que volver a marcharse

enseguida porque no podía derrochar su tiempo sentado allí charlando inútilmente. Luego, la mayoría de las veces se quedaba hasta la hora de cerrar, cuyo anuncio, hecho por Albert, el camarero jefe, le arrancaba un horrorizado «¿Qué?… ¿Ya?». Según algunas declaraciones de su casera, se despertaba generalmente con este suspiro: «¡Ay, Dios!… Otro día que ha pasado»… (Esto recuerda a una frase similar de Friedrich Karinthy[98], el único escritor húngaro que puede considerarse digno coetáneo y congénere de Franz Molnár: «¿Qué se puede esperar de un día que empieza teniéndose uno que levantar?»).

También en la emigración Polak fue un valioso consejero para sus amigos Hermann Broch, Franz Werfel, Willy Haas y otros. Murió durante la guerra, en Londres. Ya no pudo volver a aparecer excepcionalmente en el café Herrenhof.

Tampoco el doctor Justinian Frisch, presentado ya en el capítulo «De veraneo», quería pasar por cliente fijo: lo supe por propia experiencia y para propio pesar, cuando la editorial Fischer, entonces aún en Estocolmo, preparaba en 1947 la publicación de mi novela, escrita en Nueva York, *Aquí estoy, padre (Hier bin ich, mein Vater)*. La primera carta que recibí de Estocolmo después de enviar el manuscrito llevaba la nota: «Para producción: doctor Frisch». Y, como yo no tenía ningún punto de referencia para saber si se trataba del Justinian que yo conocía (no había vuelto a saber nada de él desde la anexión de Austria), me permití, al final de mi respuesta, que trataba de la división en capítulos, la división de palabras y otras cuestiones importantes de producción, preguntar cautelosamente si la persona a la que me estaba dirigiendo era la misma que había sido en otro tiempo cliente habitual del café Herrenhof.

No debí hacerlo. En su siguiente carta, el doctor Justinian Frisch se defendió a lo largo de cuatro páginas contra la osadía de ser denominado o siquiera definido como cliente habitual, y razonó su protesta de forma tan detallada que no pude por menos de defender mi posición con el mismo número de páginas. Acepté algunas de sus objeciones, pero en general le hice ver los cambios políticos e históricos que se habían producido entretanto, y que hacían que el concepto de «cliente habitual» se viera ya con otra luz diferente. Frisch replicó que lo que yo mencionaba no había sido cubierto por

la pátina de la Historia y que por eso era culpable de un inapropiado truco dialéctico. Yo no podía permitir que se me dijera tal cosa, la discusión fue aumentando hasta lo ideológico y la novela *Aquí estoy, padre* apareció con un año de retraso.

El doctor Justinian Frisch pasó sus últimos de vida con su hijo, en Cambridge, y en el curso de nuestra extensa correspondencia, en la que fundamentalmente se trataba de codificar las frases del doctor Hugo Sperber, me prestó una gran ayuda. O sea, que no se enfadó conmigo. Lo único que no quería era ser cliente habitual.

Muy diferente era el caso de Gustav Grüner, que pretendía la posición de cliente habitual en tres cafés, en el Herrenhof, en el Central y en el Parsifal (junto con sus anexos), y que hay que explicar con más detalle. De él procede esta frase fundamental: «Un cliente decente coloca él mismo su silla en la mesa antes de marcharse del café»… o sea, dicho de otra forma, que tiene que ser uno de los últimos en dejar el café. De esa forma él mismo cumplía los postulados noche tras noche en el café Herrenhof.

Una segunda frase, mucho más esclarecedora, se remonta a su actividad como cliente habitual del café Central, cuya entrada se encontraba en la esquina de la Herrengasse con la Strauchgasse. Además, la fachada lateral que daba a la Herrengasse tenía una pequeña puerta de cristal que no se utilizaba como entrada, sino para ventilar, en la estación más cálida del año, la sala de ajedrez situada inmediatamente detrás. En eso se apoyaba la interpretación de Gustav Grüner: «Es primavera cuando se abre la puerta de la Herrengasse». No tenía otra posibilidad de comprobar si había llegado la primavera.

Finalmente, por lo que se refiere al Parsifal, se lo conocía en general como local habitual de la Filarmónica, con cuyos miembros Grüner no tenía nada que ver; pero otro asiduo del café, en un rincón reservado para él, en una mesa casi siempre repleta de periódicos, era Karl Kraus, con el que sí tenía Grüner mucho que ver. Incluso podía presentarse en su mesa sin haber quedado previamente y entonces hacía con él todo el *tour* nocturno de cafés, que terminaba a las cuatro de la mañana en el Schellinghof o en el Fichtehof (un *tour* en el que también se me admitió durante algunos años).

Grüner contaba con el favor de Karl Kraus por diversos motivos,

no solo por ser hermano del poeta Franz Grüner, caído en la Primera Guerra Mundial, al que Kraus apreciaba mucho. En Gustav Grüner valoraba sobre todo su sentido lingüístico inquebrantable para apreciar la calidad, una inteligencia afilada a menudo hasta la maldad y aquella independencia intelectual que se encuentra por lo general solo entre los muy ricos o los muy pobres (entre los muy pobres en cualquier caso solo cuando han renunciado a toda pretensión de éxito terrenal… y Gustav Grüner, semiciego tras un fracasado intento de suicidio, había renunciado a toda pretensión en este sentido). Todo esto contribuyó a que Kraus le otorgara, como a los locos, una especie de libertad, de la que Grüner hacía buen uso en algunas discusiones. Kraus lo aceptaba con una sonrisa de satisfacción, pues podía tener un gran encanto humano y una tolerancia casi paternal (mis recuerdos de él ya los he consignado en otro lugar y no quisiera repetirme). A veces ni siquiera replicaba a los argumentos de Grüner, aunque era evidente que él tenía mejores a mano. El único caso para el que, en efecto, no tuvo respuesta se me ha quedado grabado vivamente en la memoria.

La discusión surgió de algo leído previamente en un periódico, en el que Karl Kraus había vuelto a encontrarse con la mala costumbre austríaca de construir «olvidarse» con «hacia» o «a».

—¡Que la gente no se dé cuenta de lo mal que suena…! —dijo indignado—. La actividad de olvidar te aleja de algo… «a» y «hacia» significan una aproximación a algo. ¿Cómo puede uno olvidarse «a» algo?

Grüner movió la cabeza en señal de desacuerdo y su voz, como siempre en caso de victoria segura, tenía algo de siseo bajito:

—Bueno. Y ¿qué hay de «renunciar a algo»?

El movimiento de hombros con el que Karl Kraus hubo de conformarse seguro que no le resultó fácil a él, que dominaba y sentía la lengua. Debía apreciar tanto la importancia de esta que, en sus años de juventud, trató de hacer, con tanta insistencia como nulo éxito, que la mujer de un chupatintas, con el que no tenía amistad alguna, adujera como motivo para el divorcio el mal alemán de su marido. Y así, cuando un día descubrió un desliz especialmente irritante en el folletín de aquel chapucero de las palabras, se dirigió a toda prisa, periódico en mano, a ver a la estoica esposa, le plantó en las narices el texto en cuestión y

exclamó:

—¡Ahora sí que se divorciará usted!

Por lo menos la segunda parte es invención de Gustav Grüner. En cualquier caso así se contaba.

Por cierto, en una ocasión tuve el honor de convertirme en diana de sus malvadas bromas. Evidentemente, de vez en cuando Grüner necesitaba dar rienda suelta a algo contra la simpatía que me tenía… no sé muy bien por qué, pero seguro que no por mis intentos literarios, que tan solo conocía de oídas. Yo ya había empezado a hacer mis pinitos en mis años de liceo, obligadamente bajo seudónimo, puesto que me dirigía contra el sistema de enseñanza media y habría tenido para mí graves consecuencias que se hubiese descubierto mi autoría. Por otro lado, yo quería demostrar a algunos amigos de confianza y a una chica a la que cortejaba que yo era el autor de lo publicado, de manera que con la sílaba final de mi apellido paterno —Kantor— y el apellido de soltera de mi madre —Berg— compuse el seudónimo Torberg, que servía, según fuera necesario, para ocultar o demostrar mi identidad. El supuesto éxito de mi *Estudiante Gerber*, publicado en 1930, me ayudó a tomar la decisión de llevar a partir de ese momento el apellido Torberg, por el que me conocían en todas partes, también como apellido legal. Gustav Grüner no solo me lo tomó a mal, sino que sospechó en mí motivos injustos y tuve que defenderme. Le expliqué que me había cambiado el apellido por una cuestión práctica y no por vanidad; le expliqué por qué y cómo se había originado el nuevo apellido:

—Por ejemplo, si mi padre se hubiera apellidado Rosenblatt y mi madre Gold, entonces yo me…

—Entonces usted también se habría apellidado Torberg —susurró Grüner.

Cuando el doctor Hugo Sperber jugaba el diez verde al dardeln [99], murmuraba (como es normal al jugar una carta) una frase:

—Diez verde… mejor que diez Grüner [100].

El café Herrenhof se dividía en dos salas aproximadamente del mismo tamaño, para las que había un reglamento de horario y de asientos muy estricto. Por motivos imposibles de averiguar, la sala trasera, a la que estaba anexa la sala de juego, era la «buena», igual

que en los bulevares y en las calles comerciales de las grandes ciudades europeas uno de los dos lados de la calle tenía prioridad. Los clientes habituales más importantes se sentaban ya desde primera hora de la tarde en las mesas de la ventana de la sala delantera, pero hasta las cinco o las seis no empezaba en los círculos de la sala trasera la auténtica vida literaria, por lo que algunos de sus representantes aspiraban a tener dos mesas fijas en el mismo local. Era lícito aparecer solo por la tarde o solo por la noche. Por el contrario, no lo era, ni siquiera para los miembros de las clases más altas, sentarse detrás por la tarde o delante por la noche. Si, no obstante, alguno lo hacía en alguna ocasión, era por motivos concretos: o bien esperaba a alguien de fuera con el que quería conversar en privado, o en ese momento tenía una contienda tan enmarañada con otro cliente habitual que no soportaba siquiera su mirada… En cualquier caso, tan llamativo cambio de lugar debía de significar algo sobre lo que podían hacerse muchas conjeturas.

Recuerdo una situación macabra de la última fase de vida del café Herrenhof, cuando ya solo estaba en funcionamiento la sala de delante. El local fue cerrado definitivamente en 1960; hasta entonces siguió llevándolo por puro sentimentalismo su antiguo jefe de camareros, Albert Kainz, quien lo había adquirido al acabar la guerra para proporcionar a los clientes habituales emigrados, que ahora volvían a vivir en Viena, un punto de encuentro de confianza cuando la nostalgia los empujara a la vieja patria. Todos juntos ya no eran muchos: había solo unas pocas mesas ocupadas y una tarde no fueron más que dos. En la primera mesa de la ventana, a la derecha de la entrada, estaba Leo Perutz, que había venido de Haifa de visita, y muy atrás, en el rincón de la izquierda, de espaldas a él, Otto Soyka, que residía en Viena[101]. Ambos habían discutido en la década de 1920 e incluso en ese momento, dadas las circunstancias, no podían estar juntos ni aun siendo los dos únicos clientes del café Herrenhof. Dos de los últimos supervivientes de antaño ofrecían una imagen fantasmagórica en el desconsolador vacío de aquel espectral espacio alargado. De lejos recordaba una de aquellas películas utópicas cuya acción empezaba después del fin del mundo.

Las raíces de su inquebrantable enemistad se remontaban a un tiempo en el que el narrador Otto Soyka, de mucho talento, pero

poco famoso debido a su escaso éxito entre el público, se portó como si fuera rival de Leo Perutz, mucho más importante, aunque de desigual calidad (de él puede decirse que es uno de los maestros de la novela fantástica: podría haber salido de un desliz de Franz Kafka con Agatha Christie). Perutz solía reaccionar con especial dureza ante las poses vanidosas y las ambiciones extravagantes, y así lo hizo frente a Soyka, a quien poco antes Alfred Polgar ya había soltado una dolorosa indirecta, cuando un día lo vio entrar en el café Herrenhof, con todo el traje de montar, botas altas, espuelas y fusta:

—Yo no tengo caballo —observó Polgar—. Pero caballo como el de Soyka seguro que no lo tengo.

Perutz por su parte se sirvió de un juego algo complicado que estaba en boga en una de las mesas del Herrenhof y en el que Soyka también participaba. Partía de la idea de que al carácter de un individuo, como si de un complemento se tratara, le correspondía un animal en el que se personificaban sus cualidades negativas, las que precisamente más le repugnaban. Los participantes debían adivinar qué animal habían indicado para ellos los demás en un papelito doblado, y de ahí se derivaba una enriquecedora comparación entre la opinión que de sí mismo tenía el interpelado y la opinión que los demás tenían de él.

Le tocó el turno a Perutz. Y Perutz no se lo pensó ni un segundo:

—Mi animal es el Soyka —dijo.

Los contrincantes se despidieron sin reconciliarse tras un breve intercambio de bofetadas y siguieron así hasta el fin de sus días.

Juegos de ese tipo y otros similares gozaban de gran aprecio en las discusiones que surgían entre partida y partida. Uno inventado por Alfred Polgar se llamaba «Probemos al archiduque» y se jugaba entre dos. Uno se ponía en el papel de un profesor de Historia en un examen y tenía que inventarse una pregunta tan fácil para el ilustrísimo examinando que hasta un niño pequeño y algo retrasado no pudiera equivocarse al responderla. Así, el examinando se encontraba ante la difícil tarea de dar, a pesar de todo, una respuesta errónea, y el profesor ante la aún más difícil no solo de dar por buena esa respuesta, sino también de razonarla.

Un ejemplo típico de una ronda que ganó el profesor que examinaba:

—Alteza imperial, ¿cuánto duró la guerra de los Treinta Años?

—Siete años.

—¡Correcto! Entonces no se luchaba de noche, con lo que para empezar no se cuenta la mitad del tiempo. También es sabido que los domingos y festivos no se podía combatir, lo que a su vez da también una considerable suma. Y, si a eso sumamos las interrupciones y las pausas para negociar documentadas históricamente, llegamos a una duración de la guerra de exactamente siete años *de facto*. ¡Le felicito!

Una ronda perdida por el profesor que examinaba empezaba con la pregunta:

—¿Cómo se llama nuestro emperador Francisco José?

La respuesta, tan rápida como enigmática, de «¡Cuarzo!» fue dada por buena por el profesor con el «¡Cierto!» de rigor, pero no fue capaz de demostrar su certeza. El archiduque había ganado.

Volvamos a Leo Perutz y a su acertada repugnancia ante todo tipo de esnobismo o cualquier otra actitud del tipo quiero y no puedo. Ni siquiera tenían que afectarle personalmente para censurar estos comportamientos. Bastaba con que alguien que estuviera contando algo en un grupo grande bajara intencionadamente la voz para que todas las demás conversaciones se silenciaran y la atención general se concentrara necesariamente en él. Alguien que dominaba a la perfección esa técnica en absoluto fácil era el escritor Paul Elbogen[102], al que le gustaba entrar en escena con su formación y sus conocimientos de arte (que de hecho no le faltaban), dando a entender que era un hombre de mundo de una forma ligeramente más cargante de lo que podía soportar Perutz, no menos formado y no menos conocedor del mundo.

La historia que empezó a contar en voz baja Paul Elbogen, recién llegado de un viaje por Italia, donde había sido invitado por una conocida familia amante de las letras, tenía lugar, como era propio de un entendido en arte, en Florencia:

—En Fiesole, para ser exactos —se corrigió—. Por una absurda coincidencia, en un viaje a Fiesole me enteré de la existencia —en verdad dijo «me enteré de la existencia», hablaba como un libro— de un museo que no conocía. No lo conocía —repitió con insistencia autocrítica al tiempo que negaba con la cabeza—. Estaba en una pequeña ciudad cerca de allí. Probablemente era una fundación

privada de algún mecenas local. Y en ese museo se guardaba… se sorprenderán tanto como yo… un Tiépolo desconocido.

Introdujo una pausa, que dio a sus oyentes la posibilidad de dominar su sorpresa. Luego continuó en voz aún más baja:

—Evidentemente no me dejé arredrar ni por el calor del verano ni por las miserables combinaciones de tren para dirigirme allí justo al día siguiente. Las buenas gentes del lugar no parecían siquiera tener idea del tesoro que albergaban sus muros. Tuve que preguntar varias veces antes de encontrar por fin el museo. Era un edificio renacentista, pequeño y encantador, probablemente obra de un discípulo de Palladio y, naturalmente, no construido como museo: con toda probabilidad era la antigua residencia del fundador, entretanto ya fallecido. Da igual… lo había encontrado. Y ¿qué iba a descubrir allí?

En ese momento la voz de Elbogen era ya tan baja que los que estaban sentados, si bien pendientes de sus labios y sin respirar, tuvieron que llevarse también la mano a la oreja para no perder palabra.

—Tuve que descubrir que el museo estaba cerrado. Estaba cerrado. Y no había nadie de una punta a otra del pueblo que pudiera abrírmelo o darme alguna información. Por favor, traten ustedes de imaginárselo. He llegado hasta allí por mi cuenta en un lamentable trenucho, estoy con un calor sofocante delante de un museo en el que hay un Tiépolo desconocido… y tengo que preguntarme cómo entrar en él.

Elbogen volvió a hacer una pausa, visiblemente fatigado por el propio susurro. Y, en mitad de aquel tenso silencio, Leo Perutz le dio el siguiente consejo, si bien con un poco de retraso:

—¡A lo mejor si se hubiera hecho usted disecar…!

Nunca supimos cómo entró Paul Elbogen en el museo.

Aún más grosero fue el comportamiento de Perutz con la profesora Eugenie Schwarzwald, la meritoria pedagoga y directora de una escuela que ella misma había fundado y en la que se sometía a las hijas de las clases más altas de Viena a los métodos más modernos de pseudoerudición. Era temida en todas partes por su impertinente laboriosidad, invitaba y la invitaban, estaba siempre a la caza de gente importante y ahí encontró en Leo Perutz un rechazo tan fuerte que este hacía siempre como si no la conociera y tuvieran

que presentársela de nuevo.

En una recepción oficial estaba Perutz masticando junto al bufet cuando la profesora, toda perseverante, se le acercó contoneándose e, indignada, le conminó:

—¡Otra vez no me ha saludado, doctor Perutz!

—Disculpe —respondió Perutz con la boca llena—. Creía que era usted la Schwarzwald.

También sabía cómo manejar el puñal del rechazo mortal Alfred Polgar, a quien los pegajosos intentos de Weiss, un cliente habitual, de ganarse su amistad le habían afectado mucho. Una tarde, al salir del café, Weiss lo siguió hasta la calle, se puso devotamente a su lado y le hizo esta pregunta, aparentemente sin salida:

—¿En qué dirección va usted, señor Polgar?

La respuesta fue rápida:

—En la contraria.

En una fiesta de Nochevieja Weiss se acercó a Polgar con una sonrisa radiante:

—Esto le va a divertir, señor Polgar. De camino aquí me he encontrado con un conocido, por cierto ferviente admirador de usted, y se ha despedido con estas palabras: «¡Bueno, no volveré a verlo hasta el año que viene!». Divertido, ¿no?

—Eso puede usted oírmelo decir a mí ya a principios de febrero —gruñó Polgar.

Por una cuestión de precisión habría que mencionar y explicar aún el concepto de «punto de camarero» acuñado en el café Herrenhof. En una discusión erudita que se había elevado hasta la niebla poco menos que impenetrable de los filosofemas abstractos, uno de los participantes dijo, para que no cupiera duda, que él consideraba una perogrullada una tesis de compleja articulación que había formulado otro:

—En otras palabras: dos y dos son cuatro.

El camarero que estaba sirviendo en ese momento hizo un gesto de aprobación:

—Tiene usted toda la razón, señor doctor —dijo.

Con ello consiguió el «punto de camarero». Este se lograba cada vez que una conversación forzada y pomposa bajaba de las alturas de la autocomplacencia y caía en conclusiones evidentes y primitivas, que eran obvias hasta para el camarero.

Por lo demás el presente capítulo en realidad reúne únicamente material complementario al tema del café y de la productividad de sus ocupantes. Casi todo lo que voy a describir aún aquí podría encajar igualmente en contextos relacionados con otras cosas o personas… un defecto estructural del que ya me he quejado en repetidas ocasiones y que, no obstante, no me impide añadir lo que sea necesario.

Hay que decir también que el moca del café Herrenhof no era precisamente de la mejor calidad y que, en palabras de quienes iban a los dos, estaba muy por debajo del que servían en el café Rebhuhn, el de los periodistas. Eso quitaba la tranquilidad a los propietarios del Herrenhof y dio lugar a un interesante caso de espionaje industrial. Un agente secreto enviado al Rebhuhn pidió allí un moca, lo echó en secreto en un termo y lo llevó al Herrenhof, donde se investigó su composición química. Resultó que tenía algunas gotas de cacao. A partir de ese día hubo también en el café Herrenhof muy buen moca (el *espresso*, hoy tan apreciado, no existía todavía).

Cabe mencionar además que en el café Central, después de perder su posición de bastión de los literatos, solo había vida intelectual en la sala de ajedrez. Los giros, en parte divertidos, en parte desacertados, en parte completamente estúpidos, con los que los jugadores acompañaban sus movimientos se han impreso varias veces: Karl Kraus en *Literatura o Ya se verá (Literatur oder Man wird doch da sehen)*, Jenö Lazar en la revista mensual *Perfil (Querschnitt)* y también otros grandes expertos. Por lo que yo sé, nadie hizo nunca alusión a la «bandada de grullas», esto es, a la pregunta con la que un jugador, citando *Las grullas de Íbico*, igualaba una jugada incomprensible de su adversario: «Y él ¿qué pensará?» (en Schiller sigue luego el verso: «¿Qué significa esa bandada de grullas?»[103]). En las fuentes a las que tengo acceso falta también un giro derivado de un triste caso policial: un tabernero de la comarca de Burgenland había asesinado a sus dos hijas, menores de edad, había seccionado los cadáveres como un profesional e introducido los pedazos en paquetes postales que envió como «muestras sin valor». Desde entonces, en la sala de ajedrez del café Central, a un jugador en posición de jaque se le anunciaba su inminente derrota con las siguientes palabras:

—Tendrá usted que entregar de inmediato sus armas igual que se entregan niños pequeños en Correos.

(A los alemanes foráneos que no conozcan el significado postal de «entregar» los sacaremos de su perplejidad con este aforismo de Karl Kraus: «Echar una carta se dice en Austria entregar una carta»). Como había figuras entre los jugadores de ajedrez, sus partidas estaban siempre rodeadas de mirones, y ellos habían desarrollado un ingenioso sistema para librarse de molestos sabelotodos. A una señal concertada, un camarero se aproximaba al tablero, ocupado, por ejemplo, por los maestros Grünfeld y Wolf, y anunciaba:

—Señor Wolf, tiene usted una llamada telefónica.

—Vaya —decía Wolf—, seguro que tardaré un buen rato.

Luego se volvía hacia uno de los mirones, que le había llamado desagradablemente la atención con sus intervenciones de entendido:

—¿Podría pedirle que jugara usted por mí mientras tanto?

El honorable requerimiento era aceptado con gran alegría. Grünfeld no tenía nada en contra. Sabía que poco después el camarero volvería a aparecer para decirle que un caballero le estaba aguardando allí al lado, que era urgente. Cuando esto ocurría, Grünfeld cedía también su puesto a uno de los mirones sedientos de acción y, mientras los dos sustitutos provisionales continuaban la partida, Wolf y Grünfeld podían entregarse al juego en una sala contigua sin que nadie los molestara.

También hay que hacer un par de añadidos sobre el café de l'Europe.

Ya se ha hablado de sus propietarios, los hermanos Blum, sobre todo del «falso Blum», y de la terrible venganza que contra él urdió el boxeador Ernst Stern por no atenderle debidamente cuando sustituía a su hermano Jozsi. Jozsi, el verdadero Blum, por decirlo de alguna manera, no se habría atrevido jamás: jamás habría llevado la contraria a sus clientes, satisfacía todos sus deseos y su estado de ánimo siempre le parecía el mejor: era el «servicio al cliente» personificado. Hasta qué punto se demostró una noche en que, después de cerrar el Herrenhof, los parroquianos se trasladaron, como de costumbre, al de l'Europe y por el camino se fueron encontrando con las primeras ediciones de los diarios matutinos. En portada figuraba una de las crisis de

gobierno en Francia, por aquel entonces muy normales: en esta ocasión la derrota del gabinete Daladier a manos de la oposición dirigida por Léon Blum.

Agitando *La Prensa (Die Presse)*, Ernst Stern entró en el de l'Europe y en tono amenazador llamó a Jozsi, que ya se apresuraba a saludarlo:

—Blum… ¡tú has derrocado a Daladier!

—He tenido que hacerlo —se disculpó Jozsi Blum cariacontecido, sin pensar, probablemente sin saber, de qué se trataba.

Tampoco le interesaba. Se había dado cuenta de que podía haber enojado a alguno de sus clientes y tenía que disculparse.

La clientela fija del café de l'Europe era con toda precisión lo que se denomina «mixta». Su favorable situación cerca de la plaza de San Esteban, entre la franja noble de la Kärntnerstrasse y la menos noble de la Rotenturmstrasse, hacía del local un centro de reunión natural de las damas que gobernaban en la una y en la otra, y que podían resarcirse allí de las fatigas de su profesión, verse con sus protectores, tomar un pequeño refrigerio o un revitalizador café (el consumo de alcohol en horas de trabajo estaba estrictamente prohibido), hojear algunas revistas ilustradas y, cuando les apetecía, charlar un poco, sin propósito profesional, con los clientes, de un estilo completamente distinto, que éramos nosotros y los que eran como nosotros: charlaban a veces con alegría y a veces con tristeza, según el caso, a veces pedían consejo y ayuda (pero nunca dinero), y a veces ofrecían consejo y ayuda, eso también sucedía, y quien hable de las prostitutas con frivolidad o con desprecio me permitirá decirle que yo he encontrado en ese café de prostitutas, entre la medianoche y las cuatro de la mañana, más muestras de cordialidad y de nobleza humana que en todos los cafés que he frecuentado, y eso es algo. Era un ambiente inigualable, que en el café de l'Europe unía dos bandos verdaderamente discordantes, un clima de paciente comprensión y de respeto mutuo, como en ningún otro lugar habrían merecido jamás ni uno ni otro bando. Naturalmente, en el

otro bando se producían de vez en cuando enfrentamientos no solo verbales, celos personales y profesionales, disputas sobre intromisiones inadmisibles en terreno ajeno, infracciones del código moral aceptado, de cuya rigidez burguesa poco puede sospechar quien esté al margen. Y, naturalmente, todas estas infracciones se juzgaban según las propias leyes. Porque era un mundo propio, un mundo, si no feliz, al menos bien ordenado, y ha seguido siéndolo.

Las conmociones a las que este mundo se veía expuesto no salían de su propio ámbito. Un convincente ejemplo de ello era Liesel, la bohemia, llamada así no por su origen (era una chica vivaracha de las afueras de Viena), sino en honor a su nariz respingona, levantada, que en Austria se considera rasgo distintivo del vecino pueblo checo. Así pues, Liesel la bohemia apareció un día a una hora desacostumbrada en el de l'Europe, se sentó sola en una mesa y manifestaba señales tan claras de perturbación mental que la miramos preocupados. Uno de nosotros, que se llevaba especialmente bien con ella, se dirigió a su mesa y le preguntó qué le pasaba:

—¿Sabes? —dijo Liesel la bohemia—. Aquellos sí que eran tiempos. ¡Tiempos! —y, pensativa, negó con la cabeza—. Ahora tengo a un masoquista… que siempre vuelve.

Que concibiera tal cosa como síntoma de unos tiempos revueltos me parece casi más curioso que la depravación en sí misma.

Richard, el camarero encargado del cobro, solía expresar exageradamente su solicitud dirigiéndose a los clientes con un «Oh, señor», «Por supuesto, señor», en respuesta a un encargo impaciente, o con un «¿Desea usted la cuenta, señor?» cuando se le había llamado varias veces. Una noche, de repente, le pasó volando por la cabeza una taza de café. Sin querer se había dirigido con un «Oh, señor» a la viuda Pelikan, propietaria de un burdel secreto que funcionaba muy bien y de un poderoso e incipiente bozo.

Una época que podría calificarse de «grandiosa» empezó para el café de l'Europe en 1933, cuando llegaron los primeros refugiados e hicieron del local su punto de encuentro nocturno. Bert Brecht y Karl Tschuppik se encontraban entre ellos, también Walter Mehring, Oskar Maria

Graf[104] y muchos otros. A veces formaban sus propios grupos, y otras se mezclaban con los clientes de las mesas habituales, ya bastante mezclados. En una de esas mesas un día Brecht leyó un periódico recién salido de la rotativa nocturna, que informaba de nuevas detenciones en Alemania y mencionaba muchos nombres conocidos. Esto dio pie a esta furiosa observación:

—¡Hoy en día es casi una vergüenza que no te detengan!

Un profesional de los negocios nocturnos, sentado casualmente a su lado (y más bien de dudoso carácter), lo miró asombrado:

—Bueno, eso puede arreglarse —dijo.

Fue la única vez que confluyeron en el café de

l'Europe

dos mundos que no se comprendían.

Aún cabría referirse al café Imperial (mejor dicho: el café del hotel Imperial), principalmente por Eckstein, uno de sus clientes habituales. Sin duda el café podía presumir también de otros asiduos famosos, pero Eckstein, el polígrafo, era el más famoso. Extremadamente musical, en su juventud alumno por puro y magnífico hobby de Anton Bruckner, padre del escritor Percy Eckstein y marido de una escritora que se hizo famosa bajo el seudónimo de Sir Galahad, autor él mismo de una monografía de Bruckner, desafortunadamente hoy inencontrable, que llevaba el hermoso título de *El espíritu del siglo al órgano (Der Weltgeist an der Orgel)*, enormemente leído y enormemente erudito, el viejo Eckstein tenía fama de saberlo sencillamente todo. No había pregunta que no supiera contestar en el acto, a veces incluso anticipaba la respuesta sin esperar a la pregunta, adivinándola a la perfección y con el mayor conocimiento. Se rumoreaba que el Gran Brockhaus, cuando no sabía algo, se levantaba en secreto y consultaba con el Viejo Eckstein[105]. Cuando en una ocasión *La Prensa* publicó una noticia en la que se hablaba de una nueva obra del poeta Kun-Han-Su, el viejo Eckstein pudo aportar inmediatamente informaciones precisas sobre la obra de este importante lírico chino, que había sido el único en intentar dar nueva vida a una forma de verso que había tenido su momento de esplendor con los últimos emperadores de la dinastía Ming. En cualquier caso, al día siguiente se averiguó que Kun-Han-Su era simplemente un error de transcripción por «Knut Hamsun», pero el

viejo Eckstein había vuelto a saberlo todo y todo el mundo lo respetaba tanto que incluso se sintió tentado de seguir creyendo en la existencia de un poeta chino llamado Kun-Han-Su.

Un episodio de carácter similar lo relata la señora Christiane Zimmer, la amable e inteligente hija de Hugo von Hofmannsthal[106]. En un paseo en compañía de su padre y del viejo Eckstein fue delante de ellos dando saltitos durante un buen rato un pajarito, que el polígrafo, entendido también en este terreno, identificó al punto como «saltamontes real egipicio»:

—Una extraña variante de nuestra abubilla —añadió—. No sabe volar. Solo avanza a saltitos. Pasa el invierno en Egipto. De ahí el nombre.

Hofmannsthal se permitió un ligero asombro:

—Pero ¿no ha dicho usted que no sabe volar?

—Hasta allí sí —replicó imperturbable el viejo Eckstein. No había quien le tosiera.

Tampoco había manera de convencerlo, los meses de verano, de trasladar su mesa habitual del interior del café a la terraza, denominada «jardín de clientes», que a comienzos de la estación se instalaba delante del Imperial, el cual, como todos los cafés de Viena, tenía delante una acera lo suficientemente ancha, a lo largo de la fachada principal del hotel. Por muy refrescante que fuera el aire allí fuera y por muy sofocante que fuera dentro, el viejo Eckstein se mantenía en sus trece y su mesa habitual se quedaba dentro.

Una tarde se oyeron desde el jardín de clientes grandes gritos: un cliente del hotel se había tirado desde el tercer piso con intenciones suicidas y había aterrizado en una de las mesas de la terraza; afortunadamente en una vacía y, además, había salido con vida.

Una hora después apareció el viejo Eckstein, se sentó en su mesa habitual y Ferdinand, el camarero, le informó del emocionante suceso. Reaccionó con una afirmación tan breve como insensible:

—Siempre he dicho que no hay que sentarse fuera.

Entre los clientes fijos del Imperial que no tenían nada que ver con Eckstein y que, por tanto, se sentaban fuera, estaba Adolf Pick, un tipo asiduo muy curioso famoso no solo por ser consejero de la Audiencia territorial, (a su padre, Alfred Pick, se debe la

imperecedera *Canción del coche de punto*, una verdadera joya de la época de la simbiosis de lo vienés y lo judío). Si Adolf Pick, a despecho de sus otras cualidades, sale a relucir aquí simplemente como cliente habitual, es porque supo conservar de manera ejemplar su dignidad como tal. Le parecía por debajo de su dignidad pedir algo en su café habitual de la misma forma que un cliente que entrara casualmente, o apremiar siquiera a los camareros para que le trajeran lo que de hecho no pedía. El personal debía saber qué acostumbraba a consumir el doctor en cada momento del día y tenía que servírselo sin pedirlo. Punto.

Por qué motivos no lo hicieron aquella templada tarde de primavera es indiferente. El doctor Pick no tuvo el valor de averiguarlo ni se le habría ocurrido descender a los abismos de la urgencia gritando: «Ferdinand, ¿dónde está mi capuchino?». Más bien hizo una seña a uno de los policías que se encontraba «en su puesto» en la esquina de al lado (y fallecido ya hace tiempo), al que encargó que entrara por detrás en la cocina y preguntara si ese día no servían capuchinos, que el doctor Pick estaba esperando.
Probablemente ilustre de manera más convincente la actitud clásica de un cliente habitual el señor consejero municipal Reiter: incluso podría derivarse de su conducta la definición del concepto «cliente fijo».

El señor consejero Reiter aparecía desde hacía décadas todas las tardes a las cuatro en el café Colosseum, se sentaba a diario en la misma mesa, le ponían un café con leche y nata y dos *croissants* muy tiernos, le llevaban primero los diarios vespertinos y después, poco a poco, los demás periódicos nacionales y extranjeros, leía y pagaba y no necesitaba decir una sola palabra a lo largo de todo este proceso. Generaciones de camareros lo habían atendido, los que se iban instruían a sus sucesores, los que agonizaban encarecían una última vez a los colegas que rodeaban su lecho que cuidaran al consejero Reiter… Era impensable que pudiera faltarle en algún momento la atención que merecía.

Pero lo impensable sucedió. Los dos camareros encargados de la zona en que se encontraba la mesa habitual de Reiter se habían largado después de una discusión con el propietario, los dos a la vez y los dos tan furiosos que no pensaron en dejar instrucciones a nadie. A las cuatro Reiter entró en el Colosseum, se sentó en su

mesa, no le pusieron el café con leche y nata ni los *croissants* tiernos, no le dieron los diarios vespertinos ni nada para leer y, como no había camareros de repuesto, ni siquiera le preguntaron qué deseaba, ni al instante, ni a los dos minutos, ni tampoco a los cinco.

A los seis minutos el señor consejero Reiter, cliente fijo desde hacía décadas del café Colosseum, llamó al botones y lo mandó al café Hacker, situado justo enfrente, a por un café con leche y nata y dos *croissants* tiernos.

Con esto concluyen los añadidos al tema del café. Que los capítulos que siguen ahora dependen también del café no es necesario subrayarlo, aunque no es lo esencial en ellos. Se refieren a una serie de personalidades que recuerdo (aunque no solo) del café, pero que, como algunas de las ya mencionadas, han llegado a superar esa consideración: sus nombres suenan bien incluso allí donde no hay cafés.

Que abra la serie la personalidad con la que esta última afirmación apenas cuadra y que es, en mi opinión, uno de los productos originales más exquisitos de la gran época de los cafés de Viena.

«Ladrones, asesinos y pederastas van al doctor Sperber y basta»

Un anuncio con este texto inconcebiblemente indecoroso era el sueño del doctor Hugo Sperber, abogado, al que desde luego se puede calificar de último original del *barreau* vienés. La denominación *barreau* está ya pasada de moda. El diccionario enciclopédico de Sachs-Villattes la traduce un poco pobremente como «plaza de jurista», una denominación también pasada de moda para «abogado».

El doctor Sperber era un tipo original entre los abogados vieneses, aunque no el único. Entonces había aún otros «defensores de delitos» que habían alcanzado la fama más allá del ejercicio de su profesión, gracias al brillo retórico de sus defensas, a la agudeza de su exposición de las pruebas, a sus conocimientos de las leyes y de las lagunas legales (en lo que no rara vez superaban al juez o al fiscal). El doctor Sperber poseía todas esas cualidades y algunas más, por ejemplo, gracia: no solo en el sentido de la perspicacia, sino en el de un encantador arte de la indirecta y un *timing* que solo se da en los profesionales de la escena y que lo capacitaba para decir lo que había que decir justo en su momento.

Algunas de sus frases acabaron citándose incluso en el anonimato: solo se conocía el dicho, no al autor. Sperber lo llevaba con resignación:

—¿Quién habría dicho —se consolaba— que podría llegar a hacerse una canción popular de un judío de Moravia…?

Igual que otros muchos que ya en tiempos del emperador habían contribuido a crear el clima intelectual de Viena, la capital y residencia imperial, Sperber era originario de Moravia, donde los elementos alemanes, eslavos, magiares y judíos de la antigua

monarquía habían desaparecido en una fructífera mezcla. Físicamente se parecía a un pariente judío de Franz Schubert, al menos cuando su enorme cabeza de rizos negros, con el rostro enmarcado por patillas, se le hundía en el pecho al dar una cabezadita. Le gustaba mucho dormir: dormía en el café, en el juzgado, en el tranvía, donde fuera. El cuidado exagerado del cuerpo no iba con él; la camisa, nada limpia, se le salía siempre por el chaleco manchado de ceniza de cigarrillo, y tampoco se tomaba muy en serio lo de afeitarse; en resumidas cuentas, la vanidad le quedaba muy lejos en todos los sentidos. A su apariencia, llamativa sin duda alguna, había que añadir una voz ronca y machacona, que producía un curioso ronquido, por cierto en todos los tonos, incluso cuando hablaba muy bajo (o creía estar hablando). Había que prestar atención. Y uno lo hacía con gusto.

Cabe decir aún que este doctor Hugo Sperber era un alma cándida, que detrás de su comportamiento excéntrico y casi de loco se ocultaba un corazón cálido y sensible, y que su disposición a la ayuda y al sacrificio estaba en craso contraste con sus posibilidades materiales. Renunció a alguna que otra causa lucrativa para defender de oficio a algún pobre diablo, y pasado un tiempo ya no le volvieron a ofrecer ninguna causa lucrativa más. En sus últimos años de vida le fue penosamente mal, pero su buen humor y su altruismo no se vieron menoscabados… no hasta el final, hasta el terrible final, que le prepararon los bárbaros marrones[107]. Les pareció desafiante su absurda forma de expresarse, que hacía mucho que se había vuelto natural en él y que ya no podía cambiar: pensaron que se burlaba de ellos y lo mataron literalmente a patadas.

¿Que si lo vio venir? Su propio fin difícilmente. Pero que la llegada al poder de Hitler no era un episodio pasajero, sino el comienzo de una nueva y funesta época, él, y entre nosotros fue uno de los pocos, ya lo tenía claro en 1933.

—¡Hitler ha sido nombrado canciller imperial! —dijo con su voz ronca al entrar contoneándose por la puerta del café el 30 de enero de 1933—. Ya no tenemos de qué preocuparnos en los próximos cien años.

Después se sentó a jugar a las cartas.

Era un apasionado jugador de cartas, un maestro del tarok, en

Austria un juego que se consideraba un clásico, que se parecía un poco al skat alemán y cuyo misterioso simbolismo desveló Fritz von Herzmanovsky-Orlando [108] en su novela *Mascarada de los genios (Maskenspiel der Genien)* con tanta profundidad como sorpresa. (La novela se desarrolla en un reino ficticio llamado Tarokania, regido por cuatro reyes, y constituye una fantástica contrapartida a la Kakania de la novela de Robert Musil, publicada algo después).

Un segundo juego favorito de Sperber era el dardeln, importado de Hungría, para el que se utilizaban cartas alemanas dobles. Según algunos entendidos (entre los que no me cuento) tiene similitudes con el jassen suizo y, a diferencia del tarok, que puede jugarse entre dos, tres o cuatro personas, este solo puede jugarse entre dos. El contrincante preferido del doctor Sperber era el doctor Franz Ellbogen, un bohemio de pura cepa y de familia pudiente, dotado de muchos pequeños talentos y, como cantante de sus propios cuplés, cliente fijo muy querido del bar Reiss, en el que los artistas vieneses de éxito se encontraban con sus admiradores.

Cuando Sperber y Ellbogen jugaban al dardeln en el café, la cola de mirones llegaba a menudo hasta la calle, las frases de ambos jugadores eran repetidas por los que estaban más cerca y recorrían la larga fila hasta que el último también se partía de risa. Lo que se decía a veces era en griego o en latín.

—*Habeo dardulum!* —podía oírse por ejemplo, y el contrincante preguntaba:

—*Quousque?* (¿Hasta dónde?).

—*Mechri tu basileos en to chloró* —era la respuesta trasladada de Roma a la Hélade (Hasta el rey de verde).

Con los jugadores de ajedrez del café Central sucedía algo muy similar; en ocasiones se oían allí hasta citas en hebreo.

Es importante destacar, sencillamente porque los bohemios de entonces aventajaban en mucho a sus sucesores intelectuales, que todos esos excéntricos y plantas de café (contando también a los vagos más inútiles) tenían unas buenas reservas de formación y conocimientos, que presuponían de igual modo a su entorno. Si Sperber me saludaba con la expresión: «¡Friedrich, mis flechas!», yo sencillamente tenía que saber que estaba parafraseando un fragmento del monólogo de Tell: «Yo vivía tranquilo y en paz, mis flechas / las dirigía solo a los animales del bosque» [109]. Ni se

daban ni se esperaban explicaciones. Quien quisiera captar el sentido de alguna frase que no comprendía lo hacía por su cuenta y riesgo.

Como consideraba con razón el juego del tarok dominio suyo, Sperber cambiaba los avisos y los nombres al uso a su gusto y lo hizo con tanto éxito que, al final, incluso cuando ya no jugaba, solo se utilizaba su terminología. El «monte», las tres cartas tapadas sobre la mesa que había que descubrir después de que un jugador hubiera «tomado» la partida, lo denominaban el «vientre materno», una «contra» anunciada ya con anterioridad se llamaba «atentado contra el embrión», y los puntos ganados en caso de victoria eran el «premio del vientre».

En cualquier caso, si en el curso de la partida, muy a menudo por una jugada descuidada, una carta aterrizaba boca abajo, Sperber se enfurecía:

—¡En el culo no reconozco yo los rasgos del rostro!

Y elevó a categoría de regla que el culpable, llevándose un punto de castigo, diera él mismo la vuelta a la carta.

Se calculaba estricta, pero justamente, decidiendo de antemano si se iban a hacer los cálculos según la *lex* Perutz o no. Esta *lex*, introducida por el escritor Leo Perutz, también excelentemente dotado para la mesa del tarok, preveía un redondeo de la suma de pérdidas por abajo, de manera que, por ejemplo, en lugar de 7,78 chelines no había que pagar más que 7,50. Según una regulación de emergencia hecha por Sperber esta suma podía incluso reducirse a 7 chelines «aplicando de forma draconiana la *lex* Perutz».

Un contrincante de tarok de Sperber, el doctor Alfred Schwoner, prestigioso economista, pudo apuntarse un triunfo terminológico aún mayor: en algunas partidas el reparto de las cartas a los jugadores no dejaba posibilidad alguna de premio especial, ningún «triple», ningún «rey», ningún *pagat ultimo*: solo los puntos necesarios para ganar. Pero a los maestros del juego esto les resultaba demasiado aburrido. Así que, si uno de los tres jugadores estaba seguro de que iba a ganar una partida que no le ofrecía ni atractivos ni premios (cosa que los otros dos podían juzgar perfectamente por sus cartas), proponía renunciar al reparto y que le adjudicaran los puntos a él. Esta propuesta la hizo por vez primera el doctor Schwoner y desde entonces se hacía

pronunciando su nombre, del que jugadores posteriores ya no sabían qué relación tenía con ella. Tal vez el doctor Schwoner estuviera leyendo el periódico en el café y oyera pronunciar su nombre en la sala de cartas, sin referirse a él, sino a la expresión que había inventado. El nombre del inventor y el invento se habían vuelto lo mismo. Y algo así lo cierto es que le ha pasado a muy poca gente en su vida.

De vez en cuando, muy rara vez, uno de los otros jugadores creía que sus cartas eran lo suficientemente buenas para rechazar el *Schwoner* propuesto y disputarle la victoria al que lo había cantado. Sperber vestía su negativa con estas aliterantes y sonoras palabras: «¡El eslabón de Schwoner se enjabona!». Este giro, por cierto, estaba restringido a él.

Con mucho ingenio, Bloch, el jugador de tarok, supo aprovechar la costumbre de estos dichos mecánicos. Al jugar un diamante decía erróneamente «corazón», y si era un trébol «picas», hasta que averiguaron que así le indicaba a su compañero el color que debía jugar. Se lo prohibieron de inmediato. A partir de ese momento Bloch tuvo que o bien murmurar sin mentir o bien quedarse callado.

Sperber se apropió de la idea y (sin murmurar, sino bien alto) acompañaba por ejemplo un trébol que él jugaba con la observación: «¡Diamantes, diría Bloch!». Contra eso no había nada que hacer.

Las partidas de cartas en las que participaba el doctor Sperber se prolongaban por lo general hasta altas horas de la madrugada, pero, para ir sobre seguro, al principio de la partida la gente preguntaba cuánto duraría. La respuesta «Por desgracia mañana no tengo un juicio largo» indicaba que no terminaría tarde; quería decir que al día siguiente Sperber no encontraría ocasión para dormir en el juzgado y por eso necesitaba descansar bien por la noche. Si este no era el caso, a la pregunta de «¿Hasta qué hora vamos a jugar?» se respondía con la afirmación sperbérica: «Hasta que lleguen los alumnos». Se trataba de una referencia a un pasaje de la *Hagadá* [110], de la que se leía un fragmento la noche previa a la fiesta del Pésaj [111] en las casas de los judíos devotos y que, entre otras cosas, cuenta cómo una noche, en la bíblica
B’ne-B’rak,

tres rabinos estuvieron discutiendo hasta que la «llegada de los alumnos» les recordó que había llegado la hora de la oración de la mañana.

El famoso dramaturgo Rudolf Schildkraut, originario del este de la antigua monarquía (y cuyo hijo Joseph se convertiría después en estrella de Hollywood) estaba interpretando en Viena al rey Lear, a Nathan el Sabio y otros papeles estelares. Su amor por el tarok iba parejo a un alegre sentido del humor y cuando le hablaron del doctor Sperber ardió en deseos de conocer a aquel excéntrico camarada. Pero Sperber, como ocurre con frecuencia con los excéntricos, era tímido y cerrado en el trato con desconocidos, y en presencia de celebridades no soltaba una sola palabra, y menos una graciosa. Así aconteció también en su encuentro con el gran actor, que al final se celebró. Para decepción de Schildkraut, Sperber se limitó a decir frases sin sentido, desconcertantes:

—¿Dónde juega usted su partida de costumbre, apreciado maestro?…

—En el café Reichsrat, sí…

—Supongo que siempre por la tarde…

—¿Está usted disfrutando de su estancia aquí?

Schildkraut respondía en esa línea y la infructuosa conversación fue cobrando poco a poco dimensiones paralizadoras.

Para zanjarla pasaron al juego. Repartieron. El doctor Zeisel, que había organizado el encuentro, abrió la partida y fue vencido por Schildkraut y Sperber, que jugaban juntos. Schildkraut, sentado delante de Sperber, tenía que jugar. Naturalmente, la primera vez no podía saber qué color le vendría bien a su compañero y cuál no. Desafortunadamente se decidió por un color que faltaba en la mano de Sperber, de manera que le dio donde más duele en el tarok. En ese mismo momento la inhibición de Sperber concluyó de manera radical:

—¡Oh, usted, monstruo judío del este! —gruñó—. ¡¿De qué gueto le han expulsado?!

El hechizo se había roto y Schildkraut tuvo luego mucho de que reír.

Interpolación para expertos en tarok: los maestros jugadores afincados en el café Central habían inventado una variante increíblemente complicada de la «llamada al rey», que ellos

denominaban «Rostopschin». Aquí, además de *pagat ultimo*, la mencionada obligación de jugar la última baza con la carta más baja, había también un «búho preúltimo», esto es, el anuncio de que se iba a jugar la penúltima baza con el segundo tarok más bajo, cosa que, en caso de salir bien, reportaba una elevada puntuación. Una puntuación aún mucho más alta la conseguía quien, en el curso de la partida, ganaba dos bazas con los valores XVII y XVIII del tarok. Esto no podía anunciarse previamente, sino solo al jugar, y ciertamente con «¡Ross!» en la primera carta y «¡Topschin!» en la segunda: de lo contrario no valía. Los cinco o seis figuras que dominaban esa variante del tarok cultivada en exceso imponian tan estricta exclusividad que había que hacer un examen de ingreso formal para que le permitieran a uno hacer de mirón.
Por aquel tiempo yo vivía entre Praga y Viena. En Praga tenía la casa de mi madre; en Viena, siguiendo la costumbre habitual de los estudiantes, aunque no lo fuera ya, me alquilé una habitación amueblada en casa de una viuda. Como para la estancia en Praga calculaba solo unas semanas, seguí pagando mi alquiler vienés; en caso contrario, habría tenido que buscarme otro alojamiento a mi regreso. Y ponía mucho cuidado en alojarme siempre lo más cerca posible de la casa del doctor Sperber, porque quería seguir teniendo el placer de acompañarlo por la noche en el camino de vuelta.

Formaba parte del ritual de ese trayecto una parada en uno de los muchos puestecillos de salchichas que dominaban entonces, en mayor número que hoy, el panorama nocturno de Viena. El nuestro se encontraba en la Schottentor. No lo regentaba un salchichero, como era lo normal, sino una salchichera tan oronda como parlanchina. Sperber solía tomarse allí una «campesina» (a veces hasta dos o tres, porque, ya entrada la noche o de madrugada, le entraba un apetito enorme), yo me conformaba con una manzana que, por ser cliente fijo, podía escoger yo mismo. Una noche no encontraba ninguna que me apeteciera, todas estaban picadas o daban esa impresión y, en cualquier caso, no eran muy tentadoras. Al coger la tercera o la cuarta estalló el torrente verbal de nuestra salchichera, que me dijo:

—Esas son manzanas muy buenas joven solo que están un poco machucadas del transporte por eso tienen esas manchillas marrones caballero imagínese si las virutillas entre manzana y manzana son

demasiado finas se dan unas con otras al transportarlas y le sale a la manzana una manchilla parda y luego si se dan otra vez a lo mejor le sale otra y…

En ese momento el doctor Sperber, cada vez más nervioso, interrumpió el torrente de la salchichera:

—¡La génesis, querida señora, no nos interesa!

Probablemente era la primera vez en su vida que la salchichera oía la palabra «génesis». Se calló del susto.

Con el personal de servicio femenino, Sperber tenía sus dificultades, en especial con las mujeres del guardarropa y de los aseos de los cafés vieneses. A sus ojos eran un montón de brujas, puestas ahí a propósito para complicarle la vida. En uno de los cafés nocturnos que frecuentábamos, la mujer de los aseos, a quien él llamaba «señora de aseo con radio de acción ampliado», se encargaba también de la sala de cartas, por lo que se ganó la animadversión adicional de Sperber. En el local no llamó la atención ni lo más mínimo que un día saliera a toda velocidad del retrete (él lo llamaba «cuarto de cambio metabólico») y su voz ronca aumentara de tono hasta convertirse en un alarido de furia:

—¡Señora del aseo! ¡Señora del aseo! Yo soy abogado y usted señora del aseo. Si yo infrinjo mis obligaciones profesionales, tengo que hacer frente a un castigo disciplinario e incluso pueden expulsarme del Colegio de Abogados. ¡Señora del aseo! ¿Sería usted tan amable de decirme qué le ocurre a usted en una situación similar o a qué instancia superior puedo dirigirme para informarme?

Así continuó varios minutos antes de que asomara la causa de su furia: el papel de váter se había acabado y la señora no había puesto uno nuevo.

Mientras daba una cabezadita en uno de los reservados del fondo del café Herrenhof, despertó a Sperber un cliente que había entrado por casualidad, que había tomado asiento en el reservado contiguo únicamente con la intención de «comer rápidamente alguna cosilla» y que además exasperó a su vecino, tan necesitado de sueño, al rechazar llamando demasiado la atención las diversas propuestas de Franz, el camarero. Hasta el pan con jamón que le ofrecía era demasiado para su apetito. Franz, sin saber qué decir, hizo un último intento y le recomendó un huevo pasado por agua, es decir,

un pedido realmente mínimo.

El difícil cliente insistió en que también el huevo era demasiado para él.

—¡Franz! ¡Cójale al caballero una mosca y sírvasela, a ver si nos deja de una vez en paz!

En una ocasión unos amigos pudientes le habían invitado a una cena con posterior paseo nocturno, algo que Sperber aceptó de muy buen grado, sobre todo por la abundante comida, que hacía tiempo que no veía, pues sus finanzas estaban aún mucho peor de lo que era normal dada la crisis económica general.

Entretanto, la crisis había empezado ya a notarse también en la vida nocturna vienesa: en el elegante local de baile al que el grupo se dirigió a continuación no había un solo cliente. El servicio se esmeraba con la mayor rapidez, algo habitual en los negocios nocturnos: una señal secreta del portero indicaba que se aproximaban algunos clientes, rápidamente se hacía como si hubiera jaleo en el local, la orquesta entonaba una ágil melodía de baile, dos camareros se ponían a trajinar en las mesas con tazas, copas y otras piezas de vajilla, el único bailarín bailaba con la única bailarina… Realmente se echaba mano de todas las posibilidades.

Sperber comprendió la situación:

—¡Apostaría a que la señora del aseo está en el retrete cagando!

Su aversión a las «señoras de aseo con radio de acción ampliado» no conllevaba una simpatía por el personal masculino de los cafés. Los camareros encargados de proveer a los jugadores de cartas de los necesarios bártulos insistían siempre en que pidieran algo, y Sperber, perseguido por una escasez de dinero crónica, trataba de evadir una y otra vez la obligación de consumir. Esta situación condujo a la siguiente conversación un día que un camarero se mostró especialmente obstinado:

—¿Qué le apetece tomar, señor doctor?

—Una baraja de cartas alemanas dobles, ya se lo he dicho.

—Por supuesto, aquí tiene. Y ¿qué más?

—Una baraja de repuesto.

—¿Desea algo más el señor doctor?

—¡Una pizarra, una tiza y un borrador antes de que siga preguntando!

El camarero le trajo lo que había pedido y continuó esperando,

ya iniciada la partida.

—Camarero —le dijo Sperber, elevando el tono de voz—, ¿es que no se da usted cuenta de que su presencia no tiene aquí más que un significado decorativo?

Con su forma de hablar, intelectual y retorcida, Sperber no pretendía reírse de la gente con escaso nivel de formación. No sabía hacerlo de otro modo. No era capaz de expresarse «con normalidad». La comprensible hilaridad que suscitaba en el juzgado le dejaba en el fondo tan indiferente como la incomprensión con la que se encontraba fuera de él. Y ya va siendo hora de rescatar del olvido una pequeña parte al menos del sinfín de frases a las que debía su fama y su gloria de abogado.

Probablemente la más popular de ellas, vigente a lo largo de los años en todo tipo de variantes (y al final sin citar la fuente), se pronunció en la vista contra un delicuente que Sperber defendía de oficio. El hombre había perpetrado dos robos con fractura, uno de día y otro de noche, y el fiscal le cargaba en el primer caso con la agravante del particular descaro con que había cometido su delictiva tarea en pleno día; en el segundo, con la de la especial alevosía con la que se había servido de la oscuridad de la noche.

En ese punto la sala del juzgado resonó con la intervención del doctor Sperber:

—Señor fiscal, y ¿cuándo exactamente quiere usted que robe mi cliente?

En un segundo todo el juzgado fue una sonora carcajada.

Tampoco salió bien parado el celoso fiscal cuando un pastorcillo con un retraso mental fue acusado de sodomía con una vaca. Hizo una exposición tan brillante que parecía que el pastorcillo hubiera cometido el delito más terrible que imaginarse pueda y pedía un duro castigo.

El doctor Sperber se puso en pie y dejó a un lado de forma bien visible el legajo que había preparado.

—Las palabras de la acusación pública —empezó a decir en tono de desesperanzada resignación— me han impresionado profundamente. No soy capaz de contradecirlas —y continuó con exagerado patetismo—. Sí, incluso me gustaría añadir la siguiente pregunta: ¿había cumplido ya la vaca los catorce años?

El pastor fue condenado a una pena de libertad condicional.

Los dardos de Sperber no siempre causaban el efecto deseado. A veces era todo lo contrario, como en el caso de un tratante judío de paños, llamado Jonas Teitelbaum, que tenía que responder por unos supuestos fraudes ante un tribunal de escabinos [112]. Sperber inició su defensa con las siguientes palabras:

—Me dirijo a aquellos señores escabinos para los que el nombre de Jonas Teitelbaum no sea ya de entrada una prueba inculpatoria…

Como se demostró *a posteriori* el nombre de Jonas Teitelbaum era precisamente eso [113].

Tampoco a Gruber, ladrón y asesino, acusado de un delito de sangre que había tratado de ocultar troceando a su víctima, una anciana de un asilo, y escondiendo las partes del cuerpo en diferentes lugares (algunas fueron bien visibles), tampoco a este criminal, al que era imposible compadecer, pudo salvarlo de su sentencia que él esperaba reducir con las siguientes y conmovedoras palabras:

—¡Señores del jurado! No se dejen impresionar por el hecho de que la carne de la víctima se esté derritiendo en la mesa del juez. Piensen mejor que Gruber es originario del Burgenland, una región que, aparte de fresas gigantes y ladrones asesinos, no ha dado nunca otra cosa…

La sentencia fueron veinte años de cárcel.

Algo mejor le fue con la defensa de oficio de un consejero de sección jubilado, cuyo delito no puede describirse más que con rodeos. Al jubilarse, el anciano caballero había sucumbido a una perversión sexual punible, aunque no implicaba ningún tipo de violencia: atraía a jovencitas menores de edad hasta su vivienda, se ataba una cinta de seda al triste resto de masculinidad que le quedaba y hacía que la menor en cuestión, tirando de ella, lo paseara alrededor de la mesa de su cuarto de estar hasta que el paseo cumplía su propósito. La cosa salió a la luz y el extraviado pensionista fue juzgado. Allí no sabía ni qué decir de pura vergüenza y apuro, no dijo una sola palabra en su defensa y desbarató con su testarudo silencio todos los esfuerzos del doctor Sperber por sacarle alguna declaración exculpatoria. Cuando ante una pregunta hecha especialmente a medida su única reacción fue volver, sin decir palabra, el rostro rojo de vergüenza, Sperber

levantó los brazos desconcertado:

—Señor presidente…, ¡el consejero de sección se niega a declarar ni que lo aten en corto!

Otro acusado dio unas respuestas tan tontas a las preguntas exculpatorias construidas expresamente para él que Sperber prorrumpió en este lamento:

—Señor presidente…, ¡mi cliente se está volviendo tonto en mis manos!

Todo lo contrario ocurrió con un delincuente que no quería dejar de susurrarle cosas al oído en el curso de la exposición de las supuestas circunstancias exculpatorias que hacía el defensor. Sperber trató de no hacer caso durante un rato, luego le dijo bien alto al indeseado apuntador:

—Querido amigo, yo no le molesté a usted mientras robaba… ¡No me moleste usted a mí mientras lo defiendo!

En un pleito que dos ancianos pendencieros mantenían desde hacía años, el doctor Sperber se había hecho cargo de la defensa del de ochenta y cuatro años frente al de ochenta y siete, pero siempre que se iba a celebrar una vista, uno de ellos estaba enfermo y no podía comparecer. Cuando por cuarta vez hubo de posponerse la vista, el doctor Sperber dijo:

—Señor presidente, solicito que se posponga el caso hasta el día del Juicio Final.

Los denominados Procesos de la Vasija (con el nombre de «vasija» se aludía a las pilas de agua corriente instaladas en los corredores de las antiguas casas vienesas, una sola por piso, y con el de «Procesos de la Vasija» a las demandas por las injurias que surgían en los enfrentamientos en torno a la pila), estos procesos, pues, que se celebraban en su mayoría en el tribunal de la Josefstadt, daban a los entendidos auténticos bocados y material en abundancia para la investigación del espíritu popular. Como se sabía que el doctor Sperber se hacía cargo de la defensa, la pequeña sala del juzgado de distrito estaba siempre a rebosar, y hacía uno bien en asegurarse la entrada de antemano, cosa que resultaba más fácil si tenía alguna relación personal con el abogado.

Cuando en una ocasión insistí en que me dijera cuándo merecería la pena ir a una sesión de los Procesos de la Vasija, sacó su maltrecho cuadernillo de notas y empezó a hojearlo:

—Espere… humm… el martes que viene estaré aquí con una criada de mierda… Eso no es para usted… pero ¡un momento! ¡El jueves tengo un a tomar por culo con el que se le hará la boca agua!

Funcionó.

En 1934, después de que Dollfuss, el canciller federal, disolviera el Parlamento, se instaló en Austria el autoritario «Estado corporativo cristiano». Eso supuso el fin de los partidos políticos, sensibles limitaciones a la libertad de expresión, todo tipo de germanismos con tendencias subrepticiamente antisemitas, introducción de la censura de prensa y otras medidas medio o completamente fascistas, que debían desbaratar los planes (era cosa sabida que no se dejaba) al gran hermano nazi.

Supuso también el fin del humor en el juzgado, pero sobre todo de la tolerancia que lo había permitido. Cuando el doctor Sperber observó de mala gana en el corredor del mecionado tribunal de distrito la inscripción «Retrete del partido» en una puerta y le recomendó en voz alta a uno de los ujieres que cambiaran ese rótulo tan antialemán como anticonstitucional por el de «Retrete corporativo», la cosa quedó en un principio sin más. Pero poco después tuvo que enfrentarse a un desagradable revés del destino. Como socialdemócrata que era tuvo que hacerse cargo de la defensa de oficio de un joven «ilegal», al que se acusaba de un atentado con explosivos aún no aclarado. En su alegato, que en conjunto indicaba una valoración ingenuamente errónea de la nueva situación, apelaba a la clemencia del tribunal de la siguiente manera:

—Les ruego que tengan en cuenta la inexperiencia y la juventud del supuesto autor de este atentado. Evidentemente no sabía que lo único que se permite explotar en Austria es el agua bendita [114].

No le sirvió de nada ni al acusado ni a él. Sperber fue encarcelado al instante. La protección de un médico judicial consiguió que lo trasladaran al hospital de la cárcel, a lo que siguió poco después su puesta en libertad. Antes había logrado aún enviar un mensaje clandestino, cuyo texto circuló rápidamente entre sus conocidos: «Estoy en el hospital de la cárcel; Dollfuss, por el contrario, en el gobierno. Sería mejor al revés»…

Todo, en cambio, fue de mal en peor. Y en 1938 todo estaba tan mal que el doctor Hugo Sperber perdió la vida.

Todo (o casi todo) sobre Franz Molnár

Gran parte de este texto procede de una necrológica que pronuncié en 1952 en un acto organizado en Viena en memoria de Franz Molnár. Una versión ampliada se imprimió con el título de «Franz Molnár. Una vida en anécdotas». Pero lo que sigue la amplía con episodios inéditos hasta ahora.

Si no hubiera escrito nada más que *El hada (Die Fee)* o *El cisne (Der Schwann)* o *La pieza en palacio (Das Spiel im Schloß)*, los directores de teatro de todos los distritos lingüísticos habrían echado mano de él una y otra vez cuando su repertorio hubiera necesitado un éxito seguro (y garantizado contra críticas demoledoras). Si no hubiera escrito más que *Los chicos de la calle Paul (Die Jungen der Paulstraße)* seguiría siendo recordado como el creador de una de las historias más mágicas que hayan logrado capturar alguna vez la delicada y dolorosa penumbra que se tiende entre el mundo infantil y un alma adolescente. Si solo hubiera escrito la leyenda agridulce del inmortal Liliom, el alborotador del cielo, ocuparía un lugar destacado en el pequeño círculo de los grandes autores de tragicomedias. Franz Molnár, no obstante, nunca tenía suficiente: escribió *Liliom* y *Los chicos de la calle Paul* y *La pieza en palacio*. Y, si hubiera sorteado todo lo demás que había escrito en una tómbola de beneficencia para contemporáneos necesitados de talento y de éxito, una buena docena de ellos habría sido muy feliz toda su vida.

Sus éxitos alcanzaron dimensiones espectaculares. Hubo temporadas en las que las grandes ciudades teatrales de Europa representaban a un tiempo tres obras suyas, y en Nueva York una de sus piezas se representó a la vez en tres idiomas. Fue el único autor de habla no inglesa cuyas obras aparecieron en una edición

completa en inglés mientras aún vivía; el único no francés al que los franceses aceptaron como *boulevardier*; el único húngaro que no escribía sus piezas como los otros representantes de la escuela panmagiar, desde Fodor hasta Fekete y desde Lengyel hasta Lakatos, para que pudieran adaptarse a todas las lenguas, sino que él adaptaba el lenguaje del mundo a sus piezas. Era un experto nato. La forma en que se hacía con la trama (y cómo trataba la trama) era de una seguridad de sonámbulo, era la forma de un experto y un conocedor, era la forma de una mano maestra. Ya pusiera al descubierto con el frío bisturí del cirujano las malformaciones y los enredos más complejos de la vida humana (aunque penetraba justo lo suficiente bajo la superficie, de manera que la operación salía bien casi por los pelos), ya cubriera la realidad con capas y velos, construyera una pieza dentro de la pieza, se erigiera un reino intermedio mitad vigilia y mitad sueño… su mano no fallaba jamás. Y jamás podrá uno saber cuándo lo dirigía el cerebro y cuándo el corazón, cuándo era el cerebro el que se permitía la broma soberana de sacar por arte de magia algo más propio del corazón de la variedad de recursos que dominaba y cuándo el corazón, con una preocupación leve y decorosa por no parecer demasiado franco, dejaba que el cerebro le pusiera una flexible coraza de escamas de ironía y libertad. En cualquier caso, siempre se notaba el corazón. Está en las piezas *La zapatilla de cristal (Der gläserne Pantoffel)* y *El amor terrenal y celestial (Die himmlische und die irdische Liebe)*, está en la ingenua religiosidad de *El milagro de las montañas (Das Wunder in den Bergen)*, en las novelas *El húsar verde (Der grüne Husar)* y *El ángel músico (Der musizierende Engel)* y en los esbozos de leves pinceladas, por ejemplo, de *La flauta de Pan (Die Panflöte)* o *La corona de oro del repostero (Des Zuckerbäckers goldener Krone)*. Reluce y destella en los diálogos de *El cisne* y de *El diablo (Der Teufel)*, de *El oficial de guardia (Der Gardeoffizier)* y de *El cuento del lobo (Das Märchen vom Wolf)*, refulge en los momentos estelares más picarones de *Olimpia (Olympia)* y de *Dalila (Delilah)*, y forma alguna que otra agradable isla en medio del grotesco torbellino con que Molnár llenó el río de su prosa autobiográfica.

En esta prosa autobiográfica puede hallarse también buena parte

de la historia de la vida de aquel círculo cultural, antaño amarillo y negro, cuyo más exquisito bien para la exportación era Ferenc Molnár, con el sello inequívoco del centro de producción más austrohúngaro de todos: el café. «Donde yo me siento —debió decir el Rey Sol de Francia en alguna ocasión— está la cabecera de la mesa». Allí donde Molnár se sentaba estaba el café, también cuando no había este café en la realidad de Viena ni de Budapest, también donde no había habido jamás ese café: en Nueva York, el lugar de sus últimos años de vida y el lugar donde descansa. Había en él tanto café, tantas tardes de lectura, tantas noches de escritura y discusión, que por dentro estaba moreno del café, como un instructor de esquí lo está del sol. En él seguía vivo el virus del interés intelectual, que solo se cultivaba entre el humo y el vapor del moca. En él seguía surtiendo efecto la fiebre curativa provocada por el ardiente apósito de la discusión, sobre todo con ayuda de un tono ácido. Conocía la magia de la última mesa, cuando sobre todas las demás estaban ya las sillas cabeza abajo como arbustos sin hojas más allá del límite de la vegetación. Y su mesa fue también la última que, en los tiempos de la emigración, se miraba con la nostalgia de lo irrecuperable, y el café era reconocido como el lugar central de lo verdaderamente irrecuperable, como lugar platónico, como sitio de combate, como el escenario, en resumen, que en el penúltimo acto del drama centroeuropeo desempeñó prácticamente el mismo papel que el campo de batalla en Shakespeare. «Otra parte del café. Tumulto»: esto diría la acotación correspondiente si Molnár hubiera escrito la pieza.

Si Molnár no la escribió fue por culpa del último acto. El inesperado cambio, ese giro de la espiral de ocurrencias que distinguía la dramaturgia de Molnár de la de sus colegas, se hizo realidad en él mismo cuando tuvo que emigrar a Estados Unidos. Él, que, tanto en lo personal como en lo literario, se caracterizaba por la relajada urbanidad del cosmopolita; él, que por lo general mantenía en Europa cuatro residencias a un tiempo y del que nadie sabía con exactitud si en un momento dado podía encontrársele en Viena o en Budapest, en París o en Venecia, en Karlovy Vary o en la Riviera; él, a quien el exilio obligado de los últimos años sencillamente no podía agradarle porque no estaba acostumbrado a buscarse por sí mismo sus exilios…: él se había establecido en la

emigración, en ese desarraigo *kat exohín*[115]. Y no le iba. No le parecía justo y no cuadraba con él. Apenas salió de Nueva York, solo rara vez y a disgusto se alejaba del perímetro de la manzana en que vivía. Allí, entre la Quinta y la Sexta Avenidas, con Central Park a un lado y la calle 57 al otro, se encontraba el pequeño restaurante italiano en el que almorzaba y la pequeña tienda de *delicatessen* judía en la que cenaba: allí podía encontrársele y allí recibía a todo el mundo, bien en ambos locales, bien durante su paseo, que por mucho tiempo le llevó incluso hasta el lado sur de la calle 57. Porque en el lado norte justo entonces habían derribado una casa y a través del agujero que se había abierto entre los rascacielos entraba por las tardes, entre las dos y las tres, un poco de sol en la acera de enfrente, aproximadamente del largo de la tienda de pianos de Sohmer. Y ese trecho soleado, que él denominaba la «Riviera de Sohmer», Molnár lo recorría de arriba abajo con gran placer, veinte pasos de ida y veinte pasos de vuelta. Pero esa era su excursión más atrevida.

Y eso, bien mirado, constituye ya una excelente anécdota de Molnár.

Con estas anécdotas, que ni siquiera están recogidas en gran número, se dan unas circunstancias curiosas. La mayoría de las anécdotas de Shaw proceden de Tristan Bernard. La mayoría de las anécdotas de Bernard proceden de Sacha Guitry. Y, en realidad, la mayoría de las anécdotas de Shaw, Bernard o Guitry[116] no proceden de ninguno de los tres, sino que se las adjudicaron bromistas de poca monta. Por el contrario, la mayoría de las anécdotas de Molnár proceden realmente de Molnár. Una vez que tuvo que comparecer como testigo en una vista matutina y sus amigos, con infinitos esfuerzos, lograron sacar a rastras a la calle a primera hora de la mañana a aquella ave nocturna, que dormía de día, empezó a señalar a la multitud de gente que pasaba a toda prisa y a preguntar perplejo: «¿Tantos testigos?». Cuando Sári Fedák, su exmujer, muy enfadada con él, debutó en Estados Unidos como Sári Fedák-Molnár, envió notas a la prensa en las que confirmaba que la actriz Sári Fedák-Molnár, que en aquel momento estaba actuando en Nueva York, no era su madre. De vuelta de un viaje a Budapest, que hizo tras una larga ausencia, dio con la fórmula que ilustraba a la perfección la situación económica del

país: «En todo Budapest quedan aún 2000 pengos[117] y cada noche se los gasta una persona distinta». Y, como en Viena y Budapest había creado escuela en dos generaciones de dramaturgos y folletinistas, de críticos y de cabaretistas, antes de (con o sin diploma) hacer su propio camino y su carrera en Berlín, en París y en Londres, en Broadway y en Hollywood, las anécdotas apócrifas de Molnár seguían llevando aún la impronta de su originalidad y de su carácter. No habrían surgido sin él, sin la sublime agudeza de sus observaciones, sin la hábil estrategia con la que concebía a individuos y situaciones, sin la mirada de rayos x que proyectaba en sus debilidades y sus dudas.

La exactitud de sus definiciones, la seguridad con que daba en el blanco desde una posición insospechada, rayaba en lo inquietante. De un periodista que manejaba los hechos de una forma especialmente viciosa y arbitraria, dijo: «Un individuo dudoso. Miente tanto que ni siquiera lo contrario es verdad». Un día, en Nueva York, hablando de un colega que había vuelto a Europa, que parecía haber abandonado en la emigración su esnobismo y su arrogancia llevando una vida más modesta, y al que algunos querían perdonar, porque había mejorado, Molnár les contradijo: «No ha mejorado, solo se ha callado». Y a otro, que no se expresaba más que en «forma menor», un género que él, por cierto, dominaba con gran maestría, en folletines y aforismos y en incisivas glosas, y que, a pesar de los enérgicos consejos de Molnár no se avenía a probar su talento en empresas de mayor envergadura, Molnár le dijo en una ocasión al final de uno de estos debates: «Bueno, entonces eres campeón del mundo en un metro liso».

Nadie fue capaz de imitarlo. En estas frases dichas con tanta intensidad como nulo esfuerzo estaba todo lo que lo situaba por delante de los demás. La anécdota era la forma básica de sus manifestaciones literarias y vitales. No el dicho intencionadamente «gracioso», sino la condensación precisa de lo esencial en un espacio mínimo. Para el teatro hacía justo lo contrario y ampliaba tanto esa condensación que por la noche volvía a llenarse (en todas sus comedias, con el éxito mundial *La pieza en palacio* como caso modélico, subyacía una anécdota que se podía relatar). En vida se conformaba con la versión concentrada.

Sin embargo, la realidad no era simplemente que Molnár

acuñara anécdotas o pusiera historias en circulación. Le encantaba, y con la edad la afición se intensificó, servirse de la anécdota como medio para un fin, ya contara una historia real o ficticia: le servía para aclarar su postura o expresar su juicio sobre un individuo, una situación o un acontecimiento. Algo había aquí de casuística talmúdica, de costumbre ancestral, de una tradición que prefería la comparación a la comunicación directa. En sus últimos años, Molnár se parecía cada vez más a un anciano sabio judío, al que ya no hay nada que contarle y que por eso prefiere contar. No un patriarca bondadoso, de ninguna manera, pero sí uno sonriente, de la mayor indulgencia. Molnár no era intransigente. Solo lo eran sus máximas. Cuando decía algo, era toda una declaración. Y las historias que contaba tenían historia.

Hablaba ese alemán escogido, un poco pasado de moda, propio de la burguesía húngara de la antigua monarquía, y lo hablaba con la suave cantinela de la tonalidad de su lengua materna. No daba importancia al dominio de lenguas extranjeras, o al menos lo aparentaba: «No ambiciono competir con camareros o estafadores». En realidad su francés era casi perfecto, su italiano perfectamente pasable, y nunca he conseguido librarme de la sospecha de que su inglés también era mucho mejor de lo que dejaba ver. Evidentemente, con semejante obstinación, quería defenderse de la situación forzosa de su exilio norteamericano. Porque no se encontraba bien en Estados Unidos, aunque allí era también un hombre muy famoso y de gran éxito. En su círculo de amigos no había ni un solo norteamericano. ¿Tendría eso que ver de verdad con las dificultades lingüísticas que siempre alegaba? En cualquier caso, esta barrera, que fue una de las experiencias más dolorosas de nuestra emigración, la redujo también a las fórmulas más tajantes que se puedan imaginar. En una ocasión hablábamos de que uno no puede expresarse libremente en una lengua extranjera y de que, en caso de duda, prefiere decir lo que espera decir bien y sin errores antes que lo que en realidad quiere decir. Molnár asintió con la cabeza:

—Es muy triste —dijo resumiendo—. A menudo, en medio de una frase, he tenido que cambiar mi forma de ver el mundo…

De vez en cuando se esforzaba por sacar lo bueno del estilo de vida norteamericano. También esto lo hacía en un modo

grotescamente exagerado y precisamente por ello convincente.

—Mire, amigo mío —decía, en un tono moderadamente melódico—, en realidad aquí todo es muy bonito. A las ocho y media me levanto, voy al lavabo, me ducho o tomo un baño, caliente, templado o tibio, todo funciona con electricidad, mucho mejor y más cómodo que en Europa. Luego viene el desayuno: zumo de tomate, zumo de naranja o cualquier otra cosa que no teníamos en Europa… café excepcional… huevos frescos directamente de la granja… Todo sabe estupendamente… Mientras lo tomo leo *The New York Times*, el mejor periódico del mundo… Así van llegando las once poco a poco… Bueno, y lo que pasa después ya da completamente igual.

En los cinco años, de 1945 a 1950, en los que compartí con él exilio en Nueva York, vivíamos solo a unos minutos de distancia, y era casi algo natural que nos encontrásemos regularmente, que yo lo acompañara en sus paseos o comiera con él. Se había creado sus propias normas de tráfico, que observaba con cuidado. La calle la cruzaba por norma solo cuando estaba en rojo, porque entonces, como había averiguado, «no había que mirar más que a derecha y a izquierda, porque, si se cruza en verde, te atropellan en la curva por detrás». No le inquietaba constituir, con su tranquilo ritmo de paseo, un objeto extraño que invitaba precisamente a chocarse con él en el bullicio y las prisas. Sin embargo, lo que sí le indignaba sobremanera era que la gente que se chocaba con él luego ni siquiera se disculpara. Con el tiempo desarrolló un sexto sentido para los que se acercaban a atropellarle… y una estrategia particular para hacerles frente:

—Tenga cuidado, amigo. La gente no tiene modales. Si le pisan a uno el pie, siguen corriendo como si no hubiera sucedido nada. Primero hay que darles un codazo en el estómago. Entonces se asustan y se disculpan.

(Entonces aún no sabía que, de esta forma, estaba reduciendo a una fórmula la conducta en política exterior de Estados Unidos).

Al principio no quería oír nada de las facilidades en los viajes a Europa que empezaron a funcionar después de la guerra, y los primeros saludos postales que sus valientes colegas le enviaban de sus viajes a la vieja patria, los apartaba con asco:

—¿Qué le parece? ¡La escoria escribe postales!

Pero poco a poco empezó a picarle el gusanillo. Empezó a pensar en un viaje a París, «la única ciudad en la que uno puede pedir papel y pluma en un café y al punto le tildan de maestro». Luego descartó París a favor de Italia, y en concreto una ciudad portuaria de ese país. También esto se le pasó pronto. La situación en Europa le parecía demasiado insegura.

—Pero no tan insegura como para tener miedo, señor Molnár.

—No me entiende usted, amigo mío. Soy un hombre anciano y un poco nervioso. Me gustaría estar completamente seguro de que en caso de emergencia puedo largarme de inmediato. Eso significa que tengo que residir en una ciudad portuaria. Y, para tranquilizar mis nervios, naturalmente en un hotel con vistas al puerto en el que se encuentre el barco de guerra norteamericano. Incluso por la noche, cuando ya me he ido a la cama y he apagado la luz, tengo que cerciorarme de nuevo de que todo esté en orden. Y ¿qué hago? Me levanto y voy a la ventana a mirar. Descalzo. En pijama. Después de haberlo hecho un par de veces, tengo una linda pulmonía. ¿Debo acaso ir a Europa para estirar la pata en algún sucio hotel de puerto? Ni se me ocurre.

Tampoco se le ocurrió nunca ir a Hollywood. Fue el único en resistirse incluso a las propuestas más atractivas. Había calculado que a la larga los alicientes económicos conduciríran a un negocio ruinoso, y lo fundamentaba con una parábola que venía de aquellos tiempos en los que todos los años pasaba unas semanas de verano en Karlovy Vary:

—Pero allí hay muchas tiendas buenas, ya sabe usted. Y yo estoy mirando el escaparate de una de esas buenas tiendas, y a mi lado tengo a una madre húngara y su hija. Una hija muy gorda. Y me percato de que la madre le susurra algo al oído a la hija muy gorda y al hacerlo me señala con disimulo. Y, de repente, la hija gorda se vuelve hacia mí y me dice en voz alta y decepcionada: «¡¿Este?! ¡A este lo veo a diario!». Y por eso, amigo mío, no voy a Hollywood…

Naturalmente hizo bien en no ir. Por los derechos de sus comedias de mayor éxito le pagaron sumas fantásticas, que no le habrían pagado jamás si lo hubieran visto a diario por allí; y cuando Rodgers & Hammerstein hicieron una versión musical de *Liliom*, que estuvo en cartel en Broadway muchos años con el título de *Carrusel*, no tuvo que mover un solo dedo para que le pagaran unos

buenos royalties.

En esos años solo escribió una única obra, la comedia *Panóptico (Panoptykum)*, cuya versión para la escena alemana me encargó a mí. Tuve que hacerla basándome en una traducción inglesa, poco elaborada, por mi falta de conocimientos del húngaro. Pronto me llamó la atención que, en el diálogo, a los momentos de mayor efecto les seguía a menudo una frase trivial, que me parecía totalmente superficial. Al principio lo tomé por una deficiencia de la traducción inglesa, pero quise ir sobre seguro y le pregunté a Molnár qué significaban esos ridículos vacíos y por qué un actor, después de una carcajada garantizada, tenía que añadir que ya era demasiado tarde o que probablemente llovería al día siguiente. Molnár me miró casi con pena:

—Porque no conoce usted a los actores, amigo mío. ¿Sabe usted lo envidiosos que son esos tipejos? Si uno tiene una frase buena, el otro no le permite que disfrute del efecto y empieza a hablar mientras el público aún quiere reír. Así que el que tiene la frase principal tiene que decir otra frase más. Así puede esperar hasta que el público ha reído lo suficiente… y le da entonces al compañero la palabra clave para seguir hablando. ¿Lo entiende usted ahora?

Lo entendí. Y, una vez terminada la adaptación, entendí algunas cosas más.

En cualquier caso, Molnár tenía (y ponía en práctica) esa misma visión crítica de sus propias debilidades. Ante sí mismo se frenaba tan poco como ante los demás… como si quisiera mostrarles cómo debían hacer las cosas e indicarles a un tiempo dónde estaban sus límites: si alguien tenía que hacerse el gracioso a costa de Molnár, entonces mejor que fuera el propio Molnár. Cuando, tras una larga ausencia de Budapest, le contaron que la novia que había dejado allí le había engañado con fulanito y menganito, replicó victorioso:

—¡Sí, pero gratis! Por dinero… ¡solo conmigo!

Esta forma de reírse de sí mismo le venía muy bien en todas sus relaciones amorosas, sobre todo para camuflar sus celos, que no habría reconocido por nada del mundo ni a sí mismo ni a su entorno (aunque la confesión de vanidad que delataban esos celos no dejaba de formar parte de las exageraciones que practicaba). Tenía, así al menos se llamaba en su época, en la que se usaban también expresiones del tipo «conquistador» y «donjuán», tenía

«suerte con las mujeres», sin sobrevalorar nunca su suerte ni considerarla constante. Como él de hecho era cualquier cosa menos constante, automáticamente (y la mayoría de las veces con razón) presuponía lo mismo en las mujeres con las que tenía relación: también en sus esposas, de las que llegó a tener tres.

Es indiferente de cuál de las tres se trata en la siguiente anécdota: en cualquier caso él sospechaba que ella tenía una relación, en teoría no permitida, con un periodista de Budapest, al que llamaremos Pataky, y en ocasiones la sometía a pruebas como esta, en forma de una inesperada llamada telefónica:

—Pataky está contigo —susurró con suave determinación en el auricular.

—¿Cómo se te ocurre? ¡No seas ingenuo! —fue la despechada respuesta.

—¿Pataky no está contigo?

—No.

—¿De verdad que no?

—Claro que no.

—Entonces, por favor, di alto y claro: «A Pataky le huelen los pies y le apesta el aliento».

—No voy a decir esa tontería.

—Hazme el favor y dilo.

—Ni hablar.

—Pataky está contigo —concluyó Molnár en el mismo tono suave y colgó el auricular.

Por cierto, Pataky era amigo desde la infancia tanto de Molnár como de su mujer de entonces y por eso disfrutaba de ciertos privilegios: podía entrar y salir de su casa cuando quisiera, de vez en cuando le servían un aperitivo y frecuentaba la magnífica biblioteca. Un día se había quedado dormido leyendo un libro cuando Molnár llegó a casa y entró en la biblioteca.

Pataky se levantó asustado y le miró boquiabierto.

—¿Por qué te descompones tú solo? —preguntó Molnár.

Desde ese día, como muy tarde, Pataky supo que Molnár lo sabía.

Madame se dio cuenta una noche en que Molnár iba a ir al teatro y a continuación al Club de Escritores: dijo que regresaría tarde a casa, y hacía ya tiempo que había concebido el plan de

asegurarse una prueba firme en el caso Pataky regresando pronto a casa. Cuando llegó el momento, le abandonó el valor para el efecto sorpresa; la maniobra planeada le parecía, en sus propias palabras, indigna de un hombre de su estatus, y para evitar una posible escena llamó a casa desde la calle para decir que llegaría antes.

Encontró a su mujer leyendo en el salón, cuya limpieza y orden meticulosos le llamaron enseguida la atención. Incluso el aire desacostumbradamente limpio, a esas horas, le sorprendió. O sea, que habían ventilado hacía poco. ¿Por qué? Porque allí se había fumado mucho, más de lo que una mujer casada puede fumar leyendo, y probablemente puros, pero los ceniceros inmaculados no mostraban indicios de ello.

Molnár fue al baño. Cuando volvió, se sentó frente a su mujer:

—Nena —dijo—, voy a darte un consejo para el resto de tu vida. Si quieres hacer desaparecer los corchos del champán, no los tires nunca a la taza del váter. Jamás se hunden.

Y de esa forma de manifestar sus sospechas sí era digno un hombre de su estatus.

A su tercera esposa, la maravillosa actriz Lilli Darvas, fallecida en Nueva York en 1974, le agradezco una historieta en la que no aparece Molnár, pero que debe ser conservada por su valor expresivo. Ocurrió en la vivienda del matrimonio en Budapest, y su protagonista es una criada recién contratada, a la que la señora de la casa dio instrucciones inmediatamente de ser muy silenciosa en una parte concreta de la vivienda y muy en especial en las proximidades de determinada habitación: en esa habitación trabajaba el señor Molnár, y el señor Molnár no soportaba el ruido.

—Señora —dijo la criada al día siguiente, bajando la vista, consciente de su culpa—, por favor, discúlpeme, he abierto sin querer la puerta de la habitación del señor Molnár. El señor Molnár no trabaja. El señor Molnár está sentado en su escritorio.

No solo de las mujeres, también de editores y directores teatrales desconfiaba impenitentemente, sobre todo cuando se trataba de finanzas. Entre las muchas muestras de tal desconfianza la siguiente anécdota es muy ilustrativa en ambos sentidos.

Georg Marton, propietario de la editorial de teatro del mismo nombre, de prestigio internacional, no solo un hábil hombre de negocios, sino mucho más ingenioso que la mayoría de sus autores,

había comprado para Hollywood los derechos cinematográficos de la comedia *El cisne* y fue a ver a Molnár para enseñarle el contrato firmado, uno de esos contratos terriblemente extensos, como solo los hay en Estados Unidos, que consideran toda eventualidad hasta el mínimo detalle imaginable, y que nunca nadie, a excepción de los abogados, ha leído jamás. («No firme jamás un contrato en Estados Unidos —rezaba una advertencia que Molnár, por desgracia sin insistir lo suficiente, me hizo tiempo después—. En algún lugar del texto, nadie sabe dónde, hay un párrafo en letra pequeña: "Este contrato no tiene validez". Y frente a eso está usted indefenso»). En el momento de la venta de *El cisne*, a finales de la década de 1920, Molnár no dominaba en modo alguno la lengua inglesa, pero sí las prácticas al uso de los editores de teatro. Cogió la última página del contrato, echó un vistazo a la suma que figuraba al final y le pasó los papeles a Marton:

—Gyuri —dijo—, a ti te gusta el dinero tanto como a mí. Ahora hay dos posibilidades. O yo me inscribo en la academia Berlitz y empiezo a aprender inglés hasta que entienda este contrato, en lo que puedo tardar unos dos años, o, Gyuri, me pagas el doble de lo que pone aquí abajo y firmo de inmediato.

Gyuri pagó.

Quien se hubiera ganado la desconfianza de Molnár, ya fuera por un motivo insignificante, o sin intención alguna, tenía que estar preparado para lo peor. La insignificancia y la falta de intención no protegieron a su gran amigo Max Reinhardt, por el que sentía un gran afecto y al que no solo apreciaba como un maestro en el arte de la escena. Pero el gulash que sirvieron aquella noche en el castillo de Leopoldskron [118] estaba duro, o tal vez Molnár fue el único al que le había tocado un trozo duro, además no se preocuparon de él tanto como era de rigor… en resumen: se fue antes de tiempo y enfadado. Se trataba en cualquier caso de una recepción de gala muy especial, organizada en honor de Jack Warner, el director de la productora de Hollywood, con la que Reinhardt estaba entonces en tratos para el rodaje de *El sueño de una noche de verano*, y naturalmente quería impresionarle con el mayor número posible de celebridades europeas. Todo eso lo sabía también Molnár, y fue por eso por lo que aguardó en el vestíbulo del hotel de Salzburgo en el que se alojaban tanto él como Jack

Warner, a que regresara el invitado de honor.

—¡Oh, Mr. Molnár! —Jack Warner se dirigió a él de visible buen humor—. ¿No lo he visto a usted en la fiesta de Leopoldskron?

—Por supuesto. Pero me he marchado pronto.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¡Ha sido una noche maravillosa! ¡Y qué personalidades más interesantes las que ha invitado el profesor Reinhardt!

—Exactamente. Eso es.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—No necesita hacer esas cosas.

La picardía dramatúrgica de Molnár aumentaba la curiosidad de su interlocutor cada vez más.

—No le entiendo —insistió Jack Warner—. ¿Qué es lo que no necesita hacer?

—Disfrazar de archiduques y obispos para una fiesta a un par de figurantes del teatro local, para hacer creer a los invitados que de verdad vienen un montón de personalidades…

Las negociaciones del rodaje de *El sueño de una noche de verano* estuvieron entonces a punto de fracasar.

En efecto: Molnár tenía ocurrencias destructivas cuando se trataba de desbaratar los planes que de algún modo especulaban con su persona y su fama. Hubo de padecer también estos extremos el actor Ernst Verebes[119], que en Budapest había contribuido a algún éxito de Franz Molnár y que después, con igual éxito, interpretaría a vividores en algunas operetas de Viena, donde, no con tanto éxito, pretendía a la hija de un gran industrial. Un día se había citado con ella para tomar el té en el vestíbulo de su hotel, en el que también se alojaba Molnár. La joven apareció, se sentó, miró entre sus largas pestañas hermética e indiferente a su alrededor y, de repente, se estremeció:

—¿No está allí el señor Molnár? —susurró con voz sofocada de pura veneración.

—Sí —asintió Verebes con desidia—. Molnár. ¿Y qué?

—¿Puedo… podría… si no le importa…?

—¿Quiere usted conocer a mi amigo Feri? —con renovado ardor Verebes reparó en la inesperada oportunidad de favorecer su causa —. Nada más fácil.

Y acompañó a la joven visiblemente impresionada hasta el sillón

en el que Molnár se dedicaba a leer el periódico:

—Querido Feri, permíteme que te presente a la señorita X, que quiere conocerte. Y este es Ferenc Molnár.

Molnár se sujetó el monóculo y se levantó:

—Encantado —dijo con una sonrisa cautivadora. Luego, con la frente ligeramente arrugada, se volvió hacia Verebes—: Y ¿quién es usted, si me permite la pregunta?

—Está bien, Feri, está bien —dijo Verebes, que, evidentemente, estaba siempre preparado para esas cosas—. Solo quería hacerle un pequeño favor a esta joven.

—¿Qué significa eso de «está bien»? ¿Qué desfachatez es esta? ¡Director! ¡Jefe de recepción! ¡Personal! ¿Es que hay que permitir que a uno le molesten aquí unos desconocidos?

—Pero Feri…

—¡No voy a tolerar esto, maleducado! Haga el favor de desaparecer o la cosa se pondrá muy fea…

Verebes desapareció. La encantadora joven se quedó.

Para que Molnár no aparezca aquí como la personificación del triunfo del mal, hay que referir un caso en el que tuvo que darse por satisfecho con una retirada (aunque elegante). Aquí era él quien se esforzaba por conseguir los favores de una actriz berlinesa muy solicitada. Ella le daba largas, lo evitaba, también se las arregló para que, en una importante velada, tratara en vano de tener con ella una conversación privada. Al final parecía que iba a salirle bien: la pilló en la biblioteca, donde parecía estar sumida, muy diligente, en la lectura de un libro. El libro era un diccionario manual del drama moderno y, además, lo tenía abierto (Molnár se fijó en ello lleno de esperanzas) por la letra M.

—¿Quería usted saber algo de mí? —preguntó.

—Ya lo he hecho —respondió la diva—. No lo sabía. Y ahora me cae usted muy simpático.

—¿Por qué?

—Porque es usted judío.

Molnár se inclinó un poco y bajó la voz hasta un tono de confianza discreta:

—Ya sabía yo que lo averiguaría algún día. Pero me imaginaba la ocasión de otra manera.

Le gustaba la vida, la buena vida: como ni quería ni estaba en

situación de ocultarlo, prefería que se le notase, se hacía pasar por más egoísta y avaro de lo que era en realidad, y, para compensar el exceso, volvía después al refugio de la burla de sí mismo. Ante una travesía a Estados Unidos para la que se pronosticaban muchas tormentas, supo tranquilizar perfectamente a los periodistas que, muy interesados, le preguntaron si no temía por su vida y qué era lo que pensaba hacer en el caso, siempre posible, de una catástrofe:

—No se preocupen por mí. Cuando lean en los informes de los testigos algo sobre un elegante caballero canoso que, sin consideración alguna con mujeres y niños, fue atropellando a todos para llegar hasta el bote salvavidas… ese era yo.

Al amigo que lo vio triste, sentado en el vestíbulo de su hotel de Nueva York (fue unos dos años después del fin de la guerra y la situación empezaba a normalizarse poco a poco), le dijo, entre suspiros, sobre la causa de su mal humor:

—¿Es que no sabe usted lo que ha pasado? Otra vez se puede volver a enviar dinero a Budapest —y añadió tras una melancólica pausa—: Y ahora viene la palabras más terrible que pueda existir: ¡mensualmente!

Cuando se despidió de mí antes de que yo regresara a Europa, me preparé para una de sus pullas. Pero la burla fue por un motivo completamente inesperado: su aversión a volar.

—Volar —había dicho en una ocasión—, eso lo haré cuando al piloto se le dé una propina al bajar. Mientras el piloto sea el héroe, no voy a volar.

Y, cuando confesé que iba a hacer el viaje en avión, concluyó con un gesto de censura:

—Esos aviones… le roban a uno lo mejor. En una catástrofe ferroviaria o en una catástrofe naval siempre aparece luego en el periódico: «Informe de un testigo». Jamás he leído algo así después de una catástrofe aérea…

Con estas palabras en el oído dejé a Franz Molnár y dejé su hotel, el famoso Plaza, donde tenía un apartamento no precisamente destacado en el octavo piso («Tome nota: ¡siempre la habitación más barata en el hotel más caro!») y donde poco antes había ocurrido un episodio muy típico de él: en los últimos años, Molnár había recibido todos los jueves a los pocos amigos que aún toleraba, en un número estrictamente limitado e invariable, y todos

eran muy conscientes de las obligaciones que su particular estatus conllevaba. No obstante, una noche uno de ellos, uno de los más íntimos, sacó fuerzas de flaqueza, cogió carrerilla y dijo:

—¡Feri! Por favor, escúchame bien y sé razonable. En Nueva York vive un hombre de Budapest que se llama Samuel Kornstreicher. Es de tu edad y ha seguido tu carrera desde el principio con el mayor respeto y la mayor veneración. Se sabe de memoria todo lo que has escrito, hasta tus reportajes de la Primera Guerra Mundial. Y desde siempre ha querido conocerte personalmente. En Budapest, naturalmente, no se atrevió a acercarse a ti. Pero ahora, en la emigración, que es nuestro destino común, espera que por fin se cumpla su deseo. ¡Feri! Está abajo, en el vestíbulo. ¿Puedo decirle que suba unos minutos?

Se hizo un silencio temible, tenso. Molnár pasó la vista despacio por todo el grupo, de uno a otro. Luego movió la cabeza.

—No —dijo decidido, firme y compasivo a un tiempo—. Sabes que no soporto a nadie más. Pero al miraros… uno tose, otro no puede comer bien, el tercero se ha puesto pálido… ¿sabes qué? Baja y dile al señor Kornstreicher que, en cuanto que uno de estos se muera, puede subir…

El deseo del señor Kornstreicher no se cumplió. Poco después fue el propio Molnár quien murió, el último gran *boulevardier*, el último que salió del café al mundo, con un cosmopolitismo que no era un provincianismo superado con mucho esfuerzo, sino una parte orgánica de su obra y de su ser, el último hombre cuyos latidos íntimos se alimentaban aún del ritmo de una elegancia europea venida a menos, el último de una época que aún se podía permitir producir tipos originales, y en la que los tipos originales podían permitirse seguir siéndolo.

El círculo se cierra

Poco a poco el círculo va volviendo al principio, allí donde, en el excurso sobre la palabrita «que», justo después de la tía Jolesch, se hablaba de Kisch y Kuh, un excurso demasiado breve por mi culpa… y quisiera ahora hacerles justicia en lo que pueda. Y no solo a Kisch y Kuh. También otros han tenido que sufrir mi incapacidad de oponer una defensa organizada a mis recuerdos. Solo en el caso de Franz Molnár lo he conseguido: en parte porque ya había hecho cierto trabajo previo, en parte porque Molnár se adecuaba a una presentación compacta ya que, por decirlo de alguna forma, me lo había encontrado sobre una base en cierto modo compacta, esto es, única y exclusivamente en un contexto propio y singular. Todos los demás se amontonaban en mis recuerdos en tantos contextos, en tantas ocasiones, que su recuerdo solo podía dominarse de un modo volátil. Recojo ahora las astillas que quedan.

Kisch y Kuh: jamás me ha quedado claro por qué casi siempre me vienen juntos a la cabeza. No puede ser simplemente por la fonética. Tal vez sea porque eran la personificación de la enemistad clásica en la idea del café literario y tanto entre uno y otro como de uno y otro únicamente se decían cosas malas. Kuh lo hacía casi como por costumbre, Kisch necesitaba algo más de tiempo, pero, cuando cobraba valor, el resultado era un contraataque masivo. Así, a una de las encuestas de moda entonces en los periódicos sobre un tema de mal gusto, «¿De qué le gustaría a usted morir?», respondió: «De un infarto de alegría por la muerte de Anton Kuh». Sin embargo, no podía hablarse de envidia por competencia entre ambos. Y mucho era lo que tenían en común, porque se habían establecido en regiones marginales de la literatura (muy distantes entre sí): Egon Erwin Kisch sigue representando hoy el estilo sublime del reportaje periodístico de crítica de actualidad, en el que

brilla casi en solitario, y Anton Kuh, cuya obra impresa resulta en cierto modo escasa al lado de los numerosos libros de Kisch, se cuenta… bueno, ¿entre quiénes se cuenta en realidad?

Si no me equivoco fue Egon Friedell el que denominó *hablator* a Anton Kuh. Esta denominación abarca todas las desgracias de este individuo iluso y exaltado, lleno de talento, brillante y mucho más que simplemente divertido, dado que era ingenioso en grado sumo. Quizá fuera por falta de disciplina o, como creían saber los que le conocían más, por su falta de carácter, o quizá, ya que sin duda merecía el título honorífico de bohemio, se veía impedido por la subsiguiente vaguería de hacer buen uso de su talento o de su cuestionable (dicho con precaución) relación con el dinero, que prefería conseguir con un artístico sablazo antes que con un artístico escrito…: de un modo u otro, y con contadas excepciones, no se sentía capaz de plasmar el humor y el ingenio que en el café derrochaba con una grandeza nada forzada en un cauce adecuado para la prensa y, mucho menos, para un libro. Si, de todas formas, lo intentaba, la versión impresa de las pequeñas glosas y los folletines que estaba dispuesto a escribir por unos honorarios muy altos no coincidía con la versión oral o recuperaba su calidad solo en el escenario (un ejemplo son los apuntes reunidos en *El austríaco inmortal [Der unsterbliche Österreicher]*). Kuh era capaz de improvisar estupendamente: sus discursos improvisados, que siempre encontraban una gran audiencia, no tenían parangón, e incluso sus dichos, acuñados *ad hoc*, dependían tanto de su aura personal, de su temperamento y de su estilo conciso que, en muchas ocasiones, se resistían incluso a la transmisión oral, por no hablar ya de la impresa.

Cómo podría alguien reproducir la tremenda seriedad con que, transformándose en un locutor de radio alemán, informó de los «resultados provisionales de las elecciones sexuales celebradas ese mismo día», con tal sequedad y objetividad que por unos segundos todo el mundo casi se creyó que realmente existían partidos como la Alianza de Campesinos Homosexuales e Izquierda Lesbiana y que el Partido Alemán para la Procreación había crecido frente a la Lista Unitaria de Necrófilos y Coprófagos. No menos convincente, pues su increíble talento imitador abarcaba en igual medida tipologías e individuos, fue la letanía deprimente y mortalmente aburrida de un

locutor austríaco que informaba en directo de un desfile de trajes típicos ante el Ayuntamiento de Viena, y a cuyo vocabulario, limitado y analfabeto, supo dar un tono de alemán estándar, pero ninguna vida:

—Ahora llegan los valientes representantes de la región del Inn… precedidos por su banda de música… con sus coquetos trajes rojos y blancos… Siguen los apuestos representantes de la región de Mühl… vestidos de un alegre amarillo y azul… a la cabeza su banda de música… Luego vienen… —y así continuaba la letanía, con inexorable método, monótona, adormecedora—: Y ahora, precedidos por su banda de música… con su bonito traje de rayas verdes… los honrados representantes de la región de Traun —pero entonces, de repente, su voz de ultratumba cobró vida, una vida horrible, chillona—: ¡No! ¡¡Esos son los de la región de Walden!!

Y uno creía estar viendo de verdad a aquel rancio troglodita respirando aliviado porque había conseguido corregir por los pelos el catastrófico error.

En aquellos años en que la radio empezaba a hacerse popular, Kuh fue el primero en descubrir las posibilidades involuntariamente cómicas de este medio de comunicación de masas, aún muy nuevo, y las aprovechaba. Le habían calado muy hondo las obras de teatro radiofónico, entonces muy en boga, de marcado carácter alpino. Ya el anuncio del reparto le exasperaba porque no permitía al oyente distinguir entre los papeles y los actores:

—Atención. Aquí Radio Viena. Emitimos ahora *El don nadie*, una obra popular en tres actos con intermedios musicales. Personajes: Alois Schwendner… Anton Gechweidl. Amalia Hermetschlechner… Eusebia Habetswallner. Karl Novak… Franz Holetschek. Bimpfl… Dampfl…

Kuh afirmaba haber llamado en una ocasión a la radio durante el anuncio y haber gritado desesperadamente «¡¿Quién hace de quién?!», aunque no se lo dijeron.

Por desgracia hay que renunciar a otros ejemplos de este cabaret radiofónico que representaba con infatigable imaginación en la mesa del café. El efecto que se perdería al imprimirlos sería demasiado grande.

Me temo que este peligro planea también sobre muchas otras de sus ideas geniales, que debían su efecto a un momento favorable, a una

situación inmediatamente reconocible. Por ejemplo, la exclamación con la que se decidió a emigrar a los Estados Unidos («¡Gorrones se necesitan en todas partes!») solo se puede apreciar en todo su valor si se conoce tanto a Anton Kuh como las circunstancias que la acompañaron.

Con el balance cargado de irónica autocompasión que hacía de su escala en París, «Antes era el Kuh de Viena, ahora soy el Kuh de París», ocurre lo mismo e incluso algo peor, porque impreso se pierde el juego de palabras fonético: en la pronunciación francesa de *Kuh* hay cierta homofonía con *cul*. Además, muchos lectores ya no sabrán que el *cul de Paris* fue una creación de la moda de finales de siglo, pensada para elevar graciosamente el trasero de las damas, por el que Anton Kuh sentía una gran simpatía.

De su gran agudeza visual daban buena muestra sus observaciones fisonómicas. Del rostro de barba afilada, particularmente alargado, de Heinrich Mann decía que causaba el mismo efecto que cuando alguien se sentaba en la primera fila del cine. Y un retrato de perfil artísticamente idealizado de Stefan George le llevó a decir lo siguiente: «Parece una anciana que parece un anciano».

De vez en cuando su chispa hallaba incluso plena expresión en forma impresa. Recuerdo con envidia y placer su reseña de un libro de Albert Ehrenstein recién publicado. A Ehrenstein Kuh lo había criticado como poeta en repetidas ocasiones (por ejemplo con esta rima: «A Albert Ehrenstein mucho se le halaga / solo que sus versos a uno le cansan») y ahora se sentía provocado también por la prosa, sobre todo por el pretencioso título de su nueva publicación *Cartas a Dios (Briefe an Gott)*. Kuh adoptó en su crítica la forma de una carta escrita por Dios a Albert Ehrenstein donde le decía que declinaba aceptar las cartas que le dirigía, porque no deseaba tenerlo como corresponsal. Por si no fuera lo suficientemente divertido, Dios añadía en una posdata: «Si ve a Werfel, dígale que deje en paz a mi hijo» [120] .

Entre los escritores que Anton Kuh infravaloraba (y a los que dejaba que lo notaran) no solo se encontraban Franz Werfel y Albert Ehrenstein, sino casi todos sus contemporáneos, incluyendo, como ya se ha dicho, a Egon Erwin Kisch. Con el olfato que hizo de él un gran reportero, Kisch había visto venir los «dorados años veinte», se

había instalado en Berlín mucho antes que la mayoría de sus colegas del gremio de escritores austríacos y, cuando estos llegaron, él ya estaba completamente aclimatado. Solo utilizaba expresiones típicas del norte de Alemania (su pronunciación judeopraguense, imposible de eliminar, le impedía reproducir también el acento), decía «cojín» en lugar de (como antes en su tierra) «almohadón», decía «armario» en lugar de «vestidor», y un día, cómodamente reclinado en su silla (que no sillón) del café Románico, dejó caer que el sábado siguiente iba a dar una conferencia.

Entonces Anton Kuh se volvió hacia él con el índice levantado de forma admonitoria:

—Kisch… recuerdo un tiempo en el que usted ni siquiera decía «sábado»…

(Se refería, sabiéndolo o no, a aquellos tiempos en que lo veía frecuentar el café del Schabbesgoj… con qué triste resultado lo recordamos aún del «Excurso» incluido en este libro).

Mis deberes como cronista me permiten aún reproducir alguna que otra anécdota no precisamente halagadora para Egon Erwin Kisch. No quisiera manchar en modo alguno el generoso recuerdo que se merece. Era un hombre amable, bondadoso hasta la ingenuidad y de una vanidad tan abiertamente admitida que surtía un efecto más conmovedor que enojoso. No parecía aspirar a un puesto en las cotas más altas de la literatura o hacía como si considerara la denominación de «periodista» y «reportero» un título de honor, lo cual no fue óbice para que algunas de sus primeras piezas, sobre todo las que se desarrollaban en Praga, se caracterizaran por una rara mezcla de humor y poesía (con la que su habilidad estilística no siempre iba pareja). No lo conocí lo bastante bien para juzgar si era especialmente inteligente. Pero de la forma nada pretenciosa y sociable con que trataba a la gente se desprendía una gran calidez, y nunca me abandonó la sospecha de que lo de su comunismo no iba en serio. Tal vez quería, por un concepto de «decencia» en el fondo burgués, aferrarse a una ideología elegida hacía tiempo, tal vez creía de verdad en la promesa de un futuro mejor. A él no se le otorgó. Los dirigentes comunistas de Praga le prepararon, al volver de la emigración, un otoño de su vida miserable, sin agradecimientos ni fama: podría incluso haber sido «una suerte», muy en el sentido de la tía Jolesch, si al menos le hubieran dejado

en paz.

Mucho antes de eso circuló en el *Diaro de Praga* una anécdota de Kisch que daba una explicación constructiva de su vanidad. Como la mayoría de los miembros de la redacción, no el periódico en sí, eran amigos suyos, con ocasión de su 50.º cumpleaños quisieron rendirle un homenaje sin trabas, por encima de todas las diferencias de opinión políticas y periodísticas y con la mayor consideración posible a su nivel de exigencia, ostensiblemente alto. Se concibió como un artículo a modo de panegírico, repleto de superlativos, que llegaba al extremo de llamarlo «el Homero del reportaje». Creían que más alto no se podía llegar.

Fue un error. Pocas horas después de aparecer el artículo, Kisch entró a toda velocidad en la redacción, directamente al despacho del jefe de servicio, amigo suyo desde su juventud y, furioso, en presencia de otros redactores que andaban siempre por allí, arrojó su ejemplar del *Diario de Praga* sobre la mesa:

—Pero ¡bueno…! —dijo con un bufido—. Y ¡estos son mis amigos! Me comparan con un ciego que no es judío, y del que ni siquiera se sabe si ha vivido…

Dos pequeñas ilustraciones de mi sospecha de que su credo político, por muy firme que se viera desde fuera, no se correspondía necesariamente con su actitud. En primer lugar estaba su credo particular, por así decirlo, que me confió una vez en una conversación privada, ya ligeramente animada por el vino (y que, por lo demás, pone de manifiesto una combinación que se daba a menudo entre los que eran como él y como yo). Fue en París, poco antes de que estallara la guerra, y estábamos hablando de la inseguridad que aumentaba día tras día en nuestra existencia de emigrantes, y de cómo iba a continuar aquello, y de si uno podía confiar en algo o en alguien.

—¿Sabes? —dijo Kisch—. En realidad a mí no me puede pasar nada. Soy alemán. Soy checo. Soy judío. Soy de buena familia. Soy comunista… Algo de eso siempre ayuda [121].

Y luego, en segundo lugar, estaba su reacción al intento que hice en circunstancias similares de sacarle algo sobre el pacto entre Hitler y Stalin. Se negó. Muy tercamente. Que había tomado nota de los hechos y punto.

—Pero, por el amor de Dios… algo tendrás que haber pensado…

—Stalin piensa por mí —dijo.

(La réplica que un importante contemporáneo dio a esta respuesta de Kisch se registrará posteriormente en otro contexto).

Con todo su desdén, verdadero o falso, por el sistema capitalista de la literatura, a Kisch le procupaban mucho el favor y el reconocimiento de algunas estrellas de este negocio, a las que apreciaba o por lo menos respetaba. Con especial insistencia rondaba a Alfred Polgar, aunque jamás rompió la fría distancia que Polgar le manifestaba (ponía en práctica esa salvaguarda por lo general con suma maestría). Para legitimarse de forma visible como admirador de Polgar, llegó al extremo de comprar un libro suyo recién publicado y llevárselo rogándole una dedicatoria personal. A Polgar no le sentó bien. La dedicatoria decía: «A Egon Erwin Kisch, valiente estilista y sensible revolucionario».

No es de extrañar que la relación, ya antes más unilateral que otra cosa, continuara enfriándose después de esto, aunque Kisch no abandonara del todo la esperanza de estrecharla alguna vez. Un día que Polgar y Egon Friedell estaban en el café Románico, Kisch los miraba a ambos con emoción, pero no se atrevió a dirigirse a la mesa hasta que Polgar se hubo marchado.

—No quería molestar —dijo—. Probablemente Polgar estaba otra vez hablando mal de mí —prosiguió, con la íntima esperanza de que Friedell lo negara. Y en efecto:

—No, no —replicó Friedell—. Todo lo contrario. Ha dicho: «Qué encantador este Kisch, que no viene a sentarse con nosotros».

Si de verdad fue Polgar el que soltó esta maldad, o si se la adjudicó Friedell, con intención doblemente perversa, en cualquier caso Egon Erwin Kisch fue condenado, igual que en la historia previa, al ingrato papel del héroe pasivo, aquí al servicio de una de las muchas anécdotas que podrían anotarse ya bajo el epígrafe de «Friedell».

Quedémonos con Egon Friedell en Berlín. Sería a finales de la década de 1920 cuando apareció en el programa de inauguración de un cabaret literario recién fundado. Yo le escuché recitar sus conocidas anécdotas sobre Altenberg en el *Simplicissimus* [122] dirigido por Fritz Grünbaum y puedo asegurar de primera mano que también sabía hacer buen uso de la originalidad de sus chistes y de su personalidad. La crítica berlinesa, no obstante, fue de otra

opinión y lo destrozaron tan despiadadamente como no le había ocurrido jamás. Ante uno de esos destrozos, que lo calificaba entre otras cosas de «diletante muniqués borracho», Friedell reaccionó con una carta abierta en la que más o menos decía: «No me molesta que me tilden de diletante. El diletantismo y el noble esfuerzo artístico no se excluyen. Tampoco niego que tenga cierta inclinación al alcohol, y, si quieren colgarme por eso, tendré que aceptarlo. Pero ¡la palabra "muniqués" tendrá consecuencias legales!».

En esa carta está todo Friedell: está su sarcasmo, su disposición a burlarse de sí mismo junto con la superioridad que de ahí se deriva, su gusto por el intercambio de invectivas, su alegría de vivir por encima de todo. Era, esto hay que tenerlo siempre presente, de una versatilidad poco menos que increíble: era un filósofo de la cultura al que cabía tomar realamente en serio y un ensayista brillante, un amante y un conocedor del teatro, para el que también escribía y en el que trabajó como actor, con sus improvisaciones de cabaret, que no les iban en absoluto a la zaga a las de un Anton Kuh; podía hacer reír al individuo más avinagrado y triste del mundo, pero (a diferencia de Kuh, que no le permitía a nadie una frase relevante) también sabía reír él, desenfrenadamente y de corazón. Este es, por lo demás, uno de mis pocos recuerdos personales de él; solo me lo encontré dos o tres veces, una de ellas en Praga, donde después de su visita al *Diario de Praga*, dio todo un paseo nocturno con el séquito encabezado por Rudi Thomas. Era invierno. Fuimos de local en local por las calles llenas de nieve, en cada parada se contaban algunas historias, y una de esas historias (de qué trataba y quién la contó no viene al caso) despertó la alegría de Friedell con tal fuerza que tuvo que detenerse a coger aire y, al final, doblándose de risa, se desplomó en la nieve. Fue necesario un gran esfuerzo, en total tres hombres, para poder levantar su enorme cuerpo. (Cuando unos años después, en marzo de 1938, vio venir por la ventana de su vivienda a los hombres de la SS que se lo iban a llevar, se tiró a la calle y, mientras caía, lanzó un grito de advertencia para no dañar a ningún transeúnte. Sus amigos le habían instado a huir, pero en vano. Sabía lo que le esperaba, pero no tenía ya fuerzas para decidir. La apatía y el asco por el mundo habían fatigado al «sonriente filósofo»).

Un segundo recuerdo de él me llegó por vía indirecta en torno a

1930, a través del director a la sazón de la editorial muniquesa Piper, el doctor Freund, que había ido a Viena para negociar con Friedell. Este doctor Freund, un elegante caballero, esteta inveterado y tal vez excesivamente cultivado, representaba un tipo que nosotros denominábamos *déjeuner-snob*, alguien que pretende fundir el estilo de vida francés con la rigidez de las formas inglesas, y Friedell no podía soportar a estos tipos. No obstante, no es del todo seguro que la invitación que cursó al doctor Freund tras su llamada telefónica tuviera segundas intenciones:

—¿Querrá desayunar mañana conmigo, querido doctor Freund? —preguntó.

—Con mucho gusto —dijo el doctor Freund—. ¿A qué hora voy?

—¿Le va bien a las doce y media?

—Por supuesto.

Al día siguiente el doctor Freund apareció a las doce y media; Friedell, conocido trabajador nocturno y poco madrugador, le recibió en batín y lo condujo al cuarto de estar, donde la criada ya lo había preparado todo: café, leche, pastas, mantequilla y mermelada… o sea, exactamente lo que en Viena se entiende por un desayuno. Y a desayunar estaba invitado el doctor Freund.

Honra su sentido del humor que no se guardara esta experiencia para sí.

La aversión de Friedell a toda clase de esnobismos se dejó notar también con motivo de una de las famosas recepciones que a Max Reinhardt le gustaba organizar en el castillo de Leopoldskron en los festivales de verano de Salzburgo. En el curso de una velada especialmente pomposa se apostaron, justo a ambos lados de la entrada, unos criados de librea con antorchas.

—¿Qué pasa? —preguntó Friedell—. ¿Un cortocircuito?

Otra historia de Salzburgo se sitúa en un restaurante frecuentado por Friedell que tenía fama de servir las mejores albóndigas de Salzburgo. Una pareja alemana se mostró tan entusiasmada con esta especialidad, cuya preparación exige el máximo cuidado, que pidió la receta. El dueño, siguiendo la antigua costumbre, se negó al principio, pero acabó cediendo y se sentó a la mesa de la pareja para dictarle a la mujer la deliciosa receta punto por punto, lento y circunspecto, con los tiempos exactos y todos los ingredientes. Cuando hubo acabado, la metódica dama alemana le leyó la receta

esperando escuchar que lo había anotado todo bien:

—Todo —confirmó el dueño.

Que si no faltaba nada.

Que no, que nada.

Apenas se hubo marchado el dueño, desde la mesa de al lado Egon Friedell se volvió hacia la mujer, deseosa de saberlo todo:

—Disculpe, señora… No lo tiene usted todo.

—¿No? Y ¿qué es lo que me falta?

—Seiscientos años de Habsburgos —dijo Friedell.

En su casa de verano del lago de Grundl, en el lado estirio del Salzkammergut, la pedagoga Eugenie Schwarzwald, a la que Leo Perutz trataba con tanta descortesía, congregaba todos los años en época de vacaciones a un número variable de invitados de lo más relevante, entre los que un verano se encontraba el doctor B., posteriormente un psicoanalista muy apreciado. Por aquel entonces, recién iniciado en el psicoanálisis, aguardaba la menor oportunidad para aplicar sus conocimientos.

Estaban tomando un café con pastas y hablaban de los símbolos sexuales en la vida cotidiana. En la mesa había una cesta con pastas recién horneadas. B. señaló una de ellas, la denominada *Baunzerl*, dividida en dos partes con una especie de rejilla en el centro, y declaró apodíctico que ese tipo de pasta simbolizaba inequívocamente el órgano sexual femenino.

Friedell se inclinó para inspeccionarla rápidamente y movió la cabeza:

—Para el puro todo es puro —dijo—. Para mí no es más que el culo de un niño.

En otra ocasión la conversación recayó en los difíciles tiempos de después de la Primera Guerra Mundial, en las penurias que pasó la población de Viena, en los azotes del frío y el hambre. Alguien recordó un caso trágico que había levantado un gran revuelo aquel invierno de después de la guerra. Algunos de los residentes de un edificio de alquiler habían enfermado con síntomas similares de envenenamiento. Como causa se estableció la ingesta de carne podrida. La habían sacado de un cubo de basura. Investigaciones posteriores probaron que se trataba de carne humana. Y no terminó ahí la cosa: tal como fue averiguándose poco a poco, los inquilinos se habían comido la carne de un niño, la carne de un niño

asesinado, de un niño asesinado por placer.

Friedell rompió el silencio que se había hecho sobre todos los presentes, el silencio en cierto modo abochornado, con esta decidida conclusión:

—Pues ¡lo cierto es que no se puede aprovechar más a un niño!

Sobre un periodista corrupto dijo Friedell:

—Acepta sumas tan pequeñas que prácticamente raya en la insobornabilidad.

El dicho corrió como la pólvora y causó la admiración de un hombre cuya actitud política en aquel tiempo no se caracterizaba precisamente por su aprecio por los judíos: era el redactor jefe del *Correo Imperial (Reichspost)*, de orientación cristiano-social, el doctor Friedrich Funder, a quien, después de 1945, se tuvo por una de las figuras mayores y más respetables de la Austria resucitada y que se esmeraba en practicar un periodismo de alto nivel en el semanario *El Surco (Die Furche)*, que él mismo había fundado. Claro que en aquel tiempo, en el período de entreguerras, sus tendencias autoritarias y antisemitas no le convertían precisamente en un modelo de demócrata y, dado que al parecer tenía su admiración por Friedell por una debilidad, trataba de ventilarla con algunas pullas ocasionales. Se le pueden perdonar con facilidad, teniendo en cuenta que hay que agradecerle dos divertidas réplicas de Friedell.

Oskar, el hermano de Friedell, había conservado el apellido familiar de Friedmann, claramente judío, cosa que el doctor Funder utilizó para apostrofar a Friedell de la siguiente manera:

—Doctor Friedell, ayer estuve invitado en casa de su hermano… ¿Se llama Friedmann?

Friedell se encogió de hombros:

—Sí… yo tampoco sé por qué lo hace.

Y, cuando en el Teatro de la Josefstadt se estaba ensayando la tragedia *Pobreza (Armut)* de Anton Wildgans, con Friedell en el papel de vendedor ambulante judío, el doctor Funder volvió a hacerse el ingenuo:

—¿Qué es lo que he oído, doctor Friedell?… ¿Interpreta usted a un judío?

—Un actor —le ilustró Friedell— tiene que ser capaz de todo.

Y, por lo que sabemos, Egon Friedell tal vez no lo sabía todo

como actor, pero de lo demás sabía mucho, demasiado.
De su larga amistad con Alfred Polgar ha surgido también más de una anécdota y más de un producto en colaboración, el más conocido la comedia en un acto *Goethe*, una parodia didáctica terriblemente divertida. Es menos conocido, en cambio, que el agradecimiento de Friedell a quienes lo felicitaban por su cumpleaños, detallado ya en otras fuentes (una tarjeta con el texto previamente impreso: «De todas las felicitaciones que he rcibido por mi 50.º cumpleaños la suya es la que más me ha alegrado»), era una paráfrasis de una nota enviada por Polgar con el mismo motivo: «Aunque soy muy capaz de dar las gracias expresamente por cada una de las felicitaciones que me han llegado por mi cumpleaños, prefiero, no obstante, hacerlo de este modo».

Alfred Polgar sobrevivió a su amigo Friedell diecisiete años, diecisiete años en absoluto envidiables, años ensombrecidos por la emigración y la huida y la guerra, que primero lo llevaron a Francia y luego a Portugal y finalmente a Estados Unidos. Yo me lo encontré muy a menudo en las distintas paradas de este camino del destino, a veces solo en las escasas pausas entre cacerías de sellos y visados y permisos de residencia, luego más tarde, en el exilio norteamericano, en la aparente seguridad de enclaves en parte forzosos, en parte voluntarios, que casi volvían a permitir la celebración de algo parecido a reuniones y conversaciones: ahí casi podíamos recordar la patria y su antiguo ambiente, cuando, nada más abandonarla, fuera de ella y a nuestro alrededor, se había abierto un mundo desconocido, llamado Hollywood o Nueva York… pero ¿qué más nos daba? ¿Qué se nos había perdido a nosotros ahí? «Hollywood —opinaba Polgar— es un paraíso con estas palabras en la puerta de entrada: "Vosotros, los que entráis aquí, abandonad toda esperanza"[123]». Fue la más ingeniosa del sinfín de declaraciones que trataron de definir el estado de la emigración (la más lacónica es de Annette Kolb, que, cuando le preguntaron cómo se sentía en Estados Unidos, respondió: «Agradecida e infeliz»). Y fue bueno y reconfortante tener a un Alfred Polgar, que se apoyaba en las filigranas de la expresión elegante, devoto y entregado, como si pudiera asegurarse, al menos para él y para todos los que la hablaban y la querían, la permanencia en la patria de la lengua.

Tal vez no encuentre ya mejor ocasión, y por eso lo digo aquí y

ahora: estoy orgulloso del afecto que Alfred Polgar me demostró y del que, aunque muy sensible a la exclusividad, ni siquiera dudó cuando se vio convertido en el modelo preclaro de mis intentos en el campo de la crítica teatral. También podría haber pesado que este afecto surgiera en cierto modo bajo la protección de Karl Kraus, que también se resignó con tolerancia al hecho de haber influido en mí. (Cuán influido estaba Polgar por el gran maestro de la lengua yo lo sabía ya de antes: poco después de que falleciera Karl Kraus, nuestra común amiga Gina Kaus pilló a Polgar en un descuido lingüístico y se lo dijo en broma; él se escapó con una frivolidad igual de divertida: «¿Qué más da? —dijo—. Ahora que Karl Kraus ha muerto»…).

Incluso a la vuelta de la emigración (¿fue realmente una vuelta?) estuvimos siempre en contacto. Y, si venía de visita a Viena desde Zúrich, donde se había instalado, a veces traía una colaboración para *Forum*, la revista que yo edité durante doce años, de 1954 a 1965. Una vez le acompañé a la estación de tren y quise saber si Viena realmente le había gustado:

—Tengo que pronunciar un juicio demoledor sobre esta ciudad —dijo Polgar—. Viena sigue siendo Viena.

Poco después me envió para publicar en *Forum* uno de sus incomparables folletines. Fue el último que escribió. Murió a la edad de ochenta y tres años. La noticia de la muerte me recordó una noche que habíamos pasado en Nueva York con unos amigos, y en la que alguien irrumpió de repente con la noticia de que un miembro de avanzada edad de la colonia de artistas europeos estaba muy enfermo, gravemente enfermo. La preocupación se apoderó rápidamente de todos y se instaló en la sala, paralizándola, hasta que Alfred Polgar la disipó:

—No hay que preocuparse. Ya ha pasado la edad a la que uno se muere.

Epílogo

Por extrañas razones hay en alemán una serie de adverbios negativos («desabrido», «desenfrenado», «descarado»[124]) de los que no se puede formar un antónimo. En esta serie se encuentra también «descuidado», y es una pena. De lo contrario yo podría decir que, con los recuerdos de Alfred Polgar con los que he concluido (otros están diseminados por capítulos anteriores), he sido «cuidado» y he ido a parar a los años de la emigración. Esto quiere decir que no lo he forzado, pero tampoco ha sido del todo sin intención. Ya se apuntaba en la introducción que los últimos coletazos de aquella forma de vida desaparecida, objeto de estos apuntes, continuaron en la emigración y marcaron el verdadero fin de su decadencia. Y, como yo parto del hecho de que aquella forma de vida, con todo lo que le pertenece, incluso la decadencia final, no puede describirse fehacientemente de otra manera que a través de la anécdota, tendría ahora una sensación de vacío si, en mi intención de trazar un cuadro completo, no desempolvara las anécdotas de los años de la emigración.

¿Las anécdotas? ¿Cuáles? Hay muchísimas. Un entendido podría determinar en cada una el lugar de la acción, deduciría de la mayoría si se desarrolla en Zúrich o en Londres, en París o en Estocolmo, en Hollywood o en Nueva York, en Latinoamérica o en Australia o incluso en la lejana Kenia, porque allí también llevó a algunos el destino y uno de ellos envió desde Nairobi una carta a un amigo aterrizado en Shanghái, en la que decía: «Naturalmente aquí no hay cafés, pero en la plaza principal, en la esquina de una calle, donde tendría que haber un café, se encuentran siempre al mediodía los pocos emigrantes que viven aquí e intercambian novedades». Esto escribió. De Nairobi a Shanghái. Y Blumenfeld, el rico comerciante de Brno, una vez terminada la guerra, cogió en

Buenos Aires un mapa para comprobar cuántas filiales extranjeras le quedaban aún y, viendo que solo una en Saigón, se puso en camino hasta allí y, para su alegría, encontró un negocio intacto, llevado por su anciano director natural de Rusia, al que invitó a almorzar tras concluir las grandes efusiones del saludo. Cuando salían del edificio, un transeúnte corrió a toda velocidad hasta el señor Blumenfeld: era su amigo y compatriota Heller, y las efusiones fueron, si cabe, aún mayores.

—¿Qué estás haciendo en Saigón? —preguntó Blumenfeld, y Heller respondió:

—¿Qué puede hacer un judío de Brno en Indochina? ¡He montado un restaurante vienés!

Esto les venía como anillo al dedo; porque Blumenfeld quería agasajar inmediatamente a su director ruso con un plato exótico llamado «escalope a la vienesa». El anciano lo encontró visiblemente falto de gusto, luego se limpió los restos de comida de su blanco bigote y se dirigió a su anfitrión de Brno llegado de Argentina en un inglés con acento ruso:

—*Mijstr* Blumenfeld —dijo—, este es el mejor escalope a la vienesa que he comido desde Manila.

Porque también él había tenido que patearse el globo terrestre más de lo que nunca habría previsto.

Tan políglota, tan dispersa, con tantas direcciones como tomó la emigración, así fue el amplio radio del que brotaron sus anécdotas. Todas podrían perfilarse sin dificultad a la vista de lo que aquí se describe, da igual si son ciertas o falsas, porque, en cualquier caso, son sintomáticas. Así, por ejemplo, el rumor difundido en París sobre los cafés en los que los emigrantes alemanes (a los que los franceses llamaban *les chez-en-casa*, porque siempre decían que en su casa, en Alemania, todo era mucho mejor) se reunían para departir en voz alta; el rumor decía que en estos cafés planeaban poner grandes mesas con el atractivo rótulo *On parle français*. El suspiro, solo imaginable en Londres, que un amargado centroeuropeo dirigía siempre al cielo a punto de llover: «Llover… ¡de eso sí que saben!». O la inenarrable y triste historia de los dos exvieneses totalmente arruinados en Nueva York, que daban un paseo por la orilla del Hudson porque no podían permitirse otro lujo. Después de trotar media hora en silencio uno se detuvo y

suplicó a su compañero:

—Préstame un dólar —dijo.

—No seas ingenuo —respondió, cansada y melancólicamente, su amigo—. ¿De dónde voy a sacar un dólar?

Pasó otra media hora, de nuevo se detuvo el primero:

—Dame un cigarrillo —le pidió.

Y de nuevo el otro no pudo más que mover la cabeza:

—Si en mi bolsillo hubiera un solo cigarrillo haría ya tiempo que lo habría partido en dos y nos lo habríamos fumado.

Más desesperanzados que antes continuaron su silencioso paseo… hasta que el primero volvió a detenerse y expresó un último ruego:

—¿Sabes qué? ¡Llévame un rato en brazos!

Estas historias, junto con las que giran en torno a la carencia de conocimientos lingüísticos de los desarraigados, tienen algo en común: incluso cuando se basan en algo realmente vivido u oído pueden haberle ocurrido a cualquiera y en el mejor de los casos con datos de fuentes locales. Precisamente por ello no puedo darlas por buenas; tengo que renunciar a ellas simplemente por eso, no solo por la ingente cantidad que hay. Me quedo, igual que antes, con las que están asociadas a una persona que conozco, aunque sea solo yo mismo. Además, y como precaución, no aportaré más que unas pocas muestras significativas del ingente material que se fue acumulando en todos los puntos de la huida y del exilio; los datos de las localidades, aunque útiles, no son estrictamente necesarios.

Uno de los recuerdos más hermosos de mis años de emigración en Zúrich va unido a Beran, el zapatero remendón de la calle Hottinger, emigrado desde Praga mucho antes, probablemente el único ser en la tierra que hablaba alemán suizo con acento checo: «Buen *yía*, buen *yía*», decía al saludar. «*Hashta liego*», decía al despedirse, y cuando empezaba a hablar de política había que tener mucho cuidado para no perderse entre el dialecto regional mutado y los nombres propios mutados: «El *Shamperlin* fue un idiota por ir a ver a *Heitler*». No era difícil identificar *Heitler* con Hitler, pero reconocer en *Shamperlin* al primer ministro Chamberlain requería ya cierta destreza. Era una delicia única para el oído escucharlo y, para poder disfrutarlo, causé algún que otro daño intencionado a mis zapatos.

De Zúrich procede también una observación divertida y críptica de Odón von Horváth, al que yo conocía de Viena (y del que publiqué una parodia de sus *Historias de los bosques de Viena [Geschichten aus dem Wiener Wald]* en 1931 en el *Perfil* berlinés). La observación tuvo lugar en el restaurante La Última Estrella, en el que a partir de 1938 se encontraban los nuevos emigrados austríacos con los alemanes ya instalados en la ciudad, en presencia de algunos amables colegas suizos y bajo el inestimable patronazgo de la bondadosa mamá Niggl, loada sea su memoria; ella era el ideal de dueña de restaurante y mantuvo a flote a sus clientes insolventes durante meses. Así pues, en La Última Estrella Horváth se dirigió, por cierto poco antes de su viaje fatal a París[125], a un amigo residente en Zúrich:

—Aquí todo está tan terriblemente limpio —dijo—. Y ¿de dónde sacáis la cultura?

«Emigración» es una palabra que desprende casi algo de sosiego en comparación con «huida». Si Zúrich ofrecía aún el aspecto de un posible lugar de permanencia, París y Francia en general no dejaban duda alguna de que a los emigrantes no solo había que tratarlos como a refugiados, sino que así había que llamarlos, *refugiés*, y que incluso esa denominación, similar a un estatus oficial, primero había que solicitarla y luego certificarla. Día sí y día también, por medio de solicitudes escritas y de ruegos personales, el refugiado se esforzaba por hacerse con algún papel que lo legitimara como tal. No se atrevía ni a pensar en una *carte d'identité*; con un *permit de séjour* limitado temporalmente o un *titre de voyage* expedido para un breve período de tiempo estaba *en règle*, e incluso una *ordre de l'expulsion* le ponía en la mano un documento, que, en cualquier caso, llevaba un sello oficial.

—Hoy me ha llegado la orden de expulsión —informó aliviado a sus amigos un peticionario que llevaba mucho tiempo sin obtener permiso alguno—. ¡Por fin puedo ya decir a mi familia que venga!

Pero esto forma parte, me temo, de ese tipo de historias de las que he dicho que pueden sucederle a cualquiera.

En cambio, estoy en posición de contar la siguiente anécdota de la que fui testigo ocular. Lo que me llevó a esta situación requeriría, de todos modos, un complicado informe previo, del que pido que se me dispense en interés del lector. Aun así debo referirme antes a un fenómeno que es imposible desligar de aquellos años, y que precisamente se manifestó de una forma muy desagradable en el período de la caída de Francia. Fueron los años en que las masas de perseguidos por Hitler trataron de ponerse a salvo de sus ejércitos, que estaban cada vez más cerca, en una segunda y mayor oleada de fugitivos: sin saber adónde, solo había que marcharse, lo demás ya se vería. Y se vio. Allí donde descansaran en aquella huida sin destino y sin aliento, allí donde las riadas de fugitivos se detuvieran provisionalmente, siempre había alguien que sabía, que daba información de cómo continuar y de qué había que hacer para seguir avanzando. Estas informaciones, como los *centres d'accueil* improvisados a toda velocidad, los comedores y luego también la mayoría de las medidas de ayuda puestas en marcha por los judíos, no hacían diferencias confesionales: cristianos y judíos por igual (aunque nunca en igual número) se beneficiaban de ellas, y comprendería perfectamente que, a raíz de su ayuda, un cristiano hubiera empezado a creer en los Sabios de Sión [126] . Porque era un auténtico enigma saber dónde obtenían aquellos entendidos todas sus informaciones, siempre acertadas: cómo el señor Kohn, que había llegado el martes a Burdeos, ese mismo miércoles podía indicar ya todos los hoteles en los que se ofrecía un escondite por unos días sin que se avisara a la policía, o por qué fuente secreta otro señor Kohn se había enterado de que el cónsul portugués en Bayona estaba más dispuesto a conceder un visado que su colega de Burdeos. Y uno podía confiar en cada uno de esos señores Kohn. Sabían lo que decían. Pero ¿de dónde sacaban la información?

Puedo decir con orgullo que una vez fui testigo de esa eficiencia. Fue en Arcachon, el cabo que pertenece a Burdeos, en la terraza de un café de la playa, en la más profunda y negra oscuridad, y, como además había habido alarma aérea, se hablaba solo entre susurros en las mesas ocupadas únicamente por refugiados. Una sola mesa se negaba a observar aquella ridícula medida de protección. De ahí llegaba, claramente perceptible en los susurros nocturnos, una voz

ampulosa, segura de sí misma, ligeramente sebosa:

—Lo que se necesita en primer lugar es un permiso de aterrizaje en Port au Prince. Cuesta tres mil francos.

—Interesante —respondió uno que, evidentemente, estaba interesado—. ¿Dónde está Port au Prince?

—Port au Prince es Haití —fue la respuesta algo imprecisa.

Después de eso no se oyó nada un buen rato.

Luego se oyó una tercera voz:

—¿Haití? ¿Es bonito aquello?

Y luego, a través de la oscuridad, se oyeron con toda claridad dos bofetadas.

Al día siguiente los emigrantes sabían y aceptaban que por 3000 francos podía conseguirse un permiso de entrada y de estancia en Haití, pero que para eso primero había que conseguir un visado portugués, con el que podía obtenerse a su vez el permiso para atravesar España, y que, una vez obtenido este último, el permiso de salida francés no sería más que una formalidad.

El procedimiento se confirmó paso a paso y resultó determinante. No sé si alguna de la gran cantidad de personas que hicieron uso de él aterrizó alguna vez en Haití. Solo sé que yo también llegué a Portugal por ese camino de instancias. Y que estaba presente cuando descubrieron el camino.

El señor Kohn que ejercía su cargo en Lisboa se llamaba Kaufmann y lo sabía todo. Sabía qué países de ultramar a los que se podía llegar desde Portugal estaban considerando cerrar sus fronteras, a través de quién podía conseguirse un visado, lo que costaba y si merecía la pena, y sabía con cuál de los cinco cónsules que decidían sobre la concesión del visado en el Consulado General de Estados Unidos se podía «hablar con humanidad» y con cuál no. El señor Kaufmann sabía todo esto por propia experiencia, porque desafortunadamente había ido a dar con un cónsul para el que era una especie de placer deportivo retener a los solicitantes de visados que esperaban y mendigaban, entre la inquietud y las lágrimas, y decirles que volvieran a verlo una y otra vez (cuando se supo esto en Washington lo cesaron inmediatamente). El señor Kaufmann soportaba los tormentos del mal cónsul con provocadora paciencia y llegó incluso a aguarle un triunfo especialmente brutal que había planeado. Un día, después de ver que el cónsul le volvía a denegar

la solicitud y que cuando le preguntó cuándo podía volver de nuevo, le respondía malévolamente: «¡El año que viene!», el señor Kaufmann, en vez de derrumbarse, quiso saber, tan rápida como exactamente: «¿Por la mañana o por la tarde?». Desde entonces el rico fondo de conocimientos del señor Kaufmann aumentó en un factor: sabía que su visado norteamericano tardaría aún mucho mucho tiempo.

El señor Kaufmann conocía también las preocupaciones particulares, las necesidades y las peculiaridades de quienes buscaban su consejo, registraba toda esperanza manifestada casualmente, cada queja y cada suspiro: en mi caso, hacía ya tiempo que se había dado cuenta de que yo soportaba mal el calor de Lisboa y por eso, cuando me ofrecieron un visado para Cuba, me ofreció un útil consejo.

—¿Cuándo se lo darán? —me preguntó el señor Kaufmann.

—Dentro de dos semanas.

—Humm… Entonces, a partir de ahora, todos los días a mediodía, digamos de doce a una, tiene que pasear usted de arriba abajo sin sombrero por la vereda sin árboles de la Avenida da Liberdade. Para que se acostumbre a la sombra de Cuba.

La decisión contra el visado para Cuba estaba tomada. A otro de nuestro círculo, que no había consultado previamente con el señor Kaufmann, le habían endosado un visado para Shanghái y se lo llevó para que lo revisara. El señor Kaufmann examinó inquisitivamente el papel con la columna de símbolos chinos y devolvió el pasaporte a su dueño:

—Lo más que puede hacer con esto es sumarlo —dijo.

Hay que mencionar aquí además a Rudi Blau, creador de su propio canal de instancias. Rudi Blau, que en aquel momento rondaba los sesenta, había sido en su juventud una figura muy solicitada en los acontecimientos sociales de Viena, un bailarín excepcional y un charlatán encantador, capaz de contar divertidas historias y cantar algunos cuplés que él mismo acompañaba al piano; representaba, en resumen, el tipo ya hace tiempo extinto de «lobo de salón», y lo representaba de una forma tan simpática, tan discreta, que incluso allí donde no se tenía en ninguna consideración a estos tipos, esto es, en los círculos de la bohemia intelectual, siempre era visto con agrado. Yo solo lo conocía de pasada, pero lo suficientemente bien

para que me contara personalmente la historia de su huida llena de interrupciones y obstáculos.

Empezó en París, cuando, ante el avance de las tropas alemanas, todo el que podía abandonaba la ciudad. Rudi Blau no pudo. No tenía ninguno de los documentos necesarios para poder moverse libremente, y en el ambiente de pánico que reinaba entonces corría peligro de muerte quien fuera encontrado sin alguno de ellos. Sus perspectivas no eran buenas. Afligido, empezó a hurgar en sus pertenencias y encontró un *permit de transfer* de Calais a Dover de otros tiempos mejores, en los que no reinaba la histeria, caducado ya y que no había tirado por pura dejadez. Un pedazo de papel completamente inútil en circunstancias normales suponía en ese momento al menos un punto de partida. «Si pudiera conseguir que me sellaran este papel —se decía Rudi Blau—, con cualquier sello oficial con fecha actual, entonces el documento cobraría vida y tal vez podría incluso ampliarse el plazo». Lo dobló a un tamaño cuidadosamente calculado, le añadió una hoja del mismo formato, la pegó por debajo y lo ató todo con un tafilete rojo con la inscripción en letras doradas *titre de voyage*: de este modo, por cierto, no se convertía en culpable de falsificación documental, pues *titre de voyage* no es solo una denominación oficial sino también común sencillamente para todo documento de viaje, algo que era sin duda alguna, aunque también sin ninguna validez. La validez la consiguió cuando descubrió por casualidad en el Ayuntamiento de un distrito de las afueras de París a un funcionario medio dormido, que no vaciló en añadir un nuevo sello al sinfín que ya tenía aquel documento tan impresionantemente atado. Se abrió así una primera brecha en el muro burocrático, las siguientes siguieron casi automáticamente y Rudi Blau llegó hasta Madrid con su *titre de voyage*.

Que en Madrid se viera forzado a una estancia involuntaria no se debió en modo alguno a su cuestionable documentación, sino a su confesión, igualmente cuestionable para la España de la época. No es que los fugitivos judíos fueran discriminados, solo que no tenían ningún derecho a la protección (la única efectiva) de las poderosas órdenes religiosas españolas, que estaban al lado de los fugitivos católicos y los ayudaban a llegar a Latinoamérica por el camino más corto. Esta ayuda tan anhelada solo se le concedía a un

fugitivo judío si se convertía al catolicismo, una forma no especialmente limpia de hacer proselitismo, pero ¿a quién le importaba entonces la limpieza? Por lo que se preguntaba era por los caminos de huida y los visados de salida, y, cuando vio que no le quedaba otro remedio, Rudi Blau decidió hacerse católico. Se puso manos a la obra sin prisas ni pausas, sino con precaución y tacto, se trasladó a un pequeño pueblo de la montaña castellana, anduvo tímidamente dando vueltas a la iglesia unos días antes de atreverse a pisarla y el día que lo hizo salió inmediatamente. La vez siguiente se quedó algo más de tiempo y supo ganarse el amable interés del cura cuando finalmente trabó relación con él y, tras algunos titubeos, le confesó que quería entrar en el seno de la sagrada Iglesia. La alegría fue grande y la buena noticia de la salvación de un alma perdida se difundió por toda la comarca (en la que no había vuelto a verse un judío desde el reinado de Isabel la Católica). Cuando llegó el día del acto solemne, las campanas de la iglesia repicaron, los niños no tuvieron escuela, los campesinos bajaron de las montañas al valle apoyados en sus nudosos cayados, para vivir con sus trajes de fiesta el acontecimiento histórico denominado «el bautismo de un judío»; entonces a Rudi Blau le informaron rápidamente de una vieja costumbre castellana: cuando un judío aceptaba el bautismo, se le daba como recompensa un nombre bíblico especialmente bonito (que en España se llevaba también el apellido de la madre, eso ya lo sabía).

—Fue —concluyó Rudi Blau— una solemne ceremonia en la abarrotada iglesia del pueblo. Solo hubo una cosa que me confundió un poco. Entré siendo judío y llamándome Rudolf Blau. Salí siendo cristiano y llamándome Rodolfo Abraham Blau y Rosenblatt.

Después, cuando llegó a Estados Unidos pasando por Brasil y por México, lo volvió a arreglar.

En Estados Unicos el emigrante se transformó en inmigrante, el errabundo en residente, el fugitivo en ciudadano con derechos. Por cuestiones de espacio y de estructura no es posible explorar aquí hasta qué punto vino todo esto acompañado de una transformación interior; por otro lado, semejantes pesquisas tendrían que acabar formulando la cuestión inútil de si todos los alemanes, austríacos, checoslovacos y europeos en general que se vieron obligados por Hitler a trasladarse a América se habrían hecho americanos de

haber sido otras las circunstancias. El caso es que se vieron obligados, y con esto basta. Pero, lo quisieran o no y, dicho con franqueza muchos no querían, siguieron siendo en una parte variable u oculta de su ser los europeos que originalmente eran.

El círculo que yo conocía de la sección de «Arte y Cultura» no hizo ningún esfuerzo por ocultar la parte europea que, para la mayoría, constituía todo su ser. Quien consideraba necesario este esfuerzo pertenecía a una clase marginal repulsiva (y puntualmente despreciada), como la de aquellos que en Estados Unidos no hallaron un futuro esperanzador. No se distinguían por su franqueza, sino por su honradez, y, en el centro del barrio de emigrantes de Hollywood, la casa que habitaban Ernst y Anuschka Deutsch se convirtió pronto, dada la falta de locales adecuados, en el punto de encuentro nocturno de los que no querían necesariamente asimilarse: fue bautizada sin rodeos como «Fortaleza Europa». Allí se reunían actores, escritores y directores que, en un buen número, alguna vez habían tenido éxito, y que prácticamente identificaban su profesión con su lengua materna: estos no consiguieron aclimatarse tan rápido como otros al nuevo entorno y mucho menos imponerse a él. Si alguna vez se les presentaba la oportunidad de un trabajo, tenían primero que deletrear su nombre (*How do you spell it?*, era la pregunta inevitable, humillante, odiada con todas sus fuerzas), pero allí, en la «Fortaleza Europa», no les amenazaba nada de eso: allí sabía todo el mundo quién era quién, lo sabían tan al dedillo que se envidiaban unos a otros, como en los viejos tiempos, y hasta eso era un alivio. Las conversaciones giraban en torno a las ocupaciones y al trabajo, a las experiencias con los agentes y los productores, a las experiencias buenas y malas con los compatriotas más afortunados o con los que ya hacía tiempo que se habían establecido, y naturalmente también en torno a los acontecimientos en los escenarios de la guerra en Europa, de la que se informaba en la prensa y en la radio con muchas limitaciones, porque a los habitantes de la costa occidental, por circunstancias geográficas, les parecían más importantes el frente japonés y las actividades del general MacArthur. En las noticias de la radio, Europa se despachaba con un par de rápidas frases introductorias: el tiempo de emisión restante era para el cuartel general de MacArthur, que a

nosotros nos parecía menos importante. «Ya solo con oír “Mac” apago la radio», decía Gisela Werbezirk[127], que había acuñado para Hollywood, aludiendo a una ciudad jardín de las afueras de Viena, el desdeñoso calificativo de «Purkersdorf con palmeras», y que… pero otra vez me viene a la cabeza un aluvión de anécdotas que no sería capaz de dominar. Elijo una especialmente ilustrativa. En la «Fortaleza Europa» estaba una noche Erwin Kalser, aquel excelente característico, que había actuado por última vez en el Schauspielhaus de Zúrich, y que en Hollywood apenas encontraba trabajo. La concurrencia se quedó tanto más sorprendida al verle despedirse poco después de las once (era costumbre quedarse hasta altas horas de la madrugada).

Que por qué tenía tanta prisa, le preguntaron.

Porque tenía que levantarse a las siete, fue la respuesta.

Y que qué tenía que hacer a esa hora.

—Desesperarme —dijo Kalser.

De las frecuentes veladas en la «Fortaleza Europa», los domingos por la tarde en casa del profesor Hildesheimer, un musicólogo alemán emérito, se diferenciaban sobre todo por la edad de los concurrentes, que casi sin excepción, en circunstancias normales, habrían estado ya retirados. Jamás me ha tentado escribir un libro sobre mis experiencias en Hollywood, pero habría tenido un buen título para él: *Hijos, viudas y fantasmas*. Porque, si en casa de Hildesheimer o en reuniones macabras por el estilo oía uno el nombre de una celebridad europea, en nueve de cada diez casos se trataba o bien del hijo o bien de la viuda de alguien fallecido hacía tiempo; pero, si casualmente era el portador del nombre en persona, entonces con toda seguridad tenía uno delante a un fantasma.

Entre los más vitales de estos fantasmas se contaba el más que octogenario Julius Korngold (padre del compositor Erich Wolfgang Korngold, muy famoso en Hollywood), el cual había sido hacía muchos años una autoridad de la crítica musical en Viena. No puedo emitir un juicio sobre sus cualidades profesionales, como tampoco puedo emitirlo sobre las musicales de su hijo, en el que, en cualquier caso, llegué a valorar una naturaleza artística temperamental y a un hombre solícito y cordial. Cuando a los ocho años el niño prodigio Erich Wolfgang debutó con una composición de ballet, papá Korngold ya tenía en la cabeza promocionarlo algo

imperiosamente, pero ahora que esa promoción no era necesaria quería igualmente ser su protector, y, por motivos que a mí me resultan inexplicables, se había obsesionado con la idea de que tenía que escribirle un libreto de ópera a su hijo. Lo mismo le dio que ambos consideráraramos tal empresa sin el menor sentido: no se dejó disuadir de su plan y aprovechó mi interés por las anécdotas históricas para tentarme una y otra vez, hablar conmigo y quebrar mi resistencia.

Una tarde volvía a haber en casa de Hildesheimer un fantasmagórico café con merienda. Ese mediodía yo había almorzado con Franz y Alma Werfel, mis buenos amigos, los mejores que tuve en Hollywood (y cuya influencia sobre mí fue mucho mayor de lo que puedo expresar aquí). Por la tarde íbamos a ir juntos a casa de Hildesheimer, pero, como Werfel prefirió quedarse en casa, fuimos solos Alma y yo. Cuando llegamos reinaba ya la actividad normal: en un abrir y cerrar de ojos se sentía uno rodeado por el mágico polvo de un pasado de museo, que despertaba a la vida fantasmal justo para la ocasión. Ernst Licho, otrora director artístico del Schauspielhaus de Dresde, se estaba quejando de sus problemas de repertorio en el invierno de 1916 a 1917, en plena guerra, cuando a una de sus estrellas la llamaron de repente a filas; Gisela Werbezirk gruñía recordando a Josef Jarno, porque, siendo director del Teatro Renacimiento, le había dado a Hansi Niese un papel que le habían prometido a ella; el viejo Korngold le dio un pellizco en la mejilla bien empolvada a Vera Schwarz, la cantante de ópera, no mucho más joven que él, y le preguntó:

—¿Qué tal, preciosa? —pero enseguida lo dejó ahí, se dirigió a mí rápidamente y me llevó aparte para tener conmigo una conversación inevitable.

—Escuche, ¡esto le va a interesar! —empezó diciendo, con animosa intensidd, como era su estilo, sin pausa, en frases entrecortadas que solo interrumpía para respirar—. Esta es una historia para usted… Yo quería habérsela contado ya pero se me escapó usted. Así que atienda. Estoy con Hanslick en el café Michaelertor después del estreno de *Rienzi*… Entra Spitzer… Se sienta con nosotros… Hanslick le dice a Spitzer… Spitzer le dice a Hanslick… Hanslick da un golpe en la mesa y dice…

Lo que se dijera allí yo ya no lo sé. Ya entonces me costó comprenderlo y recordarlo. Me mareaba. El café Michaelertor había sido derribado en 1890; el crítico musical Eduard Hanslick hacía ya mucho que había entrado en los anales de la historia como el más duro opositor de Richard Wagner; Daniel Spitzer[128], cuyos satíricos *Paseos de Viena (Wiener Spaziergänge)* habían sido editados en siete volúmenes, era considerado por la Historia de la Literatura como el predecesor de Karl Kraus y Alfred Polgar… y ahora venía un señor a sentarse a mi lado y a hablarme de ambos como si se hubieran encontrado ayer en el café Michaelertor…

Me levanté un poco aturdido. Tenía que olvidarme de esa historia de inmediato. Por suerte vi cerca a Alma, me dirigí hacia ella dando traspiés y le conté palabra por palabra lo que me acaban de largar.

Alma Mahler-Werfel, por su parte, huelga decir, una convencida wagneriana, me escuchó con atención.

—Bueno —dijo abreviando cuando hube terminado—. Por una vez Hanslick tenía razón.

Luego se encogió de hombros. Había escuchado toda la historia. No le había llamado la atención nada más.

Los años de la emigración me obsequiaron además en su fase californiana con una serie de relaciones que de otro modo tal vez nunca habría llegado a tener, y por supuesto nunca con esa plenitud tan enriquecedora. A algunos de ellos, a Igor Stravinski y Darius Milhaud, a Bruno Walter y Max Reinhardt, les debo mi relación con Franz Werfel y su Alma. Con algunos, con Hermann Broch y Erich Maria Remarque[129], con Marlene Dietrich y Fritzi Massary, la relación había empezado ya en Europa y continuó desarrollándose en la emigración, en algunos casos hasta la amistad. Pero todos ellos, y algunos más, son para mí tan valiosos que desearía una mejor ocasión para poder dedicarles mayor atención.

Solo quisiera mencionar aquí uno de esos enriquecedores encuentros: conocí a Arnold Schönberg en Hollywood. Y, por muchos coetáneos importantes o geniales a los que me haya acercado en vida, antes y después, ninguno me ha transmitido tal sensación de júbilo irreprimible de estar en presencia de un genio. No sabría cómo argumentarlo, ni siquiera porque conociera la obra de Arnold Schönberg de un modo limitado e indirecto. Indirecto,

porque había sido a través de la literatura, es decir, a través de un ámbito racionalmente comprensible, en el que Schönberg se movía incomparablemente mucho mejor que yo en el de la música; por lo demás, el recuerdo de Karl Kraus, de quien pensábamos lo mismo, debió de facilitar que nos entendiéramos.

La comprensión se estableció desde el primer momento, ya cuando Schönberg me preguntó por conocidos comunes. Cuando me dijo:

—Y ¿qué hace Kisch? —me arriesgué a responderle con:

—Stalin piensa por él —con lo que repetí una frase de Kisch (¿el lector la recordará?), que él no conocía, pero que entendió de forma intuitiva:

—Eso le pegaría —dijo.

Estas breves afirmaciones, para el afectado comúnmente ruinosas, eran el fuerte de Schönberg. Tenían, también en la forma en que las soltaba, algo de disparo certero; su rostro afilado, bellamente etéreo, se contraía en un gesto medio bilioso, medio parpadeante; seguía luego un movimiento punzante de la mano y con eso se acababa la ejecución.

—¿Va a ir esta noche a ver a Bruno Walter? —me preguntó un día en que Walter dirigía la Filarmónica de Los Ángeles con un programa muy clásico—. ¿Qué va a tocar?

Yo solo sabía de la *Primera* de Beethoven.

—¿Sí? —soltó Schönberg—. ¿Ya ha llegado tan lejos?

O en una ocasión en que hablamos de Puccini:

—¿Puccini? ¿No es ese el que le copió todo a Lehár antes de que lo escribiera?

Si tuviera que elegir el rasgo decisivo de mi admiración por Arnold Schönberg, me referiría sin duda a su grandioso desprecio por toda componenda, indestructible como un metal. No hacía nunca la más mínima concesión, ni siquiera a sí mismo, ni se dejaba arrastrar por su difícil situación económica para ceder ni un ápice. De los muchos ejemplos que podría aducir, he aquí el más imponente: unos amigos influyentes habían convencido con mucho esfuerzo al propietario de la Metro-Goldwyn-Mayer, el viejo Louis B. Mayer, de que Schönberg era el mejor compositor del momento, mucho mejor que George Gershwin o que Rodgers & Hammerstein, y que la Metro, siendo como era la productora más grande del

mundo, no podía perder la oportunidad de que Schönberg compusiera la música de su próxima gran producción. El contrato de ensueño se cerró y Louis B. Mayer se dijo que a un hombre tan importante, si ya lo había contratado, tenía que recibirlo también en persona, como solía hacer con las celebridades. Para tales casos contaba con un ceremonial concreto, además de con unas inevitables y halagadoras palabras de salutación, y, cuando el gran compositor del momento se presentó, el mayor productor de cine del momento se levantó, salió de detrás de su escritorio, se dirigió hacia él y le tendió ambas manos:

—*I'm happy to meet you, Mr. Schönberg* —dijo—. *a great admirer of your lovely music*
I'm
[130].

Schönberg se sobresaltó y dejó las manos que había tendido bamboleando en el aire:

—*My music isn't lovely* [131] —dijo entre dientes.

Se dio la vuelta y se marchó. El contrato, que habría solucionado sus problemas económicos, se había roto.

Quien conozca a un genio creador del que pueda contarse una reacción similar en similares circunstancias, que lo diga.

Igual que estos apuntes han vuelto a sus comienzos, vuelvo yo ahora al punto de partida de este último capítulo, a Zúrich, a mi primera estación del exilio y a la primera noche que pasé allí en La Última Estrella, sin conocer aún las costumbres autóctonas, entre las que se contaba la actuación del Ejército de Salvación en los locales públicos. Esta pequeña tropa era también una banda de música que cantaba una canción piadosa, que advertía de la necesidad de comportarse y hacer el bien, y sus miembros iban luego de mesa en mesa recogiendo pequeñas limosnas y ofreciendo un panfleto editado por la institución con el título nada espiritual de *La llamada de guerra*, aunque la llamada se dirigía únicamente contra el mal que hay en nosotros.

Así pues, aquella primera noche apareció el Ejército de Salvación en La Última Estrella, donde todos cumplimos con lo que nos correspondía: yo, por mi parte, compré un ejemplar de *La llamada de guerra* pagando el precio establecido.

Lo que voy a contar ahora es un poco improbable y exige la

confianza del lector. No es posible documentarlo, a no ser que en los archivos del Ejército de Salvación se conserven todos los ejemplares del opúsculo. En tal caso se encontraría en las ediciones de la primavera de 1938 una publicación entonces nueva y posteriormente comercializada de muy diferentes maneras: *La llamada de guerra* publicaba el Antiguo Testamento en cierto modo como una novela por entregas, en un lenguaje cotidiano, sin pretensiones, y en capítulos ordenados de forma muy hábil y con suspense. El capítulo del número que yo compré describía el éxodo de los hijos de Israel a Egipto y yo, el fugitivo que acababa de llegar huyendo de Hitler, lo encontré naturalmente de gran interés. Pero el final del capítulo decía:

> Las aguas del mar Rojo se acercaban amenazantes a los israelitas. A sus espaldas se aproximaban los carros de combate del faraón. El ocaso del pueblo parecía estar otra vez ante sus ojos.
>
> (CONTINUARÁ)

Continuó.

De nuevo el final planeado, el ocaso, no ha llegado a producirse. Pero tal vez, por el mero hecho de haberse planeado, se justifique que este libro trate predominantemente de aquellos contra los que iba dirigido: los judíos. Y tal vez desde aquí se justifique también la tesis de que, con la parte del judaísmo europeo que pereció, pereció al mismo tiempo una parte de Occidente. Todavía está por ver qué interrelación consustancial tenía desde un principio, de raíz, la decadencia de ambos, cuando nadie pensaba aún en la destrucción.

Ahora que he tratado de recoger esta decadencia en anécdotas y dichos, tres ejemplos más pueden servirme de broche final (y de dedicatoria a quienes pudieron escapar de ella).

La aportación más bonita a este asunto me llegó a través de Hermann Broch, en un viaje que hizo de Princeton a Nueva York. Es un epigrama de cuatro versos de Albert Einstein, que, al igual que Broch, residía en Princeton y mantenía con él relaciones cordiales. Le supliqué a Broch que me procurara esas líneas manuscritas por Einstein: yo quería enmarcarlas y tenerlas siempre a la vista. Por desgracia no se dio la ocasión. Pero no por eso debe olvidarse este cuarteto transmitido de forma oral. Dice:

Cuando a los judíos veo,
poca alegría tengo.
Pero, si en los demás pienso,
de ser judío me alegro.

No creo que el conocimiento de los judíos de sí mismos pueda formularse con mayor soberanía que con esa combinación de autovaloración irónica y resignado consuelo.

Del «otro» lado un aforismo de la escritora norteamericana Dorothy Parker da en el clavo: *The Jews are just like any other people -only more so*[132]. En alemán habría (como tantas otra veces) que refugiarse en un circunloquio: «Los judíos son iguales a cualquier otro pueblo, solo que con más intensidad».

Esto, por su parte, corrobora una frase del escritor vienés Egmont Colerus[133]. Requiere una breve introducción.

Colerus se contaba entre los autores fijos de la editorial Zsolnay, que, en marzo de 1930, publicó también mi primera novela, *El estudiante Gerber*, cuyo éxito, además de otras alegrías más sustanciales, me reportó una invitación a tomar el té en casa del editor Paul von Zsolnay. Allí toda la elite de la editorial me dio palmaditas en el hombro y ya no volvió a preocuparse de mí, sino que me dejaron, por decirlo de alguna manera, totalmente abandonado. En la mesa, donde yo me hallaba en semejante estado, se planteó de pronto la cuestión de cuántos judíos habría en el mundo. Entonces había quince millones, pero nadie aparte de mí parecía saberlo, y yo, que era mucho más joven, no me veía en situación de avergonzar a todos aquellos héroes intelectuales con una respuesta inoportuna. Guardé silencio y escuché respetuoso sus esfuerzos, en los que invocaron todas las fases de la evolución histórica, desde la rebelión de Bar Kojba[134] hasta la gran diáspora, pasando por la Edad Media, para calcular un número probable para el presente. Al final llegaron a un consenso de doce millones. Y entonces Egmont Colerus movió la cabeza y dijo gruñendo en su confortable dialecto de Ottakring[135]:

—Eso es imposible. Yo solo conozco más.

Y a eso no hay más que añadir una cosa: hoy ya no podría decir algo así.

Apéndices

Un prólogo sentimental (1966)[136]

Escrito para el libro de Ernst Trost: *Lo que quedó del águila bicéfala. Tras las huellas de la desaparecida monarquía danubiana (Das blieb vom Doppeladler. Auf den Spuren der versunkenen Donaumonarchie)*. Editorial Fritz Molden, Viena-Múnich.

En las pastelerías que había delante de la mayoría de los teatros de Viena se vendía antiguamente una mezcla de caramelos preparada exclusivamente para las funciones teatrales. Llevaba al menos cuatro clases diferentes y se llamaba «Mezcla fina para el teatro».

La familia de mi padre era originaria de Bohemia, la familia de mi madre de Hungría y mi certificado de nacimiento era de la comunidad israelita de Viena. Soy una mezcla fina de la monarquía.

Mis antepasados por parte paterna, tanto mis dos abuelos como el resto de mi extensa parentela, no vivían en la ciudad. No sé si puedo calificarlos directamente de campesinos. A ellos probablemente no les habría gustado, porque, como habían conseguido hacerse con fincas más o menos grandes, e incluso alquilar una casa señorial, se consideraban algo mejor. En cualquier caso, hasta donde puede uno remontarse, no demasiado lejos, tal vez cinco generaciones, siempre habían residido en las llanuras de Bohemia y siempre habían tenido algo que ver con la agricultura. En resumidas cuentas, mi apellido paterno, Kantor, recuerda que, en el momento en que a los judíos austríacos se les asignaron apellidos oficiales, se encontraba entre mis antepasados un maestro rural. (Desgraciadamente no un cantor de sinagoga. En este sentido el término «cantor» se tomó mucho más tarde de la terminología eclesiástica, con motivo de la reforma del servicio religioso judío. Para denominar al maestro de escuela se usaba aún cuando yo era joven en los pueblos checos). Sea como fuere, y ya fueran campesinos judíos o maestros rurales judíos, hasta donde sé solo existieron en Austria y por eso voy a mencionarlos aquí.

Religiosidad y erudición en cuestiones religiosas, despreciadas

firmemente por la parte bohemia de la familia, eran sin embargo muy valoradas por la parte húngara. Mi abuelo por parte materna, Simon Berg, y más aún su padre Salomon Berg, eran considerados, como a mi devota madre le gustaba contar con orgullo, hombres eruditos y, por tanto, gozaban en sus comunidades de un gran aprecio. Pero ya la siguiente generación (que se había dispersado por las grandes ciudades de la monarquía, fundamentalmente Viena y Praga) tomó un rumbo completamente diferente e insospechado, y no precisamente elegante: los seis hermanos de mi madre, todos ellos tipos rudos, eran unos militaristas entusiastas: dos habían escogido la carrera militar activa, y todos menos uno estuvieron en el frente en la Primera Guerra Mundial, de la que regresaron en parte heridos y en parte amargados, pero fieles al emperador hasta el fin. Muy al contrario, los hermanos de mi padre, con propiedades en Melnik, en Bohemia, y sus hijos hablaban ya checo antes de la guerra, odiaban al emperador, odiaban su ciudad imperial y querían transmitirnos su odio a mis dos hermanas y a mí cuando después, en los veranos de la guerra, nos enviaban desde Viena, donde escaseaban los alimentos, a casa de nuestros parientes bohemios para que comiéramos bien.

Nuestra casa de Viena en la Porzellangasse, cerca de la estación de Francisco José, tan importante en la guerra, no pocas veces se pareció en aquellos años a un campamento militar. Tíos y primos que iban al frente o regresaban de vacaciones paraban siempre en la ciudad, dormían o comían con nosotros y, de vez en cuando, media docena de figuras uniformadas se sentaba a nuestra mesa. En una de esas ocasiones se dio una escena que marcó de manera particularmente clara mis más vivos recuerdos de infancia, aunque entonces no supe interpretarla bien. Paul, mi tío favorito, el hermano menor de mi madre y a todas luces un calavera (incluso se había marchado a América), parecía haberse peleado con el tío Berti, algo mayor que él. El tío Paul era teniente de infantería del Deutschmeister[137]; el tío Berti, que se llamaba en realidad Albert Grossmann y estaba casado con la hermana mayor de mi madre, tenía el rango de mayor en el mismo regimiento. Y de repente, el tío Berti se levantó de un salto, dio tal manotazo en la mesa que la vajilla tembló, y le dijo al tío Paul a gritos, con la voz temblando de furia y las puntas de los bigotes erizadas:

—Señor teniente, ¿cómo te atreves? —y dijo algunas cosas más que yo no comprendí.

Solo vi desde la «mesa de los niños» que el tío Paul se levantó y, todo ruborizado, siguió de pie hasta que el tío Berti volvió a sentarse. De las conversaciones de los adultos que trataron del asunto aún durante días, saqué la conclusión de que el tío Berti le había llamado la atención al tío Paul. La escena causó en mí un efecto divertido y espantoso a un tiempo. Si algún día se terminara la compilación, probablemente enorme, titulada *De lo que son capaces los judíos*, este episodio no podría faltar en ella.

No lo recojo aquí para dar importancia a una historia familiar nada interesante, sino porque los militares profesionales judíos fueron parte esencial de la monarquía igual que lo fueron los campesinos judíos, y porque yo, basándome en todo ello, me creo legitimado en cierto sentido para hacer una introducción a este libro. Porque a la pregunta «¿Qué quedó del águila bicéfala?», podría responder con cierta justificación: «Yo, por ejemplo».

Hay que añadir aún otras legitimaciones. Como ya se ha apuntado, y como suele ser el caso en personas que con el tiempo se dedican al cuestionable oficio de la escritura, yo fui un niño muy precoz, dotado de una memoria poco habitual. Sobre la importancia de los recuerdos de infancia el ciudadano de la vieja Austria Sigmund Freud ha dicho todo lo necesario, y también en mi vida han desempeñado un importante papel. No entiendo por qué tendría que olvidar artificiosamente justo aquellos que tienen que ver con la vieja Austria y crearme en lo posible un trauma monárquico; por qué debería pretender que no sé que mi nacimiento y ocho años de mi vida transcurrieron en la era del viejo emperador, en el momento de cuya coronación Hungría se denominaba aún «Hungaria»; por qué habría de mentir o de trivializar o incluso de criticar lo que de niño me asombró y me admiró; por qué, en resumen, no debería recordar esa época de mi infancia y del Imperio, los fuegos artificiales de todos los veranos en Ischl la tarde del 18 de agosto (que para mí siguió siendo mucho tiempo «el cumpleaños del emperador»), las notas de la orquesta de palacio que yo podía escuchar de la mano de mi nodriza, la música militar y la procesión del Corpus y el esplendoroso colorido y la elegancia de los carruajes… por qué no debería recordar todo eso con

nostalgia y expresarlo en un prólogo sentimental.

Porque no se trata aquí de otra cosa que de un prólogo sentimental y por supuesto no de un prólogo político, aunque tampoco le vendría necesariamente mal a la política una pequeña carga de sentimentalismo, en todo caso no tan mal como su contrario, el resentimiento. ¿O no fue acaso el resentimiento lo que en 1937, en el momento más crítico en Centroeuropa, llevó a proclamar a Edvard Beneš, que tenía una posición clave en política, el eslogan «¡Mejor Hitler que Habsburgo!»? ¿Acaso eso era política? Si es así, entonces mis recuerdos de infancia de los desfiles de la guardia de palacio también son política. Podría incluso competir con la política del jefe de gobierno checoslovaco en lo que a futilidad se refiere. Pero con esto no quisiera formular un credo político, lo vuelvo a decir expresamente. Y naturalmente también me gustaría decir que puedo imaginarme cosas peores que una monarquía, incluso que en realidad no necesito imaginarme nada porque he vivido cosas mucho peores (y quién sabe si habría tenido que vivirlas en una monarquía).

Dejemos eso ahora. Y concluyamos con la fórmula que me proporcionaron los largos años de trabajo con la obra del genial Fritz von Herzmanovsky-Orlando, austríaco viejo y original: que la decadencia de Austria fue resultado de una de las carencias de humor más catastróficas de la historia universal…

Los libros de historia, con la superficialidad de costumbre, fechan esta desaparición en el año 1918. En realidad tuvo lugar en 1938. Lo que de verdad era austríaco en la Vieja Austria, lo que constituía las cualidades auténticas, las cualidades incomparables e insustituibles de esta curiosa construcción estatal, lo que en otro tiempo mantuvo unido al círculo cultural negro y amarillo, todo esto, en fin, no desapareció definitivamente hasta 1938. Claro que aquella Austria que en 1938 también dejó de existir formalmente no habría podido pasar por heredera, ni siquiera por una copia, de la vieja Austria; pero aun con todo consiguió preservar cierta continuidad: era, si no un centro, sí una especie de intersección en la que confluían los hilos aún no completamente deshilvanados de épocas anteriores. Praga y Budapest tenían siempre una activa relación de intercambio con Viena, intelectual, artística, ambiental. Los balnearios bohemios y las playas de Dalmacia, las praderas

húngaras en verano y los enclaves eslovacos en los que practicar deportes de invierno, seguían formando parte de la imagen habitual del paisaje del austríaco, y estaban aún tan a la vista como las partes de la monarquía absorbidas por Polonia y Rumanía. Los jóvenes actores vieneses continuaban yendo con su primer contrato a Ostrava en Moravia, y a Ústí y a Bielsko; el *Diario de Praga*, el *Lloyd de Pest (Pester Lloyd)* y el *Diario Matutino de Czernowitz (Czernowitzer Morgenzeitung)* seguían estando con la misma naturalidad en los cafés de Viena, igual que en los de Brno, Agram y Trieste estaban la *Prensa* y el *Diario* y el *Periódico* de Viena. Resumiendo: los Estados sucesores de la vieja Austria se reconocían con facilidad hasta 1938, algunos de ellos, como Checoslovaquia por su plurilingüismo, o Hungría por sus clases sociales, incluso con más facilidad que la nueva Austria. Hasta 1938.

No olvidaré jamás la noche del 11 al 12 de marzo de 1938. Yo estaba entonces en Praga, no porque hubiera previsto la desgracia que se cernía sobre Austria, sino para cumplir un contrato de conferencias que había cerrado hacía tiempo con el *Urania* de Praga. Solo como curiosidad diré que la dirección literaria del *Urania* estaba entonces en manos de Heinrich Fischer, el administrador de la herencia de Karl Kraus, hoy residente en Múnich, y que mi serie de conferencias trataba sobre los «Marginados de la literatura austríaca», entre ellos Herzmanovsky-Orlando, aún completamente desconocido. Eso era, pues, lo que me había llevado a Praga, no mi perspicacia política. Más bien, me sentía tan abatido por las noticias invariablemente trágicas que llegaban de Viena como si nunca se hubiera podido prever algo así. Sin saber qué hacer, pasé la noche pegado a la radio con un amigo de Viena, que ya había emigrado a Praga en 1934. Cuando terminó el noticiero, decidimos (ir a dormir no se le pasaba a nadie por la cabeza) esperar el tren rápido nocturno de Viena que tenía prevista la llegada a la estación de Masaryk alrededor de las siete de la mañana, por si venía alguien a quien conociéramos. Hasta ese momento teníamos intención de pasear.

Poco después de las tres, habiendo conseguido oír aún las últimas noticias de una emisora francesa, salimos a la calle en una noche fría, cubierta de niebla, y nos dirigimos hacia lo alto del Belvedere, donde nos pusimos a andar sin rumbo fijo. Una pequeña

taberna nos dio cobijo el poco tiempo que quedaba hasta la hora de cerrar, luego reanudamos el paseo incapaces, como antes, dado nuestro apático abatimiento, de llegar a algo más que al principio de una conversación. De la vista de la ciudad con sus famosas cien torres no se divisaba nada, la niebla había aumentado, la iluminación de la calle se debilitó, y cuando bajamos por el puente de Štefanik además empezó a llover. Todo era de una melancolía y de un desconsuelo tales como mandan los cánones, como no podría imaginarse jamás en semejante ocasión… Solo la realidad puede atreverse a ser así.

Y luego, para completar ese ambiente de fin del mundo, nos salió al paso un borracho en el puente, completamente vacío, de Štefanik. Que estaba borracho se veía ya de lejos tan bien como que venía hacia nosotros, sin intención de variar por nada su rumbo, ni siquiera si nosotros nos pasábamos al otro lado del puente. Todas las experiencias con borrachos sugerían no hacer nada mejor que encarar el irremediable encuentro y ponerle fin lo antes posible. Yo tranquilicé a mi amigo, que estaba en un penoso estado de nervios y, confiando en mi checo, casi sin acento, esperé el encontronazo.

Con paso extrañamente torpe, que resonaba de forma singular en medio de la oscuridad, el borracho se dirigió hacia nosotros. No se tambaleaba, sino que andaba todo esparrancado; solo cuando se detuvo delante de nosotros, vaciló un poco. Por lo demás no parecía un bebedor habitual ni en modo alguno agresivo. Tendría entre cuarenta y cincuenta años.

Nos miró sin decir nada unos minutos. Luego dijo, más para los dos que para uno solo de nosotros, y no solo sus inolvidables palabras, sino también su cadencia, se me han quedado hasta hoy grabadas en el oído:

—*Obsadili nám Rakousko*. (Nos han ocupado Austria). *máme Ted’ to*

. (Ahora sí que la hemos hecho).

Fue menos la profecía que encerraban estas palabras, pues, aunque «ellos» aún no habían ocupado realmente Austria, no faltaba mucho para que se viera venir la ocupación con todas sus consecuencias…: fue ese «nos» lo que me sobrecogió y me conmocionó, ese conmovedor dativo ético, que en checo sigue dando aún los frutos más peculiares.

No supe qué contestar y asentí con la cabeza.

Tal vez él dedujera dificultades lingüísticas por la falta de respuesta, tal vez fuera lo que ahora sigue lo que lo llevó a cambiar a un alemán duro y trabajoso, aunque totalmente correcto:

—Por favor, ¿cómo voy desde aquí hasta Alt-Bunzlau?

Su pregunta sin sentido me recordó que estaba hablando con un borracho al que era mejor contestarle a todo; le recomendé que justo después del puente girara a la izquierda y siguiera siempre los raíles del tranvía: así llegaría seguro a Alt-Bunzlau.

—Porque… —dijo sin moverse del sitio—, porque tengo que ir a Alt-Bunzlau.

Nada habría sido más desastroso que preguntarle por qué y dar pábulo a su insistencia. Por eso me contenté con confirmarle que el camino que le había indicado le llevaría con toda seguridad a su destino.

Pero no dejaba su «porque» ni su Altz-Bunzlau. Y fue entonces cuando se vio lo que se ocultaba tras aquel sinsentido:

—Porque… —repitió—, porque yo serví en Alt-Bunzlau. Nos han ocupado Austria.

Se colocó en posición, saludó y desapareció en medio de la noche lluviosa con paso torpe, desparrancado.

Lo seguimos con la mirada. Mi amigo, como ya he dicho un emigrante de 1934, es decir, todo lo contrario de un legitimista[138], empezó a sollozar sin reparos. Tenía, como ya he dicho antes, los nervios destrozados.

También a mí me asomaron después unas lágrimas, en la estación de Masaryk, y fueron lágrimas de rabia: en el rápido nocturno de Viena no venía un solo pasajero de la ciudad. Los vagones con los fugitivos no habían podido cruzar la frontera en Lundenburg.

La palabrita «nos», con la que mi interlocutor nocturno del puente de Štefanik me había impresionado tanto, volvió a salir en otra conversación, con un valor curioso e incluso divertido, del que quiero informar aquí. La historia sucedió mucho antes, hacia finales de la década de 1920, en la ciudad portuaria dalmacia de Spalato, conocida como Split, donde pasaba una temporada después de un viaje de vacaciones. Allí ancló una radiante mañana de verano un barco, cuya bandera yugoslava, visiblemente nueva, no cuadraba

con su estilo visiblemente pasado de moda. Igual de pasada de moda era la forma de actuar del marinerito de uniforme que, encorvado bajo el sol de la mañana, salió lentamente del muelle hacia tierra y en el que inmediatamente, por el brillo de sus galones y de las insignias en la gorra y en el uniforme, se reconocía a un oficial, a lo mejor era incluso el capitán, en todo caso, un marinero de alto rango y edad, con un bigote cano, amarilleado por el tabaco, muchas arrugas en la cara y una nebulosa mirada azul. El aire y la desidia de la mañana de verano propiciaron que me dirigiera a él y le preguntara, como inevitablemente, por el tipo y la procedencia del curioso barco que estaba en el puerto. El hombre amarillento se pasó el dedo por las ondas de su mostacho, al estilo de Francisco José, y miró unos segundos con sus ojos azules al vacío antes de responder, en aquel idioma tan lleno de mezclas, que se hablaba como «alemán de frontera» entre los Balcanes y el Adriático:

—Sí, sí —dijo asintiendo—. El barco. ¿Sabe usted? Antes era nuestro, y luego nos lo ocupamos…

Desde entonces han transcurrido años y décadas. No es muy probable que aquella chalupa que primero fue nuestra y de la que después nos apropiamos siga surcando los mares, y, si lo hace, no llevará el timón un anciano de bigote ensortijado. El camarada del regimiento de Praga del último emperador austríaco podría estar vivo aún, y si lo está, quizá piense en sus tiempos de servicio en Alt-Bunzlau con una pena y una desesperanza mucho más profundas que entonces, cuando nos ocuparon Austria, porque entretanto «ellos» (la definición es intercambiable) también han ocupado Checoslovaquia, le han ocupado a él y nos han ocupado a nosotros. Pero el cambio que se inició entonces ha avanzado mucho en este tiempo, cada vez más, en todos los sentidos, también en lo referente al águila bicéfala. Entonces, antes de 1938, cuando los Estados que sucedieron a la vieja Austria eran más claramente reconocibles, lo único que hacían era resistirse, y precisamente por eso hacían todo lo posible por borrar sus rasgos diferenciales. Hoy, cuando, tal vez por ello, se han erradicado tantas otras cosas que jamás debieron verse erradicadas, y como los antiguos rasgos propios de su origen se pierden en huellas cada vez más pálidas… hoy ya no les molestan. Puede incluso que las reconozcan como suyas. Y esto no significa que protejan, por motivos históricos o propagandísticos, el

pasado oficial, sino un apego personal, sentimental, a la nostalgia de algo irremediablemente perdido, más allá del bien o del mal, más allá de toda política, incluso más allá de la razón. Existe, igual que los «pelos de gamuza interiores»[139] del austríaco que nos descubrió Herzmanovsky-Orlando, existe, por así decirlo, un «águila bicéfala interior». Haberle seguido el rastro, haber seguido de nuevo aquellas huellas evanescentes para dibujarlas y grabarlas, este me parece que es el valor duradero del presente libro: ahí radican, con todas las contradicciones que puedan presentarse de vez en cuando, su valor y su mérito.

Ojalá que estas sean solo algunas plumas arrancadas las que queden del águila bicéfala y que nosotros ahora, como se dice en Austria, podamos ponérnoslas en el sombrero. Y ojalá todo esto, como se dice en América, no sea más que un viejo sombrero[140]. Pero seguro que lo fue y Enrique II, el duque de Babenberg, solía decir en tales casos: «Que Dios me ayude»[141], seguro que fue un sombrero bonito.

Urbis conditor: el repostero local (1958)

En el Kohlenmarkt[142] de Viena, no «dentro del» Kohlenmarkt, lo que gramaticalmente sería correcto, pero prácticamente impracticable, porque el Kohlenmarkt hoy ya no es un mercado, sino una calle estrecha y elegante en el centro de la ciudad, en el Kohlenmarkt, pues, cerca del antiguo palacio imperial, se encuentra la repostería Hijos de Ch. Demel, llamada «Demel», o mejor dicho «el Demel». El artículo tiene función de respetuosa caricia, como las que se hacen solo a las grandes figuras del teatro. Nadie ha dicho jamás «Alexander Girardi»; se decía «el Girardi». Tampoco se dice «Paula Wessely», sino «la Wessely». Y se dice «el Demel». Se dice: «Vamos al Demel», o: «Quedamos a las cuatro y media en el Demel». Los verdaderos asiduos del Demel ni siquiera dicen eso. Se contentan con un simple «Quedamos a las cuatro y media». Ni esforzándose mucho podrían imaginar quedar en un sitio diferente. Pero no necesitan hacer semejante esfuerzo.

Cómo y con qué se hace uno un verdadero asiduo del Demel es una cuestión para la que no hay regla alguna, sino como mucho puntos de referencia. Lo mejor es venir ya al mundo siendo hijo de un verdadero asiduo del Demel. En tal caso la mayoría de las veces también se es nieto de uno e incluso recordará cómo en su primera visita el abuelo le contó con mucha melancolía cómo su abuelo lo llevó a él por vez primera. Porque el Demel es más que una institución. Es, en esto puede compararse a su vez con el teatro, y especialmente con el Burgtheater, una leyenda.

Claro que es una leyenda que no se contenta con serlo, que no se alimenta del pasado, sino que deja que el presente se alimente de ella. Una leyenda extremadamente viva, que se regenera continuamente. Tanto la repostería, solo superada por el bufet frío, como el bufet frío, solo superado por la repostería, nos aguardan siempre con nuevas delicias, con especialidades incomparables e inimitables: una sola de ellas bastaría para dar fama a la repostería. Un ejército invisible de entendidos, quizá enanitos con sombreros de azúcar en la cabeza y barbas de pura nata, trabajan sin cesar en

nuevas recetas, se les ocurren las combinaciones más refinadas que pueden darse en la escala de los matices del gusto, desde el agridulce hasta el picante suave. El asiduo del Demel que, tras varios meses de ausencia de Viena y por tanto del Demel, regresa a Viena y por tanto al Demel puede estar seguro de encontrar al menos dos patés y ensaladas que no ha probado jamás, al menos igual número de creaciones insospechadas entre tartas y pasteles, y posiblemente le sirvan justo ese día también una nueva *crème du jour*. Si se trata de un verdadero asiduo, nada de esto le sorprenderá. Lo cual no quiere decir, por otro lado, que lo deje indiferente. Solo que lo encuentra natural… tan natural como la eterna alternancia de las estaciones del año. Le embarga la misma sensación de bienestar que al mirar los primeros brotes verdes. En el Demel siempre es primavera.

Además de los asiduos innatos del Demel que, en su mayoría, son aristócratas, están también los que se han hecho asiduos con el tiempo. En su mayoría son aristócratas. Y, si no lo son por nacimiento, entonces lo son por el Demel: en parte precisamente porque van al Demel, en parte porque el personal les otorga el título de nobleza del Demel. Quien en el Demel no se apellida por lo menos *von* no es un verdadero asiduo del Demel. Este *von* se diferencia fundamentalmente del indiscriminadamente vulgar «señor barón» de los aduladores que buscan propinas. No se concede al azar, sino tras un largo y concienzudo examen. Y tiene mayor valor que cualquier rango académico u oficial adquirido con esfuerzo y honradez. Algún profesor, algún consejero ministerial (por no hablar del simple doctor) daría algo por apostrofar su título con el *von* del Demel. Pero puede esperar sentado…

Por otro lado, incluso al visitante de las clases bajas se le concede el honor de que se dirijan a él de forma indirecta, una mezcla, exclusiva del Demel, de plural mayestático y fría distancia que surge al eliminar el tratamiento. «¿Servido ya?» se mantiene en un punto discreto entre el demasiado abrupto «¿Le han servido ya?» y el demasiado devoto «¿Han servido ya al señor barón?». Uno se siente cuidado en la tercera persona, pero no apremiado. Se sabe uno en manos expertas sin percibir esta concesión como un favor. ¿Necesario saber algo más? Entonces por favor vayan al Demel. Las definiciones aquí solo podrían causar un gran daño. Porque también

la atmósfera se crea en él siguiendo una receta cuidadosamente guardada.

De esta atmósfera forman parte el delicado y nada llamativo traje de enfermera del personal y la decoración pasada de moda de las mesas; forma parte el hecho de que sea probablemente el único lugar del mundo donde no se cobra un suplemento por el servicio; también el «Salón de fumadores» denominado así al efecto. Quien quiera fumar en las otras dependencias no tiene que pensar que está prohibido, pero le aclararán que no está bien visto fumar fuera del salón. Tendrá que traerse el cenicero de un rincón difícilmente accesible, si casualmente no lleva mechero tendrá que esperar mucho antes de que le den uno y tal vez le hagan esperar más lo que ha pedido.

Esto, en cualquier caso, depende sobre todo de cómo se comporte uno con la camarera. Es sabido que en todos los locales públicos al personal se le asignan determinadas mesas, que forman una «sección». En el Demel, el personal se divide no entre mesas, sino entre clientes. Mejor aún: se reparten los clientes de una vez para siempre. Da igual donde se siente, uno pertenece a una determinada camarera y solo a ella. Esta relación de pertenencia resulta tanto más implacable cuanto más asiduo es el cliente del Demel. Si un cliente es de la señora Paula, ninguna señorita Grete y ninguna señora Berta se atreven a servirlo, a no ser que la señora Paula libre ese día. Eso se le comunica también inmediatamente, para que no se asuste y se entregue confiado a otra camarera. Para clientes especialmente asiduos existe una jerarquía de sustitución organizada hasta en tres niveles. Únicamente en caso de epidemia podrían darse pequeños contratiempos.

Por cierto, la señora Paula no se llama Paula, sino Grete. Pero cuando hace ya mucho, debe de hacer ya décadas, la señora Paula entró en el Demel, había ya una Grete y, por consiguiente, a la nueva Grete le dieron otro nombre. Hoy ya no sabe por qué se decidió entonces por Paula. Tampoco recuerda apenas que en realidad se llama Grete. Un día que estaba de buen humor me confesó que también su marido la llama Paula desde hace tiempo. Y la nueva Paula, que entretanto ha entrado en el Demel, se llama Lina.

Para mí, la señora Paula y el Demel son conceptos idénticos,

igual que mi niñera era para mí idéntica al parque municipal, y más tarde mi profesor de latín de generosa mirada era idéntico al liceo (o a sus horas mejores). Y me trata en consecuencia.

A veces hasta el cliente asiduo del Demel se enfada un poco: porque el servicio no es como debería, porque le mandan sentarse en un sitio malo, porque no sabe qué hacer con el abrigo (no hay ropero), porque está sentado en un sitio estrecho e incómodo. A veces hasta el cliente asiduo del Demel se pregunta si ese nombre no se habrá convertido ya en un fetiche vacío, y qué es lo que en realidad lo lleva a aguantar una y otra vez todas esas incomodidades, y por qué en realidad sigue yendo al Demel. Y además puede suceder que, justo en ese momento, tenga que pedirle por tercera vez a la señora Paula, cuando pase por delante de él con sus pasos cortos y apresurados, que recoja ya y haga un poco de sitio en la mesa. La señora Paula lo hace y avanza unos pasitos más, pero de repente se da la vuelta, vuelve a poner la taza en la mesa y señala con dedo admonitorio al resto de chocolate que está sin beber:

—Lo mejor se lo deja usted —dice la señora Paula, y entonces ya sí que uno sabe por qué va al Demel.

Si mi vínculo con la señora Paula procede efectivamente de mi infancia, como me gustaría creer, o si procede de los años del liceo, es algo sobre lo que hasta hacía poco había una agradable penumbra. Pero ahora, por desgracia, ya se ha aclarado.

Estaba con un amigo, también uno de los clientes asiduos del Demel, enfrascado en una de esas discusiones que inevitablemente surgen de tanto en tanto entre los clientes asiduos del Demel. Se trataba de ver quién de los dos era el más asiduo y a quién tenía la señora Paula bajo su protección desde hacía más tiempo. Mi rival no tuvo reparo alguno en plantearle abiertamente la pregunta a la señora Paula. La señora Paula apretó los ojos tras los cristales de las gafas unos pensativos segundos, luego se volvió hacia mí excusándose:

—No me lo tome usted a mal —dijo—. Pero yo creo que a este joven lo conozco desde hace un poco más de tiempo.

El joven, un corpulento cincuentón con calva, no tenía más que unos años más que yo. Habría podido ser perfectamente al revés.

Cabe consignar otra ocasión en la que la señora Paula conservó

su tacto infinito y su cordialidad, y esta ocasión no fue tan inocente. Ocurrió a mi regreso de la emigración, unos años después de acabar la guerra. Huelga decir que el camino al Demel era uno de mis favoritos. Me senté en una mesa al lado de la entrada y esperé, no del todo sin que me latiera el corazón, a que la señora Paula se dejara ver (ya me había informado previamente de que seguía allí). Apareció bien pronto por la puerta giratoria, que custodia, tras sus alas de cristal lechoso, los misteriosos campos de la repostería, apareció y se detuvo, y entonces, pensé, ocurriría lo que entonces ocurría muchas veces en similares circunstancias: la alegría del reencuentro, auténtica o fingida, solía encontrar su expresión en fórmulas al uso, dar pie a todo tipo de preguntas y respuestas, mezclarse con todo tipo de suspiros y recuerdos, y a los dos minutos ya se había pasado.

No ocurrió nada de eso: la señora Paula desapareció en la cocina y yo empecé a resignarme a la triste posibilidad de que no me hubiera reconocido. Al fin y al cabo hacía más de una década desde mi última visita al Demel.

Pero de pronto reapareció, en mi mesa, colocó delante de mí un cuenco lleno de algo obviamente delicioso, que poco después se reveló como *crème Grenoble* y dijo:

—Creo que esto no lo ha probado aún.

Eso fue lo único que dijo. Y fue suficiente para borrar una década de ausencia.

Desde entonces ha pasado otra década por el repostero de Viena, no sin dejar rastro (tampoco puede dejar de hacerlo), y los granos de moca, maravillosamente delicados, en las pequeñas cajetillas de cartón con la etiqueta de proveedor de la corte, se preparan ahora con modernas recetas: una cosa no perjudica la otra, los granos de moca pueden ponerse en casa en otro sitio y se puede tirar la cajita, aunque también se puede utilizar para otros fines, porque el cartón es de una calidad excelente, es «genuino material de tiempos de paz», es decir, de los años de la paz verdadera, los años anteriores a 1914, cuando los hijos de Ch. Demel eran aún proveedores de la corte imperial y real. La señora Anna Demel, la última en llevar el apellido, falleció hace tres años, a la misma edad que el emperador Francisco José, a los ochenta y seis. Pero ella se cuidó infinitamente mejor que él del futuro de su imperio. Bajo la adorable vigilancia de

la tía Minna, su hermana menor, los laboriosos enanitos trabajan detrás de las puertas de cristal lechoso para que la repostería Demel se afirme contra el paso del tiempo. Y, en efecto, cuando uno está en el Demel, casi tiene la sensación de pertenecer a un movimiento clandestino de resistencia. Con más fuerza que en otros lugares se hace aquí patente que en Viena es donde mejor funcionan las leyendas, con más fuerza se hace aquí presente el pasado: como algo completamente vivo, como ese hoy que para el vienés ha sido siempre la inevitable fase de transición a un ayer mejor.

De forma más enigmática y real que en ningún otro lado, el ayer y el hoy se funden en el Demel uno con otro. Es como si lo pasearan a uno y lo dejaran delante de la puerta en un coche de punto. O como si la guardia imperial estuviera formada en el cercano palacio. O como si la repostería Demel continuara funcionando aún.

Sacher y contra Sacher[143] Aproximación con rodeos a la disputa vienesa sobre tartas (1961)

En tiempos remotos vivía en el este un hombre que tenía una receta de incalculable valor de alguien que lo quería mucho[144]. Era la receta de la tarta Sacher. Y diciendo esto he llegado ya al *Tafelspitz*[145].

El consternado lector verá enseguida la relación. En parte es de carácter culinario general, en parte de admiración personal. Porque precisamente a mí, que he cantado ya en repetidas ocasiones las excelencias de la repostería Demel, me parece muy necesario elogiar también de una vez por todas el *Tafelspitz*, el célebre plato de carne del restaurante Sacher. Tanto en el corte como en la preparación, tanto con compota de manzana como con salsa de cebollino, constituye una de las cimas absolutas del arte culinario. Es más delicioso que todo lo que se encontraba en ese tiempo bajo el epígrafe «Carne de ternera» en la carta de

Meissel & Schadn.

Y recuérdese que no era poco.

¿Alguien lo recuerda? El restaurante de este respetable hotel (Meissen con «e», Schadn sin ella, para evitar feas asociaciones[146]) fue durante años el bastión de los amantes de la carne de ternera. En la Segunda Guerra Mundial fue destruido por las bombas aéreas. En la Primera (exactamente en septiembre de 1916) cayó allí, víctima de un atentado, el conde Stürgkh, primer ministro de la monarquía imperial, precisamente mientras estaba comiéndose su carne de tenera. El terrorista fue condenado a cadena perpetua y en 1918 puesto en libertad gracias a una amnistía del emperador Carlos I. Se llamaba Friedrich Adler, era hijo del fundador de la socialdemocracia austríaca, Victor Adler, fallecido recientemente en Suiza. Estos recuerdos hacen acto de presencia cuando piensa uno en la carne de ternera de

Meissel & Schadn.

De ahí procede la denominada «tradición» que en Viena, más que un plato en sí, es, en cierto modo, una especie de guarnición. Podría pensarse que el camarero, después de haber servido la carne y puesto al lado las patatas asadas, cuidadosamente separadas de las espinacas, le dijera al cliente:

—¿Le sirvo también unas cuantas reminiscencias históricas, señor?

Entretanto forma también parte de esas reminiscencias históricas la época en que en los menús de los restaurantes vieneses, en todos, no solo en los más elegantes, había un apartado propio con el epígrafe «Carne de ternera», que tenía una existencia voluminosa y con los mismos derechos entre los «Platos preparados» y los «Platos por encargo». Había *Tafelspitz* [147] y «carne de pierna» y «colita de cuadril», que podía pedirse «partida» o «sin partir». Había carne de ternera «con guarnición caliente» y carne de ternera «con guarnición fría», que no se amoldaba a una definición fija y que se dejaba a la deliberación entre cliente y camarero. Había también «falda blanca» y «falda negra» y «falda de paletilla», había «punta de morrillo» y «punta de caballero», que, sin embargo, como se podría suponer, no era la mejor de las «puntas» (la punta de la punta, por así decirlo), sino la parte superior del morrillo, especialmente tierna, y como tal limitada solo a una pequeña porción, puesto que no se sacaban de ella más que cuatro o cinco raciones, por lo que en muchas cartas ni siquiera aparecía. En la carta del Grand Hotel, un paraíso de la carne de ternera también desaparecido, donde hoy se encuentra la Comisión para la Energía Atómica, la punta de caballero aparecía en el menú pero sin indicación del precio, y además tachada porque las pocas raciones estaban reservadas siempre para clientes habituales; solamente querían demostrar que la trabajaban.

Las otras denominaciones específicas que puedan resultarle familiares al experto en carne de ternera, como la «cadera», el «tarugo», la «bola» o el «martillo» (que puede ser «seco» o «graso», pero que en ningún caso debe confundirse con el martillo homónimo del Schadn [148]), son terminología de carnicero y no del negocio hostelero. Lo que, por ejemplo, se compra como «funda» llega a la mesa como «falda», y, por ejemplo, el pedido de un cliente: «Póngame un buen delantero, ¡deshuesado!» dejaría

perplejo al camarero. El carnicero, por el contrario, sabría satisfacer a la perfección el deseo de un cliente con una buena colita de cuadril; claro que no lo sabría por ser carnicero, sino por comerlo.

Llevaría muy lejos explicar aquí todas las combinaciones y complicaciones posibles. Pero basta con decir que hasta 1938 en los restaurantes de Viena se podía elegir entre seis o siete especialidades de carne de ternera, no solo de diferente nombre, sino también de preparación completamente diferente, y que tanto cliente como camarero conocían muy bien esa diferente tipología. En Meissel & Schadn ocurrió en una ocasión que un cliente habitual, después de consultar con todo detalle con su camarero habitual, se decidió por un *Tafelspitz* con patatas con mantequilla, judías verdes y salsa de eneldo, y que el camarero, mientras construía el encantador espectáculo de fuentes, bandejas y terrinas en la mesita de servir, se le acercó disculpándose al oído, que le esperaba lleno de alegría:

—Lo siento mucho, pero el *Tafelspitz* se ha acabado. Me he permitido traerle unas tiras de carne de falda negra. Muy buena, muy tierna, muy hecha.

Y entonces el cliente le echó una mirada fulminante, se levantó sin prisa y con este mordaz reproche:

—¡Entonces podría haberme traído usted igualmente un filete hervido! —salió del local seguido por las respetuosas miradas del camarero, que se inclinó en silencio.

Quien haya estudiado en alguna ocasión la descripción esquemática «La ternera» en un libro de cocina vienesa medianamente útil, sabrá que el *Tafelspitz* y la falda negra están como máximo a unos diez centímetros de distancia. Y para una ternera en realidad eso no es distancia alguna.

Después de esto se comprenderá que no pueda elogiar la casa Sacher en un tono más excelso que comparándola con Meissel & Schadn y que en cualquier momento me halle dispuesto a hacer una declaración jurada de la calidad del *Tafelspitz* del Sacher.

En cambio, por lo que concierne a la tarta Sacher, insisto en lo dicho ya ante la mesa o, para evitar dobles sentidos gastronómicos, ante la mesa del juez: que la tarta Sacher original, en tiempos de Anna Sacher, no estaba cortada al medio con un relleno de

mermelada; que simplemente se ponía una capa muy fina de mermelada bajo la capa de chocolate para hermanarla suavemente con la pasta, y que la tarta en esa forma original no se hace hoy en día en el Sacher, que ha pasado a otras manos, sino en la repostería Demel, que compró la receta en la década de 1930 a Eduard Sacher, el último retoño masculino de la casa.

Diciendo esto me pongo del lado de los perdedores. Porque el Tribunal Provincial ha fallado en segunda instancia a favor del Sacher en el caso, pendiente desde hace muchos años, y le ha reconocido únicamente a él el derecho de la denominación «tarta Sacher original» y el uso del sello redondo de chocolate, mientras que Demel solo puede poner a su tarta un sello triangular y, como la receta hace ya mucho que ha pasado a dominio público, solo puede llamarla con el nombre que recibe en cualquier libro de cocina: «tarta Sacher».

El duro golpe del juicio en segunda instancia pierde, no obstante, su fuerza y su claridad si se observan con detalle los argumentos del pleito. Se remontan hasta el siglo pasado, no tanto como deberían en realidad (no hasta aquellos lejanos días en que el aprendiz de cocina Franz Sacher llevó la tarta por vez primera a la mesa del príncipe Metternich), pero sí a los comienzos del período de esplendor de la casa, hoy legendario, bajo el gobierno de Anna Sacher
(1892-1930).
En la primera fase, evidentemente la más larga, de este período de esplendor, la tarta Sacher no se cortaba por la mitad ni se rellenaba con mermelada. El cambio se produjo… «en la segunda década del siglo XX». Y con ello, en tanto que «original» significa lo mismo que «genuino» (como sin duda lo es en origen), queda demostrado a la perfección que la tarta Sacher original es la que hace Demel. Es decir: estaría demostrado, si el lenguaje y la lógica sirvieran de prueba, si la otra, la tarta Sacher rellena de mermelada, no tuviera también el fatídico derecho a ser un producto original de Sacher.

Cómo llego a serlo es algo que quedará sin explicación. Tal vez fue realmente a finales de aquella dúctil «segunda década», probablemente en 1919, en una época de decadencia generalizada de las costumbres y de todo lo demás, que afectó no solo a la casa Sacher, sino también a la casa de Habsburgo, establecida desde

hacía muchísimo más tiempo en la plaza local. Tal vez por entonces ya no se ocupara de las cosas la anciana señora Sacher; tal vez no hubiera nadie allí para defenderse de las manifestaciones de decadencia, o para pronunciar con el cucharón en alto, amenazador, un «*principiis obsta!*» cuando un día el pastelero jefe, al probar la masa de la tarta, hizo una mueca, se dirigió a su ayudante diciendo: «¡Hoy ha quedado un poco seca!» para luego añadir, en un acceso de inspiración repentina: «¿Sabe qué? ¡Hágale un corte en medio y ponga ahí una capa de mermelada!». Es posible. La historia conoce ejemplos de innovaciones revolucionarias que acontecieron de forma parecida.

En cualquier caso, las confusas generaciones posteriores tendrán que hacerse a la idea de que hay dos tartas Sacher originales, una primigenia y otra posterior, una del siglo XIX y otra de la segunda década del XX, y el hecho de que la última se haya impuesto a la primera, lo que en el caso de las producciones originales no es precisamente la regla, justamente desdibuja su origen.

Pero contra esto en realidad fue contra lo que la repostería Demel hizo su cruzada, y, como se suele decir, la tendrá que seguir haciendo, hasta el Tribunal Superior. Para este no es cuestión, o eso me parece, de placer o de ganancias, sino de una verdad histórica, que es la misma que la culinaria. Porque la repostería Demel (nunca se insistirá lo suficiente) no lucha por que su tarta Sacher sea calificada de «original». Solo quiere que esta denominación no se aplique a la tarta Sacher del Sacher. Lucha contra el hecho de que de dos originales sea justo el que ha nacido más tarde el único que tenga validez como tal. No quiere ver vendido el derecho de primogenitura por una capa de mermelada. Es un caso clásico de *pour l'art l'art*, de *marmelade pour marmelade*. Es, y así el aparente anacronismo se actualiza al máximo, un enfrentamiento ideológico. Para hacer negocio ni la firma Demel necesita vender la tarta Sacher ni la firma Sacher utilizar la etiqueta de «original». Las ingentes multitudes que vienen, en su mayoría del extranjero, con el capricho de probar una tarta Sacher de todos modos consideran la que hace Sacher como la original y buscan en Demel otras cosas que tartas Sacher.

Mientras en Sacher siga habiendo el incomparable *Tafelspitz* y en Demel la incomparable *crème du jour*, mientras Sacher siga siendo el Demel de los restaurantes y Demel el Sacher de las reposterías, mientras nos alegremos de tener a dos tipos así, no tendrían que discutir por una etiqueta que o merecen los dos o no merece ninguno. Ojalá que este llamamiento les llegue al corazón. Procede de la fuente más imparcial posible. Procede de alguien a quien la tarta Sacher, de las dos formas, con mermelada o sin ella, no le gusta nada.

Tratado sobre el café vienés (1959)

Viena es la ciudad de las leyendas vivas. Las malas lenguas dicen que las leyendas son lo único que funciona en Viena, pero esto es una exageración. Quien recuerde la Viena depravada, letárgica y vegetante de los años de entreguerras o la Viena lastrada por las bombas y la ocupación de después de 1945, podrá comprobar a simple vista de qué favorable forma ha cambiado y qué novedosas, qué reales, qué lejos de la leyenda y qué ajenas a la leyenda son estas tranformaciones. Pensemos en la solución de los problemas de tráfico de la gran ciudad, en los amplios pasajes subterráneos en los cruces de calles demasiado transitados, en las escaleras mecánicas y los bloques de casas, en el estadio y en la Höhenstrasse, en la configuración moderna de los jardines públicos… ay sí, se han hecho muchas cosas y en los carteles de una exposición itinerante sobre la Viena de hoy, que hace poco ha recorrido varias ciudades de la República Federal, destacaba en grandes letras el eslogan «Viena, la ciudad del trabajo», sin que por todas partes se oyeran sonoras carcajadas.

Porque ni las casas baratas ni el verde de los parques públicos ni la moderna reglamentación de tráfico, por muy meritorios que sean, son en absoluto típicos de Viena. Cosas así también las hay en otros sitios, y a menudo en otros sitios no hay nada más que esto. Típico de Viena, y solo de Viena, es, igual que antes, que las leyendas sigan vivas. Y seguirán vivas mientras haya realidades que se guíen por ellas. Porque en Viena no sucede que la realidad de un hecho vaya palideciendo poco a poco y se convierta en leyenda. En Viena la leyenda se hace realidad. Cuando los vieneses se habían cantado ya suficientemente unos a otros en las bodegas de vino joven lo campechanos que eran, no podían desmentirlo y se volvían campechanos. Cuando Arthur Schnitzler creó en sus obras de teatro el tipo de la «dulce jovencita», surgió la dulce jovencita. También el hecho de que Viena tenga que ser, según el caso, la ciudad de las canciones, una ciudad de cuento agonizante o siempre la ciudad de mis sueños, quedó estipulado por los correspondientes textos, y

cunde el temor de que los árboles del Prater no puedan florecer si antes no han recibido la aprobación lírica. (Viéndolo con detalle, se sentirá uno tranquilizado por la espléndida voluntad de compromiso del autor del texto: «En el Prater vuelven a florecer los árboles»[149], dice expresamente y concede así a la naturaleza cierto derecho de prioridad).

Sea como sea: desde los lipizanos de la Real Escuela de Caballería Española hasta el palacio y la ópera, desde el restaurante Sacher hasta la repostería Demel, es la realidad la que sigue a la leyenda, la que casi la emula: son las leyendas vivas lo que decididamente caracteriza a Viena.

La más complicada de todas estas leyendas es la del café vienés. Tratemos de aproximarnos a las complicaciones por el camino más recto. Hagamos una afirmación pura, sencilla: «Un cliente está tomando un café en el café».

Uno diría que esta frase no deja nada que desear en cuanto a claridad. En realidad deja todo que desear. Expresa algo, pero no dice nada. Ni uno solo de los conceptos con los que opera es claro. Más bien se plantean de inmediato una serie de incógnitas de las que aquí solo podemos recoger las tres más importantes:

¿Quién es el cliente?

¿En qué tipo de café está?

¿Qué café bebe?

La última pregunta es la más fácil de contestar, y la más fácil de entender para los legos. Incluso un lego entenderá que en Londres, por ejemplo, no puede ir a la Cunard Line[150] y, cuando le preguntan qué desea, responder sencillamente: «Un barco». Tampoco puede, por tanto, ir a un café vienés y pedir sencillamente «un café». Allí hay que expresarse con algo más de precisión. Porque el número de tipos, modos de preparación, colores y cantidades para elegir no tiene fronteras o las tiene solo a una distancia nebulosa, y quien no quiera perderse en ella bien hará en retener al menos un par de conceptos básicos. De lo contrario podría acabar creyendo que el pedido «marrón nuez», que el camarero acaba de hacer a la cocina con una abreviación indiferente, alude al color del café solicitado, cuando en realidad se refiere al tamaño de la taza en la que se sirve; el nombre completo no sería siquiera «un cuenco de marrón nuez», sino «un cuenco de

nuez marrón». «Cuenco de nuez» designa con un gran sentido poético el más pequeño de los tres tamaños al uso. El mediano se denomina *piccolo* y no debe confundirse con el aprendiz de camarero de igual nombre, que en la jerarquía hostelera ocupa el rango inferior y viene a ser el cuenco de nuez de los camareros. La medida mayor es el «cuenco de té» que, cuando en efecto lleva té no se llama «cuenco de té», sino «cuenco con té» (por «taza» se entiende en Viena el platillo de debajo).

En cuanto a los modos de preparación, el café «normal» hoy hay que pedirlo expresamente: de lo contrario le traen a uno automáticamente un café *espresso*. En muchos locales ya ni siquiera hay otro, especialmente en los más pequeños, que no pueden permitirse dos máquinas diferentes y prefieren la máquina *espresso*, más rentable. El *espresso* puede prepararse «corto» o «largo», según la cantidad de agua utilizada. El «corto» va desplazando poco a poco al «turco», tan apreciado otrora por su potencia, que se hierve y se sirve en una jarra de cobre. El *café filtre*, tan típico de Francia, no se ha impuesto nunca en Austria. Y se entiende que en los locales denominados «Espresso» no sirvan café «normal».

Pero es ese café «normal», preparado «a la vienesa» o «a la karloviana», el que ha dado pie a la fama del café vienés y el que garantiza hasta hoy la variedad de posibilidades a la hora de pedir; a ese café es al que hay que agradecer la *mélange* y el «capuchino», el «marrón» y el «cuenco de oro», denominaciones que en alguna medida revelan la proporción en que se mezclan café y leche: en la *mélange* en partes prácticamente iguales, en el «cuenco de oro» con un claro exceso de leche, en el «capuchino» con un exceso aún mayor. Conocer estas combinaciones es un requisito imprescindible para poder pedir con cierta profesionalidad. A esto hay que añadir el «negro» o «moca», que no precisa de ninguna explicación, el «solitario» (un negro en vaso con mucha nata), el «mazagrán» (un moca frío con cubitos de hielo y ron añadido) y una cantidad inabarcable de variantes de los colores básicos ya mencionados, según las preferencias o aversiones del cliente, y por lo general indicadas con un «más claro» o «más oscuro» añadido al pedido. Un camarero perfeccionista de la vieja escuela del Herrenhof llevaba siempre una carta de colores de barnizar con veinte tonalidades numeradas de marrón y tenía la ambición de procurar a sus clientes

el café en la tonalidad deseada. Los pedidos y las quejas solo se formulaban en aquellos días indicando el número: «¡Por favor, un catorce con nata!» o: «Hermann, ¿esto qué es? ¡He pedido un ocho y me trae usted un doce!». Pero esto eran bobadas que no pasaban de ahí y que no aspiraban a tener validez general, como no la tenía el «turco Sperber», un «turco» doble, hecho con terrones de azúcar, que al abogado vienés Hugo Sperber le gustaba tomar en el café Herrenhof antes de sus extenuantes juicios; o el «cortado Neumann», la invención de otro cliente habitual llamado Neumann, en la que la nata no se echaba sobre el café ya hecho, sino en la taza vacía y luego se «cortaba» con café caliente.

No puede exigirse al cliente medio que conozca todos estos matices y detalles, aunque solo sea porque hoy en día el camarero medio de un café tiene unos conocimientos extremadamente escasos e ignora incluso lo más general. Es hora, pues, de decir que muchas cosas de las que se han dicho hasta ahora se remontan a un pasado irrecuperable y que en la vida del café vienés se han obrado transformaciones notables, incluso fundamentales.

Dejamos así los diferentes tipos de café que un cliente puede (o podía) beber en un café vienés y llegamos a nuestra segunda incógnita, la que se planea en torno a los diferentes tipos de locales que existen… y que ya no existen. Pero, como entre los tipos de cafés y los tipos de clientes hay un vínculo causal inseparable, porque se forman y se condicionan unos a otros, se responderá en este contexto también a la incógnita sobre el cliente que frecuenta… y que ya no frecuenta un café vienes.

Sería una empresa sin futuro tratar de hallar un denominador común para el variado fenómeno del «café». Sus tipos difieren mucho unos de otros. Ese «pequeño café en Hernals», donde una canción popular de la década de 1930 decía que «un gramófono de tono suave» tocaba *an English valse* no tiene nada que ver con el conocido como «café literario»; el café de la City, de cromo resplandeciente, pegado la mayoría de las veces a un elegante hotel, nada que ver con el *Beisel* situado en una estrecha calle lateral, que los suizos conocen en la forma *Beitz* para designar una taberna[151]. Manifestaciones periféricas como el «café-repostería» o el «merendero» del campo no pueden considerarse aquí.

Diferente y mucho más complicada es la cuestión del «café

restaurante», que empezó a ponerse de moda en 1925 y supuso, mucho antes de los «Espresso», la auténtica y radical conmoción del café clásico. Hasta entonces no servían en los cafés nada de comer «de verdad», a excepción de los infinitos tipos de pastas y demás bollería (a la que habría que dedicar un capítulo aparte). Había sándwiches y, si tenía que tratarse de algo caliente, unas salchichas o un plato de huevos: soluciones de emergencia pensadas y entendidas como tales. Pues al café no se venía a comer, sino después de comer, y no por el alimento físico, sino por el intelectual. La irrupción de cocina y bodega en el negocio del café, la aparición de amplias cartas de comidas y de bebidas con «menús» regulares fue más que una simple ruptura formal con una tradición de siglos. Fue la primera y fatal concesión a los tiempos de cambio, una claudicación ante sus tendencias materialistas, una confesión resignada de que cada vez había menos gente dispuesta a sacrificar por el *colloquium* y el *convivium* aunque fuera una sola comida caliente (o a tomarse esa comida en otro lugar). El servicio al espíritu sucumbió ante el servicio al cliente.

Pero, como son las cosas en Viena, y como lo serían también después para los «Espresso»: la victoria no se aprovechó, sino que, negligente, ciega, maltrecha, se embarrancó en ese punto de indecisión del que sigue naciendo aún una decisión que el austríaco es capaz de tomar sin esfuerzo: no tomar ninguna decisión. En cierto modo fue una victoria pírrica. Porque la gran defunción del café, que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial, afectó principalmente al café restaurante y sin duda se debió también a que ya no había una verdadera necesidad de esa forma mixta. En el restaurante normal, donde puede comerse mejor y más barato, había también muy buen café desde la introducción de las máquinas de *espresso* (cosa que antes no siempre ocurría), y quienes querían leer periódicos o reunirse con los amigos preferían el «auténtico» café, que seguía existiendo igual que antes.

Y que siguen existiendo igual que antes. Nunca se insistirá demasiado en que ellos representan la idea de «café vienés», ellos y no el café literario que, especialmente en el extranjero, suele identificarse con el café vienés, lo cual es comprensible, puesto que inevitablemente fueron los hombres de letras quienes escribieron sobre el café, y quienes inevitablemente se basaron en lo que veían

en «su» café, es decir, en un café literario. El café literario puede que sea la manifestación más indeleble del concepto de café, pero no es representativo de él, y ni siquiera representa un tipo de café bien perfilado, que pueda definirse con claridad. Lo que en tiempos posteriores sí podía saberse con toda claridad era qué café literario iba en cada momento «en cabeza», por ejemplo, el café Griensteidl, donde en 1890 se reunían los representantes de la otrora «Joven Viena» (Schnitzler, Hofmannsthal, Beer-Hofmann, Hermann Bahr), y de cuya demolición Karl Kraus sacó la idea para su primera revista polémica, *La Literatura Demolida (Die demolierte Literatur,* 1896), antes incluso de la fundación de *La Antorcha*. Después vendría, con Karl Kraus, Peter Altenberg, Egon Friedell y Alfred Polgar, el café Central, que mantuvo su categoría hasta finales de la Primera Guerra Mundial y que sería reemplazado por el café Herrenhof, el último de la gran serie, cuya clientela estelar quedó definida por los nombres de Hermann Broch, Robert Musil, Franz Werfel y Joseph Roth. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Herrenhof conoció un renacimiento breve, un poco asmático, antes de convertirse en un comedor para funcionarios de los ministerios adyacentes y cerrar sus puertas definitivamente en 1960.

Estos fueron, pues, los principales, los cafés literarios en sentido estricto. En sentido lato se correspondían con la imagen al uso, asociada a esta denominación, más o menos todos los cafés en los que se reunían con regularidad individuos con intereses intelectuales y artísticos, lo que hoy se denominan «intelectuales». Había muchos de estos cafés, muchos, y hoy hay muy muy pocos.

Las causas, de tipo político, sociológico y técnico, son obvias. El público habitual de estos cafés era, como el público con intereses intelectuales y artísticos en general, en gran parte judío. Antes de 1938 vivían en Viena casi 250 000 judíos. Hoy quedan apenas 10 000. Eso por un lado, y encima no se puede discutir. Lo cierto es que tal circunstancia se hace patente también en otros ámbitos de la vida pública, pero en ninguno de una forma tan duradera y de tan drásticas consecuencias como aquí. Lo que no quiere decir que en Viena no haya ya hombres de letras, intelectuales o individuos con intereses intelectuales y artísticos. Pero no solo se han reducido sensiblemente en número: también lo han hecho sus posibilidades de ir al café. Están ocupados, y aquí entra en juego la sociología.

Tienen cosas que hacer. Ya solo son potenciales clientes habituales, no en la práctica. Tienen todos los requisitos de los clientes habituales, excepto ellos mismos. No tienen tiempo. Y tener tiempo es la condición más importante, imprescindible, de toda cultura de café (al fin y al cabo probablemente de toda cultura). Incluso los clientes habituales del antiguo café literario estaban ocupados: en parte precisamente con ir al café, en parte con cosas que se podían y se querían hacer en el café. Allí escribían y componían. Allí recibían y contestaban su correspondencia. Allí los llamaban por teléfono y, si no estaban, el camarero les cogía el aviso. Allí se encontraban con sus amigos y sus enemigos, allí había que ir si se quería hablar con ellos, allí leían el periódico, allí discutían, allí vivían: en su casa solo dormían (el *Almanaque Literario* de Kürschner dio durante muchos años como dirección de Peter Altenberg: «Café Central, Viena I»). Su verdadera casa era el café.

¿Por qué ya no lo es? ¿Y por qué no lo es tampoco para aquellos que reúnen las condiciones para habitarlo? ¿Es porque ya no pueden trabajar en el café? ¿Es por el café?

Es por su trabajo. Es por la técnica que, junto con la política y la sociología, ha creado un inquietante trifolio. Es porque los escritores actuales escriben directamente en su máquina de escribir y no pueden llevársela al café, porque dictan sus guiones radiofónicos a la secretaria, a la que tampoco se pueden llevar al café (o no para dictar), porque el director de producción del teatro televisivo y el director del programa de radio *La palabra cultural* tampoco van al café, y uno tiene que ir a verlos a sus estudios y a sus despachos… con razón, porque tienen tan poco tiempo como sus autores y ganan el mismo dinero. Y, evidentemente, todos tienen teléfono tanto en casa como en el despacho, por lo que no dependen de que los llamen gratis al café, ni de aprovechar para tener tres conversaciones en los seis minutos que les permite la inserción de una sola moneda. No solo tienen su propio teléfono, la mayoría de ellos también tiene su propio coche. Son exigencias profesionales. Hace ya mucho tiempo que no es un lujo. Un lujo es tener tiempo. Hasta los clientes más pobres de los viejos cafés literarios podían permitirse este lujo. Eran pobres y felices. Ganar dinero era para ellos algo casi insultante. Para pagar la cuenta, si es que no dejaban sencillamente a deber, estaban allí los mecenas, que

hoy ya tampoco hay, y de haberlos tampoco tendrían tiempo. Los clientes del actual café literario son sus propios mecenas. El café ya no es el principio y el fin de su existencia, sino en el mejor de los casos una pertenencia más. Ya no desempeña ningún papel. Pueden ir al café, pero no tienen por qué. Si van, le hacen un favor al café, no a sí mismos. Para ellos ya no es una necesidad vital, ya no es el mantillo sin el que se secarían, sin el que no podrían crecer ni producir nada.

Porque la fuerza productiva del café literario de antaño, entendido tanto en sentido estricto como en general, era enorme. En el café nacían y se rechazaban escuelas y estilos literarios, del café salían nuevos rumbos de la pintura, de la música, de la arquitectura.

Huelga decir que todos esos cafés tenían su tono y su ambiente propios, inalterables, celosamente guardados. Un cliente habitual del Central o del Herrenhof se habría sentido tan extraño, tan abandonado y tan rechazado en el Museum, el café de los pintores, como un cliente habitual del Parsifal, el café de los músicos, en el Rebhuhn, el café de los periodistas. Hoy los vestigios de esa naturaleza inconfundible caracterizan solo al Raimund y al Hawelka, dos cafés auténticos, el primero inclinado a la literatura, el segundo a las artes plásticas. Pero las fronteras fluctúan. En el Hawelka se ve también a escritores y periodistas, en el Raimund asoman barbas de pintores vanguardistas, y hay actores en ambos. La atmósfera imborrable e inalterada solo se puede encontrar de hecho allí donde no depende de los clientes, donde un local ha desarrollado y conservado su estilo propio: en el Demel o en el bar Kärtner, construido en 1907 por el arquitecto rebelde de Viena, Adolf Loos[152], hoy edificio protegido, o en algunas de las pequeñas y escondidas tabernas de vino joven. Y eso no son cafés.

No obstante, las tabernas tienen rasgos esenciales que las unen más íntimamente al auténtico café de lo que el auténtico café está unido al falso. Entre estos rasgos esenciales se encuentran la continuidad, la conformidad y la satisfacción, se encuentra la capacidad de trazar límites y no traspasarlos. Precisamente esos rasgos esenciales son los que uno encontrará en los auténticos cafés, que, a pesar de las agoreras profecías de las superficiales guías de viaje y de los creadores de decadencia, amantes de los clichés, no están agonizando, sino que simplemente se han refugiado en otras

demarcaciones, que ellos conocen. Se han retirado de la ciudad, que también aquí, en una concesión insultante al turismo internacional, se ha entregado a tan desoladora nivelación que dentro de pocos años nadie sabrá ya si el local en el que está en ese momento se encuentra en Viena, Copenhague o Buenos Aires. En este radio urbano el café vienés no tiene nada que hacer.

Pero justo más allá del Ring[153], cuando uno se va acercando al Gürtel[154], y donde Viena sigue siendo Viena, el café vienés continúa viviendo inalterado, con sus mesas fijas y sus clientes fijos, inamovibles, con el mismo camarero desde hace décadas, con sus partidas de tarok y de ajedrez y de billar como siempre, con periódicos para muchas horas y vasos llenos de agua fresca que siempre se renuevan, con soledad o con compañía, con silencio o con conversación, como uno quiera. Y, si no nos engañamos, desde allí se ha iniciado una reacción: el café se dispone a reconquistar y a cultivar su terreno perdido en la ciudad. Cuando hace aproximadamente una década se abrieron los primeros locales «Espresso», se presentaban como si fueran un tipo de café completamente nuevo: hacían poco por la comodidad y todo por la prisa del apurado habitante de la gran ciudad, le indicaban que tomara su consumición de pie o en el mejor de los casos en taburetes de barra, le ofrecían toda clase de tentempiés secos tras un horrendo cristal refrigerado y cuidaban de que todo hiciera honor a su nombre en todos los sentidos. Pero las cosas no tardaron en empezar a ir menos *express*. Subrepticiamente y al principio solo al fondo, empezaron a aparecer mesas y sillas, que fueron avanzando cada vez con más audacia hacia delante y en las que poco después se serviría un sándwich decente, un par de salchichas o un plato de huevos, igual que en el auténtico café. Y, cuando el local se expandió bien hacia atrás, bien hacia el piso superior, cuando, como por casualidad, aparecieron en las mesas los primeros periódicos vespertinos y poco a poco también los diarios y hasta los periódicos extranjeros más importantes, entonces ya no cupo duda alguna de hacia dónde se dirigía la evolución.

Si no fue el puro espíritu quien venció aquí, sí venció, incontestablemente, el espíritu del café. El espíritu informal, corrupto, invencible e incomparable del café vienés.

Réquiem por un camarero (1958)

El camarero Franz Hnatek ha fallecido. Cuarenta de los casi setenta años de su vida fue jefe de camareros en el café Herrenhof, es decir, desde su nacimiento (el del Herrenhof) hasta su muerte (la de Hnatek). Porque el café Herrenhof, el último de los cafés literarios de Viena, no vio la luz hasta el año 1918, casi a la vez que la República de Austria. Y al igual que la República sucedió a la monarquía, el café Herrenhof sucedió al café Central, situado justo al lado.

Hace mucho que el Central ya no es un café, sino que acoge los salones de venta de una empresa de importación y exportación, muy alejada de la literatura. El Herrenhof sigue siendo un café. De hecho, si se consideran todas las tasas impuestas por la historia, sigue siendo un café literario. Como tal lo guio uno de sus camareros más enérgicos, llamado Albert, a través de todos los avatares del régimen nazi, de la guerra y de la ocupación rusa. El camarero Albert es hoy (y no sin razón) el propietario del local y se llama señor Kainz. El camarero Hnatek, como jefe de camareros, se llamaba «señor Hnatek». No «camarero» y no «Hnatek» y tampoco siquiera «Franz» (que tenía un nombre de pila nadie lo supo hasta leer el obituario), sino «señor Hnatek». No podía ser de otra forma. En verdad era un señor, lo era mucho más que gran parte de aquellos a los que servía. Cuando con cuidado gesto inclinaba su alta figura para oír el deseo del cliente, uno cambiaba involuntariamente su tono de voz por un respetuoso susurro: automáticamente se sentía rodeado por esa atmósfera elegante y discreta de los clubes ingleses en los que el señor Hnatek se había formado. No recuerdo que alguien dijera alguna vez una palabra en voz alta al señor Hnatek. Quien conozca la clientela de un café literario sabrá lo que significa esta afirmación.

Sin embargo, este no es lugar ni para escribir la historia del café vienés ni la del café literario vienés, ni siquiera la historia del café Herrenhof, ni siquiera la historia del señor Hnatek, más o menos idéntica a ella. Solo para que el contemporáneo que aún sabe algo

—y sus descendientes sedientos de saber algo—, tenga un indicio de qué época tan increíblemente rica desde el punto de vista de la cultura pasó ante el señor Hnatek, cabe recordar que entre los clientes a los que servía se encontraban Hugo von Hofmannsthal y Franz Werfel, Robert Musil y Hermann Broch, Alfred Polgar y Joseph Roth. Y, si hubiera que explicar a alguien lo que fue en realidad el café literario vienés y qué cualidades debía tener un camarero en un café literario vienés, lo mejor sería contarle una de las muchas anécdotas que tienen y tendrán por centro al señor Hnatek.

La siguiente es de una época en que Franz Werfel, ya ampliamente conocido y ampliamente limitado por las ataduras de la fama en su adorada existencia bohemia, iba al café Herrenhof con muy poca frecuencia. Y entonces, un día (yo estaba allí, sentado al otro extremo de la mesa, un joven aprendiz literario aceptado con agrado), Werfel, a la hora de pagar, le indicó al señor Hnatek que le debía un capuchino y el señor Hnatek, con un discreto recordatorio, se inclinó hacia él:

—De la última vez, señor Werfel, tiene usted también una taza de marrón y una pasta.

Werfel, que naturalmente no se acordaba de esa última vez (había pasado bastante tiempo), y que igual de naturalmente no ponía en duda lo que decía el señor Hnatek, se disculpó rojo como un tomate (porque, como ya se ha dicho, por aquel tiempo era ya muy famoso y hacía mucho que había superado la fase de las cuentas sin pagar):

—No… no me diga —tartamudeó—. Discúlpeme, señor Hnatek, de verdad que no sé cómo me ha podido pasar.

Entonces el señor Hnatek volvió a inclinarse hacia él y le susurró suavemente al oído:

—Porque fue el día en que falleció el señor Von Hofmannsthal.

Con lo que el señor Hnatek quería decir que en un día así los escritores estaban tan abatidos que no podía tomárseles a mal que se olvidaran de pagar…

Hay que recuperar otro día y otra historia de la rica vida del señor Hnatek. Me la contó un amigo de intachable confianza, uno de los pocos habitantes del Herrenhof que a mi regreso encontré en la misma mesa de antes y, por lo demás, también intacto. Pero el

día del que se trata era el día en que las tropas aliadas entraron en Francia y en que en el interior del país los habitantes de la Marca Oriental [155] , opuestos al régimen, se hacían guiños y gestos unos a otros. También mi amigo y el señor Hnatek eran de allí, y los dos lo sabían. Y por eso, al pagar, el señor Hnatek se inclinó un poco más al oído del compañero secreto y preguntó:

—Señor redactor, ¿cree usted que los señores vendrán pronto?

Porque el señor Hnatek circunscribía la historia universal exclusivamente al café Herrenhof y para sus idas y venidas no tenía otra medida que la ausencia o la presencia de sus clientes.

Muchos, muchísimos no volvieron a ser atendidos por él. Esperemos, por el bien de ellos y del suyo, que haya en el cielo un café en el que vuelva a verlos.



Friedrich Ephraim Kantor, FRIEDRICH TORBERG para la literatura, nació en Viena en 1908, de una familia judía originaria de Praga. Fue una de las figuras más polifacéticas de la Viena de entreguerras: escribió novelas, relatos, poesía, ensayo, panfletos, fue periodista deportivo, jugador de waterpolo, guionista de cine y dirigió durante más de doce años el semanario cultural austríaco *Forum*. Su primera novela, *Der Schüler Gerber hat absolviert* (1930), fue un relato de fondo autobiográfico sobre un estudiante maltratado por un profesor; su repercusión fue tan polémica que a partir de entonces firmó con pseudónimo. Durante mucho tiempo estudió la figura de Süsskind von Trimberg, el primer trovador judío que escribió en alemán, al que dedicó una novela, Süsskind von Trimberg, en 1972.

En 1938 tuvo que exiliarse y gracias a la ayuda de Erika Mann llegó a Nueva York. Allí el Pen Club lo nombró uno de los 10 Grandes Escritores Antinazis en Lengua Alemana, junto con Heinrich Mann, Alfred Döblin, Franz Werfel y otros. En Hollywood firmó un contrato de guionista con Warner Brothers y compartió vivencias con Franz Werfel, Arnold Schönberg, Alma Mahler y otros europeos sin patria. En 1951 regresó a Viena. En 1975, su colección de recuerdos *La tía Jolesch, o la decadencia de Occidente en*

anécdotas fue un éxito tal que la editorial le encargó una segunda parte, *Die Erben der Tante Jolesch* [Los herederos de la tía Jolesch], que se publicaría en 1978. Pocas semanas antes de su muerte en Viena en noviembre de 1979 recibió el Gran Premio Nacional de Literatura de Austria.

Notas

[1] El primero es un conocido parque situado en las cercanías de un palacio, el segundo un conocido mercado al aire libre. El tren fantasma del Prater, el gran parque de atracciones vienés, fue una de sus primeras atracciones: un tren recorría una serie de grutas con personajes y escenarios de cuentos de hadas. Schönbrunn es el nombre del palacio imperial de Viena. [*Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique lo contrario, es de la traductora*]. < <

[2] Era el lugar favorito de veraneo de los emperadores austríacos. <<

[3] Eran los dos colores de la bandera de la monarquía de los Habsburgo, que también fue bandera del Imperio austríaco hasta 1867. < <

[4] Christian Morgenstern
(1871-1914)
fue uno de los poetas alemanes más significativos de la época. < <

[5] Se refiere a la Patente de Tolerancia dictada por el emperador José II en 1782 por la que se eliminaron algunas desigualdades y se abrió el acceso a la educación para todos los judíos. Fue el emperador Francisco José II el que en 1867 garantizaría de manera definitiva su emancipación gracias a la introducción de una serie de derechos igualitarios. < <

[6] El nacionalsocialismo. El marrón era el color de sus uniformes.
< <

[7] Con el término «Estado Estamental» o «Estado de Estados» denominan los historiadores no marxistas el conocido como «austrofascismo», el régimen autoritario que gobernó Austria entre 1934 y 1938. < <

[8] Jan Masaryk (1886-1948) fue un diplomático y político checoslovaco, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno checoslovaco en el exilio durante la Segunda Guerra Mundial y una destacada figura pública en la posguerra; su muerte abrió el camino para el control del país por parte del Partido Comunista de Checoslovaquia. Edvard Beneš (1884-1948) fue el segundo presidente checoslovaco entre los años 1935 y 1948, período interrumpido por la ocupación alemana entre 1938 y 1945, durante la que vivió en el exilio. < <

[9] Se refiere a la conocida obra del filósofo e historiador alemán Oswald Spengler
(1880-1936)
La decadencia de Occidente (1918). <<

[10] Robert Thoeren, cuyo nombre auténtico era Robert Thorsch (1903-1957),
fue en efecto un conocido actor, escritor y autor de guiones de origen austro-bohemio. < <

[11] El yidis, ídish, yídico o yídish, también conocido como judeoalemán, es la lengua hablada todavía hoy por las comunidades judías asquenazíes tanto del centro como del este de Europa, así como por sus descendientes en otros lugares del mundo. < <

[12] Se refiere al teatro popular (*Volkstheater*) escrito y representado exclusivamente en yidis. < <

[13] Son los escritores austríacos Franz Carl Heimito Ritter von Doderer (1896-1966), conocido como Heimito von Doderer, uno de los más importantes escritores de la posguerra, y su discípulo Herbert Eisenreich (1925-1986).

< <

[14] Práctico, realista, sensato. < <

[15] *Krautfleckerln* en el original. Se trata de un plato tradicional de la cocina austríaca y de la checa, en el que el ingrediente principal es una pasta muy popular en Austria denominada *Fleckerl*, guisada con repollo. < <

[16] *Mehlspeis* en el original. Se refiere a un tipo de comidas muy usual en las zonas meridionales de los territorios de habla alemana, cuyo ingrediente fundamental es la harina. Su origen se remonta al ayuno estricto impuesto durante la Cuaresma. <<

[17] Se denominan así las vastas extensiones de llanura esteparia típicas de las tierras llanas de Hungría. < <

[18] Es un tipo de baraja muy utilizada en Austria, Hungría y el sur de Alemania, llamada así porque la imagen aparece en ella de forma simétrica. Los palos representan cada una de las estaciones del año. < <

[19] Se refiere al periodista y reportero de lengua alemana nacido en Praga Egon Erwin Kisch (1885-1948). Participó en la Guerra Civil española, donde dirigió durante algún tiempo un batallón de las Brigadas Internacionales. Su obra más conocida es *El reportero veloz* (*Der rasende Reporter*, 1924). < <

[20] Este era el término utilizado en el gueto para los sirvientes de religión no judía en los hogares tradicionalmente judíos, los cuales llevaban a cabo actividades menores en el sabbath (*schabbes*), prohibidas a los judíos por razones de carácter religioso. < <

[21] Anton Kuh (1890-1941), escritor, periodista, artista y orador austríaco de origen judío, que murió en el exilio en Nueva York. <<

[22] Ernst Deutsch (1890-1969), alias Ernest Dorian, fue un conocido actor austríaco nacido en Praga. < <

[23] Se refiere a una de las comedias más conocidas del escritor y periodista berlinés Karl Ferdinand Gutzkow (1811-1878), *Der Königsleutnant* (1849). < <

[24] Se refiere aquí al novelista, dramaturgo y poeta austríaco nacido en Praga Franz Werfel (1890-1945).

< <

[25] George London (1920-1985) fue un bajo y barítono canadiense, muy conocido por sus interpretaciones operísticas. < <

[26] El vino kosher lleva la añada según el calendario judío. 5712 corresponde aproximadamente al año 1952 de la era cristiana, teniendo en cuenta que el año judío empieza entre septiembre y octubre, según el calendario lunar. Al preguntar por esa fecha, los dos clientes están seguros de que el camarero, por entendido que sea, no va a saber responder. < <

[27] Rabino o maestro: es la forma con la cual se denomina a los líderes de los movimientos jasídicos europeos. < <

[28] Walter Hasenclever
(1890-1940)
fue uno de los escritores más destacados del Expresionismo alemán. La obra a la que se refiere es el drama en cinco actos titulado *Der Sohn*, publicado por vez primera en 1914 y estrenado dos años después. < <

[29] La expresión *die Armut kommt von der Powerteh* (la pobreza viene de la *pobreté*), utilizada aún hoy en broma, procede de una de las obras más leídas de Fritz Reuter (1810-1874), *De mis años de voluntario* (*Ut mine Stromtid*, 1862), en la que uno de los personajes, el inspector Bräsig, concluye su discurso en la Agrupación Reformista con estas palabras. La palabra *pobreté* (*Powerteh*, en el original), es una forma desfigurada del francés *pauvreté*, «pobreza» y en la obra de Reuter es una clara alusión a la racanería de ciertos sectores sociales. < <

[30] Literalmente «ciudad leopoldina», llamada así porque fue el emperador Leopoldo I quien ordenó su construcción. <<

[31] Se denominan así las tres vocales que en alemán presentan una diéresis en su forma escrita, *ä, ö, ü*. Es el resultado de un proceso fonológico diacrónico característico de las lenguas germánicas, en las que una vocal o semivocal anterior que sigue a una vocal posterior es asimilada a esta última convirtiéndola en vocal anterior, lo que hace variar su pronunciación. < <

[32] Se refiere al protagonista de una de las obras más celebradas de la literatura checa, *El buen soldado Schweik*, una novela satírica inacabada, basada en acontecimientos y personajes reales, del escritor Jaroslav Hašek, publicada entre 1921 y 1922. < <

[33] En español la estructura no rige dativo, sino un complemento circunstancial. < <

[34] Se refiere al conocido dramaturgo alemán Frank Wedekind (1864-1918), cuya obra más significativa, *El despertar de la primavera* (*Frühlings Erwachen*, 1891), desarrolla el tema de la sexualidad y la pubertad entre estudiantes, y al escritor y periodista austríaco Karl Kraus (1874-1936), conocido sobre todo por su crítica ingeniosa de la prensa, la cultura y la política alemana y austríaca. < <

[35] Bertrand Russell (1872-1970), filósofo, matemático y lógico, premio Nobel de Literatura, fue muy conocido por su influencia en la filosofía analítica y un gran activista social; Moritz Schlick (1882-1936) y Rudolf Carnap (1891-1970) fueron defensores del positivismo lógico y miembros fundadores del Círculo de Viena (1922-1936), en el que se ocuparon principalmente de la lógica de la ciencia. Para ellos la filosofía era la disciplina encargada de distinguir entre lo que es ciencia y lo que no, así como de la elaboración de un lenguaje común a todas las ciencias. <<

[36] Se refiere al ensayo titulado *Über die Weiber* (1851) del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860).

< <

[37] La apertura Réti es una apertura de ajedrez irregular que debe su nombre al jugador de ajedrez checoslovaco Richard Réti
(1889-1929).
La apertura Zukertort, que debe su nombre al ajedrecista polaco Johannes Zukertort
(1842-1888),
no suele utilizarse en exceso en campeonatos internacionales. Esta apertura se hizo célebre cuando Réti derrotó a José Raúl Capablanca en el torneo de 1924 celebrado en Nueva York. < <

[38] Se refiere a la primera parte del drama *Fausto* (1807) de Johann Wolfgang Goethe
(1749-1832).
< <

[39] Se trata del conocido periodista y escritor Max Brod (1884-1968), amigo personal de Franz Kafka y, a la muerte de este, editor de su obra. <<

[40] Armin Berg, pseudónimo del cabaretista, compositor, pianista y escritor austríaco Hermann Weinberger
(1883-1956).
< <

[41] En Austria y Moravia, al igual que en otros territorios centroeuropeos, los regalos se entregan en Nochebuena. < <

[42] Fritz Imfhoff (1891-1961) fue, efectivamente, junto con Hans Moser (1880-1964), uno de los más reputados actores de la época. < <

[43] En alemán *Zores* y *Saures*, son fonéticamente muy similares. <<

[44] El término alemán *Fladen* hace referencia tanto a una torta de pan como a una boñiga de vaca. < <

[45] Se refiere a los versos 100-125 del poema titulado «Prinzessin Shabbat», incluido en el tercer libro del *Romanzero* (1851) del escritor alemán Heinrich Heine (1797-1856), dedicado a las melodías hebreas. La referencia a Schiller y a los versos iniciales de su *Oda a la alegría* se encuentra en los versos 101-104.

< <

[46] Leo Slezak (1873-1946) fue un famoso tenor austríaco. < <

[47] Alfred Polgar dividió a los jugadores de ruleta en dos categorías: unos juegan por placer, otros porque necesitan dinero; según Polgar, pasado un tiempo la primera categoría pasa a la segunda. Con los jugadores de póker ocurre algo similar. *[N. del A.]* [Alfred Polgar (1873-1955), cuyo nombre real era Alfred Polak y que fue conocido también por sus seudónimos Archibald Douglas y L. A. Terne, fue un destacado escritor austríaco del fin de siglo vienés, famoso sobre todo por sus aforismos]. < <

[48] Se refiere al escritor y periodista húngaro Ferenc Molnár o Ferenc Neumann (1878-1952), considerado uno de los dramaturgos más importantes del siglo XX, y a Max Pallenberg (1877-1934), cantante, actor y cómico vienés, muy popular en Alemania y Austria, famoso también por haber contraído matrimonio con una de las actrices de teatro más famosas de la década de 1920, Fritzi Massary. < <

[49] Este es el lugar en el que la leyenda sitúa el juramento de los confederados suizos en 1291 contra la tiranía de los Habsburgo, del que resultaría el nacimiento de la Confederación Helvética. < <

[50] Emil (1866-1944) y Arnold Golz (1866-1942), cuyo apellido original era Goldstein. < <

[51] Es el muelle dedicado al compositor austríaco Oscar Strauss (1870-1954), quien eliminó una ese de su apellido para no ser confundido con los músicos de la familia Strauss, con los que no tenía ningún parentesco. Falleció en la localidad de Bad Ischl. <<

[52] Se describe aquí la costumbre iniciada en el siglo XX de anteponer el sustantivo *Bad* («baño, balneario») a los nombres de las ciudades en las que se abría alguno de estos establecimientos de salud a imitación de las que lo tenían ya desde antiguo. < <

[53] Se denomina así al distrito montañoso que atraviesa las comarcas de Salzburgo, la Alta Austria y Estiria. El nombre proviene de los depósitos de sal existentes en la región. < <

[54] Los actores vieneses Hansi Niese (1875-1934) y Joseph Jarno (1866-1932).
< <

[55] Bruno Granichstaedten
(1879-1944),
compositor vienés que residió sus últimos años de vida en Nueva York. < <

[56] Rudolph Schanzer (1875-1944) y Ernst Welisch (1875-1941), libretistas y comediógrafos que trabajaron primero en Europa y posteriormente en Broadway. < <

[57] Se refiere a la opereta *Der Rastelbinder* (1902) del compositor austrohúngaro Franz Lehár (1870-1948).

< <

[58] Es una de las operetas más conocidas del compositor francés François-Adrien Boïeldieu (1775-1834), estrenada en 1800. < <

[59] Heinrich Eisenbach
(1870-1923),
uno de los cabaretistas y cómicos más relevantes de la Viena de fin de siglo, estrella de la compañía de cabaret Budapester Orpheum. < <

[60] Sofía Federica Dorotea Guillermina de Wittelsbach, princesa de Baviera (1805-1872), hija del rey Maximiliano I de Baviera y madre del emperador Francisco José. < <

[61] Es la montaña más alta de los Alpes del Salzkammergut. <<

[62] Es una de las novelas más conocidas del escritor austríaco de origen judío Joseph Roth (1894-1939), publicada en 1932. En ella relata el ascenso y declive de la familia Trotta, que continuó en su novela posterior *La cripta de los capuchinos* (1938). <<

[63] Así se denomina el Riesengebirge, una cordillera de los Sudetes. <<

[64] Un famoso balneario de la región de Karlovy Vary, a 170 kilómetros al noroeste de Praga. <<

[65] Antigua compañía minera. < <

[66] Nelkenblum significa literalmente «flor de clavel» o «flor del clavo». < <

[67] Feilchenfeld, homófono de *Veilchenfeld,* «campo de violetas»; Rosenblatt, «pétalo de rosa». < <

[68] Tschurtschenthaler, literalmente «del valle de las piñas»; Taussig (forma germanizada de Toysk, el nombre judío de la ciudad checa de Taus, en la actualidad Domažlice) significaría literalmente «rocío que se deshiela». < <

[69] Es un juego de palabras entre *brechen* «salir, partir, marchar» y *erbrechen* «vomitar». < <

[70] «¡Demasiado fría para un niño!», en inglés incorrecto. <<

[71] El nombre del personaje de la comedia del escritor alemán Gustav Freytag (1816-1895) a la que se refiere es Schmock. < <

[72] Judería. < <

[73] Se refiere a *Der Bärenhäuter* (1899), ópera del compositor Siegfried Wagner (1869-1930), hijo de Richard y Cosima Wagner. < <

[74] Algunas de las fórmulas al uso por aquel entonces que ambas partes observaban estrictamente las recuerdo aún de cuando era niño, de los veranos en Melnik, donde dos hermanos de mi padre tenían unos pequeños terrenos. A mis hermanas y a mí nos enseñaron las cuatro palabras necesarias para entendernos en checo y nos inculcaron muy especialmente que saludáramos a los trabajadores del campo con los que pudiéramos cruzarnos, ya fueran hombres o mujeres, con la expresión *Pomáhej Pánbůh!*, a lo que ellos responderían con *Dejž to Pánbůh!*; trasladado a un alemán igual de arcaico eso significaría: «¡Que Dios os ayude!»… «¡Que exista Dios!». *[N. del A.]* < <

[75] Robert Musil (1880-1942), conocido autor austríaco, autor de la novela *El hombre sin atributos* (1942). < <

[76] Konrad Henlein
(1898-1945),
dirigente del partido alemán de los Sudetes. < <

[77] Paul Kornfeld (1889-1942) fue un conocido dramaturgo praguense, fallecido en el gueto polaco de Łódź. La obra mencionada, *Die Verführung*, se estrenó en 1916. < <

[78] Arnolt Bronnen, en realidad Arnold Bronner (1895-1959), escritor y director teatral austríaco, que publicó sus obras con el pseudónimo de A. H. Schelle-Noetzel. *Parricidio (Vatermord)* se estrenó en 1920; el drama *El hijo (Der Sohn)*, de Walter Hasenclever, se estrenó en 1914; la trilogía en verso *El hombre del espejo (Der Spiegelmensch)*, de Franz Werfel, se estrenó en Berlín en abril de 1920. < <

[79] El juego de palabras reside en el significado de los apellidos: Kornfeld, «campo de trigo»; Khevenmüller, «molinero de cebada». < <

[80] Engelbert Dollfuss
(1892-1934),
decimocuarto canciller austríaco, asesinado por un simpatizante nazi el 25 de julio de 1934. Fue el ideólogo del austrofascismo. <<

[81] La Liga de Defensa Republicana (Republikanischer Schutzbund) fue una formación paramilitar controlada por el Partido Socialdemócrata de Austria durante la Primera República, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, el polo opuesto de la conservadora Heimwehr. < <

[82] Son los famosos conjuros germánicos descubiertos en 1841 por Georg Waitz en la localidad alemana de Merseburg. Son los únicos ejemplos de estas formas paganas que se conservan en antiguo alto alemán. < <

[83] Por Goethe. < <

[84] Oskar Baum (1883-1941), escritor alemán de origen bohemio. <<

[85] «El árbol pequeño» y «el plumón chico» respectivamente en alemán. < <

[86] La pregunta es una alusión directa al poema de Friedrich Rückert (1788-1866) *Del arbolito que quería otras hojas (Vom Bäumlein, das andere Blätter hat gewollt)*. Heinz Tischmeyer realizó en 1940 una versión en dibujos animados. < <

[87] Julius Ernst Wilhelm Fučík
(1872-1916)
fue un compositor y director de bandas militares checo, conocido sobre todo por su marcha op. 68, *La entrada de los gladiadores*. < <

[88] Es el título de uno de los dramas burgueses más conocidos de Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781), el escritor más importante de la Ilustración alemana. La pieza se estrenó en 1767. < <

[89] «Azul», en alemán *blau*. Es la primera estrofa del poema de Goethe titulado *Genio flotando sobre la esfera terrestre (Schwebender Genius über der Erdkugel*, 1826). < <

[90] Michal J. Mareš
(1893-1971),
periodista, poeta y folletinista checo. < <

[91] Hans Sachs (1494-1576) fue uno de los autores más prolíficos de la escuela de los Maestros Cantores alemanes. < <

[92] Literalmente «gusano de la harina». < <

[93] Se refiere aquí a los denominados *Heuriger*, el nombre con el que se conoce en Austria a los locales en los que se sirve vino del año (*heuer*) elaborado por los propios viticultores. < <

[94] Erich Ludendorff
(1865-1937),
conocido general alemán que participó en la Primera Guerra Mundial. Inicialmente apoyó también el programa de Hitler, pero se retiró de la vida pública en 1928. < <

[95] *Man neckt mich in Asch*. La frase tiene una estructura fonética y sintáctica similar a *Man leckt mich am Arsch,* «me chupan el culo». < <

[96] Cfr. Hofmannsthal, Hugo von: *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation* (La escritura como espacio intelectual de la nación). Aquí transformar en: «El café como espacio intelectual de un estilo de vida desaparecido». *[N. del A.]* < <

[97] Eslabón perdido. <<

[98] El escritor húngaro Frigyes Karinthy (1887-1938).
<<

[99] Es el dardl o tartl, un juego de cartas checo, al que se jugaba mucho en Viena antes de la Primera Guerra Mundial. < <

[100] El apellido Grüner es un topónimo formado a partir del adjetivo *grün* «verde», de ahí el juego de palabras. < <

[101] Leopold Perutz
(1882-1957),
escritor y matemático austríaco de origen judío, uno de los representantes más destacados del género de la narrativa fantástica. Su obra más significativa es *De noche bajo los puentes de piedra. Una novela de la vieja Praga* (1953); Otto Soyka
(1882-1955),
escritor y periodista austríaco. < <

[102] Paul Elbogen (1894-1987), escritor y editor austríaco que, tras emigrar a California, trabajó también como asesor de la compañía cinematográfica Columbia. < <

[103] Es el verso 168 de la balada de Friedrich Schiller *Las grullas de Íbico* (1797). El argumento se desarrolla en el siglo VI a. C. y se basa en un hecho histórico, el asesinato del poeta Íbico, del que es único testigo una bandada de grullas. < <

[104] Walter Mehring (1896-1981), escritor judeoalemán, uno de los representantes más importantes del movimiento satírico de la República de Weimar. Oskar Maria Graf (1894-1967) comenzó publicando sus obras con su verdadero nombre, Oskar Graf, y sus colaboraciones en prensa como Oskar Graf-Berg; para sus trabajos literarios escogió posteriormente el nombre por el que se le conoce en la actualidad. < <

[105] El Gran Brockhaus (*Das Große Brockhaus*) es la enciclopedia más completa editada en lengua alemana. < <

[106] Hugo von Hofmannsthal
(1874-1929)
fue unos de los escritores austríacos más representativos del *fin de siècle*. < <

[107] Los colores se utilizaban en Austria para denominar a los simpatizantes de los diferentes partidos políticos: «rojo» para los socialdemócratas, «negro» para los socialistas cristianos y «marrón» para los nacionalsocialistas. < <

[108] Fritz von Hermanovsky-Orlando
(1877-1954),
escritor y artista alemán, residente en el Tirol del sur, cuyas obras fueron publicadas póstumamente gracias a los esfuerzos de Friedrich Torberg. < <

[109] Variante de los versos 2569-2570 del famoso drama *Guillermo Tell* (1804) de Friedrich Schiller (1759-1805).

< <

[110] La *Hagadá* es el conjunto de elementos literarios no legalistas del Talmud y de la literatura rabínica en general. < <

[111] El Pésaj es la festividad judía que conmemora la salida del pueblo hebreo de Egipto, relatada en el libro bíblico del Éxodo. <<

[112] Es un tipo de jurado, compuesto por jueces profesionales y por ciudadanos legos designados por sorteo. < <

[113] En el nombre hay una clara alusión a la desobediencia del profeta Jonás; el apellido Teitelbaum significa literalmente «palmera datilera», el árbol de los oasis en los que el profeta (cuyo nombre significa «paloma») busca amparo en el desierto. < <

[114] La raíz de la palabra «explosivo» (*Sprengmittel*) es la misma que la del sustantivo que designa el acto de rociar con agua bendita (*Sprengung*). < <

[115] En griego, «por excelencia». < <

[116] Se refiere al premio Nobel de Literatura irlandés George Bernard Shaw (1856-1950), a Sacha Guitry (1885-1957), actor, dramaturgo, escenógrafo, director de cine y guionista cinematográfico francés, y a Tristan Bernard (1866-1947), abogado, escritor y reportero francés, cuyo nombre verdadero era Paul Bernard. < <

[117] El pengö fue una moneda húngara en uso entre 1927 y 1946. Fue reemplazado por el florín después de un período de elevada inflación. < <

[118] Max Reinhardt
(1873-1943)
fue uno de los talentos del teatro y del cabaret austríacos. Fue un productor, director y actor muy apreciado tanto en Berlín como en Viena. Tenía su residencia en el castillo de Leopoldskron. < <

[119] Ernst (Erno) Verebes
(1902-1971),
actor conocido por sus películas en inglés, alemán y húngaro. < <

[120] Franz Werfel, educado en un colegio católico, escribió muchas obras de tema cristiano, como la tragedia *Pablo entre los judíos (Paulus unter den Juden,* 1926) y la novela *La canción de Bernadette (Das Lied von Bernadette,* 1941). < <

[121] Como en el curso mal regulado de estos apuntes se han colado ya tantas cosas autobiográficas, aprovecho la oportunidad para hacer una variación sobre esta frase y aplicarla a mi caso, pensando especialmente en mis experiencias con los libreros alemanes, sí, sobre todo en la situación en la que me encuentro frente a la literatura alemana. Soy judío. Vivo en Austria. Estuve en la emigración. Tengo algo contra Brecht… Algo de eso perjudica siempre. *[N. del A.]* < <

[122] Se refiere a Peter Altenberg (1859-1919), el escritor austríaco cuyo verdadero nombre era Richard Engländer. La revista *Simplicissimus* era una publicación semanal de carácter satírico fundada por Albert Langen en 1896 y que se publicó hasta 1944. < <

[123] Dante, *Divina comedia*, «Infierno», canto III. < <

[124] *Unwirsch, ungestüm, unflätig*, en el original. <<

[125] En 1938 Horváth viajó a París para instalarse allí definitivamente, pero el 1 de junio de ese mismo año falleció en los Campos Elíseos, al caerle en la cabeza una rama durante una tormenta. < <

[126] Se refiere a una supuesta sociedad secreta, formada por unos 300 miembros, de carácter sionista. Hoy en día son conocidos por la que puede considerarse la publicación antisemita más famosa de la época contemporánea, los denominados *Protocolos de los Sabios de Sión*, un libelo publicado por primera vez en 1902 en la Rusia zarista, cuyo objetivo era justificar ideológicamente los pogromos que sufrían los judíos. En él se transcribían unas supuestas reuniones de este grupo de sabios, con detalles sobre los planes de una conspiración judía para controlar la masonería y los movimientos comunistas en todas las naciones, y hacerse con el poder mundial. < <

[127] Gisela Werbezirk
(1875-1956),
actriz austríaca del cine húngaro, austríaco, alemán y de Hollywood. < <

[128] Daniel Spitzer
(1835-1893)
fue un escritor austríaco, jurista y periodista de profesión, que practicó diversos géneros literarios (novela, poesía, ensayo y reportaje). Hoy en día es conocido, sobre todo, por sus sátiras y aforismos. < <

[129] Darius Milhaud (1892-1974), compositor francés de origen judío, que aplicó a sus composiciones los patrones del jazz; Bruno Walter (1876-1962), cuyo apellido real era Schlesinger, fue un afamado compositor y director de orquesta alemán, posteriormente nacionalizado austríaco, pionero en la difusión de la obra de Gustav Mahler; Hermann Broch (1886-1951), novelista, ensayista y dramaturgo austríaco; y Erich Maria Remarque (1898-1970), pseudónimo por el que se conoce al escritor alemán Erich Paul Remark, describió en sus obras los horrores de la Primera Guerra Mundial, sobre todo en su famosa novela *Sin novedad en el frente* (1929). < <

[130] Encantado de conocerle, señor Schönberg… Soy un gran admirador de su adorable música. < <

[131] Mi música no es adorable. < <

[132] Los judíos son exactamente iguales a las demás personas, solo que un poco más. < <

[133] Egmont Colerus
(1888-1939),
autor de novelas humorísticas e históricas. < <

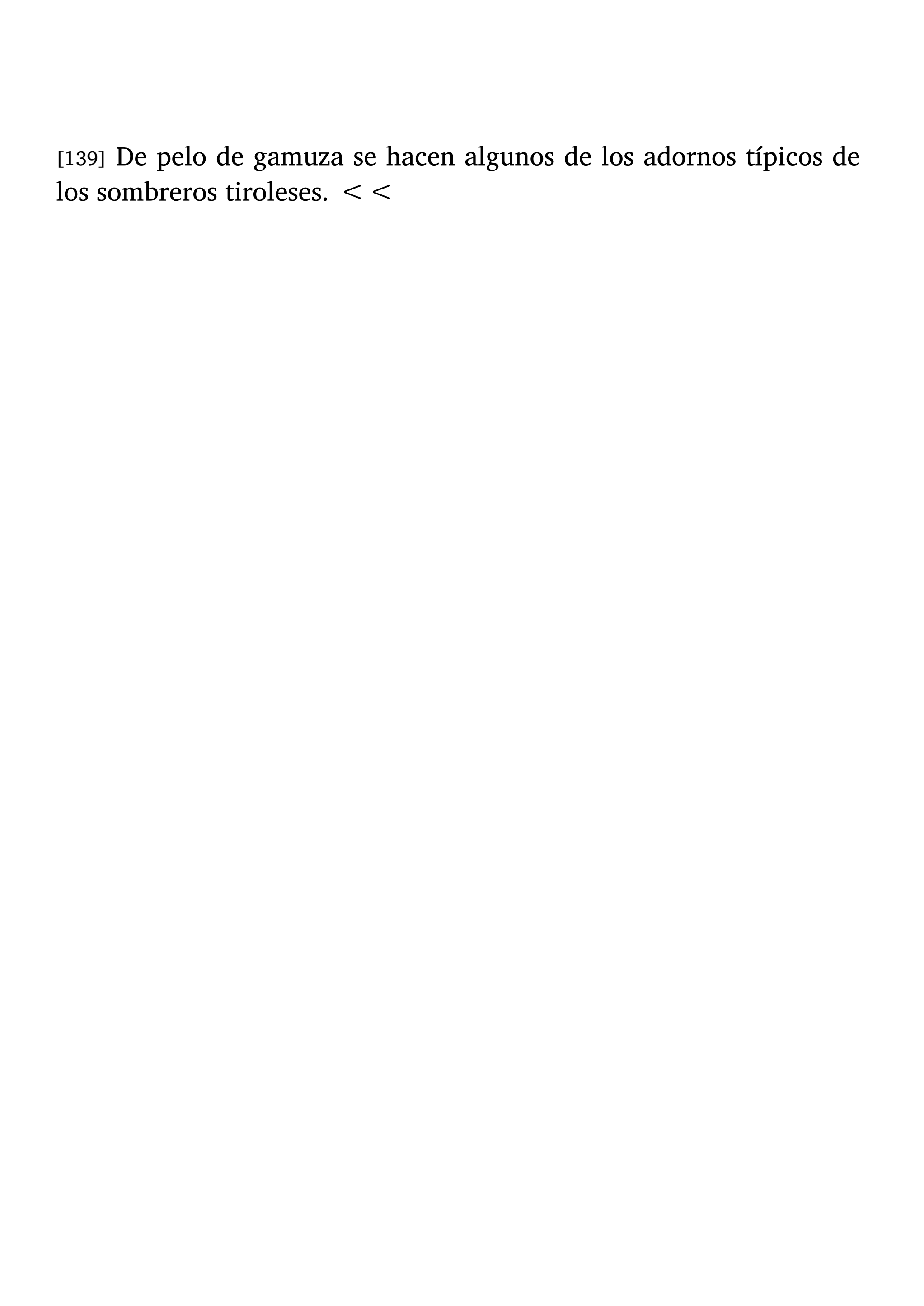
[134] Esta rebelión del pueblo judío contra el Imperio romano en el año 132 se conoce por el nombre de su líder, Simón Bar Kojba. Consiguió establecer y dirigir durante tres años un Estado judío independiente, hasta que fueron conquistados nuevamente por los romanos en el 135. <<

[135] Un barrio obrero de Viena. < <

[136] Este texto, al igual que los que siguen, aparecen como apéndices al original de *La tía Jolesch*, puesto que habían sido publicados con anterioridad. < <

[137] Regimiento de infantería de la monarquía real e imperial, fundado en 1696 por el emperador Leopoldo I. < <

[138] Los que defendían la monarquía, puesto que Carlos I había abdicado en 1918 sin renunciar a la corona. < <



[139] De pelo de gamuza se hacen algunos de los adornos típicos de los sombreros tiroleses. < <

[140] Se refiere al dicho inglés *to be an old hat*, «estar muy visto, pasado de moda». <<

[141] *Ja so mir Gott helfe*, en el original. Jasomirgott era el sobrenombre de Enrique II de Austria,
(1107-1177),
conde palatino del Rin y margrave de Austria, uno de los príncipes más relevantes de la dinastía de los Babenberg. < <

[142] Literalmente, «mercado del carbón». < <

[143] *Sacher und Wider-Sacher* en el original. Fonéticamente, el compuesto *Wider-Sacher* creado aquí por Torberg es idéntico fonéticamente al sustantivo *Wiedersacher*, «adversario». < <

[144] Este texto empieza haciendo una clara referencia a las palabras con las que el judío Nathan inicia el relato de la famosa parábola de los tres anillos en la obra de G. E. Lessing
(1729-1781)
Nathan el Sabio (1779), acto III, escena VII: «Hace muchos años vivía un hombre en el este que poseía un anillo de incalculable valor que le había dado una persona querida». < <

[145] Plato de carne, hecho con cadera de ternera cocida en caldo de verduras. < <

[146] *Schaden* con «e» significa «daño, perjuicio». < <

[147] Significa literalmente «punta de la mesa». < <

[148] El nombre del corte es *Meisel*, casi homófono del *Meissel* del nombre del restaurante (Meissel & Schadn), que significa «martillo», «cincel». < <

[149] *Im Prater blüh'n wieder die Bäume* es el título de una conocida película de amor austríaca dirigida por Hans Wolff y estrenada en 1958. Está basada en la pieza teatral *La tarta Sacher (Die Sachertorte),* obra de Siegfried Geyer y Rudolf Österreicher. < <

[150] La Cunard Line Ltd. es la compañía naviera británica propietaria de los famosos transatlánticos Queen Mary 2, Queen Victoria y Queen Elizabeth. < <

[151] El suizo *Beitz* tiene la misma raíz que el vienés *Beisel*, en hebreo *Bajis*, «casa». *[N. del A.]* < <

[152] El arquitecto Adolf Loss
(1870-1933)
revolucionó la arquitectura vienesa con la construcción del café Museum en 1899. < <

[153] Es un cinturón dentro de la ciudad de Viena. < <

[154] Un segundo cinturón dentro de la propia ciudad. < <

[155] *Ostmark*, el nombre de Austria en la Edad Media, le fue dado de nuevo tras su anexión al Reich alemán. En 1942 fue cambiado por el de Donau- und Alpenreichsgaue, y subsistió hasta la ocupación aliada de 1945. < <